



PQ 7296 .J6 Z626 1931
Chbavez, Ezequiel A., 1868-
Ensayo de psicología de Sor
Juana Inbes de la Cruz



Digitized by the Internet Archive
in 2014

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

1651-1695

Ensayo de psicología
de
**Sor Juana Inés
de la Cruz**

y de
estimación del sentido de su obra y de su vida para
la historia de la cultura y de la formación de México

por
EZEQUIEL A. CHAVEZ

Correspondiente de la R. Academia Española

Con el retrato de Sor Juana,
existente en el Museo
Nacional Mexicano de
Arqueología, Historia
y Etnología : : : : :



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 — BARCELONA

Impreso en España

Printed in Spain

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Copia del retrato existente en el Museo Nacional de México.

Se guardará del autor.
Queda hecho el depósito
de ley que manda la Ley

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Copia del retrato existente en el Museo Nacional de México.



“El sentido de la variedad de las almas conduce a la tolerancia, y la tolerancia a la paz.”

Paul Hazard. — *Anglais, Français, Espagnols, d'après une publication récente* (Revue des Deux Mondes, 1.^{er} Novembre 1929, page 218)

ÍNDICE

	Págs.
Intento	11

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

I. — Un siglo antes y un siglo después. Los padres y la cuna de Juana de Asbaje y Ramírez	17
II. — Sus primeros maestros	21
III. — En la corte de la Virreina	27
IV. — Cómo hacía sus versos	29
V. — Sus dos más visibles naturalezas	35
VI. — Cómo fué su primer amor	39
VII. — Los efectos de su decepción	51
VIII. — La batalla interior de Juana Inés, y su entrada en el convento	55

SEGUNDA PARTE

LOS DERROTADOS MÚLTIPLES

IX. — Los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz.	65
X. — El Convento de San Jerónimo, centro de vida cívica y social	69
XI. — Humildad y altivez de Sor Juana. Su libertad	75
XII. — Su acción cívica y social	83
XIII. — Con arzobispos, virreyes y parientes... ..	89
1) El Ilustrísimo Dr. Fray Payo Enríquez de Rivera y la confirmación de Sor Juana	89
2) Su amor a México y su familia ideal	91
3) Su familia natural	101

TERCERA PARTE

LA FORMACIÓN ÍNTIMA

XIV. —	Hondos y mundanos pensares	105
XV. —	Cómo soñaba Sor Juana	109
	El sueño de la <i>vivencia</i> nocturna ...	111
	El sueño del sueño universal	115
	El sueño del sueño fisiológico	117
	El sueño de los sueños	119
	El sueño de la persecución del conocimiento y de su teoría, y del método para desarrollarlo	121
	El sueño del despertar	130
XVI. —	Las filosofías de Sor Juana Inés de la Cruz.	135
	1) Cuáles eran para ella los orígenes y el modo de desarrollo del conocimiento	135
	2) El amor de Sor Juana a la sabiduría. ¿Qué era para ella la más alta, la suprema sabiduría?	138
	3) Su equilibrio moral	144
	4) Sentenciosa y moralista	145
XVII. —	Las ciencias concretas y la música	153
	1) La astronomía	153
	2) La música	155
XVIII. —	Discípula y maestra; promotora de la educación de la mujer por la mujer	159

CUARTA PARTE

LA ACCIÓN SISTEMATIZADA

XIX. —	La psicología de Sor Juana y su autobiografía, en su comedia "Los Empeños de una Casa"	165
XX. —	"Amor es más laberinto" El tipo del héroe. La mujer, el amor, y los efectos paralizantes de las emociones. La primitiva igualdad democrática. La aristocracia posterior. La amistad ideal. El desdoblamiento y la unidad del yo	181
XXI. —	Los autos sacramentales	191
	1) <i>El Mártir del Sacramento</i>	191
	a) Las contiendas violentas y la razón	191
	b) El desprendimiento de Sor Juana.	192
	2) <i>El cetro de José</i>	194
	a) La educación de la raza indígena.	194
	b) La razón psicológica del recato.	196
	3) <i>El Divino Narciso</i>	199
	a) Nuevamente la educación de la raza indígena	199

	Págs.
b) La redención de la humanidad.	203
XXII. — Los primeros villancicos	217
1) En honor de San Pedro. La justicia verdadera. El arrepentimiento. La conmiseración	218
2) En honor de la Virgen María, patrona de la paz y de la justicia igual; defensora del bien	223
3) En honor de San Pedro Nolasco, libertador de cautivos. México. La libertad de los negros	230
4) La conmiseración y la misericordia, complemento y corrección de la justicia	237
XXIII. — Paréntesis lírico; sentimientos antagónicos contra los galanteadores	241
XXIV. — Otra vez en honor de la Virgen, y en relación con las grandes bellezas naturales de México. Razonadora y lírica	247
XXV. — Los Villancicos del Nacimiento, y la comunión de las almas	251
XXVI. — Los Villancicos de los Maitines de San José. Apariencia y verdad	261
XXVII. — Otras efusiones místicas	267
1) Nuevos votos. El amor verdadero, los falsos amores	267
2) En la dedicación de la iglesia de San Bernardo. El templo del alma. El templo interior	269
3) Siguiendo a María. El cuerpo y el alma	276

QUINTA PARTE

LA CORROBORACIÓN

XXVIII. — El "sermón del mandato"	281
1) El amor de Dios a los hombres y el de los hombres a Dios. La libertad del alma	281
2) La más grande fineza del más grande amor	289
XXIX. — La carta de Sor Filotea de la Cruz a Sor Juana Inés de la Cruz	295
XXX. — La respuesta de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea de la Cruz	301
1) Su reverencia y humildad. Su revelación del tipo psíquico de Sor Juana	301
2) La sed de saber, de Sor Juana, y el vuelo de su alma a Dios. Su ansia constructiva de síntesis ...	308

	<u>Págs.</u>
3) La ciencia y los métodos de estudio de Sor Juana. Todo hacia Dios.	314
4) Premio..., la vida, a pesar de las dificultades de la vida	318
5) El mundo hostil de quienes no entendieron o envidiaron a Sor Juana	321
6) Cómo escribía Sor Juana. Cómo se examinaba a sí misma	325
7) Los efectos que en Sor Juana causaron la hostilidad ambiente, y las censuras	326
XXXI. — Cómo rezaba Sor Juana Inés de la Cruz	333
1) Los "Ejercicios devotos para los nueve días antes de la Encarnación". El Génesis y la comunión de las almas	333
2) Los "Ofrecimientos del Rosario". Por quiénes y con quiénes rezaba Sor Juana	343
XXXII. — Los motivos conscientes y los motivos subconscientes de la presión ejercida sobre Sor Juana para que dejara de escribir ...	349
XXXIII. — Los Villancicos de Santa Catarina. Alegato <i>pro domo sua</i>	363
XXXIV. — Sor Juana Inés de la Cruz y su confesor, el Padre Antonio Núñez de Miranda ...	375
XXXV. — Crisis y agonía	397
XXXVI. — Superación y vencimiento	413
XXXVII. — CONCLUSIÓN Y SÍNTESIS	
1) Las "bienaventuranzas" y Sor Juana Inés de la Cruz	425
2) Represiones y sublimaciones. El triunfo del amor y de la bondad.	426
3) Sor Juana Inés de la Cruz, conjunción de la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma y los Tiempos Modernos	429
4) Los tres caminos y la cumbre ...	432
5) El significado de la vida y de la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, como síntesis de los dos conceptos cardinales de la vida mejor	437
6) Al través de los siglos	442
a) Un aspecto	442
b) Otro aspecto	443
c) El que para Sor Juana fué el supremo fin	445
7) Argumento final	447
Tabla cronológica	453

Intento

El presente ensayo de interpretación de la psicología de Sor Juana Inés de la Cruz, y de estimación del sentido de su obra y de su vida en la historia de la cultura en México, tiene, desde sus primeras líneas hasta las últimas, caracteres de polémica — polémica contra quienes, — y quizá somos todos, — largo tiempo no hemos entendido a la poetisa mexicana.

Citanse en él doquiera las propias palabras de Sor Juana Inés de la Cruz, para argumentar con ellas, reviviendo sus pensamientos, sus sentimientos, su vida; y porque sólo con ese fin se citan, cítanse aquí y allá, en lugares distintos, las mismas palabras.

Admirador de Sor Juana Inés de la Cruz quien aquí quiere traerle de nuevo a la luz de las conciencias, pero sabedor también de que Sor Juana Inés llegó hasta el sacrificio de sí misma por no ocasionar a nadie contrariedades, y deseoso de imitar alguna siquiera de sus altas virtudes, en la medida en que juzga que debieran ser imitadas y en que pudiera él imitarlas, el autor de este ensayo viene a hacer aquí polémica contra todos, sin entablarla concreta e individualmente contra nadie.

Quiénes este ensayo lean, encontrarán en él tesis que acaso les parezcan temerarias; ora acerca de los debatidos amores de Juana Inés; ora en cuanto a su combatida actitud crítica; ora referentes a su vida interior y a su constante lucha espiritual con quienes pretendieron llevarla desde que nació, a que no fuera ella misma.

Encontrarán aquí los que lo lean, estimado el valor literario de Sor Juana sin parar mientes en apreciaciones que a su respecto se han hecho y se han repetido largo tiempo, y tal vez con esto confirmarán la impresión que no pocos de los "Sor Juanistas" tienen, de que aun está inédita gran par-

te de la obra ya publicada de Sor Juana. Inédita porque, publicada como lo ha sido por lo común, sólo forma un confuso farrago.

Para escribir este ensayo el que a hacerlo así se ha atrevido, ha intentado ordenar las obras de Sor Juana, reuniendo las que mejor expresan sus estados de ánimo afines y más o menos persistentes, aunque hayan sido compuestas algunas de ellas a larga distancia de otras. Ha procurado a la par, relacionarlas con el fondo psíquico y social que a Sor Juana Inés circundaba, y en su empresa ha pretendido conseguir que todas las composiciones dignas de recuerdo de la esclarecida escritora la traigan hasta nosotros y la proyecten a lo futuro, al propio tiempo que a lo futuro proyecten la patria ideal que con sus obras y con su vida Sor Juana durante su vida fué forjando.

Aunque con esto mismo y por esto no haya podido dar el que esto escribe, a las obras que aquí evoca, un orden cronológico — casi imposible de descubrir por otra parte, en muchos casos, ya que de gran número de ellas apenas si hay indicios del tiempo en que puedan haber sido compuestas, — el autor de este libro espera que podrá advertirse cierto orden evolutivo en las que cita, y que ese mismo orden apuntará el de los estados de conciencia de los que tales obras son trasunto.

No hubiera logrado sus propósitos quien estos propósitos tiene; no los hubiera logrado ni en la breve medida en que se atreve a imaginarse que lo ha conseguido, si no hubiese puesto su mayor empeño, como le pareció que debía hacerlo, en identificarse con la situación espiritual de Sor Juana en cada una de las estancias de su vida, para acercarse cuanto le fuera dable, a la verdad esencial de su ser psíquico, y si, por eso mismo, no hubiera hecho las citas de Sor Juana que en el curso de este libro hace, como las hace: suprimiendo de ellas todo lo que a su parecer no muestra, sino que, por el contrario encubre, el claro y recto pensamiento de Sor Juana, escondido a las veces por palabras que el autor de este ensayo juzga para su propósito inútiles, lo mismo que tales o cuales redundantes amplificaciones y trasposiciones que, a guisa de tosca vestimenta, ocultan la psicología de Sor Juana en vez de revelarla. Y las palabras, y los versos mismos, y composiciones enteras de Sor Juana que en el curso de este ensayo no se evocan, intencionalmente no se

evocan: el que esto escribe, tiénelas por nulas y no existentes para la interpretación correcta de la psicología de Sor Juana.

Tanto escribió ella, en efecto, y tan de prisa; y con tan superficial desacato manos impiamente admirativas se llevaron a las veces lo que ella componía y lo entregaron a las prensas, que con todas aquellas obras de Sor Juana, que tuyas son tan apenas, y tan distantes se encuentran del fondo de su espíritu, nos la vistieron de harapos, y no nos dejan mirar a la princesa, cubierta por ellos.

Ha pretendido el que esto escribe no hacer caso de nada que le estorbe para verla. Por eso también cuando le han impedido acercarse hasta ella una letra cambiada en sus versos y que los desfigura, la supresión de un adverbio, o una violenta trasposición, ha restituido, con osadía sin duda, pero a la vez con amor y reverencia, la sílaba, el adverbio, el orden que en el fondo del alma de Sor Juana para él es claro que existían, y que quizás una torpe corrección de pruebas de imprenta, o un fugaz oscurecimiento de la atención, hicieron que se produjese. Con ello no hace más el autor de este ensayo que ser consecuente con lo que en sí misma y en su esencia era, a su entender, Sor Juana, y lejos de traicionar su pensamiento, se forja él la ilusión de que ella, si pudiera expresar ahora su juicio en cuanto a estos atrevimientos, habría de aprobarlos.

Ha sido en fin el ánimo del que esto escribe, no sólo interpretar en cuanto le fuera posible la verdadera psicología de Sor Juana Inés de la Cruz, sino situarla espiritualmente en el México de su tiempo, y definir el alcance de su obra y de su vida para la formación espiritual de la patria mexicana y el desarrollo de la cultura, así como desentrañar la significación filosófica que pueda atribuirse a la excelsa poetisa, en la conjunción que en ella sin duda existe de una edad media intelectual mexicana, de los albores del renacimiento y de la reforma espiritual de México, y aun de la edad contemporánea; todo lo cual le permitió ser encarnación y síntesis de los dos más radicales conceptos de la vida y del mundo, entre los que, en la historia de éste, se han dividido los hombres.

Fórgase al cabo, el suscrito, al dar término a su propósito, la creencia de entender ya un poco más que como antes se entendiera, a Sor Juana Inés de la Cruz, y se dice a sí

mismo que habrá de ser así, porque, a medida que más la ha estudiado, más la ama, y más por tanto, cumple la condición que precisa realizar cuando se evoca a los muertos, para que se comuniquen con los vivos; aquella condición de la que habla Homero en los cantos X y XI de la Odisea, cuando describe el viaje de Ulises al país de las sombras, y que recordaba, transfigurándola, Ulrico de Wilamówitz-Moellendorff, en 1908, en su famosa conferencia de Oxford, cuando decía: "nosotros sabemos bien que los muertos no pueden hablarnos sino hasta que han bebido sangre"; lo cual significa, como lo explicaba el grande humanista, que "los espíritus que evocamos piden la sangre de nuestros corazones" para acudir a nuestro llamado; que sólo por nuestro amor podemos hacer que tornen a comunicarse con nosotros.

Primera Parte

La infancia y la adolescencia

I. — Un siglo antes y un siglo después. Los padres y la cuna de Juana de Asbaje y Ramírez

Antes de apretar el cerco de la ciudad azteca de Tenoxtitlán, en los comienzos del siglo xvi, en marzo de 1520, Hernán Cortés, — contólo así en su tercera carta de relación al Emperador Carlos V, — mandó a Gonzalo de Sandoval, con buena copia de aliados indios, a combatir a los tlahuicas, en la región del Sur de las altas y azules montañas del Ajusco, y fué entonces cuando Sandoval subió, con grave riesgo de su vida, según cuenta el Conquistador de México, a la plaza fuerte de Yacapixtla que él llama Aca-pichtla, “camino hacia el sur”, alta sobre un peñón, al oeste del encumbrado volcán del Popocatépetl, y con un torrente abajo, que, abrazado a otros, forma luego, en las quebradas del Suroeste, el río de Cuautla.

Y en la toma sangrienta del pueblo que en el peñón de Yacapixtla moraba, los que más daños hicieron, dice el autor de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, en el capítulo CXLII de la misma, “fueron los indios de Chalco, y los demás amigos de Tlaxcala”, a los que reñían los españoles “porque eran tan crueles, y por quitalles algunos indios o indias porque no las matasen”; que los españoles entonces “en lo que más se empleaban”, agrega Bernal Díaz del Castillo, “era en buscar alguna buena india, o haber algún despojo”, por lo que, cuando acabaron de hacer la toma de Yacapixtla, o como la llama Bernal Díaz, Acapistla, dice el propio historiador que “se volvió el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y con buen despojo; en especial de muy buenas piezas de indias”.

“Fué acordado que luego se herrasen”, agrega Bernal

Díaz en el capítulo CLXIII de su misma *Verdadera Historia*, “y desde que se hubo pregonado que se llevaran a herrar, a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido, para echar el hierro de su Majestad, que era una G, que quiere decir Guerra”; “que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda, por lo que valiesen, y las que no fuesen tales, por menos precio”. El mismo soldado historiador, agrega, empero, refiriéndose a sus jefes, que “en la noche antes, nos desaparecían las mejores indias”, sin duda los mismos jefes, hurtándoselas.

En el siglo siguiente, en el xvii, en las propias comarcas que vieron los tremendos combates de los conquistadores, y matanzas de los indios, y marcas de hierro sobre las palpitantes carnes de las indias, dilataban sus verdes penachos de largas y pacíficas hojas, ricos plantíos de caña de azúcar; mientras que en otra Yacapixtla, un poco más abajo, en una fértil cañada, vivía una familia criolla; la de los padres de doña Isabel Ramírez de Santillana, en cuya risueña casa no se oían ya estampidos de balas, ni silbidos de flechas, ni ayes dolorosos de moribundos y heridos, sino versos de poetas españoles.

Y otro siglo después, en el xviii, montaña arriba, al Norte de los dos pueblos de Yacapixtla, y siempre al poniente del altísimo volcán del Popocatepetl, en otra aldehuela perdida, en Ozumba, ni escenas de matanzas y de captura de infelices esclavos, ni frecuentes y gozosos recuerdos de poesías; libros leíanse de ciencias, en los que se hablaba de cometas y de eclipses; de estrellas, de peñas, de animales y de plantas, en la casa de un párroco, de un sabio, decía todo el mundo, de don José Antonio Alzate y Ramírez; sobrino bisnieto de doña Isabel Ramírez de Santillana.

Audaces soldados españoles, y aun más crueles que ellos, soldados indios, habían teñido de sangre en el primer tercio del siglo xvi las aguas de los torrentes de Yacapixtla, y con ellos, y con los fríos vientos de los ventisqueros del Popocatepetl, habían bajado del otro lado de las espaldas del Ajusco, para conquistar tierras, llevarse a infelices indias, convertirlas en esclavas, y marcarlas y venderlas arriba, en los mercados de las grandes poblaciones. Cantos y versos se habían entretejido luego, bajo las altas cumbres, al través del pueblo de pacíficos labriegos de Yacapixtla, y habían descendido al fondo murmurante de los feraces valles, con las aguas de sus claros ríos, a mediados del siglo xvii;

y pensamientos serenos después, luminosos y graves, en el siglo XVIII, habían sido maduramente meditados, en aquella región misma; un poco más arriba, al otro lado de los montes, en Ozumba.

No sólo vientos y aguas circulan entre las altas tierras y los hundidos valles; no sólo crueles y devastadoras invasiones asuelan campiñas y montañas; no nada más trasponen quebradas y alturas, desventuradas mujeres que, víctimas de la brutalidad de hombres violentos, lloran; suben también en los días dichosos, cantos y versos, a la par que el aroma de las selvas, y se dilatan otras veces, como clara y serena luz, meditaciones de sabios. Así, arriba, y abajo, y en medio, comunicanse los hombres, ora para su bien, ora para su mal, sus recíprocas influencias. Así también, cielos y vientos; por encima de los montes y de los siglos. Como las nubes, como los vientos, como los ríos, las almas.

Téjense a los árboles de un continente las crenchas de las nieblas en otro continente nacidas, y no lo saben; como no saben las almas, que se tejen sus destinos de mundo a mundo, de siglo a siglo. ¿Sabe alguien cuándo, ni cómo, llegó a esta América nuestra, desde la España madre, a la casa de los padres de doña Isabel Ramírez de Santillana, españoles ambos, un vizcaíno, el Capitán don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, nacido en la pequeña villa de Vergara, a las márgenes del alegre riachuelo de Deva, que de las montañas del país vasco descende, por un valle feraz, al mar Cantábrico?

Sábase si, que el español recién llegado, y doña Isabel, — que hoy se declararía española por ser descendiente de padres españoles, aunque entonces se la consideraba mexicana, por haber nacido en México, — se amaron, se casaron y tuvieron varios hijos: noticia hay de dos niñas y de un niño: la menor de ellas fué la que, a su tiempo, hubo de ser llamada Sor Juana Inés de la Cruz. Cuando vino al mundo, vivían sus padres en San Miguel Nepantla, en aquel lugar que es como el vértice del abiertísimo ángulo que tiene abajo, al sur, la cañada de Yacapixtla, y arriba, al noroeste, el pueblo de Ozumba.

Noche estrellada sobre el silencio; musical y luminosa en el azul hondísimo del cielo. Eran las once; era un viernes; era el 12 de noviembre de la mitad de aquel siglo; era el fin del año de 1651 cuando vino al mundo, — misterioso presente del Cielo, — la niña que nació en un oscuro

apósito llamado entonces por el pueblo, *la Celda*, en el pueblo de Nepantla; y *la celda* se iluminó de súbito cuando la niña apareció en ella. ¿Fue un llanto su saludo al mundo? Llanto y canto resuenan en el lecho de las madres cuando sus hijos vienen al mundo.

II. — Sus primeros maestros

Nepantla es voz antigua que significa en azteca lo mismo que *en medio*: un valle, en medio, abierto al sur; un río torrencial, en medio al valle, tributario del de Cuautla; cerros sobre cerros, al oeste, al norte, al noreste, al este: los del norte, de innumerables nombres: el de Xóchitl, de la flor; el Coatéptl, de la serpiente; el del Mirador; el de la Mesa; otros más; el del noreste, la inmensa e inmóvil mujer blanca, de espaldas, cara al cielo, el blanco Iztaccihuatl; el del este, el gigantesco volcán que arroja humo, el Popocatepetl, y traspuestas las montañas del noreste, el alto valle de México, con la gran ciudad, cabeza de la América, en su fondo, a 60 kilómetros, a vuelo de pájaro.

Menos de ocho años en Yacapixtla y en los pueblos vecinos vivió Juana, la niña que conoció *la Celda* al llegar al mundo, un 12 de noviembre; habrá de creerse que sus primeros maestros serían, a la par que doña Isabel Ramírez y el Capitán don Pedro, las sencillas gentes de aquellos bohíos, y de sus pintorescos alrededores; bajarían alguna vez, ya párrocos de los pueblos aledaños, ya otros forasteros; y hablarían con la niña; llevaríanla otras sus padres a los pequeños lugares próximos: a la parroquia de Chimalhuacán-Chalco, — al otro lado de las montañas septentrionales, — de la que, eclesiásticamente, dependía la alquería de San Miguel Nepantla, y en la que la niña ha de haber sido bautizada; al santuario venerando del Señor del Sacromonte, entre las montañas mismas del norte, rodeado por los aromosos bosques de milenarios pinos, donde aún estaba viva la memoria del claro varón que fué Fray Martín de Valencia, ilustre jefe de los franciscanos que en el siglo xvi formaron el apostolado evangelizador de la Nueva España.

Llevaronla también a la pequeña población contigua al

Señor del Sacromonte, a *Amecameca*, adonde vivió luego algún tiempo su familia; quizás más lejos; hasta la espléndida joya de las ciudades del este; la que era fama que los Angeles mismos fundaron, Puebla, la del fertilísimo valle; pero acaso mejores maestros de la niña que sus padres mismos, y que las gentes con quienes tuvo trato entonces, fueron los árboles, el agua y las flores; el vibrante sol de los trópicos, derecho y ardiente, del que años después había de hablar, diciendo que ella había nacido

*“donde los rayos solares”
la “mirasen de hito en hito”,
“no bizcos, como a otras partes”;*

y los pájaros, de los que uno, para los mexicanos el más famoso, el pájaro triunfal de México, alguna vez sería evocado por ella en aquel arranque de patriotismo en el que prorrumpe:

*“¡Levante América ufana
la coronada cabeza
y el águila mexicana
el imperial vuelo tienda!”;*

y serían sin duda también sus maestros las montañas y el alba; la nieve de los volcanes y el humo del Popocatépetl, cuyo recuerdo se encuentra en las poesías místicas que más tarde Sor Juana Inés compuso; en aquella, ejemplar, que la Virgen María y las montañas le inspiraron, cuando dijo:

*“Yo os comparara, Señora,
con esa Sierra Nevada,
que aunque tiene cerca el humo
ella se está, siempre blanca!
Pensó de tizne el demonio
poderos echar la marca;
pero Vos, ¿cómo pudiérais
ser negra?... ¡No! sino el Alba!*

Quienes a la niña rodeaban, y la naturaleza espléndida en cuyo seno vivía, y las leyendas de pasmo que han volado siempre por todos los ámbitos, por cuanto a las riquezas de México atañe, prepararíanla, desde temprano, para que, años después, dijese a la Duquesa de Aveyro:

*“que yo, señora, nací
en la América abundante,
compatriota del oro,
paisana de los metales;
adonde el común sustento
se da, casi tan de balde,
que en ninguna parte, más
se ostenta la tierra, madre;
de la común maldición
libres parece que nacen
sus hijos, según el pan
no cuesta al sudor, afanes.*

*Europa mejor lo diga,
pues ha tanto que, insaciable,
de sus abundantes venas
desangra los minerales,
y cuantos el dulce lothos
de sus riquezas, los hace
olvidar los propios nidos,
despreciar los patrios lares;
pues entre cuantos la han visto
se ve, con claras señales,
voluntad, en los que quedan,
y violencia, en los que parten”;*

pero más, sin duda, que otras ningunas, recibió entonces enseñanzas del libro azul de los cielos, abierto de noche ante sus ojos maravillados, y en cuyas letras de luz leería ella poemas incomparables; y cuyos millones y millones de estrellas, tan rutilantes, tan coruscantes, sobre las altas tierras del Anáhuac, tanto invitarían a su alma a imaginar otras luces, aun más rutilantes, aun más deslumbrantes, que quien, como ella, volara después, en alas de su penetrante misticismo, pudiera llegar al fin, como llegó, años más tarde, a imaginar luz infinitamente más bella que las bellas y claras luces de sus cielos tropicales, la de Dios mismo, a quien ella llamaba el “Divino Narciso”, cuya estupenda hermosura, por ella misma entrevista, la hacía pensar y decir que

*...“de sus luces, los astros
eran brillantes mendigos.”*

La que así había de llegar, la que desde niña debe de haber llegado a aquella honda poesía, que es un rapto y un vuelo a lo Infinito, y palabra de claridad y música que, pendiente de lo Infinito, se columpia en el camarín del co-

razón, — a la par infinito y breve, — heredó sin duda de su ardiente raza, — que al venir a México en aquellos siglos de gloria y poder de esa misma raza, ha de haberse sentido dos veces nacida, por haber nacido antes en su heroica tierra de leyenda y por renacer luego en el mundo mexicano, misterioso, potente y rico, — heredó, claro es, el impulso vital que la hacía dispararse desde sí propia, rápida saeta, volando más que el viento; y en su raudo vuelo a cuanto veía, ha de haberse oído a sí misma cantar como los pájaros en torno suyo cantaban, y ha de haber ansiado brillar, como el agua del río de su pueblo que ante ella el sol salpicaba y mojaba con las innumerables chispas de su palpitante y caliente luz.

“No había cumplido tres años de mi edad”, decía ella, mucho tiempo más tarde; — imaginadla como ella se imaginaba, y como fué primero, niña; alegre, juguetona, risueña y rubia; — su padre y sus abuelos fueron del Norte de España; — imaginadla con la luz de sus ojos de claro color castaño, y el cielo de su atrayente y fascinadora sonrisa, iluminándola toda y vistiéndola de candor, — “cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñara a leer en una de las que llaman *“Amigas”*, — ¡Qué buen nombre que, como tantas cosas buenas, hemos perdido! Y ¡cómo la pura voz de la niña de antaño, hogaño nos enseña que en su tiempo había escuelas de niñas, y que las había en pequeñísimas aldehuelas de la Nueva España! ¡en la de Amecameca, donde ella vivía!

“Me llevó a mí tras ella”, tras su hermanita, “el cariño y la travesura” — el *cariño*, la de Juana fué siempre alma de cariño, — y la travesura, — la de Juana fué siempre alma jubilosa, que, como cabrita, en los riscos de la vida jugaba; “y viendo que le daban lección, me encendí yo” ¿miráis su anhelo? “me encendí yo, de manera, en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra”, no que la engañara; claro está; pero a la niña eso le parecía, “la dije que mi madre ordenaba me diese lección: Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme; ya no de burlas”; “y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía, cuando lo supo mi madre”...

Alma de cariño, y *alma de travesura*; y alma encendida en el divino afán de saber; verdadera Psiquis, mariposa que vuela a la luz, apenas la luz mira: “Acuérdome

"que en esos tiempos" "me abstenia de comer queso, porque oí decir que hacía *rudos*, y podía conmigo más el deseo de saber, que el de comer".

¿Miráisla ya, haciendo juicios de valores? ¿La véis, subordinando a lo mejor, lo menos bueno? Ya trazaba un plan de conducta; una regla de vida. Ya vislumbraba un ideal.

"Teniendo yo después, como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que aprenden las mujeres, oí decir que había Universidad y escuela en que se estudiaban las ciencias en México".

...¿Habrà ahora, a 60 kilómetros de México, en un pueblo perdido en el fondo de algún valle, rodeado por altísimas montañas cubiertas de bosques, una niña de seis o siete años que hable con entusiasmo y maravilla de la Universidad de México?...

— "y apenas lo oí, cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos"; — notadlo, no a su padre, de quien parece haber estado menos cerca, — y que yo no sé si por entonces habría muerto ya, — "sobre que, mudándome el traje, me enviara a México en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, y hizo muy bien"; — otra vez, y con qué firmeza e hidalguía, sus juicios de valores, aun cuando sean en su contra; mejor, si son en su contra; "pero yo despiqué el deseo, en leer muchos libros varios, que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo"; que su voluntad era cada vez más resuelta, y su ansia de saber, más inflamada y potente. Juicios de valores en su alma de niña; juicios de valores, que gobernaban su conducta.

"No llegaba a ocho años", — nos lo cuenta su biógrafo, el padre jesuita don Diego Calleja, — con el testimonio del "muy Reverendo Padre Maestro Fray Francisco Muñiz, vicario entonces del pueblo de Amecameca, — "cuando", "porque le ofrecieron por premio un libro", compuso, para una fiesta del Santísimo Sacramento, una loa, "con todas las calidades que requiere un cabal poema".

No; no sólo porque le ofrecieron tal premio, sino, de una parte, porque el asunto fué de su agrado; porque a su don de travesura, y a su afán de saber; a su curiosidad de rayo de sol, y a su humildad, — no de violeta, sino de siem-

previva, — en su alma de cariño y de justicia, uníase el vuelo hacia el Bien y lo Más Alto; que ya lo sentía desde que vió el cielo, tan hondo y tan puro, sobre los bosques y los montes que rodearon su cuna; y, de otra parte, porque convertíase todo en sus labios en música de versos, que resonaban en su ser, como algarabía de pájaros, desde que, pequeñita, aprendió de memoria los primeros que le cupo la fortuna de oír, y que en su vida le salieron al encuentro, heraldos de los que luego hubieron de aparecérsese, en libros de su abuelo.

Leyó la mayor copia de los de él, en la casa de éste, ya en México, adonde la trajeron para que con él viviera, poco después de que había cumplido los ocho años: un bufete de su abuelo adornaban; allí los encontró ella.

“Empecé” entonces, escribió más tarde, “a aprender gramática”; — entendamos gramática, sí; mas latín también, — “en que creo no llegaron a veinte las lecciones que “tomé”; no por falta de empeño, sino por falta de más gramática que se le enseñara. ¡Y qué bien le estuvo no aprender más, que lo esencial de la gramática! — que a su edad, no podía convenirle otra cosa, y que así, como la aprendió, le enseñó la gramática las buenas veredas, sin estorbarle los grandes caminos; mas mirad el interés que en aprender tenía; “era tan intenso”, dice, “mi cuidado, que siendo así que en las mujeres, y más en tan florida juventud, es tan apreciable el adorno natural del cabello”... ¿Dice alguien hoy lo mismo? Cortamos las flores, y se nos mueren luego en sus pobres tallos; córtanse el cabello las mujeres, a las veces por mera locura y moda; mas en el tiempo aquel de Juana, “yo me cortaba de él cuatro o seis dedos”, nos dice, “midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley” de que, si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal “o cual cosa”, “me lo había de volver a cortar, en pena” de la rudeza”; no par gala, locura y moda; por buena justicia. Con decir esto, empero, no creáis que trata de elogiarse; mal la entenderíais: que era la humildad misma; la humildad, y la justicia. Atended, cómo prosigue:: “Sucedía así, que él crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque “él” “crecía apriesa, y yo, aprendía de espacio, y” “le cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que “estuviese vestida de cabellos, cabeza” “tan desnuda de “noticias.”

III. — En la corte de la Virreina

¿Qué podían hacer quienes más conocieran y más admirasen a Juana Inés, a medida que creciera, tan linda como la veían, tan graciosa, tan llena de donosura y de ingenio? ¿Qué, si a todos parecía un prodigio, por su raro don de hablar, y, como por juego, en flúidos versos, y por su extraña sabiduría, hija sólo de sus propias lecturas? ¿Qué podían querer quienes se entusiasmaran viéndola y oyéndola, hasta quedarse mudos en torno suyo, sino ponerla donde más brillara, en la Corte del Virrey, al lado de la Virreina?

Trece años tenía — estaba en los comienzos de su adolescencia, — cuando a México vino, en 1664, el vigésimo quinto virrey, el Marqués de Mancera, hombre de bondad y tino, que supo contener desmanes de poderosos, y ser artífice de concordia; sabedor de las maravillas que ya se contaban de la niña, abrió para ella las puertas de su palacio, y en él entró ella, dice el Padre Calleja, “con el “título de muy querida de la señora virreina”.

Fué para la joven mexicana una nueva vida: de galanteos y discreteos; de saraos y fiestas: jóvenes españoles recién venidos de Europa, apuestos, atrevidos y galanes; damiselas y damas; y el ingenio de la niña puesto a prueba sin cesar; así cuatro años, en que ella leía en los ojos y leía en las almas, a la par que en libros, y en los usos y costumbres de la gente moza y fiestera que la rodeaba; pero más leía y más aprendía oyendo al virrey y a la bondadosa virreina, a cuyos deseos se anticipaba su anhelo de dejarlos complacidos, y su agradecimiento por el afecto que la tenían y por los agasajos que les merecía, avivándolo todo el impulso natural de su alma, que en su esencia era natural y espontáneo cariño.

Muerta ya, veintisiete años después, la que en 1668 era

aún casi una niña, pues sólo tenía entonces 17, acordábase de ella el Virrey Mancera, en España, y decía, una vez y otra, a cuantos querían oírlo, que — estas son las palabras con que el Padre Calleja cuenta los hechos, — “de ver en” Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan, “al parecer, puntuales, y bien fundadas las demás, quiso “desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable, o infusa, o adquirida, o artificio, o natural”; por lo que — un poco provocativo y temerario quizás, aunque paternal, — “juntó un día en su palacio” — diríase un cuento de Andersen, — “cuantos hombres profesaban letras en” la Universidad y ciudad de México: el número de todos “llegaría a cuarenta: teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas y no pocos “de los que, sin haber cursado” “las facultades, con su “mucho ingenio suelen hacer” “muy buen juicio de todo.”

¿Qué iba a pasar con la serranita, nacida en el monte, sólo cuatro años hacía traída a salas suntuosas de sociedad que no era la suya, sino reflejo y continuación de una de las más fastuosas y exigentes cortes del Viejo Mundo? Veintisiete años después, muerta ya, el Marqués declaraba “que “no cabe en humano juicio creer lo que vió”; “que a la manera que un Galeón Real se defendería de pocas chalupas “que lo embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las “preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en “su clase, le propusieron.”

IV. — Cómo hacía sus versos

Vida de fiestas y pruebas, de requiebros y escarceos amorosos: fué entonces cuando Juana Inés oyó palabras de amores y sintió que la perseguían ojos apasionados y miradas de ardor; entre los 13 y los 17 años; colegiala sin colegio, en un mundo — como todos los mundos deslumbrantes, — ficticio y cruel; desdeñoso, ardiente y frívolo; mundo en el que, muerto ya, reinaba un rey invisible, el poeta Luis de Góngora y Argote, a quien Juana Inés llamaba el *Apolo andaluz*, al fulgor de cuya memoria, imitadores suyos, alambicados, artificiosos y rebuscados, del peor gusto, como brillantes moscones zumbaban en torno de la niña. Salvóla de ser víctima de su mal gusto literario la propia alteza de los dones que muy de ella eran; mas sufrió de la mala compañía: siendo como era en ella “tan natural”, ella misma lo dijo, “la habilidad de hacer versos”, “que aun tenía que violentarse para no hablar o escribir en verso”, y que largo tiempo creyó que todos la tendrían, y sólo tarde advirtió, con sorpresa, que así no era, ¿cuántos no haría, cuando en la corte de la virreina estuvo, estimulada y perseguida para que los hiciera, por quienes la rodeaban y la acosaban a ese fin, con insistentes súplicas e importunos ruegos?

“Y a la verdad”, declaró ella, solemnemente, en memorable carta, veintitrés años más tarde, en 1691, “yo nunca he escrito sino violentada y forzada, y sólo por dar gusto a otros, no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia”; pero, a pesar de eso, innumerables veces hubo de escribir versos; por eso justamente sin corregirlos; porque muchos de ellos, sobre todo en la primera parte de su vida, apenas pudiera decirse en un sentido literal, que eran suyos; que el asunto se le dictaba, y que, no bien los escribía, de sus manos salían, para ir a otras; muchos también

hurtados a sus labios, que no a su pluma, con sólo que en sus labios cantaran, y escritos por ágiles, nerviosos y descuidados dedos, sin que ella pudiera ser parte ninguna a estorbarlo o impedirlo.

La gran verdad, que sin duda lo es, de que en efecto no escribió nunca “sino violentada y forzada”; esa verdad, que forma parte de aquella maravillosa confesión autobiográfica que es la carta de Sor Juana a Sor Filotea de la Cruz, no obsta, empero, para que sea verdad también la verdad opuesta; — que el alma humana es una cosa viva, entrechocada y contradictoria; — la verdad opuesta que consta en aquella otra confesión, su respuesta “a un caballero peruano”, que la escribió en romance, colmándola de elogios y firmando en un “laberinto”, para ocultar su nombre. Contestóle ella, también en romance, porque

*...“el diablo del romance
tiene en su oculto artificio,
en cada copla una fuerza
y en cada verso un hechizo;
tiene un agrado tirano
que, en lo blando del estilo,
el que suena como ruego
apremia como dominio;
tiene una virtud, de quien
el vigor penetrativo
se introduce en las potencias,
sin pasar por los sentidos;
tiene una altiva humildad
que, con estruendo sumiso,
se rinde, para triunfar
con las galas de rendido;
tiene,... qué sé yo qué yerbas,
qué conjuros, qué exorcismos,
que ni los supo Medea,
ni Tesalia los ha visto;
tiene unos ciertos sonsaques,
instrumentos atractivos,
garfios del entendimiento
y del ingenio, gatillos,
que al raigón más encarnado,
del dictamen más bien fijo
que haya de callar, harán
salir la muela y el juicio.”*

Por eso, agregaba ella,

*“por eso, como forzada,
sin saber lo que me digo,*

os respondo, como quien
escribe sin albedrío.”
...“Verdad es que acá a mis solas,
en unos ratos perdidos,”
...“hice versos, como quien
hace lo que hacer no quiso;
pero esto no pasó de
consultar acá, conmigo,
si podré entrar por jregona
de las madamas del Pindo,
y si beber merecía
de los cristales nativos
castalios, que, con ser agua,
tienen efectos de vino;”
“que, dando al seso vaivenes,
hacen columpiar el juicio;
de donde se ocasionaron
los traspies que dió Ovidio,
los tropezones de Homero,
los vagidos de Virgilio;”
...“entre cuyos jarros, yo
busqué, por modo de vicio,
si les sobraba algún trago
del alegre bebedizo;
y, (si no me engaño), hallé,
en el asiento de un vidrio,
de una mal hecha infusión
los polvos mal desleídos”.
...“Versifico desde entonces
y desde entonces poetizo,
ya en Demócritas risadas,
ya en Heráclitos gemidos.

Consulté a las nueve hermanas
que con sus flautas y pitos,
andan de una en otra edad,
alborotando los siglos;
híceles mi invocación;”
“y ellas, con piedad de verme
tan hambrienta de ejercicios,
ian sedienta de conceptos
y tan desnuda de estilos,
ejercitaron las obras
que nos pone al catecismo,
de misericordia, viendo
que tanto las necesito.

Dióme la madama Euterpe
un retazo de Virgilio,
que cercenó desvelado
porque lo escribió dormido;
Talía me dió unas nesgas,
que sobraron de un corpiño;”
“Melpómene, una bayeta
de una elegía, que hizo

Séneca".....;

*"Urania, musa estrellera,
un astrolabio, en que vido
las maulas de los Planetas
y las tretas de los Signos;
y así todas las demás,
que, con pecho compasivo,
vestir al soldado pobre
quisieron jugar conmigo.*

*Ya os he dicho lo que soy;
ya he contado lo que he sido;
no hay más que lo dicho, si
en algo vale mi dicho;
con que se sigue que no
puede ser objeto digno
de los tan mal empleados
versos, cuanto bien escritos;"*

— los que él le había dirigido; —

*"y no es humildad, por... que
no es mi genio tan bendito,
que no tenga más filaucia
que cuatrocientos Narcisos;
mas no es tan desbaratado,
— aunque es tan desvanecido, —
que presuma, que merece
lo que nadie ha merecido."*

Después de lo cual, y en los mismos fáciles versos — en los que hasta de las Musas se burla, burlándose de sí misma, — como para devolver los elogios recibidos, la ingeniosa Juana Inés proseguía:

*"De vuestra alabanza, objeto
no encuentro, en cuantos he visto,
quién pueda serlo, si ya
no se celebrare él mismo.*

*Si Dios os hiciera humilde
como tan discreto os hizo,
y os ostentárais de claro
como campáis de entendido,
yo, en mi lógica vulgar,
os pusiera un silogismo
que os hiciera confesar
que ése fué sólo el motivo,
y que, cuando en mí empleáis,
vuestro ingenio peregrino,
es manifestar el vuestro
más que celebrar el mío!*

Con que, quedándose en vos

*lo que es sólo de vos, digno,
es una acción inmanente;
como verbo intransitivo;
y así, yo no os la agradezco
pues sólo quedo, al oíros
deudora de lo enseñado,
pero no de lo aprendido.*

*Y así, sabed que no estorba
el curioso laberinto,
en que, Dédalo escribano,
vuestro nombre ocultar quiso.
...Dice:... ¿Direlo?... Mas temo
que os enojaréis conmigo
si del título os descubro
la fe, como del bautismo;
mas ¿cómo podré callarlo
si ya he empezado a decirlo,
y un secreto ya revuelto
puede dar un tabardillo?*

*Y así, para no tenerlo,
diré lo que dice; y digo
que es el Conde de la Granja.
¡Laus Deo!; ¡Lo dicho, dicho!"*

Más, empero, hay que decir: que era tal la naturalidad con que los versos se venían a la mente de Juana Inés, que aun dormida, y no una noche sólo, sino noches y noches, dormida versificaba.

V. — Sus dos más visibles naturalezas

Dos naturalezas había en Juana Inés; dos, a lo menos: cada uno, tiene, a lo menos, dos: más de dos había en ella: traviesa una, juguetona; sería otra, reflexiva; ambas aladas; ambas sutiles, y, por la luz de la poesía, ambas miríficas. Otras, más allá: las dos primeras revelábanse fácilmente; pero con frecuencia las enmascaraba una tercera: una que era sólo un reflejo y un rebote de quienes la circuían: los que le pedían que hiciera esto o aquello, animados por aquel beneficio, decía ella, que a Dios ella debió, aquel su "natural, tan blando y tan afable", que la llevaba a no contrariar a nadie, sino forzada por las condiciones que fuese atravesando, y aun entonces evitando toda forma violenta de contradicción. A este modo de ser suyo hay que atribuir no pocos actos de su vida — muy graves algunos, — y a él también hay que atribuir muchos versos que hizo sin poner en ellos su verdadera alma, sino sólo las luces prestadas de las circunstancias adventicias; de tales circunstancias deriva que, como la turba de los que la rodeaban solía ser de mal gusto, se esparciera éste sobre obras de ella, que aunque sean de ella — dijelo ya, pero quiero repetirlo, — no lo son del todo y propiamente, sino de los que la perseguían con sus empeños de que hiciera o dijera lo que ellos querían que dijese, y en la manera misma en que querían que lo dijese.

Por haber escrito composiciones enteras o partes de las mismas, que en el fondo y en su esencial verdad no fueron suyas de veras, y que ella sin duda olvidaba luego, pero que quienes las hurtaban a su asombrosa facilidad de decirlo todo en verso, se llevaban en triunfo, y ponderaban en corrillos, hueros de talento, es por lo que a la par logró tan fácil y rápida fama, y descrédito largo tiempo durable; pero el descrédito es injusto, porque ha caído aun

sobre lo que hay de inmortal en sus obras, y porque no debiera llevar a otra cosa que a condenar a olvido, lo que ella misma olvidaba y que en realidad suyo no era.

Cierto es que a menudo esta naturaleza prestadiza y superficial de Juana Inés, oscurece aquí y allá obras suyas que no debiera oscurecer; empero, teniéndola presente, podrán destacarse mejor sus bellezas genuinas, como genuinamente desprendidas de la esencia de su alma.

Revélase su ser íntimo en tres diferentes tipos de sus composiciones: aquellas, primero, en las que ella puso todo el voluntario abandono de una revelación de sí misma; aquellas, segundo, entrecortados fragmentos a las veces sólo gritos de su yo, que se le escapan, como las confesiones involuntarias de quienes dan a conocer lo más recóndito de su ánimo cuando menos piensan hacerlo así; aquellas, tercero, en las que a la par quiere decir lo que dice y disfrazar lo que disfraza, sea encubriendo bajo seudónimos los nombres propios, sea complicando las expresiones de que se sirve, y convirtiendo a terceras personas lo que líricamente sólo a ella y a otra determinada persona pertenecería; aquellas, en fin, cuarto, que escritas sólo accidentalmente y siendo de poca importancia, demuestran, a pesar de eso, y sólo porque las hizo, una inclinación preferente, una permanente atención que varias veces se reitera en su vida.

Del tercer modo de sus composiciones son ejemplo algunas de las que firmó con el seudónimo de Julia, y muchas de las que pertenecen a aquella época de su vida en la que, festejada y halagada en la corte de la virreina, fué objeto de desvelos amorosos.

Al cuarto tipo, en fin, pertenecen el soneto que estando en la Corte del Virrey Mancera compuso a los 16 años para celebrar el poema descriptivo escrito por el Presbítero don Diego de Ribera, en la dedicación de la Catedral de México, el 22 de diciembre de 1667, y el poema que bajo el seudónimo de Felipe de Salayces y Gutiérrez envió 17 años más tarde, en 1683, al certamen abierto entonces en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen María por la Real y Pontificia Universidad de México, y del que fué secretario don Carlos de Sigüenza y Góngora.

El soneto que compuso para celebrar el poema descriptivo que escribió el Presbítero don Diego de Ribera en la dedicación de la Catedral de México demuestra el interés que en ella también despertó ese asunto, y el generoso don

que ella tenía, de saber admirar y aplaudir los méritos ajenos. La glosa que compuso para el certamen de la Universidad y que ésta premió con una taza de plata, comprueba la fiel devoción que ella por la Universidad sintió, desde que era niña, y la que le inspiró siempre la Inmaculada Concepción de la Virgen.

De las dos naturalezas más visibles que en Juana Inés había, una, no obstante, la seria, la reflexiva, la que veía hasta lo más hondo, era también sin duda la más fundamental; la traviesa, la juguetona, la que a veces reía, era como las olas que juegan, coronadas de luz y de espuma, sobre un mar de misterios y de fuerzas recónditas; sobre aquel que tiene una voz potente, que sube al cielo, desde su profundidad inmensa.

VI. — Cómo fué su primer amor

Que a lo menos por algún tiempo no se inclinó el alma de Juana Inés, deslumbrada por otra ninguna y encendida en amor, pruébanlo sonetos y redondillas en que, con suelta pluma, contraponen al que sabe que le tienen, el que por su parte llama amor a quien no la quiere; pero amor tan de poca raigambre, que le permite jugar donosamente con la inclinación que siente, como en aquellos versos bien conocidos que principian:

*“Que no me quiera Fabio, al verse amado,
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Silvio, aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado”;*

o mejor en aquel soneto que dice:

*“Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata,
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.
Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.”*

...Sin duda el estado ambiguo que estrofas como estas describen ha de haber sido bien conocido por ella, en aquellos días de su adolescencia, pues tan bien lo retrata. De él pasaría a aquel otro, juego aún, de sala y de sarao, pero en el que puso para entenderse a sí misma su aguda perspicacia, que iluminaba tan bien la verdadera condición de su alma, y que tan bien revela que aun no era amor lo que hasta allí sentía:

*“Yo no puedo tenerte, ni dejarte;
ni sé por qué al dejarte, o al tenerte,
se encuentra un no sé que, para quererte,
y muchos sí sé qué, para olvidarte.
Pues ni quieres dejarme, ni enmendarte,
yo templaré mi corazón, de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte
aunque la otra mitad se incline a amarte.
Si ello es fuerza querernos, haya modo;
que es morir el estar siempre riñendo;
no se hable más en celo ni en sospecha;
y quien da la mitad, no quiera el todo,
que cuando me la estás, allá, haciendo,
sabe que estoy haciendo la desecha.”*

De este período, semi amoroso, son quizás también aquellos otros versos en los que ella diserta sobre las varias especies de amores — como deben de haber disertado jóvenes adolescentes, en la brillante corte del Virrey, en la que, con aparente sabiduría, — sabiduría y retórica de alados entrecruzamientos de observaciones, y de rápidos escarceos verbales — los más claros ingenios, — el primero, el de Juana Inés, discurrirían, en los rincones de flores y de luz de las salas, entre alusiones a los últimos versos de los que se tuviera noticia. Los de Juana que a esos momentos de su vida parecen referirse, trasunto diríase que son también de discusiones sostenidas en inconsistentes y no formalizadas cortes de amor, como han de haber sido igualmente las de la Virreina, en las que los donosos argumentarían en la forma más florida que les fuera dable, no sobre lo que les constase por propia experiencia, sino sobre lo que imaginaran y dieran por real, un poco con atisbos de intuiciones; otro poco con recuerdos de lecturas, y otro aún, con aguzamientos de ingenio: a tal género parecen pertenecer las décimas que comienzan:

*“Al amor, cualquier curioso
hallará una distinción:
que uno nace de elección,
y otro, de influjo imperioso:
éste es más afectuoso
porque es el más natural,
y así es más sensible; al cual
llamaremos afectivo;
y al otro, que es electivo,
llamaremos racional”;*

después de lo que Juana Inés distinguía otro y otros amores, y definía el que a su juicio más mereciera, para justificar luego su dicho, declarando, como en las contiendas de las escuelas:

*“pruébolo: si aquel que dice
que idolatra una beldad,
con su libre voluntad
a su pasión contradice,
y, llamándose infelice,
culpa a su estrella, de avara,
sintiendo que le inclinara,
pues, si en su mano estuviera,
no sólo no la quisiera,
mas quizá la despreciara:
si pende su libertad
de un influjo superior,
diremos que tiene amor,
pero no, que voluntad:
pues si ajena potestad
le constriñe a obedecer,
no se debe agradecer
aunque de su pena muera,
ni estimar el que la quiera
quien no la quiere querer”*,

tras de lo cual continuaba argumentando, sin duda con especial deleite.

Correlativo del estado mental que estos versos revelan, es en algún modo, el que en su “Psicología de las Adolescentes” (París, 1929), Pedro Mendousse ha vuelto palpable: no aman ellas propiamente — observa el sagaz psicólogo a quien acabo de nombrar, no aman sino en casos rarísimos; no se interesan en realidad por quienes por ellas suspiran; casi siempre sólo ellas mismas son el objeto de su íntima atención; pero sí, en cambio, y como por quita y pago, experimentan una verdadera necesidad de *jugar a la ternura*, de *jugar al amor*, de ensayar sentir emociones amorosas ficticias, como en preparación de las verdaderamente genuinas, que luego podrán experimentar.

Ficticias fueron, sin duda, también, en Juana Inés, las primeras “emociones amorosas”; al amor jugaba, sin imaginarse casi que jugaba; jugaba a la ternura sin sospechar que jugaba. El tono mismo, empero, de sus versos, fué cambiando, y muy pronto se hicieron tan concentrados, tan serios, tan densamente sentidos, que se advierte bien que

al fin se enraizaron en lo más íntimo; excepcional en esto, como en todo.

No en el acto, sin embargo, llegó a la condición mental que merece el nombre de amor; aún, por algún tiempo, la fantasía argumentativa, un tanto caprichosa y volandera, ha de haber sido frecuente en ella en cuanto a cosas de emoción se refiriese: de tal estado, en el que más su ingenio que su corazón se vería comprometido y burla burlando, iríasele por algún tiempo la vida en juegos de donaire, componiendo, de paso, sonetos a las rosas; viendo luego ajarse su lozanía; mirándolas marchitarse en seguida, y en rápida comparación con ella misma o con sus compañeras, concibiéndose análoga a las rosas, y diciendo a una de ellas:

*“no sientas el morir tan bella y moza;
mira que la experiencia te aconseja”*,

— ¿qué experiencia podía ella alegar de la vida, cuando apenas empezaba a vivir? —

*“que es fortuna morirte siendo hermosa,
y no ver el ultraje de ser vieja”*;

— del estado mental que estos versos revelen pasaría Juana Inés, casi sin sentirlo, a aquel otro estado, — que ya sería más hondo: aquel en el que, aunque ella pensara que ya amaba, no experimentaría aún más, que los precursores sentimientos que son heraldos del amor; aquel estado que revelan las redondillas en las que ya vierte el tesoro de una feliz y profunda introspección; la que puede leerse en estas palabras:

*“Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa porque lo siento”*.

Aunque en vísperas de amar estuviera entonces, no estaba todavía amando; por eso continuaba:

*“Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo,
y pára en melancolía”*;

*y cuando con más ternera
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste, e ignoro
la causa de mi tristeza.*

*Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano;
porque si acaso se ofrece,
después de tanto desvelo,
la desazona el recelo,
o el susto la desvañece”.*
*...”Si alguno mis quejas oye,
más a decirlas me obliga
porque me las contradiga,
que no, porque las apoye;
porque si, con la pasión,
algo contra mi amor digo,
es mi mayor enemigo
quien me concede razón”.*
*...”Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquel que tuviere amor
entenderá lo que digo”.*

No amor, sin embargo, aunque así lo diga ella: aurora del amor, amanecer del alma amorosa, que no sabe aún si son sombras o claridades las que apuntan en su cielo, y que más y mejor se introspecciona, sin que sepa, no obstante, ni pueda definirse. Cuando en tal condición está el alma, mecida en la hamaca del deseo, ora mira panoramas que la encantan, ora los que temor le inspiran; y el temor se convierte en dolor, a ratos; y a ratos, en melancolía; o se resuelve en inquietud. De tal estado, semi amoroso, puede a veces decirse lo que Juana Inés declaraba en aquel soneto, que debe de ser de la misma época de su vida:

*“Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgos, lances y recelos;
susténtase de llantos y de ruego;
doctrinanle tibiezas y despego;
conserva el ser, entre engañosos velos,
hasta que, con agravios o con celos,
apaga con sus lágrimas su fuego.”*

Es, para mí, dudoso, que con esto haya llegado de veras al amor, y que pintura completa del amor sean estos versos, aunque Juana Inés haya creído que lo fueran; que cuanto

Juana Inés, en tales versos dice, puede no ser más que el cuadro del mismo estado indeciso, que inexpertamente se declara amor, y que todavía no lo es: que no es todavía más que un conjunto de episodios anteriores a lo que ha llamado Pedro Janet el *amor-aspiración*; que no es aún más que ansia de amor; amor aun no concretado abiertamente en persona determinada aunque principie ya a concretarse y a referirse a alguna... o ensueño, y nada más.

Tales episodios, que preceden al *amor-aspiración*, podrán desvanecerse luego, o cobrar, por lo contrario, creces. En naturaleza tan sutilmente espiritual como la de Juana Inés, acaso den lugar a efusiones líricas casi irreales, como las que se leen en aquellos versos que dicen:

*“Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo...”*

*Si al imán de tus gracias, atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras, lisonjero,
si has de burlarme luego, fugitivo?
Mas blasonar no puedes, satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho,
si te labra prisión mi fantasía.”*

Parecería, no obstante, que el amor de Juana Inés hubiera cobrado cuerpo, cuando escribió aquellas hermosas décimas en que confiesa que su entendimiento se rinde:

*“Cogióme sin prevención
amor astuto y tirano;
con capa de cortesano
se me entró en el corazón;
descuidada la razón
y sin armas los sentidos,
dieron puerta, inadvertidos;
y él, por lograr sus enojos,
mientras suspendió los ojos,
me salteó los oídos.*

*Disfrazado entró, y mañoso;
mas ya que dentro se vió
del paladión, salió
de aquel disfraz engañoso,
y con ánimo furioso,*

*tomando las armas, luego
se descubrió astuto griego;
que iras brotando, y furoros,
matando a los defensores
puso a toda el alma, fuego;
y buscando sus violencias
en ella, al Priamo, fuerte,
dió al entendimiento, muerte;
que era rey de las potencias;
y sin hacer diferencias
de real o plebeya grey,
haciendo general ley,
murieron a sus puñales
sus discursos racionales,
porque eran hijos del Rey.”*

Pero ¿no indica el mismo artificio de esta larga comparación, por otras tres décimas sostenida, en la que los clásicos recuerdos de la toma de Troya, y los de Virgilio, mejor que los de Homero, se entretajan con la imagen que Juana Inés se forma del alma humana — Troya espiritual que saltea el amor, — que más que el amor mismo, lo que siente la que cree sentirlo, es sólo el aleteo del amor, en torno de su alma, naturalmente propensa a él?

Más fuerte se diría que es ya el sentimiento amoroso de la joven adolescente, en aquellas otras décimas — incorrectas, pero inflamadas, — en las que ella con el retrato de él habla, y como en un delirio, y consigo misma, razona, exclamando:

*“Toco, por ver si escondido
lo viviente en ti, parece:
¿posible es que de él carece
quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
esta mano que le toca?”
...“¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿qué, no hay voz en esa boca?”*

Así también parece llegar a lo más hondo del sentimiento amoroso cuando a aquel a quien ama, envía ella también su retrato, e imagina que quizás llegara él a no quererlo, con lo cual le dice:

“mas si, por dicha”,

traduzcamos, por acaso;

*“trocada
mi suerte, tú me ofendieres,
por no ver que no me quieres,
quiero estar inanimada;
porque el de ser desamada
será lance tan violento,
que la fuerza del tormento
llegue, aun pintada, a sentir;
que el dolor sabe infundir
almas, para el sentimiento!”*

Cuán incierto e inseguro es, no obstante, el estado amoroso que estas décimas revelan, hácelo ver la última de ellas en la que, pensando siempre en el retrato que le envía, dícele a quien lo envía:

*“Y si te es faltarte aquí
el alma, cosa importuna,
me puedes tú infundir una
de tantas como hay en ti;
que como el alma te di,
y tuyo mi ser se nombra,
aunque mirarme te asombra
en tan insensible calma,
de este cuerpo eres el alma
y eres cuerpo de esta sombra!”*

Amor, empero, verdadero amor, amor al fin, se dice uno, cuando lee aquellas amorosas liras en las que, ausente el amado, pregúntale ella:

*“ ¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos, quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos, delicada,
y el alma que te adora,
de inundación de gozos anegada,
a recibirte con amante prisa,
saldrá a los ojos, desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos?
y ¿cuándo, yo, dichosa,
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto?
¡Que tanto ha de penar quien goza tanto!”*

...Amor, verdadero amor, se repite uno, cuando lee aquellas estancias en que ella da satisfacción cumplida a los celos del amado, diciéndole:

*“Si otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asistanme, implacables, tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.*

*Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires, ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido!”*

...Amor real, apasionado y hondo, vuelve uno a repetir-se, expresa aquel admirable soneto, sin duda de ese tiempo mismo, cuya exaltación paroxística es innegable:

*“Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses, deseaba;
y Amor, que mis intentos ayudaba;
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón, deshecho, destilaba...
¡Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más, celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor, viste y tocaste
mi corazón, deshecho entre tus manos!”;*

¿Hasta dónde llegó este amor? ¿Qué carácter tuvo? Sin que nadie pueda, con lo que de Juana Inés sabemos, asegurar de un modo pleno, asertivamente nada, tengo, con certidumbre, para mí, que su amor fué en ella todo puramente cosa del espíritu; que eso es lo que ella, con razón, llamaba amor, y no la exaltación de los sentidos; y dígame que aquel en quien ella puso el alma, no la amó, sino que tuvo sólo por su belleza una sensual inclinación, que él disfrazaba y profanaba, como ocurrir suele, con el nombre de amor; hablaban así ella y él dos lenguas distintas, aunque se sirviesen ambos de iguales voces, y, por lo mismo, no podían entenderse; por tal modo que cuando, como tuvo que suceder, bajó él al cabo, la pendiente de su deseo, y pretendió arrastrarla, — que así ha de haber pasado — sintió ella que la venda se le rodaba, de súbito, de los ojos, y, horrorizada, se detuvo.

El amor, diríase entonces, pasó en efecto volando junto a Juana Inés, en el amanecer de su vida, y la rozó con la punta de sus alas, cuando apenas acababa ella de convertirse en mujer; pero siguió luego volando sin haberla herido con irremediable dardo, con lo que, despierta de pronto, vuelta en ella misma y saliendo al fin, de su engaño, convencida de que no valía el alma de ella, quien atrajo un momento sus miradas, y por quien sólo había tenido, aunque las magnificaran sus inflamados acentos, atenciones sin trascendencia, trocó luego en desvío y en disgusto lo que al cabo percibía bien que no había sido más que ilusión infundada y falaz ensueño.

El desengaño cruelmente sentido, y el movimiento de ira que el vil atrevimiento le inspiró, expresáronse entonces, con honda y fuerte pasión, de volcánico impulso:

*“Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.*

*A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo desgraciado;
el término final de un mal empleo.*

*Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón, justa me advierte
que sólo se remedia en publicarlo;
porque, del gran delito de quererte,
sólo es bastante pena confesarlo”.*

Soneto como éste, en el que ella habla de su *infame amor*, demuestra, por su final mismo, que su amor no fué infame; que si lo fuera, lo habría ocultado; demuestra también que de su parte no fué amor sensual; si amor sensual hubiera sido, no lo hubiera tampoco publicado; pero sí lo sería el de él; y los dos inconciliables puntos de vista, el de él y el de ella, provocarían la ruptura. Cuando ella se dió cuenta de que así era, su movimiento de repulsión y de enojo superó a su inclinación primera, y le arrancó aquellas admirables estrofas, que escribo aquí tales como deben de haber sido escritas, y no con la errata de imprenta, — ya lo advirtió Francisco de Herrasti, — que sin duda tienen en el tercero de sus versos, en todas las primeras ediciones que de ellos se hicieron, ni con la preposición que

a mi juicio, también por errata de imprenta, ha sustituido en el décimo de los versos, al posesivo que a mi entender debe reemplazarla:

*“Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno
el que estés de esta suerte en mi sentido;
que infama al hierro, el escorpión herido,
y a quien lo huella, mancha, inmundo, el cieno.*

*Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte, inadvertido;
y en fin, eres tan malo y fementido,
que aun para aborrecido, no eres bueno.*

*Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque mi susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco;
pues cuando considero lo que hice,
no sólo a ti, corrida, te aborrezco,
pero a mí, por el tiempo que te quise.”*

Asco es lo que este soneto expresa, por el que ese asco supo causar, y semejante asco no puede producirse sino en un alma pura y casta, limpia y blanca que, apenas sabiendo lo que hace, tiene por un hombre, alguna complacencia, sin imaginarse que al tenerla, haga nada impuro, y que retrocede corrida, avergonzada, cuando, queriendo villanamente burlar su inocencia y su cándida confianza, vil y cobarde ese hombre, pretende mancharla.

Aun después de tal decepción, vése, por otro soneto, que quien quiso abusar de la pureza de Juana Inés pretendió de algún modo mover otra vez su emoción amorosa, quejándose de que lo olvidaba, con la cual ella vuelve su desprecio y el que ella quiere que sea no ficticio sino real y verdadero olvido, cada vez mayores contra él, cuando escribe:

*“Dices que yo te olvido, Celio, y mientes
en decir, que me acuerdo de olvidarte,
pues no hay en mi memoria alguna parte,
en que, aun como olvidado, te presentes;
mis pensamientos son tan diferentes
y en todo tan ajenos de tratarte,
que ni saben si pueden olvidarte,
ni, si te olvidan, saben si lo sientes.*

*Si tú fueras capaz de ser querido,
fueras capaz de olvido; y ya era gloria
al menos la potencia de hacer sido;
mas tan lejos estás de esa victoria,*

*que aqueste no acordarme, no es olvido,
sino una negación de la memoria”.*

Quien así se expresa a raíz de la decepción, prueba, con poder expresarse así, que ciertamente su amor, verdadero como fué, fué de otra índole que el que él le tuviera, y que fué el amor de ella, aun habiendo sido verdadero amor, amor de débil raigambre, que se desenraizó cuando, ideal como era, chocó con el que se llamaba amor y que amor no era; que, a mucho ser, sólo sería lo que Platón llama vulgar amor, tan diferente y tan contrario del verdadero amor.

Verdad es que, contradiciendo esta tesis, otro aplaudido soneto de Juana Inés rebate los conceptos contenidos en el precedente soneto, y patentiza que el olvido que ella decía sentir, no existía; para lo cual pone ella ficticiamente su pensamiento en labios de quien pretendería rebatirlo, y lo hace expresarse en estos términos:

*“Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes
en decir que te olvidas de olvidarte,
pues das ya en tu memoria, alguna parte
en que, por olvidado, me presentes”.*
*...“Niégasme ser capaz de ser querido
y tú misma concedes esa gloria;
con que en tu contra, tu argumento ha sido;
pues, si para alcanzar tanta victoria
te acuerdas de olvidarte del olvido,
ya no das negación en tu memoria.”*

Empero ¿quién no ve, por la menor intensidad pasional de estos últimos versos — mucho menor que la que tienen los anteriores, — y por su sutileza dialéctica, que no son otra cosa que el revolver de las ideas dentro de la mente que las examina a una luz nueva, que a Juana Inés permite, con aguda penetración psicológica, subordinarse sinceramente a la verdad, más preciosa que todo para ella, y que la lleva a reconocer que de hecho y en verdad su olvido, aunque real, no era total ni podía ser perfecto, con lo cual restablece, por otra parte, el equilibrio de su alma?

VII. — Los efectos de su decepción

Así y todo, el grave incidente de la vida de Juana Inés cuyo progresivo desenvolvimiento desde antes de que sus sentimientos amorosos nacieran, hasta que, momento por momento, crecieron, culminaron, sufrieron violenta decepción y se disiparon — todo lo cual revelan, puestos en el orden en que los hemos puesto, los versos que someramente acabamos de analizar, — produjo efectos trascendentales en la vida de Juana Inés: de una parte, la decepción que ella experimentó explica versos que sin ese desencanto suyo no habrían sido escritos, y con ellos una concepción madura y fuerte de la vida: entre otros aquellas décimas, que preguntan, y alternadamente responden y aconsejan:

—“*¿Ves de tu candor, que apura
el alba, el primer albor?*

*Pues tanto el riesgo es mayor
cuanto es mayor la hermosura.*

*No vivas de ella, segura;
que si consientes, errada,
que te corte mano osada,
por gozar beldad y olor,
en perdiéndose el color,
también serás desdichada.*

*¿Ves a aquel, que más indicia
de seguro, en su fineza?*

*Pues no estima la belleza
más de en cuanto la codicia.*

*Huye la astuta caricia;
que si, necia y confiada,
te aseguras en lo amada,
te hallarás después, corrida;
que en llegando a poseida,
también serás desdichada.*

*A ninguno tu beldad
entregues, que es sin razón
que sirva tu perfección*

*de triunfo a su vanidad.
Goza la celebridad
común, sin verte empleada
en quien, después de lograda,
no te acierte a venerar;
que en siendo particular,
también serás desdichada.”*

Estos conceptos, que levantan el pensamiento de Juana Inés más allá de los sucesos fugaces, y le permiten mirar las condiciones permanente de muchos de los impulsos humanos, y distinguir del verdadero el falso amor, que de amor no tiene más que el engañoso nombre, y mostrar que su resultado común es el hastío, — con lo que, erigiéndose en moralista, pronuncia ella voces de advertencia que puedan defender a víctimas de hombres sin decoro, — son conceptos nacidos de aquella misma experiencia amarga, que, hiriéndola, hizo crecer su dolorosa sabiduría.

La propia experiencia cruel, y el espectáculo de la vida humana, a menudo tan disoluta entonces en la corte de los virreyes, — como ahora en nuestras sociedades modernas, — fueron también los que pusieron en su alma los airados y justos reproches que a los hombres dirige en las más famosas redondillas que escribió, en las que los increpa diciéndoles:

*“Hombres necios, que acusáis
a la mujer, sin razón;
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fué liviandad,
lo que hizo la diligencia.”*
...“¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal;
burlándoos, si os tratan bien.
Opinión, ninguna gana;
pues la que más se recata,

*si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una, culpáis por cruel;
a otra, por fácil culpáis;"*
...*"mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
¡bien haya la que no os quiere!
¡y quejáos! ¡Norabuena!*

*Dan vuestras amantes penas
a sus libertades, alas,
y después de hacerlas malas,
las queréis hallar, muy buenas.*

*¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae, de rogada,
o el que ruega decaído?"*

¿es decir, envilecido?

*"O ¿cuál es más de culpar,
aunque cualquiera, mal haga,
la que peca por la paga,
o el que paga, por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cuál las hacéis,
o hacedlas cual las buscáis."*
...*"¡Bien, con muchas armas, fundo
que lidia vuestra arrogancia;
pues, en promesa e instancia,
juntáis diablo, carne y mundo!"*

¿Versos vengadores? — ¡No! Reivindicadores de mejor apreciación y mayor justicia; de lógica más justa y más equitativa que norme mejor las relaciones sociales!

VIII. — La batalla interior de Juana Inés, y su entrada en el convento

Cuando Juana Inés rompió sus relaciones con el personaje del que hubo de decepcionarse, y lo declaró olvidado, sin que del todo quedara olvidado; cuando, en su movimiento de emancipación, se encaró varias veces con el mundo, y, adolorida y amargada, a la vez que justiciera, recriminó a los hombres por sus arteras celadas contra las mujeres, y por sus injustificados reproches, todavía sin duda quedó en ella, palpitando de algún modo, por algún tiempo, su amor antiguo, aunque desautorizado ya por ella misma; y por momentos ha de haberse sentido, a la par, vigilándolo, para que no tornara a acecharla.

Iluminándose entonces interiormente con sus reflexiones, siempre concebidas en forma poética y metafórica, y que le organizaban cada vez más, una interna y personal filosofía — muy suya, porque era hija de los combates mismos, recónditos, de su alma, — dábase cuenta de que, aunque todavía algo quedara parcialmente vivo en ella, del amor pasado, ella había triunfado ya, y seguía triunfando en la lucha, gracias a que la defendían sus más altos y nobles impulsos y su propia pureza íntima, que ella llamaba, como los grandes filósofos griegos, *la razón*; pensándolo y sintiéndolo así, pudo al cabo llegar hasta a burlarse del amor, cuando todavía cálidos rescoldos de amor quedaban en su alma, y con el amor encarándose entonces, decirle:

*“Dime, vencedor rapaz,
vencido de mi constancia,”*

vencido de mi constancia, es decir, no en un momento sólo,

ni en una sólo lid, sino al través de larga, constante, perseverante y valerosa lucha;

*“Dime, vencedor rapaz
vencido de mi constancia,
¿qué ha sacado tu arrogancia
de alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer, capaz
es la punta de tu harpón
al más duro corazón,
¿qué importa el tiro violento
sí, a pesar del vencimiento,
queda viva la razón?”*
*Tienes grande señorío;
pero tu jurisdicción
domina la inclinación,
mas no pasa al albedrío”;*

— me ha hecho inclinarme ante tí, pero no cederte el interno dominio de mí misma; —

*”y así, librarme confío
de tu loco atrevimiento,
pues aunque rendida siento
y presa la libertad,
se rinde la voluntad,
¡pero no el consentimiento!”*

Presa, siente ella en efecto, su libertad; desfallecerse, rendida, su voluntad; mas no su consentimiento.

En lo empeñado de su lucha, aun llega a pensar que ésta no acabará nunca, porque dice:

*“En dos partes dividida
tengo el alma, en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra a la razón, medida.
Guerra civil encendida
aflige el pecho, importuna;
quiere vencer cada una;
y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias;
pero vencerá, ¡ninguna!”*

con lo cual reafirma que no ha de consentir jamás. Y así, sintiendo, a pesar de todo, más fuerte su razón, exclama:

*...“¡Córrase pues tu porfía,
de los triunfos que te gano;*

*pues cuando ocupas, tirano,
el alma, sin resitillo,
tienes vencido el castillo
e invencible al castellano."*

Bien sentía ya entonces Juana Inés — como sus versos lo patentizan, — y bien entendía ese prodigio del espíritu humano, que siendo como es *uno*, es a la par *múltiple*, y formado de innumerables *unos*: *uno*, superficial, que sintiéndose derrotado, acaso, en el interior combate, deja vivo, en un baluarte más recóndito y más fuerte, a *otro*, más fuerte e íntimo, que, considerándose vencido a su vez, a su vez deja erguido en un reducto más secreto, a *otro*, más puro y más noble; y Juana Inés se decía a sí propia que el que está más en el corazón de uno, es el más verdadero y libre. Más en su propio corazón estaba el, entre todos, céntrico *yo* de ella, esperando la jornada final, y dispuesto a morir, si preciso fuere, más no a quedar vencido. Por eso exclamaba, dirigiéndose otra vez al amor:

"Invicta razón alienta"

— *invicta*, notadlo, es el calificativo que a la razón da; —

*"Invicta razón alienta
armas, contra tu vil saña,
y el pecho es corta campaña
a batalla tan sangrienta.
Y así, amor, en vano intenta
tu esfuerzo loco, ofenderme;"*

— *en vano*, notadlo igualmente; —

*...“en vano intenta
tu esfuerzo loco, ofenderme,
pues podrás decir, al verme
esperar, sin entregarme,
que conseguiste matarme,
¡mas no pudiste vencerme!”*

Con esta resolución indómita e inquebrantable, ni podía, en efecto, ni pudo ser vencida, ni lo fué: cuando tomó la resolución de entrar al convento, lo hizo ciertamente desengañada, pero serena; no por despecho. Su intuición de mujer clarividente le había hecho ver hasta el fondo de muchas almas; y tal visión, que pudo conturbarla y des-

quiciarla, le dió al cabo la paz, cuando entendió que no había nacido para vivir como ellas, ni con ellas. Por eso pudo decir:

*“Ya, desengaño mío,
llegasteis al extremo
que pudo, en vuestro ser
verificar el serlo”;*

es decir, comprobar que no erais más, que un desengaño!

*“Todo lo habéis perdido;
mas no todo; pues creo
que aun a costa es de todo
barato el escarmiento;
no envidiaréis de amor
los gustos lisonjeros;
que está un escarmentado
muy remoto del riesgo:
el no esperar alguno
me sirve de consuelo;”
...“en la pérdida misma
los alivios encuentro,
pues si perdí el tesoro,”*

— *el tesoro*, sin duda, irónicamente, —

“también se perdió el miedo”,

Y pues lo único que pudiera ya perder, el escarmiento, no lo puede perder, tan grande ha sido el escarmiento, tan profundamente conocedora ha venido a ser ella de que aquel amor que le salió al paso no era el amor que ella soñaba, dícese a sí propia:

*“No tener que perder,
me sirve de sosiego;
que no teme ladrones,
desnudo, el pasajero;”*

todo deshecho ya sin duda, en su alma, el edificio en que ella creyó que el amor vivía, y en el que sin duda vivió el amor, hasta que vino el desengaño. Por esto su resolución es irrevocable:

*“Ni aun la libertad misma
tenerla por bien, quiero;”*

la falsa libertad, la aparente, que es sólo esclavitud;

*“que luego será daño
si por tal la poseo.
No quiero más cuidados
de bienes tan inciertos,”*

los del mundo, los que abandonaba, los que desdeñaba, con firme decisión,

*“sino tener el alma
como que no la tengo”;*

como que no la tengo, pensaba ella sin duda, para las cosas del mundo, para los hombres; no para las cosas de más allá del mundo, las verdaderas, las esenciales, las ultra terrenas.

Con tal estado de ánimo como este, puesta en el alto plano de la serenidad luminosa su alma, claro está que no incidió en desliz alguno que la condujese, desesperada y avergonzada, a dejar la corte de la Virreina; amada siempre por ésta; admirada y respetada por el Virrey, que, ya lo hemos dicho, siguió hablando con encomio toda su vida, en cualquiera parte donde ocurriera hacerlo, de Juana Inés, aun vuelto ya a España, aun pasados largos años, aun muerta ella; amada y respetada por la sociedad toda, que concurre alborozada a las luminarias y festejos con que se celebró su profesión de fe, cuando hubo de entrar ella al fin al convento. — Aunque su decepción amorosa haya sido parte a llevarla a él, ni fué decepción que proviniera de haberse visto alguna vez desdeñada por aquel a quien ella, — a haber sido de diferente estatura moral, — habría confirmado su inclinación, — ni tuvo que avergonzarse en modo alguno de su propia conducta, sino que su decepción resultó solamente de que, con espanto y desconsuelo, se dió cuenta de que su personal concepto de amor era inconciliable con el que prevalecía en torno suyo. Al convencerse de que esto era así, declaró que no estaba hecha para casarse.

Otras causas concurren sin duda para su determinación, pero la más importante fué esa; ella misma lo dijo, mucho más tarde, en su carta a Sor Filotea de la Cruz: “la total negación que tenía al matrimonio”; estas son sus propias palabras; fijáos bien en la fuerza de ellas: “*la total negación*” — que ella advirtió, al darse cuenta del plano, por completo distinto, en el que su alma alentaba; por completo distinto de aquel en el que bajamente vivía quien provocó su desengaño.

Descando “vivir sola”, y atrayéndola, con sin igual poder, su invariable y pertinaz amor al estudio, retrájola al principio, de la idea de buscar retiro en un convento, “no querer tener”, como en un convento tendría, “ocupación obligatoria, que embarazase la “libertad de” su “estudio, ni rumor de comunidad, que impidiese “el sosegado silencio de” sus “libros”; pero, al fin, al convento hubo de llevarla el deseo que ya sentía, de levantar su espíritu hasta lo más encumbrado, hasta Dios, huyendo para ello de sí propia, aunque, como ella exclamaba en su misma carta a Sor Filotea de la Cruz: “Miserable de mí! Trájeme a mí conmigo, ”y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé ”determinar si por prenda o castigo, me dió el Cielo”; en su propensión invencible a leer, a estudiar, a saber; a abrir los ojos del alma y dirigirlos a cuanto su alma pudiera ver, apreciar y entender.

Al darse uno cuenta de que sólo quince años nueve meses tenía, cuando, tomada esta determinación, se presentó, el domingo 14 de agosto de 1667, en el Convento de San José de Carmelitas Descalzas — luego Santa Teresa la Antigua; reedificado diez y siete años después; convertido, a fines del siglo XIX, en el edificio de la Escuela Normal de Maestros y ocupado ahora por la Universidad Nacional de México; — al darse cuenta uno de que cuando Juana Inés se presentó en ese convento, acompañada por sus amigos y protectores, el Virrey Mancera y la Virreina, tenía apenas 15 años 9 meses, no puede uno menos de sorprenderse: ¡era todavía una niña! se ve uno tentado a exclamar.

En el libro en el que se registraba allí el ingreso de las nuevas religiosas, se escribió entonces: “Recibióse para religiosa corista a Juana Inés de la Cruz”.

Cuando se va perdiendo el significado de los vocablos, bueno es resucitarlo: ni aun en conventos de normas tan rígidas como lo eran las que regían en el de San José de Carmelitas Descalzas, se ingresaba para ir a sepultarse en una celda: no se entraba allí con el fin de hacer vida aislada, sino vida de *corista*, vida en comunidad, y oraciones conjuntas, en *coro*, en *el coro*; y acorde elevación; no de almas solas, sino de almas unidas, que unidas anhelaban subir al Cielo. La excepcional reclusión de otros siglos, no existía ya.

Aunque en tantas cosas haya sobresalido, como en tantas sobresalió Juana Inés, la regla, empero, a que quiso so-

meterse entonces, era superior a su resistencia física. No profesó, por lo mismo. Habiendo enfermado, y llegado quizás a las puertas de la muerte, no se quedó allí sino tres meses; el 18 de noviembre volvió, resucitada, al mundo.

Un año después, a los 17 de su edad, fué cuando el Virrey convocó a *los sabios* de la Universidad de México, y cuando airosamente obtuvo ella los mejores sufragios de sus cuarenta jueces; después de lo cual, y consultando de nuevo consigo misma y con el padre jesuíta Antonio Núñez de Miranda, su confesor, que lo era también de los virreyes, firmó su profesión de fe, en el Convento de San Jerónimo, el 24 de febrero de 1669, a los 17 años, 3 meses, 12 días, pagada su dote por aquel hombre de limpio linaje y distinguida familia, su pariente, el acaudalado don Pedro Velázquez de la Cadena, que la patrocinó y apadrinó, y hechos los gastos de la fiesta de la toma del velo por el Padre Antonio Núñez de Miranda, el mismo que “preparó, desde la vispera, las luminarias”, y que “invitó a lo más granado de los cabildos, eclesiástico y secular, a las sagradas religiones y a la nobleza de México”, para que asistieran al acto solemne en el que diría adiós al mundo quien tanto había brillado en el mundo.

Segunda Parte

Los derroteros múltiples

IX. — Los retratos de Sor Juana Inés de la Cruz

Monja ya, dividiéronse externa y aparentemente las horas de Sor Juana entre las atenciones de su convento — rezos y otros piadosos ejercicios, — y su vida común con las monjas, que, al darse cuenta de su “natural, tan blando y tan afable”, que debía ella a Dios, — palabras son todas estas, suyas, — *la amaron “mucho”,* y, con ello, *gustaban “mucho de”* su “*compañía.*” Movida por esto ella, y por el “*grande amor*” que también les profesaba, “solía ir, los ratos que a unas y a otras” les “sobraban, a consolarlas, y a “recrearse con su conversación.”

Retratada varias veces en su convento, en aquel gran siglo en el que, como también en el XVIII, los conventos y las iglesias de México fueron mecenas de los pintores — que, gracias a conventos e iglesias, crearon el arte mexicano, — retratada como se retrató a sí misma — que también supo manejar hábilmente paleta y pinceles, — en aquel cuadro al óleo del que una copia fué, pasado el tiempo, a parar a Puebla, y de allí a los Estados Unidos, porque lo compró en 1883 Roberto Lamborn, que publicó de él una fototipia en su libro sobre “La Pintura y los Pintores en México”, — así lo cuenta Luis González Obregón en su “México Viejo”, — representóse ella entonces, no de cuerpo entero, pero sí un poco más que de busto: ya con su traje de monja; amplia tela blanca de numerosos pliegues, sin duda de “manga perdida”, que le cubre casi toda la mano derecha, y sólo déjale visibles de ella los dedos, posados sobre un libro, en una mesa; doblado el brazo izquierdo; con la manga de largo puño ajustado por una fila de botones; la mano sostiene un libro, un devocionario, entreabierto; un dedo entre las páginas; la pasta, de color oscuro. La toca y el escapulario negro y ancho, cúbrenle, aquella, la parte

superior y la posterior de la cabeza; éste, el cuello, los hombros y el pecho; a derecha e izquierda, sobre el fondo blanco del hábito, paralelas al escapulario deslizanse las cuentas del rosario oscuro, mientras que prendida arriba, está la cruz de brillante metal, con una medalla, sobre el hombro izquierdo. Más grande que el óvalo de la cara, el grande escudo de la Orden, sobre el escapulario, encima del pecho, desde el cuello: expresivas figuras en el escudo: la Virgen María, en pie, a la derecha: atenta, absorta, oyendo; el Arcángel Gabriel, plegadas las grandes y blancas alas, frente a ella, a la izquierda. Un grande reclinatorio entre ambos; sobre él un libro abierto, y la mano izquierda de la Virgen posada en sus páginas — como la de Sor Juana sobre el libro de la mesa, — en tanto que arriba la Paloma Mística vuela en un ampo de divina claridad. Oval, dulce, sonrosado, el semblante de Juana Inés, de formas redondas, llenas, casi turgentes, como las de sus blancas manos de delgados, largos y finos dedos. Ancha la frente, sobre la que cae la curva onda de la toca; en el ángulo izquierdo, entreviéndosele detrás, el nacimiento del pelo, con oscuros reflejos dorados; bien trazadas, finas, francas, las cejas oscuras; grandes los ojos de pupila rubia; fina la bien hecha nariz; delgadas sus ventanas; delgados los labios; arqueados, plegados, adivináseles locuaces, expresivos; pero se les mira un poco voluntariamente cerrados. Es una adolescente enigmática, de alma luminosa y pensativa; una furtiva sombra de tristeza, de curiosidad y de espera; franco mirar, dulce y derecho, con atención abierta, mas ya un tanto cansada, preguntando.

¿Elegió ella en ese retrato, intencionalmente, la actitud que ahí tiene, con los tres libros que en él se ven? Para cada una de sus manos, uno; uno para la Virgen, a la hora de la Anunciación? ¿Los pintó casi sin darse cuenta de que así los pintaba, porque en el alma los llevara siempre? Elocuente retrato, cuyas bellas manos hablan, y que muestra el alma de Sor Juana Inés en ellas; en sus libros; en la Anunciación que sobre el pecho ostenta; en el hondo mirar de los ojos de ternura; en el dulce pliegue de los cerrados labios.

Otros retratos de Sor Juana nos permiten verla en otros momentos de su vida; en pie, ante un librero cargado de libros, junto a una mesa; el gran rosario siempre, dando vuelta a su cuello y yendo a su mano izquierda, suavemente

plegada, mientras la derecha, sobre la mesa, tiene entre los dedos la curva y blanca pluma de ave.

El del pintor Miranda es, sin duda, posterior; es el que, en 1750, cincuenta y cinco años después de la muerte de Sor Juana, copió el pintor mexicano Miguel Cabrera; sentada está en él Sor Juana en un gran sillón de huyente respaldo carmesí, encuadrado por tallada y rica madera, ante una gran mesa que cubre una carpeta de bayeta colorada, y en la que se encuentra abierto un infolio; sobre él tendidos el brazo y la mano derecha, frente al vasto tintero de metal, en cuya doble fuente beben tinta, curvas y blancas, dos plumas de ave; en el fondo un librero cargado de enormes libros de amarillento pergamino, rodean un reloj, cercado por una caja de figura de puerta, franjeada de rojo; diríase que es el corazón del librero mismo, el corazón del tiempo. Esbelta siempre; alta, delgada, elegante, en su amplio y albo traje talar, orlado abajo de azul claro; la negra toca, en ancha onda, recortada sobre la frente, dejando ver el borde blanco del hábito mismo, en torno al rostro y al cuello; negro y ancho el largo escapulario sobre el blanco traje, desde la toca hasta los pies, y encima del escapulario, encima del pecho, el grande y ovalado escudo de la Orden, en el que sin tocar con las plantas el suelo, semi plegadas las alas, el Arcángel, cruzado el cuerpo por flotante manto rojo, levantada con elocuente ademán la diestra, anuncia el misterio inefable a la Virgen María, prosternada a sus pies, y arrebujaada en su manto azul, oyéndolo.

El largo puño blanco del hábito ajustado al brazo derecho de Sor Juana, está cubierto por la ancha "manga pérdida", o más bien por la "manga de ángel", que en sus pliegues la envuelve; el del brazo izquierdo, ajustado también, deja ver atrás, libre y espléndida, la otra "manga de ángel" que como una ala hasta el suelo llega.

¿Qué miran a lo lejos, en ese retrato, los dulces ojos de color castaño claro de Sor Juana, llenos de dulzura y de luz, pensativos, inteligentes, perspicaces, cargados de ternura, bajo las finas y arqueadas cejas, bajo la alta frente blanca? ¿Hay en ellos melancolía? ¿Qué miran, mientras la pálida mano izquierda, suavemente plegada, como si ella misma hablase de recogimiento y de confianza, sobre el brazo del sillón levanta, en doble y amplia curva, el largo rosario de gruesas cuentas y de fina cruz de metal, prendida sobre el hombro?

Miran sin duda un poco los ojos de Sor Juana, su pasado: reflexiones hay, suspendidas en ellos — las que en varias de sus composiciones, inquietan, meditan, y pasan. — Miran también un poco lo porvenir, y una serenidad, de aurora agorera, los baña con su luz de amor y de ensueño.

A contemplar retrato como éste, colgado a un viejo muro lleno de añoranzas, iba, casi doscientos años después de la muerte de Sor Juana, y a quedarse extático ante él, mirándolo, abiertas las manos, absorto en sus meditaciones y en los recuerdos de sus lecturas, aquel incansable lector, de alma de niño; aquel viejecito de dulces ojos atentos, blancos cabellos, amistosa conversación y afable trato, que fué don José María de Agreda y Sánchez, el Subdirector, entonces, de la Biblioteca Nacional de México; y en una de sus amantes visitas copió la inscripción que tenía el retrato que con tanta atención miraba.

Por esa inscripción, que asimismo puede leerse en otro retrato de Sor Juana, en un convento de Toledo — Toledo fué en el siglo xiv cuna del claustro de San Jerónimo, cuyo renuevo se fundó en México en honor de Santa Paula, por la noble dama doña Isabel de Barrios, pariente de los antepasados de Sor Juana — así lo cree Francisco Fernández del Castillo, — sabemos que Sor Juana desempeñó, por nueve años, “el empleo de contadora” de dicho convento, y que tuvo a su cargo el arreglo y gobierno de su archivo. Más habría podido ser, a haber aceptado serlo: en dos ocasiones “sus compañeras la eligieron, por unanimidad, abadesa”; pero ella se negó a admitir el cargo.

A contemplar ese retrato de Sor Juana iba en otro tiempo don José María de Agreda y Sánchez, como hoy vamos a ver el que copió el pintor Miguel Cabrera a mediados del siglo xviii, y que en su gran marco de preciosas maderas, incrustado de hueso y de carey, está en uno de los vastos salones de historia del Museo Nacional de México: a copiar iba don José María de Agreda la inscripción del retrato que contemplaba, como hoy copiamos también nosotros la que en el de Cabrera dice que “está sacado de la copia” fiel que sus hermanas, las religiosas, guardan con el mayor “aprecio, en la contaduría del muy religioso convento del “Máximo Doctor, Señor San Gerónimo, de esta Imperial Ciudad de México.”

X. — El Convento de San Jerónimo, centro de vida cívica y social

Si las atenciones preferentes de su estado fueron las que demandaba su vida de religiosa, parte también del tiempo de Sor Juana tuvo que invertirse en satisfacer necesidades sociales: un convento como el de San Jerónimo, entonces, allá, en el libre campo fronterero a la ciudad; ante la abierta y clara belleza del valle de México, y que recibía en su seno, en calidad de monjas, a quienes en aquel insigne Padre y Doctor de la Iglesia Católica que vertió al latín la Biblia, en su admirable traducción conocida con el nombre de la Vulgata, veían con razón a uno de los más doctos de los grandes letrados que han sido honor del mundo, y al mejor quizás de los que florecieron en los siglos iv y v de la Era Cristiana, un convento como ese, que, de más a más, recibía a la tan ponderada Juana Inés, a quien los mismos virreyes llevaban ahí, tenía que ser considerado no sólo como casa de alejamiento de las inquietudes mundanas, y de virtud, y de oración, sino también como centro de cultura superior, y de amor a lo más puro de las letras y de las humanidades latinas, y como albergue de prestigio, piedad y misterio, de la que tantos versos había hecho ya, y tan celebrada era por su hermosura.

Natural había sido que en ese convento por fin hubiera buscado acogida, al sentirse tan alejada del matrimonio, Juana Inés, cuyo amor a las letras y a la sabiduría era tan vivo; y natural luego que toda la sociedad culta de México, de los virreyes abajo, dirigiera su pensamiento, sus miradas y sus pasos, a la ilustre casa que al sur de la ciudad, en la paz campestre y serena, hacía obra de recogimiento, a la vez que de ilustración interior, y de interna elevación de las almas, y que ahora acogía en su seno a la poetisa que, ave del paraíso, se escapaba de la vida del mundo.

Iban allí, en consecuencia, a su locutorio, en los días y a las horas de recibo, damas y caballeros; lo más granado de la alta sociedad mexicana; el virrey y la virreina *in cápite*; y allí, como antes en la corte de la virreina, siguió aplaudida, admirada y festejada Juana Inés.

Aplaudida, admirada y festejada, aun por los extranjeros que a México venían, y que solían querer tomarse extrañas libertades al saber que Sor Juana era mujer de tan claro ingenio y de tan fácil y derecha palabra, pronta siempre a la respuesta, como el florete de un duelista, a todas horas dispuesto a entrar en acción, peruano hubo que, proscrito de su país, sin duda por su osadía, escribióle versos en los que a la par, cosa increíble, le decía que se volviese hombre... ¿Por qué? — ¿Porque la viril resolución de Sor Juana lo llevó a pensarlo así? ¿Porque nadie imaginaba que pudieran conciliarse con el sexo femenino de la poetisa sus maravillosos dones de hablar como hablaba, y de estudiar como estudiaba, y de hacer versos?... — y le mandó unos búcaros chilenos, de olorosa arcilla.

Con llaneza, con delicadeza, con decisión y con tino increíbles, dióle ella — por supuesto en verso, — las gracias por el presente, diciéndole de una parte, “que tanto *filis*” — “*filis*”, dice la Real Academia Española, es “habilidad, gracia y delicadeza en hacer o decir las cosas, para que salgan con la última perfección”, — que tanto *filis* tenían los búcaros, que juzgaba que sería él quien los habría hecho; y de la otra, que aun cuando recibía su consejo de hacerse hombre, no juzgaba que hubiera fuerzas capaces de mudar su naturaleza, que ni ella misma sabía cuál pudiera ser, después de lo que, alto y noble el pensamiento que jamás retrocedió pusilánime, agregaba:

*“Yo no entiendo de esas cosas
sólo sé que aquí me vine
porque, si es que soy mujer,
ninguno lo verifique.”
...“Con que a mí, no es bien mirado
que como a mujer me miren,
pues no soy mujer que a alguno
de mujer pueda servirle;
y sólo sé que mi cuerpo,
sin que a uno u otro se incline,
es neutro o abstracto; cuanto
sólo el alma deposite;”*

que sólo entendía ella que tuviera cuerpo, para que así pudiese quedar en él, como en depósito, a su paso por la Tierra, su alma.

¿No es este el modo mejor ciertamente, en cristiano idealismo, de considerar al cuerpo, sólo como lugar donde se guarde el alma? Y considerarlo así no obliga también y a la par, a no despreciarlo y a no profanarlo?

Sabedores como todos eran de la facilidad que Sor Juana tenía, y que tocaba en prodigio — para hablar en verso, seguían así pidiéndole opiniones, pareceres, respuestas en verso; o que en verso discutiera o debatiera, y que versos hiciera, ya con este, ya con aquel asunto; ya para tal, ya para cual propósito, y ella, que naturalmente era complaciente — acabamos de verlo, — no los rehusaba ni aun en casos o con asuntos difícilísimos; pero con mayor razón sentíase obligada para con cuantos de algún modo la distinguían, y sobre todo para con la Virreina, por la casi maternal bondad que la Virreina para con ella siempre tuvo. — Ya antes había hecho versos, para significarle su gratitud y su cariño; — entre otros, el soneto que le compuso, convalesciente de la grave enfermedad de que fué víctima en el Convento de San José de Carmelitas Descalzas, y que principiaba:

*“En la vida que siempre tuya fué,
Laura divina, y siempre lo será,
la parca fiera que en seguirme dá,
quiso asentar por triunfo el mortal pie”,*

y que terminaba diciendo:

*“para cortar, el hilo que no hiló,
la tijera mortal abierta vi:
Ay! parca fiera, dije entonces yo;
mira que sólo Laura, manda aquí;
ella, corrida, al punto se apartó,
y dejóme morir sólo por ti”.*

Naturalmente siguió haciendo versos en honor suyo, hasta el fin de los días de la misma virreina, cuya muerte sintió ella con dolor profundo, y siguió también correspondiendo en verso — tal era su natural modo de expresarse, a cuantas atenciones se le dirigían.

Esa misma vida social, que hacía de un convento como

el de San Jerónimo un centro del que una especie de aroma de virtud, donosura, ingenio y sana alegría emanaba, es la que tuvo como elemento máximo a Sor Juana, más aún que en los cuatro primeros años de su vida conventual — los últimos que pasó como virrey en México su protector, el Marqués de Mancera, el grande amigo entonces de las libertades de los indios, el enemigo de que aumentara la infame trata de negros, el hombre de buen gusto que tanto influyó para que se concluyera el interior de la espléndida catedral de México, y el protector de los escritores mexicanos, — más aún que entonces, en el tiempo de sus sucesores: no en el del Duque de Veragua, que apenas cinco o seis días del año de 1673 estuvo en el poder, y a cuya muerte Sor Juana hubo de componer no menos de tres sonetos; ni en el de quien vino a sucederlo, el Arzobispo don Fray Payo Enríquez de Rivera, a pesar de que las relaciones de Sor Juana con él fueron siempre satisfactorias y aun excelentes, lo mismo antes, que durante los siete años de grata memoria de su virreinato, de 1673 a 1680, — sino, sobre todo, en la época del que se encargó del gobierno de la Nueva España, don Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, de 1680 a 1686, y en tiempo del cual las letras mexicanas se honraron mejor todavía que en el de su sucesor, el Conde de Monclova, que sólo ejerció el poder dos años, de 1686 a 1688.

Aun después, el convento siguió siendo un centro social y literario, en la época del Conde de Galve, que gobernó de 1688 a 1696, y con el que igualmente Sor Juana tuvo excelente amistad y afectuosas relaciones literarias, lo mismo que con su esposa, la Condesa de Galve.

Sor Juana no describió nunca la fábrica material de los edificios con los que de algún modo se relacionó su vida, ni la estructura de objeto cualquiera que tocaran sus manos, o que pudiera interesarla, ni libro ninguno. Jamás se refirió en sus escritos a sus sensaciones. Teníalas; claro es; pero sólo servíanle, como su cuerpo, de soporte al alma. Mejor que percepciones tenía sin duda lo que tal vez Klages llamara visiones espirituales. No es por ella, en consecuencia, por quien sabemos que dentro de sus cuatro paredes maestras su convento, en la parte oriental del mismo, tenía el aspecto según observaba en 1868 don José de Jesús Cuevas, “de una pequeña población encerrada entre muros altísimos”, y que la otra parte de él, la del poniente, comprendía varios patios, de los

que el último, que estaba sobre un “amplio y vistoso jardín”, rodeado por “una serie de galerías cuyos arcos abiertos con valentía” descansaban “en robustas columnas del orden toscano”, se levantaba hasta un alto piso; ni por ella, sino por sus hermanas en religión, — que dos siglos más tarde, aun lo contaban a innumerables personas, hasta que para siempre hubo de exclaustrárselas y que se repartieron al viento sus despojos, — por quienes nos vino la noticia de que la celda de Sor Juana estaba arriba de aquel jardín, y de aquellas galerías, en aquel más alto piso, en el ángulo del Sudoeste; y que de un lado tenía, convento y patios en medio, al noreste, la iglesia, y del otro, allende la esquina de las pobres calles Verde y del Chapitel de Monserrate, y de los suburbios de la ciudad, y de la llanura, el distante bosque milenario de los reyes aztecas, el de Chapultepec, con el entonces pueblo de Tacubaya a un lado, y las más lejanas, azules montañas del Valle, en el fondo.

Por dos siglos miraron las hermanas, desde los patios, allá arriba, la celda de Juana Inés, con su alta ventana abierta al Sur que le vertía temprano a cada aurora, las luces del sol naciente, y le entregaba cada tarde las del sol muriente, y por la que ella miraba en las noches claras del invierno, los cuatro clavos brillantes de la gran *Cruz del Sur*, rutilando en la sombra. Las almas de las hermanas subían a menudo, a lo menos con los ojos, las “soberbias escaleras” que al alto piso llegaban; parábanse en los arcos que les servían de remate; a los lados, las vastas y elegantes galerías, y al frente, la celda. Pasado el umbral de esta ¡cuántas veces se imaginaron ver la esbelta figura de ensueño, pensativa y blanca!

Alguna vendríaseles a la imaginación el recuerdo de los juveniles amores de aquella a la que siempre tuvieron en el pensamiento, y preguntáronse, como hoy nos preguntamos, qué sería lo que pasó en los primeros tiempos de su vida conventual en lo más íntimo del alma de Sor Juana, con el amor que antes, en los floridos y alborozados días de su adolescencia, tuvo. ¿Había desaparecido ya por completo? ¿Rescaldos cada vez más fríos quedaron de él en ella, por algún tiempo? Una composición de Sor Juana, sin fecha, da contestación a esa pregunta: es aquella en la que, asaltándola, quizás de repente, el recuerdo del tiempo aquel en el que su amor antiguo había querido arrebatarle el alma, exclamaba:

“Yo me acuerdo, (¡oh nunca fuera!)
que he querido, en otro tiempo,
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo;
mas, como era amor bastardo,
y de contrarios conceptos,
fue fácil desvanecerse
de achaques de su ser mismo.”

Era amor bastardo y de contrarios conceptos, dice en esta composición suya; *era*, ya no *es*; *de contrarios conceptos*; del suyo, sin duda, de su amor ideal, y del ajeno, del amor carnal, que abusivamente se llamaba amor; por eso habían sido contrarios; por eso no pudieron armonizarse; por su esencia misma, antagónicos e inconciliables; el uno, todo espíritu; el otro, cuerpo. Andando el tiempo, reflexionaba Sor Juana; y, con justa razón, llamaba a aquel amor, *bastardo amor*.

Subsistió empero, ella misma nos lo dice; subsistió algún tiempo, aunque, por supuesto, metamorfoseándose y trasmutándose, y a esa condición suya es seguramente a la que ella se refiere, cuando, aquietada ya y serena, lo recuerda y lo analiza.

XI. — Humildad y altivez de Sor Juana. Su libertad

La vida social que tenía que vivir Sor Juana convertíase al propio tiempo en ella en vida literaria, en la que se transparentaba parte de la vida interior de su espíritu y se conjugaba con su vida social: una rosa no puede vivir sino aromando el ambiente; Juana Inés no podía vivir sino cambiando su palabra en música, en versos; y como era naturalmente agradecida, y como era naturalmente generosa, entusiasta, humilde y llana, sus versos son a la par un modelo de rendimiento: tan grande éste, que no pocas veces parece extraordinario, y que para entenderlo, precisa parar mientes en la cortesanía de aquellos siglos, y en los favores que sin duda debían el convento y Sor Juana a quienes los protegían.

De tales favores uno de los más grandes, el mayor que a la posteridad, mejor que a Sor Juana, hizo la Condesa de Paredes, fué pedir a Sor Juana que recogiera sus versos — que andaban repartidos en muchas manos, — y tomar las necesarias providencias para que se publicaran. No se publicaron, en consecuencia, por empeño de Sor Juana, sino de la virreina: al publicarlos, sin embargo, más hecha, naturalmente, cada día, el alma de Sor Juana, más dueña de sí propia, más consciente, se dirigió a sus lectores, diciéndoles, en su prólogo:

*“Esos versos, lector mío,
que a tu deleite consagro,
que sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos,
ni disculpártelos quiero,
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso.*

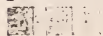
*No agradecido te busco;
pues no debes (bien mirado),
estimar lo que yo nunca
juzqué que fuera a tus manos”;*

lo cual pone de relieve el espíritu de rectitud — que cada vez más la animaba, y que la llevaba, con altivez gallarda y con dulce humildad, a hablar a sus lectores, sin pedirles nada, ni tampoco pretender lisonjearlos, y a someterse de antemano a sus críticas y censuras, que da ya por bien fundadas, — y hace palpar, a la vez, que, no obstante los versos llenos de hiperbólicos conceptos que a los virreyes dirigía, no sabía adularlos, sino que sólo les decía lo que de veras, aunque poética y metafóricamente, sentía.

En el prólogo mismo habla de la libertad que, por de contado, tendrán cuantos lean sus versos, para juzgarlos; y reconociéndola, declara lo que estuvo siempre en su ánimo, que

*“no hay cosa más libre que
el entendimiento humano”,*

y que nunca pensó en que la libertad de nadie se coartara por consideraciones a ella,



*“pues lo que Dios no violenta
¿por qué yo he de violentarlo?”*

Excúsase a la par y no se excusa de sus incorrecciones, explicando:

*“Bien pudiera yo decirte
por disculpa, que no ha dado
lugar para corregirlos
la prisa de los traslados”;*

lo cual hace ver que si de otro modo se hubiesen publicado — por voluntad de ella y dirigido todo por ella, — defectos con que aparecieron habrían antes desaparecido. Explica aún

“que van, de diversas letras”,

los manuscritos entregados a los impresores,

*“y que algunas, de muchachos,
matan de suerte el sentido
que es cadáver del vocablo”.*

¿Por qué empeñarse pues, en conservarlos hasta en sus más visibles incorrecciones, cuando ella las repudió desde el principio, advirtiéndolo que los traslados, las copias, eran obra de inexpertos muchachos — copistas entusiastas pero incompetentes, — y no de ella misma? Ni se arguya que corregiría las posteriores ediciones; porque aunque así lo aseguren portadas de estas, no es de creer que, más delicada cada vez de salud; más complicada su vida por graves y crecientes dificultades, haya tenido tiempo y serenidad de espíritu para hacer después bastante, lo que al principio no pudo hacer del todo.

*“Que tengo poca salud
y continuos embarazos;
tales que aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando”;*

agregó ella todavía en su prólogo; más a la vez rehusó, a la par altiva y humilde, excusarse, puesto que dijo:

*“pero todo esto no sirve,
pues pensarás que me jacto
de que quizás fueran buenos
a haberlos hecho despacio,
y no quiero que tal creas,
sino sólo que es el darlos
a la luz, tan sólo por
obedecer un mandato”.*

Respetuosa de la libertad de sí misma, — que no la llevaba a obedecer sino porque quería obedecer, y porque pensaba que debía hacerlo así, — era respetuosa igualmente de la libertad absoluta de los demás, y por eso agregaba, dirigiéndose a sus lectores:

*“Esto es, si gustas creerlo,
que sobre eso, no me mato,
pues al cabo, harás lo que
se te pusiere en los cascos.
Y adiós; que esto no es más de
darte la muestra del paño;
si no te agrada la pieza
no desenvuelvas el fardo.”*

A ese mismo sentimiento profundo de la libertad social — que ella había confirmado sin duda en la gran batalla interior contra su pasado amor mundano, pero que sin duda también ha de haber sido esencial y cardinal para ella desde que vino al mundo, — y a la íntima convicción de que es indestructible la libertad íntima del alma, refiérese en otros versos, muchos años después dirigidos a la Condesa de Galve, y en los que le dice:

*“Pues por qué no he de ir a verte,
cuando todos te visitan?”*

*¿Soy ave nocturna para
no poder andar de día?”*

*Si porque estoy encerrada,
me tienes por impedida,
para esos impedimentos
tiene el afecto sus limas:*

*Para el alma no hay encierro
ni prisiones, que la impidan,
porque sólo la aprisionan
las que se forja ella misma.*

*Sutil y ágil el deseo,
no hay, cuando sus plumas gira,
solidez que no penetre,
ni distancia que no mida.”*

*“Allá voy a verte; pero
perdóname la mentira:
que mal puede ir a un lugar
el que siempre en él habita;”
“que te asisto y no me sientes,
que te sirvo y no me miras.”*

Sintiéndose libre así, para estar donde materialmente no estaba, e ir adonde materialmente no iba; con aquel su genio, a la vez tan femenino y tan viril, tan delicado y tan fuerte; dueña de sí propia; templada en el yunque de su propia historia sentimental y moral, se sentía, a la par, igual a los más grandes, y mostrar solía su entera independencia, con tanta valentía defendida y de la que dió expresiva prueba cuando, al dirigirse, al través del Atlántico, a la Duquesa de Aveyro — a la “Gran Duquesa de Aveyro”, — queriendo que no formara erróneos conceptos de la intención con que le escribía, le dice:

*...“Yo no he menester de vos,
que vuestro favor me alcance
favores en el Consejo,
ni amparo en los tribunales;*

*ni que acomodéis mis deudos,
ni que amparéis mi linaje;
ni que mi alimento sean
vuestras liberalidades”;*

después de lo cual, y declarándole cuán grande siente a la patria donde ha nacido, a su América, donde todo le parece incomparable, se refiere también a su propia condición, agregando:

*”demás, de que en el estado
que Dios fué servido darme,
sus riquezas, solamente
sirven para despreciarse;
que para volar segura,
de la religión la nave,
ha de ser la carga, poca,
y muy crecido el velamen;
porque si algún contrapeso
pidé, para asegurarse,
de humildad, no de riquezas
ha menester hacer lastre;
pues ¿de qué cargar sirviera
de riquezas temporales,
si en llegando la tormenta,
era preciso alijarse?”*

Y puesto ya bien claro que no la guía interés personal ninguno, sino que otros móviles son los que la mueven, trueca, sin embargo, en rendido agradecimiento su altiva actitud, porque sabe que la Duquesa de Aveyro ha ayudado con empeño a los misioneros enviados a la Nueva España, para evangelizar a los indios, lo que, prosiguiendo su discurso, la lleva a decir a aquella noble dama:

*“Con que, por cualquiera de estas
razones — pues es bastante
cualquiera — estoy de pedir
inhibida, por dos partes;
pero donde de mi patria
la dulce afición, me hace
remontarme del asunto,
y del intento elevarme,
vuelve otra vez, gran señora,
el discurso a recobrase,
y del hilo del discurso
los dos rotos cabos ate.
Digo, pues, que no es mi intento
señora, más que postrarme*

*a vuestras plantas, que beso,
a pesar de tantos mares”.*

*“Mi señora la Condesa
de Paredes; — aquí calle
mi voz, que dicho su nombre
no hay alabanzas capaces”... —
“me dilató las noticias
ya antes dadas, de los padres
misioneros, que pregonan
vuestras cristianas piedades,
publicando como sois
quien, con celo infatigable,
solicita, que los triunfos
de nuestra fe se dilaten.”*

*“Yo pues, con esto movida
de un impulso dominante,
— de resistir, imposible,
y de ejecutar, no fácil,—”*

*“las ondas del mar no temo,
las pompas piso del aire,
y venciendo la distancia,”*

*“llego donde las señales
de vuestras plantas, me avisan
que allí mis labios estampe.”*

*“De nada puedo serviros,
Señora, porque soy nadie;
mas quizás por aplaudiros
podré aspirar a ser alguien.*

*Hacedme tan señalado
favor, que de aquí adelante
pueda, de vuestros criados
en el número contarme.”*

La vida social de Sor Juana la llevaba así, más allá del estrecho campo de su celda, allende el país, allende el Océano, hasta Europa, transportada en alas del amor a su patria, y a la par altiva y humilde, conmovida por las piadosas liberalidades de la Duquesa de Aveyro, doña María de Guadalupe Alencastre, en bien de los indios, convirtiase en *criada*, decía ella, de la que con su generosa piedad, ganábala a la par, la voluntad y el alma.

En *criada* también, por su reconocimiento y por su amor, sentíase convertida, de la Condesa de Paredes, a la que dedicó sus versos cuando se publicó el primer tomo de ellos con aquel soneto famoso:

*“ El hijo que la esclava ha concebido,
dice el derecho, que le pertenece
al legítimo dueño, que obedece
la esclava madre, de la que es nacido.*

*El que retorna el campo agradecido,
ópimo fruto, que obediente ofrece,
es del Señor, pues si fecundo crece
se lo debe al cuidado recibido.*

*Así, Lisi divina, estos borrones
que hijos del alma son, partos del pecho,
será razón que a ti te restituya.*

*Y no lo impidan sus imperfecciones,
pues vienen a ser tuyos, de derecho,
los conceptos de un alma que es tan tuya”.*

Confirmando lo cual, firmaba:

“Ama y Señora mía, besa los pies de Vuestra Excelencia, su criada.

Juana Inés de la Cruz”.

XII. — Su acción cívica y social

Ganaron por sus bondades, los virreyes, el alma de Sor Juana: celebraba ella en los versos que con frecuencia les dedicó, sus alegrías, el cumplimiento de sus años y los del descendiente del Conde y la Condesa de Paredes y por eso, llevando más lejos su efusivo entusiasmo, y sin duda satisfaciendo con ello deseos que los virreyes le significaban, celebraba, en encomiásticos ditirambos, los años de los reyes de España y los loaba.

La sociedad, de la que Sor Juana Inés era flor escondida, aunque espléndida, y que estaba toda organizada en torno a los reyes y a los virreyes españoles, quería hacerla lucir en sus fiestas, y no consideraba completa ninguna de ellas, ni cumplida, si no intervenía Sor Juana, hermoseándola con su ingenio y con su gracia. Por eso el Cabildo Metropolitano le pidió que se encargara de idear un grande arco de triunfo, de 30 varas de alto, bajo el que debían pasar, a su llegada a México, y a su entrada a la Catedral, en 1680, por la pueria del Poniente, el Conde y la Condesa de Paredes, cuando tomaran posesión del virreinato, y que compusiera las poesías que habían de dar significado especial a ese arco, así como que lo describiera, en un libro que para ello compusiese.

No entendemos ya lo que era la sociedad de aquel tiempo: unida toda para fines comunes, en torno a sus soberanos, y en la que una mujer; como Sor Juana, merecía que se la eligiera, aunque estuviese reclusa en un convento, para idear nada menos que un arco triunfal en honor de un Virrey y una Virreina.

Y hay quien diga que antaño la ilustración de la mujer era nula, y que pocas mujeres había entonces que siquiera fuesen capaces de leer y escribir; que encerradas en su hogar, nada tenían que ver con el mundo, y que los con-

ventos eran focos de oscuridad y de pavora, cuando la verdad histórica es que en pueblecillos como Amecameca había “Amigas” que enseñaban lectura y escritura, labores manuales, aritmética, a niñas de la más humilde cuna, y cuando en los conventos, las monjas impartían a los niños educación primaria, y la sociedad entera de México se encantaba porque el Arzobispo y el Cabildo Metropolitano pedían a una monja, a Sor Juana, que tomase a su cargo parte principalísima de las fiestas cívicas.

Léense en el tomo I de las obras de la poetisa, aquellas décimas que dirigió ella al Cabildo de México cuando éste dispuso que, en señal de reconocimiento por los servicios que Sor Juana prestó al cumplir la comisión que le fué encargada, de idear el arco, se le entregaran doscientos pesos. En ellas la poetisa dijo al Cabildo:

*“Esta grandeza, que usa
conmigo Vuestra Grandeza,
le está bien a mi pobreza,
pero muy mal a mi musa;
perdonadme si confusa
o sospechosa, me inquieta
el juzgar que ha sido treta
la que vuestro juicio trata,
pues quien me da tanta plata,
no me quiere ver poeta.”*

Y en la misma composición prosigue:

*“No ha sido arco en realidad
quien mi pobreza socorre,
sino arcaduz, por quien corre
vuestra liberalidad”,...
“del caudal, que multiplica
quien oro me da, por cobre,
pues por un arco tan pobre
me dais un arca tan rica.”*

Excusándose a la vez de aceptar la suma que sin pedirla le fué enviada, agrega:

*“mas a mi silencio mudo
sólo obedecer le toca;
pues, por si replico loca,
con palabras desiguales,
con tantos sellos reales
me habéis tapado la boca;”*

para concluir en una rendida expresión de agradecimiento:

*“Con afecto agradecido
a tantos favores, hoy,
gracias, señores, os doy,
y los perdones os pido
que, con pecho agradecido,
de Vuestra Grandeza espero”,*

y humilde como siempre fué, expresar también sus excusas, por lo que consideraba flojedad de los versos en que todo esto decía, agregando, para concluirlos:

*“...aun a estas décimas quiero
dar, de estar flojas, excusa:
que estar tan tibia la musa
es efecto del dinero.”*

Sociedad singular, y extraordinarios tiempos aquellos, en que una mujer, una monja, y no un ingeniero, no un arquitecto, no algún joven poeta, recibía el encargo de idear el proyecto de un arco triunfal, de componer los versos que le diesen significado, y de hacer un libro que lo describiese, al propio tiempo que se encargaba de otro arco triunfal semejante, al insigne Cosmógrafo y preclaro profesor de matemáticas de la Universidad Real y Pontificia de México, al sabio *presbítero mexicano*, como él se complacía en llamarse, don Carlos de Sigüenza y Góngora. Sociedad extraordinaria en la que la monja que así era llamada a rivalizar en algún modo con el famoso humanista y cosmógrafo, se dirigía luego al más respetable de los Cabildos de la Nueva España, para darle las gracias, no como hoy lo haría cualquiera, por medio de un seco oficio, en estilo oficial, convencional y frío, sino componiendo y enviando, *en forma de décimas*, sus agradecimientos, sus explicaciones y sus excusas.

Centro de vida cívica el convento, servíanle, por otra parte, a Sor Juana sus versos, para hacer un memorial a un juez, “pidiéndole por una viuda, que la litigaban la vivienda”; y a la vez para declararse feliz con verse prisionera del amor que sentía por la virreina, la Condesa de Paredes, hasta llegar a decirle:

*“Yo que en las dulces cadenas,”
...“vivo, no quiero, señora,
que con piedad inhumana,
me despojéis de las joyas
con que se enriquece el alma”,*

esas mismas cadenas, de amor y de gratitud que por la vi-reina sentía,

*“sino que me tenzáis presa;
que yo, de mi bella gracia,
por vos, arrojaré mi
libertad por la ventana;
y a la sonora armonía
de mis cadenas amadas,
cuando otros lloren tormentos,
entonaré mis bonanzas”,*

mientras otros versos componía, pidiendo para un inglés, libertad, — para un inglés, en México, en el siglo xvii, a pesar de las leyes que prohibían que a la Nueva España viniesen extranjeros, — y diciendo en esos versos:

*“Dos cosas pretende aquí,
contraria, mi voluntad;
para el inglés, libertad,
y esclavitud, para mí”;*

aquella única esclavitud, por supuesto, que su libre alma consentía: la del amor y el reconocimiento por los favores que había recibido.

El reconocimiento la llevaba a actos de otra índole y en el fondo análogos: singular mezcla, como todos los de su vida, de humildad sincera, de cortesanía cariñosa y de grandeza llana, que con el alma en los labios se iguala con los más grandes, y los trata al tú por tú; así dirige versos al Capitán don Pedro Velázquez de la Cadena, Caballero de la Orden de Santiago, y su pariente, su generoso protector, que había sufragado el importe de su dote para que pudiera ingresar como monja al Convento: aquellos versos, en un cumpleaños del Capitán, en que, enviándole un pequeño presente, le decía:

*“Yo, menor de las ahijadas,
al mayor de los padrinos,
porque se unan los extremos
de lo grande y de lo chico;*

*a vos el suso nombrado,
que no digo el susodicho
porque no lleven resabios
de procesos, mis escritos;
a vos, el noble y galán,
que os vienen, a un tiempo mismo
la galán, como pintado,
lo noble, como nacido"*

*"a vos, que de la etiqueta
sabéis tan bien el estilo
que temo que han de llevaros
a enseñar al Buen Retiro;"*

*"a vos, cuya liberal
condición, tan sin ruido
da los dones, que se ve
que es el darlos, sin sentirlos",
"de vuestros dichosos años
al glorioso natalicio
entre cisnes que lo aplauden,
quiere celebrarlo, un grillo.*

*Vivid los años que os faltan
como los que habéis vivido,
aunque de vos temo que
os excedáis a vos mismo",
"pues según acumuláis
a vuestros años, aliños,
están, de ver los presentes,
los que han pasado corridos;
"y recibid ese corto
obsequio de mi cariño".*

*..."Bien mi obligación quisiera
daros, en dorados hilos,
las pálidas ricas venas
de los minerales finos;
bien, la plata montaraz
que naciendo entre los riscos
quiere, a fuer de montañesa,
tener en todo, dominio";*

*"bien, la apacible esmeralda
que, con su verdor nativo,
se roba la luz del cielo
y al campo usurpa los visos";*

*"mas pues la cortedad mía
me malogra los designios"...*

*"y puesto que ya de pobre
he confesado el delito,
que es el querer, con amenes,
pagaros los beneficios,
para que como oración,
acabe el romance, pido
a Nuestro Señor, que os guarde
por los siglos de los siglos."*

¿Ha habido nunca — se pregunta uno, al leer versos tales como estos, — felicitación más cariñosa, más sincera, más cordial y delicada, ni humilde muestra de agradecimiento ofrecida con mayor distinción?

Toda en todo, Sor Juana Inés, cumplida con sus protectores y viviendo a la par la vida cívica que vivía en su ciudad, con los virreyes y por los presos, con los grandes y por los necesitados, era a la par centro de vida cívica, y escolar y universitaria; y porque con todos sus actos contribuía para forjar el alma de México, y hacer la patria mexicana, compuso aquella loa que se representó en el Colegio de San Pedro y San Pablo, en honor del Reverendo Padre Maestro Fray Diego Velázquez de la Cadena, y de la que son personajes simbólicos la naturaleza, la ciencia, el agrado, el discurso, el entendimiento, la nobleza, la atención...

¿Os imaginaríais hoy, en nuestro *despreocupado* siglo, la sorpresa, el escándalo, que se nos producirían si supiésemos que una profesora joven y guapa, de una escuela de señoritas, dedicara versos a un profesor de una escuela de varones, tal como nuestra *Preparatoria*, y que tales versos se recitaran públicamente, en una gran fiesta, en la que todo el mundo aplaudiera con entusiasmo?... No nos causa sorpresa en cambio, ni casi escándalo sentimos, porque haya albercas públicas a donde... Los tiempos han cambiado. Han cambiado y siguen cambiando las almas.

XIII. — Con arzobispos, virreyes y parientes

1) EL ILUSTRISIMO D. FRAY PAYO ENRIQUEZ DE RIVERA Y LA CON- FIRMACION DE SOR JUANA.

Si tan natural y sencillamente Sor Juana Inés de la Cruz se impuso a la sociedad de su tiempo, fué porque todo era natural en ella y todo luminosa verdad, y porque era sutil la esencia poética de su alma que, así como el radio penetra y trasciende todo, así en ella, todo lo penetraba y trascendía, hasta los actos más pequeños y leves: ved, si no, cómo, jovialmente, pide al Arzobispo de México, al Ilustrísimo Don Fray Payo Enríquez de Rivera, que luego vino a ser virrey, y que la estimó y la admiró siempre, que le confiera el sacramento de la confirmación, que no recibió sino ya muy adelantada en la vida:

*“Ilustrísimo Don Payo,
amado prelado mío;
— y advertid, Señor que es de
posesión el genitivo;”—
“yo, señor, ya lo sabéis
he pasado un tabardillo”,
“y cuando pensé que ya,
— según quimeras de Ovidio, —
embarcada en el Letéo,
registraba los abismos,
del can trifaucé escuchando
los resonantes ladridos”,
“sabed que cuando ya estaba
entre aquellos parasismos”,
“me daba gran desconsuelo
ver que, a tan largo camino,
sin todos mis sacramentos
fuese, en años tan crecidos;
que vos bien sabéis que aquel
que se le sigue al bautismo*

*me falta, con perdón vuestro,
— que me corro de decirlo —
porque como a los señores
mexicanos, arzobispos
viene tan a espacío el palio
con tanta prisa pedido,”*

...¿No es admirable la claridad sincera con la que Sor Juana respetuosamente reprocha que, — por el mal arreglo de los nombramientos de los arzobispos de aquel tiempo, y a causa de las dificultades que solía ocasionar el patronato de los reyes de España para la provisión papal de las sedes vacantes, — se quedaran ella y tantos como ella largo tiempo impedidos de recibir sus sacramentos?...; después de lo cual y para pedirle el que le faltaba, joven entusiasta como es, con energía le dice:

*...“así, Señor, — no os enoje, —
humildemente os suplico
me asentéis muy bien la mano;
mirad que lo necesito.
Sacudidme un bofetón
de esos sagrados armiños,
que me resuene en el alma
la gracia de su sonido;”
“que, de no estar confirmada,
pienso, que me desbautizo;”*

y juntando a su entusiasmo su anhelo de ver esclarecido y honrado al arzobispo a quien tal gracia pedía, a quien sinceramente amaba, y en torno del que su alma, alegre mariposa, volaba, concluía diciéndole:

*“Así, Príncipe preclaro,
vuestros méritos altivos
adorne gloriosamente
el cayado pontificio.
Si yo os viera Padre Santo;...
tener, sacro Vice-Cristo,
del universal rebaño
el soberano dominio,
diera saltos de contento,
— aunque este es un regocijo
de maromero, que ha hecho
señal de placer los brincos. —
Fuera a veros al instante;
que aunque encerrada me miro,
con las llaves de San Pedro
no nos faltara postigo”.*

¿Puede darse mayor lozanía en esta alma, que como gallarda flor se mece en su tallo, sacudida por el viento? ¿Pueden darse humildad más grande, ni más grande ni mejor fusión de los paganos recuerdos clásicos, con las candidas y luminosas efusiones de los sacramentos cristianos? Alegría jubilosa, sí; en ese punto y a esa hora, como sin duda en buena parte de la primera parte de su vida, tóvola Juana Inés; tóvola Sor Juana. Este era el tiempo fácil y llano; estos los días luminosos y claros.

2) SU AMOR A MEXICO Y SU FAMILIA IDEAL.

A la par nació en ella y creció aquella forma de amor a México que es la más genuinamente mexicana: que, no de propósito, no por reflexión, sino del modo más natural y espontáneo, hace que en el blanco, como ella misma era, puramente blanco, sin gota de sangre india en las venas, se sienta vivir y se vea al verdadero mexicano: indio y español juntamente, generado y desarrollado por una especie de palingenesia de misterioso e incontrastable *mestizaje* psíquico: la extraña e invasora convicción de que así es, que va más allá de todo razonamiento, y que los suplanta a todos; lo que hace que ya no se vea al blanco, como blanco, sino como mestizo, fué la que hizo que, cuando tuvieron un niño nacido en México el Virrey don Tomás Antonio de la Cerda, conde de Paredes, y su esposa, exclamase Sor Juana Inés, alborozada:

*“Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el águila mexicana
el imperial vuelo tienda,
pues ya en su alcázar real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas”;*

y que soñando luego todos los prodigios que el niño haría en creciendo, y su amor a la sabiduría y a las letras, y sus glorias venideras, dijera:

*”ya imagino que lo miro
en la edad pueril, primera,
pastarse por la cartilla”;*

pastar, como una oveja; no por los verdes prados de olorosa hierba, sino por la cartilla, por los misteriosos prados de las letras, y *pastarse* él mismo, llevarse a sí propio a *pastar*, usando el verbo como transitivo:

*"pastarse por la cartilla,
hasta que un Catón parezca"...*
*"Coronista de sí mismo,
escribirá sus proezas.
Aquí sí que se ha de ver
una maravilla nueva:
de añadir más a lo más:
de que el mexicano, crezca."*

— Yo soy quien subrayo las palabras *el mexicano*; no ella, que no lo necesitaba, —

*"Aquí sí; que si yo vivo,
aunque esté ya con muletas,
piensa mi musa, a su fama
añadir plumas y lenguas!"*

Alejada del mundo, y en el mundo; sin hogar, y con hogar en el que, empero, no vivía, pero que era el de su alma, el palacio de los virreyes; sin hijos, y... con hijos; aquel niño, aquel *mexicano*, en quien ella soñaba tantas maravillas; a quien fué siguiendo con los ojos de su amor, mientras iba creciendo, y al que, niño de un año, pedía el indulto de un reo, del famoso Tapado, — con ese alias pasó a las crónicas un tal Benavides, — cuando, al cumplir el niño el primer año de su vida le decía:

*...“Yo, Señor, — una criada
que sabréis, andando el tiempo
y andando vos, — desde ahora
para entonces os prevengo
que sepáis que os quise tanto
antes de ser, que primero,
que de vuestra bella madre
nacisteis de mi concepto,
y que le hice a Dios, por vos
tantas plegarias y ruegos,
que a cansarse el Cielo, juzgo
que hubiera cansado al Cielo.
¡Cuánto desee el que salierais
de ser mental compañero
de las criaturas posibles
que ni son, serán, ni fueron!*

Ana por Samuel no hizo
 más visajes en el templo,
 dando que pensar a Élí,
 que los que por vos he hecho.”
 ...“Pasóse aquella agonía
 y sucedióle, al deseo
 que era el de teneros antes,
 el cuidado de teneros.”
 ...“Oh cuántas veces, Señor,
 de experiencia, conocemos
 que es más dicha una carencia
 que una posesión con riesgo.
 Dígolo porque en los sustos
 que me habéis dado, y los miedos,
 bien puedo decir que tanto
 como me costáis os quiero.
 ¡Cuántas veces he prendido,
 de lo débil de un cabello,
 de vuestra vida, mi vida,
 de vuestro aliento, mi aliento!
 ¿Qué uchaque habéis padecido
 que no sonase, aun primero
 que en vuestra salud, el golpe,
 en mi corazón, el eco?
 El dolor de vuestra madre,
 de vuestro padre el desvelo,
 el mal que pasábais vos,
 y el cariño que yo os tengo,
 todo era un cúmulo en mí
 de dolor, siendo mi pecho
 de tan dolorosas líneas
 el atormentado centro.
 En fin, ya, gracias a Dios,
 habemos llegado al puerto,
 pasando vuestra edad, todo
 el Océano del Cielo”

como el sol, que en un año recorre los doce signos del zodiaco.

“Ya habéis visto doce signos
 y en todos, Alcides nuevo,
 venciendo doce trabajos,
 de tantos temperamentos”;
 “ya habéis experimentado
 la variedad de los tiempos,
 que divide en cuatro partes
 la trepidación del cielo:
 florida, la Primavera,
 y el Estío, macilento;
 con su sazón, el Otoño,
 y con su escarcha, el Invierno.

*Ya sabéis lo que es vivir,
 pues dando un círculo entero
 a vuestra dichosa edad,
 quien hace un año hará ciento”.*
*...“Lo que agora nos importa
 es, fresco pimpanillo tierno,
 que viváis, largo y tendido,
 y que crezcáis, bien y recio!
 Que les deis a vuestros padres
 la felicidad de veros
 hecho unión de sus dos almas;
 visagra de sus dos pechos!”*

¿Cuán bien se había identificado Sor Juana con aquella familia de los Virreyes y qué bien entendía lo que en toda familia deben ser los hijos: la unión misma de las almas de sus padres; la visagra en la que el pecho del uno y el pecho del otro se junten y giren! De allí, sin embargo, iba más lejos: a la patria, al civismo, a la misericordia, al perdón, y pensando en el infeliz que entonces estaba a punto de ser muerto por sus delitos, y deseosa de que el niño diera la vida, no la muerte, le decía:

*“Y pues es el fausto día
 que se cumple el año vuestro”,
 ...“dad la vida a Benavides,
 que aunque sus delitos veo,
 tiene fuerzas vuestro día
 para mayores excesos.”*
*“Muerte puede dar cualquiera;
 vida, sólo puede hacerlo
 Dios; luego, sólo con darla
 podéis a Dios pareceros”*
*...“Y a Dios, que os guarde, Señor,
 que el decir que os guarde, creo
 que para con Dios y vos,
 es petición y es requiebro.”*

* * *

¿Entrañan los versos de Sor Juana Inés dedicados al hijo del Virrey Conde de Paredes, que Sor Juana refiriese el curso del primer año de la vida de ese niño a la teoría heliocéntrica de nuestro sistema planetario, y que por tanto conociera la concepción del mundo imaginada por Copérnico? Pudieran hacerlo pensar así, los versos en que, encantada de que el niño hubiera cumplido al fin, un año, le decía:

*“En fin, ya gracias a Dios,
habemos llegado al puerto,
pasando vuestra edad, todo
el Océano del Cielo!”*

lo cual implica, no que la Tierra estuviera firme, como lo requeriría la concepción de Tolomeo, y que en torno de ella las esferas del cielo girasen, pasando — ellas sí, — el Océano del Cielo, sino que la Tierra fuera la que, como un bajel, bogara en el Celeste Piélago y que en tal bajel el niño, con la humanidad toda, hubiera hecho su prodigioso viaje, al concluir el cual podía decirsele como Sor Juana le dijo:

“Ya habéis visto doce signos,”

los del Zodíaco, que son los que la Tierra recorre, año por año.

Me inclino, empero, a creer que Sor Juana no conoció la doctrina de Copérnico, y que si en su composición al niño a quien amaba, habla como si esa doctrina conociese, es sólo por una especie de genial clarividencia, que le permitió entrever el verdadero sistema del Mundo. En la propia composición, en efecto, unos cuantos versos más lejos, explicándose la sucesión de las estaciones, en la manera imperfecta en que se las explica la doctrina de Tolomeo, dice al mismo niño:

*“yo habéis experimentado
la variedad de los tiempos,
que divide en cuatro partes
la trepidación del Cielo:
florida, la Primavera,
y el Estío macilento;
con su sazón, el Otoño,
y con su escarcha, el Invierno.”*

y la expresión misma de que Sor Juana se sirve, al hablar de la *trepidación* del Cielo, con esa admirable armonía imitativa de las ideas, en la que tan a menudo era maestra, patentiza de nuevo que lo que formaba el fondo constante de su credo cosmológico era la doctrina geocéntrica: la Tierra quieta e inmóvil, en el centro; los cielos girando en torno; sólo así pudo pensar en su *trepidación*: sólo dentro de semejante supuesto es posible atribuir la cuádruple variedad de los tiempos: la Primavera florida, el Estío ma-

cilento, el Otoño sazonado, el Invierno, al movimiento de las celestes esferas, cuyo sublime temblor se cree sentir en los versos de Sor Juana.

Las dos contradictorias concepciones del Mundo que expresa ella en sus versos al hijo del Virrey, producto son ambas de la agilidad de su pensamiento, y de ese rasgo tan característicamente femenino que en ella se patentiza: la sed de metamorfosis — que diría Pablo Valery, — tan bien concertada sin embargo con su cualidad complementaria y opuesta, la firmeza inmovible de sus sentimientos fundamentales. Esa misma naturaleza es la que explica también que en otros versos suyos, no bien acaba de servirse de una metáfora, pasa a otra y a otra, a las veces sin abandonar la primera, y aun barajándoles, no siempre con pleno acierto, aunque subordinándoles empero todas, al propósito radical de su pensamiento.

* * *

La ternura de Sor Juana Inés de la Cruz, aquella inagotable y jubilosa ternura que era como un perenne amanecer de su alma, toda luz y toda rocío, toda fe y toda amor, predominaba siempre, y al través de ella, su amorosa mirada empenábase en vislumbrar en el niño con quien tanto soñó, en el hijo del Virrey, al hombre que vendría a ser, poniendo así más allá de la hora fugaz, la hora distante, y más allá del horizonte cercano, el horizonte infinito del universo, cuando al cumplir dos años aquel niño decía:

*“Señor, ya el reloj del cielo”
 ...“desde que nacisteis vos
 dos círculos ha cumplido;
 ya los ardientes caballos,
 por el estrellado circo
 han con el fogoso carro
 dado dos lucientes giros.
 Ya la primavera hermosa
 en sus árboles ha visto
 dos veces las tiernas flores
 y dos, los frutos opimos.
 Ya los campos y los montes
 han, del tiempo, resistido
 dos veces el yerto invierno;
 y dos, el calor estivo;
 ya los risueños arroyos,*

*en los escarchados ríos
dos veces se han visto presos,
y dos, libres han salido.*

*Todo lo cual, gran señor,
hablando en más llano estilo,
quiere decir que ya vos
dos años habéis cumplido;
que saldréis de las mantillas;
y, a la española, vestido,
dareis muestras de muy hombre
en las señales de niño.”*

*...“Vivid como yo os deseo;
que esto, aunque todos lo han dicho,
no es igual en la sustancia
aunque lo es en el sonido;
porque como se refiere
a sentimientos distintos,
en unos es moderado,
y en otros es infinito.”*

Vélo crecer — con los ojos del alma transportada a lo futuro, — y colma, con los votos que por su felicidad hace, los años que para él vendrán; pero hace también votos para los padres del niño, por lo que concluye diciéndole:

*“Y que vuestra bella madre
goce en dobles regocijos,
el de miraros muy grande,
y el de regalaros, niño,
y que vuestro padre, logre
— viendo su retrato, vivo —
en su Excelencia, que es otro,
y un otro, que es sólo él mismo.”*

Intimamente unido su pensamiento a la vida de aquellos a quienes amaba — y a todo el mundo amaba, — convertiría a todo el mundo en su familia; pero más a los que para ella tenían incesantes atenciones; como las que tuvieron el Conde y la Condesa de Paredes, para los que, en sus efusivas y familiares manifestaciones de afecto, lo mismo deseaba los bienes perdurables, — como al Virrey, cuando le decía:

*“Lo que yo, con Dios,
para vos, pretendo;
es, tras larga vida,
el descanso eterno,”*

que les ofrecía los bienes transitorios, como cuando enviaba a la Virreina, en calidad de humilde presente, espinosas castañas del monte, escribiéndole aquel tierno madrigal en que le decía:

*“Lisi, a tus manos divinas
doy castañas espinosas,
porque donde sobran rosas,
no pueden faltar espinas.
Si a su aspereza te inclinas
y con eso el gusto engañas,
perdona las malas mañas
de quien tal regalo hizo;
perdona; pues que un erizo
sólo puede dar castañas.”*

Aroma sutil que por todas las rendijas de su celda se escapaba — y que se escapaba de su convento, — su devoción por la virreina se escapaba con su poesía, dando a la virreina las pascuas, si eran días de pascuas; las horas, si pensaba en las horas. Con todo esto, como ella misma agregaba, corría

*“el discurso tan apriesa
que no se tarda la pluma
más que pudiera la lengua;”*

Si es malo, agregaba ella,

*“si es malo... yo no lo sé;
sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio,
suenan en metro mis quejas;”*

Y cortésmente terminaba los versos que así escribía, sin otro asunto que decir cosas que agradasen a la virreina a quien amaba, agregando:

*“Y a vos beso, del zapato
la más inmediata suela;
que, con este punto en boca,
sólo callaré, contenta”.*

Sin duda nunca ha impregnado más las pequeñas minucias de la vida y de la ternura — en perenne ambiente de cariño y de ensueño, — el aroma de la poesía — como delicioso y suave olor de frutas recién cortadas, juntas en cesta que

envuelve un aire diáfano, — que en aquellas incesantes efusiones líricas de la vida de Sor Juana Inés, de las que claro es que apenas nos llegan débiles efluvios, pero que aún, al través de siglos, dan fragancia al aire. Porque envía como regalo unas nueces:

*“Acuérdome, Filis mía,
— que a mí siempre se me acuerda
todo lo que a ti, tocarle
puede, por fas o por nefas, —
que la otra vez que tú estabas,
como dicen en mi tierra,”*

con un singular mexicanismo que ya no existe,

*“ocupada en la mayor
obra de naturaleza,”*

cuando iba a tener un niño,

*“por unas nueces, hiciste
más ruido que valen ellas”,*

y sintiendo y oyendo, como su fantasía haciale ver y oír, a los imaginarios seres de su poesía, como si reales fueran y presentes estuvieran, e imaginando que en tal punto hubiese llegado a verla y a hablarle el mismísimo Apolo, prosigue, siempre a las nueces refiriéndose:

“me dijo: — Guárdalas, Juana”,

y explica que así le hablara el dios,

*“porque a mí, con la llaneza
me suele tratar Apolo,
que si algún mi hermano fuera.”*

Amor ideal experimentaba por aquella Virreina a la que en sus versos decía:

*“Ser mujer, ni estar ausente
no es de amarte, impedimento,
pues sabes tú, que las almas
distancia ignoran, y sexo”,*

con lo cual decía ciertamente verdad completa y profunda, que tanto ignoran quienes confunden lo que cuando mucho

podiera llamarse amor sexual, con el amor verdadero, y al amor sexual reducen el, tan diferente y alto, verdadero amor, El amor verdadero, que ni celoso es, ni exclusivista, llevábala a querer que todo el mundo amase a la virreina por ella tan entusiastamente amada, y por eso le escribía:

*“Oh! quién pudiera rendirte,
no las riquezas de Creso,
que materiales tesoros
son indignos de tal dueño, —
sino cuantas almas libres,
cuantos arrogantes pechos,
en fe de no conocerte
viven, de tu yugo exentos,”*

para llegar en fin, a este arrebatado apasionado:

*“¿Puedo yo dejar de amarte
si tan divina te advierto?...”*

Que tal sentimiento que por la Virreina tenía fué verdadero amor, revélanlo también otros muchos de sus versos; tales los que dicen:

*“Divina Lisi mía,
perdona, si me atrevo
a llamarte así, cuando
aun de ser tuya el nombre no merezco”...:
“mi rey, dice el vasallo;
mi cárcel, dice el preso;
y el más humilde esclavo
sin agraviarlo, llama suyo al dueño.*

*Así, cuando yo mía
te llamo, no pretendo
que juzgues que eres mía
sino que yo ser tuya, quiero.
Yo te vi, pero basta,
que es publicar incendios;
baste apuntar la causa
sin añadir la culpa del efecto;
que mirarte tan alta
no impide a mi desnudo;
que no hay deidad segura
al altivo volar del pensamiento;
y aunque otros, más merezcan,
en distancia del cielo
lo mismo dista el valle más humilde,
que el monte más soberbio.*

*En fin, yo de adorarte
el delito confieso;*

*si castigarme quieres,
ese mismo castigo será premio."*

¿No se mira aquí claramente volar el alma de Juana Inés hasta el alma que ama? ¿No, humilde como ella se siente, se siente igual a la que admira y ama? ¿No es verdad que es altivo el volar de su pensamiento, y que a la misma distancia están del cielo, valle y monte, que de valle y monte, el cielo?

3) SU FAMILIA NATURAL

La vida social de Sor Juana Inés de la Cruz, y su vida cívica, que así se convertían en vida amante de aquella familia del Virrey Conde de Paredes, en torno suyo creada por la bondad y por la poesía, dejan un poco en inquietante oscuridad a su familia natural, vinculada por la sangre: nada o poquísimo nos dicen de ella las obras escritas por Sor Juana: apenas un soneto en un cumpleaños de su hermano; breves recuerdos de su niñez, de los que ya hablamos, recogidos en su carta a Sor Filotea de la Cruz; y la poesía compuesta a su padrino el Capitán don Pedro Velázquez de la Cadena, y la loa en honor de otro su pariente también, don Diego, el Reverendo Padre y Maestro del Colegio de San Pedro y San Pablo.

Sábese que la madre de Sor Juana casó en segundas nupcias con el Capitán don Diego Ruiz Lozano, y que una hija de ese segundo matrimonio ya estaba casada en 1701, seis años después de la muerte de Sor Juana, que al morir tenía 43 años 5 meses. Sin duda su padre había muerto muchos años antes, y a esto en parte obedecería, quizás, que ella no siempre se haya firmado con su apellido paterno, Asbaje, sino con su apellido materno, Ramírez, antes de adoptar definitivamente su nombre conventual, Sor Juana Inés de la Cruz.

Del hecho de que en el Convento de San Jerónimo se pensara en ella más bien como si Juana Ramírez fuese, y no como Juana de Asbaje, otra explicación, y plausible, ha ocurrido a Dorotea Schons: es, dice ella, que el Convento de San Jerónimo estaba bajo la dependencia de los padres agustinos; — como es verdad, en efecto, pues es bien sabido que de la Orden de San Agustín, amparada por reglas espe-

ciales, nació la de San Jerónimo; — y agrega Dorotea Schons que en México los agustinos, ya en el tiempo del Virrey Mancera, pretendían que quienes a su Orden entraran fueran todos criollos, es decir nacidos en la Nueva España, y que, por lo mismo, tenían establecido que sólo mujeres criollas pudieran ingresar al Convento de San Jerónimo. Hacíase notar por lo mismo en ese Convento al dar el apellido, Ramírez, a Sor Juana, que ella era criolla también, como lo era su madre, y por eso no se le daba el de su padre, Asbaje y Vargas Machuca, español, de las provincias vascongadas.

Ella, no obstante, se acordaba con orgullo de su no muy remoto origen vasco, y así, en la dedicatoria del segundo tomo de sus obras publicado en Sevilla, en 1692 — nos lo recuerda asimismo Dorotea Schons — escribió, dirigiéndose a don Juan de Orbe y Arbieto — igualmente vasco: “siendo” como soy rama de Vizcaya y Vuesa Merced, de sus nobilísimas familias, de las casas de Orbe y Arbieto, vuelvan” los frutos a su tronco, y los arroyuelos de mis discursos” tributen sus corrientes al Mar a quien reconocen su origen”.

No menos cierto es que apenas si se refiere excepcionalmente Sor Juana en sus obras a sus antepasados o a sus parientes próximos, y que casi no hay huellas de interés de estos por ella. Puede pensarse, por tanto, que aunque sin duda ardía el amor a los suyos en el alma de Sor Juana, y en la de ellos el de ella, arderían quizás sólo como arden en un brasero, carbones que ya cubren cenizas. ¿No fué del todo comprendida por su familia? ¿Hubo acaso entre ella y varios, o la mayor parte de sus parientes, o tal vez todos ellos, uno de esos oscuros, misteriosos y fríos piélagos de tinieblas, que a las veces separan a padres y a hijos, sobre todo en la adolescencia?...

Tercera Parte

La formación íntima

XIV. — Hondos y mundanos pensares

Arrebatada Sor Juana Inés de la Cruz por lo que pudieran llamarse “sus filosofías”, ora discurría — ya sin pasión, de nuevo como en dialéctica polémica, sobre el tema inagotable, el del amor, y, como en el “Sainete Primero de Palacio”, hacia decir a un personaje:

*...“y el amante verdadero
ha de tener de lo amado
tan soberano concepto,
que ha de pensar que no alcanza
su amor, al merecimiento
de la beldad a quien sirve,
y aunque la ame con extremo,
ha de pensar siempre que es
su amor, menor que el objeto”*

de ese, su mismo amor,

*“y confesar que no paga
con todos los rendimientos”;*

ora imaginaba que el amor es tan alto, que debe ser totalmente desinteresado; único modo de que el premio alcance;

*“que no merece el premio
quien lo pretende”;*

ora discurría, como quien bien lo supo, sobre lo poco que es la esperanza en Palacio;

*“que la esperanza, en Palacio
sólo es digna del desprecio”,*

y hacía que ella misma, la Esperanza, dijese:

*“—Desconfianza
me llamo entre los discretos,
y soy desconfianza, fuera,
y esperanza por de dentro,”*

ora, fatigada quizás, se declaraba a sí misma:

*“que hasta el saber cansa, cuando
es el saber, por oficio,”*

ora, felicitando a don Diego Valverde, a quien ya no vería con frecuencia porque a muy altos puestos se le había encumbrado, le decía:...

*“y también sabéis que como
es mi amor, de entendimiento,”*

puramente platónico,

*“no ha menester, de la vista
materiales alimentos,
pues, radicado en el alma,
independiente, y exento,
desprecia de los sentidos
el inútil ministerio”...;*
*“mas no de esto infiráis que
sin vos, gustosa estar quedo,
que una cosa es el amor,
y otra cosa es el contento,
que bien veis que son dos causas
muy distintas, y que a un tiempo
el amor, puede ir a más,
y el gusto, puede ir a menos,
y así vuestra ausencia, el alma,
con dos distintos respectos,
la ignora, cuanto al olvido.
la sabe, cuanto al tormento;
de aquesto no os digo más,
pues sé de vuestro talento,
que aunque de esto poco os diga,
sabéis vos lo que hay en esto.
A mi señora, doña Ana,
vuestro digno, hermoso empleo,”*

sin duda la esposa de don Diego,

*“dad de mi parte un abrazo
y cobrádselo en lo mismo,
que si acepta la libranza,
no hay duda que quedaremos,*

*yo, sin la deuda; gozoso
vos, y todos contentos.”
...“Las cosas de por acá
se están así; que es el reino,
malo para Atica, porque
no tiene nada de nuevo;
y así hay que noticiaros;
porque es ya todo, tan viejo,
que el nihil sub sole nóvum
tienen todos, en proverbio;
sólo de sus Excelencias,”*

el Conde y la Condesa de Paredes,

*“hay mucho que decir; pero
son sus Excelencias, tales,
que no hay que decir en esto;
tan innato en Su Excelencia
es el juzgar bien, y recto.
que parece que nació
a ser juez, hecho y derecho”...*

Y después de tan admirable epístola, en que tan bien campean la amistad, la delicadeza y la cortesanía, entraba a pie lleno al libre campo de la fácil literatura, y forjaba gentilmente sus jocundos y celebrados ovillojos, tan sutiles, tan armoniosos, en los que, so pretexto de pintar a una belleza, se burla, con tanta gracia, con tanto donaire, de las eternas comparaciones de los más mediocres poetas, rebuscadas y repetidas perpetuamente; o bien, cambiando el objeto de sus lucubraciones, y definiendo su actitud ante la frivolidad del mundo y las vanidades humanas, miraba la de la vida común, la de la simple sustancia corpórea y la de las efigies que la representan, lo mismo que la vanidad de las vanidades, y al hablar de su propio retrato decía a quien lo tuviera ante los ojos:

*“Este que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento, delicada;
es un resguardo inútil para el hado;*

*es una necia diligencia, errada;
es un afán caduco, y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra es, nada”;*

o en fin, contraponiendo las vanidades a la sabiduría, se afianzaba en su amor a ésta, y zahería a aquellas, diciendo al Mundo que la hostigaba:

*”En perseguirme, Mundo, ¿qué intereses?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
que no mi entendimiento en las riquezas.
Yo no estimo hermosura, que, vencida,
es despojo servil de las edades,
ni riqueza me agrada, fementida,
teniendo por mejor, en mis verdades,
consumir vanidades de la vida,
que consumir la vida en vanidades”.*

XV. — Cómo soñaba Sor Juana

Si a pesar de sus hondos decires, y de sus aun más hondos pensares, cedió Juana Inés a la vanidad de imitar en la forma, a Góngora, cuando escribió su *Primer Sueño*, y se dejó arrastrar por el alambicamiento que durante largos años cundió al través de todas las tierras de habla castellana, ¿cómo no tener en cuenta la profundidad misma y la hondísima belleza de su pensamiento, que si, en su *primer sueño* se caracteriza, ciertamente, por transposiciones no siempre felices y por fatigosos desenvolvimientos, o por alusiones mitológicas que, para ser entendidas, requieren notoria familiaridad con los recuerdos que intiman, se caracteriza también por la más grande originalidad y fuerza, que intensifica su expresión aun en los contados giros o en las aisladas frases y palabras que a Góngora recuerdan, y la levanta, por su poesía sutil y luminosa, que arrebatada y embarga el ánimo, tan pronto como se la desprende de la intrincada complicación que aquí y allá la desfigura, y tan luego como, al través de la riqueza de esa complicación, se penetra?

No quedaría, por otra parte, completa semblanza psicológica ninguna de Sor Juana, si no se entendiera cómo eran sus sueños, que bien sabido es que si correctamente se analizan los sueños, revelan rasgos esenciales del ser íntimo. Quédanos, por fortuna, para entender mejor la psicología de Sor Juana, el extraordinario testimonio de su "Primer Sueño"; poema desconcertante y a la par admirable, cuya misma forma corresponde con el más atinado acierto, al estado mental aparentemente caótico que representa, y contribuye también a traducirlo.

Por más que, por supuesto, sea todo él resultado de una gran labor hecha conscientemente durante la vigilia, parece tan sincero y genuino en su fondo, que su lectura atenta, y

el estudio de la persona psíquica de su autora, imponen la convicción de que expresa pasajes esenciales, en efecto soñados por la misma Sor Juana, y aun en su propio sueño, razonados, como ella los razona en su poema.

Claro que Sor Juana ha de haberse sentido muy impresionada por sus sueños: pruébalo no sólo que haya compuesto el que de ella nos ha llegado, — que más bien que uno, es una serie de seis, que se suponen ocurridos todos en una sola noche, — sino que le diese el título de *primero*, con lo cual significó que era su intento componer una colección de ellos, aunque luego cada vez más graves acontecimientos hubieron de impedirle escribirlos.

La coherencia de los propósitos de Sor Juana, la sistematización extraordinaria de su vida mental, revélanse también aquí, como en otras de sus obras, y quizás de una manera aun más notable. Seis divisiones pueden, en efecto, discernirse en su “Primero Sueño” y cada una de ellas es un sueño; y todas están ligadas, formando un sólo sistema de ellos: la primera pudiera llamarse *Sueño de la Noche* y de la *Vivencia Nocturna*; la segunda, *Sueño del Sueño Universal del Mundo*; la tercera, *Sueño del Sueño del Hombre — del sueño fisiológico*; — la cuarta, *Sueño de los Sueños*; la quinta, *Sueño del Sueño de la Persecución del Conocimiento — de su Teoría y de su Método*, — y la sexta, *Sueño del Despertar*. A la exposición analítica de ellas, siguiendo paso a paso la fantasía de su autora, me propongo agregar, en un resumen final, consideraciones e inferencias que espero podrán permitirme hacer un ensayo de síntesis de varios de los puntos capitales de su psicología.

No, que ninguna de estas divisiones esté explícita en el poema, que apenas si aquí y allí separan fugitivos y contadísimos puntos, parcamente diseminados en el cuerpo continuo de sus 973 versos, fundidos y desleídos unos en otros, como se funden y se deslien las imágenes que en el curso de los sueños surgen, se abrillantan, se descoloran, se metamorfosean; por otras y otras sustituidas; poema, confirma uno, verdaderamente soñado, a lo menos en grande extensión del mismo: Sor Juana decía, en efecto, en su admirable carta a Sor Filotea, que tan bien describe la actividad de su mente: “ni aun el sueño se libró de este continuo” movimiento de mi imaginativa: antes suele obrar en él “más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado, del día;

"arguyendo, haciendo versos..." La misma contextura del poema, su carencia casi completa de puntos, su estilo, señales son de su origen, y prueba de que efectivamente, si no todo, parte grande de él fué soñado. Para hacerse cargo de esto, precisa insistir, en que, aun soñando, soñaba ella siempre, por de contado, con su propia alma, singularmente razonadora y que, por tanto, aun dormida, experimentaba la radical necesidad de su espíritu, de referirlo todo a conceptos más comprensivos y vastos, por lo cual en el sueño que originó su poema, o en la serie de sueños que lo originaron, excitada por el ansia de saber lo que es el sueño; por qué se duerme; cómo son los sueños, cómo se adquiere el conocimiento; qué límites tiene, y por qué y cuándo se despierta, y llamada y atraída por cuanto en su torno sentía, puede entenderse que al cabo hiciera sueños de todo esto, y que, por tanto, principiara por revivir en su pensamiento, lo que pudiera llamarse la *vivencia* nocturna, la perdurable y esencial condición de la vida que durante las noches se desarrolla.

Para darse cuenta clara de esa *vivencia*, fuerza es reconstruir retrospectivamente la fisonomía de las noches de antaño, en las ciudades medievales, como lo era la del México en que Sor Juana vivía: ciudades de plena oscuridad nocturna y de hondo silencio, que sobrecogían el alma con su amortecida grandeza; ciudades anegadas en las tinieblas que las ponían en relación a la par con el cielo brillante y con la tierra tenebrosa, con los campos invisibles, los mares distantes y los vientos aletargados.

Fuerza, al propio tiempo, es recordar que cuando escribió su "Primer Sueño", llena estaba el alma de Sor Juana, de recuerdos mitológicos de la poesía griega y latina, que poblaban para ella el espacio, sobre todo al conjuro de las tinieblas sortilegas.

Así podrá entenderse que en la noche en la que tuvo el prodigioso sueño que evoca en su poema — como, en parte, ha de haberle pasado, despierta, en otras muchas noches de su vida, — Sor Juana haya visto, quizás ya dormida, materialmente nacer y crecer de la tierra, las sombras; de la tierra, que, por las noches, ante sus ojos se entenebrece; — y que haya sentido que las sombras, por todas partes envolviéndola, encaminaban hacia el cielo,

*“de vanos obetiscos punta altiva,
escalar pretendiendo las estrellas”.*

Parecíanle entonces, tangibles, pesados y negros esos obeliscos de altiva punta, animarse, por una especie de silenciosa y tremenda voluntad de subir a lo alto y de apagar los astros; miraba éstos, luego; miraba “sus luces bellas”, más intensas brillar; “exentas siempre” de oscuridad ninguna, y “siempre rutilantes”, sin que a afectarlas llegase “la tenebrosa guerra que, con negros vapores”, iba intimándoles “la pavorosa sombra fugitiva”.

Ante las absortas miradas de su alma, libre siempre, la Sombra, personificada como un verdadero ser, no lograba, a pesar de su fuerza avasalladora, invadir el orbe luminoso donde veía Sor Juana a la Luna, ora mostrando una apariencia, ora otra, ora una tercera, como la veían los antiguos que en ella miraban a la errante cazadora del Cielo, a Diana a

*“...la diosa que, tres veces hermosa,
con tres hermosos rostros ser ostenta,”*

La Sombra, empero, abajo, dueña iba quedando

*“del aire, que empañaba
con el aliento denso que exhalaba.”*

Al propio tiempo, ante la maravillada Sor Juana materialmente dormida, mentalmente despierta, dilatábase, propagábase más y más, personificado también, el “Oscuro Silencio”, como si impusiese sobre la ciudad y sobre la naturaleza toda su ominoso imperio, en el que “sólo consentía”, soñaba Sor Juana,

*“...sumisas voces,
de las nocturnas aves;
tan oscuras, tan graves,
que aun el silencio no se interrumpía”.*

Entre esas aves, una en el aire inmóvil percibía la visionaria imaginación de Sor Juana; una — la describe la Real Academia Española,... — “de color leonado con pintas pardas”, “y amarillento claro, con manchas alargadas, grises, en el pecho y vientre”; “de cuerpo erguido, cabeza redonda,

pico corto y encorvado, ojos grandes de iris amarillo, cara circular, alas redondas” y “cola corta”;—un mochuelo.

¡Es Nitimene! soñaba Sor Juana; Nitimene, aquella infeliz niña que los griegos sabían que, por haberse enamorado de su padre, en mochuelo fué transformada: ¡Nitimene! Y asociando con ella a sus recuerdos de la antigüedad griega los de la Edad Media, en cuyo seno vivía, y para la que mochuelos y lechuzas se entraban en los templos todas las noches a beberse el aceite de las lámparas votivas — el aceite, pensaba Sor Juana, fruto de los árboles que presente fueron dado a los hombres por Minerva, — Nitimene

*“con tardo vuelo, y canto, del oído
mal, y aun peor del ánimo, admitido,
la avergonzada Nitimene”*

a favor de las sombras, en el aire en el que se esparcen las tinieblas,

*“acecha
de las sagradas puertas los resquicios,
o de las claraboyas eminentes
los huecos más propicios
que, capaz, a su intento le abren brecha,
y sacrilega llega a los lucientes
faroles sacros de perenne llama,”*

de los que apura, y a la par “infama”, y consume, “el licor claro” que el árbol de Minerva “congojoso sudó” bajo las prensas, y “forzado”, rindióles a los hombres.

Mira Sor Juana en su sueño pasar y repasar en el aire, entrando a las torres y saliendo de ellas; entretegiendo vueltas y revueltas, perdiéndose y reapareciéndose, murciélagos; tres, sobre todo, su ardiente fantasía distingue, que juntos van, llevados por el viento noctívago de los mitológicos recuerdos de la durmiente: son las Meneidas, a sí misma se dice, son las tres desventuradas, las tres hermanas.

*“...aquellas que su casa,
campo vieron volver; sus telas, hierba,”*

por no haber querido obedecer al dios Baco; por haberse resistido a figurar en sus fiestas, y que convertidas fueron, por eso, en murciélagos.

“Atrevidas hermanas”

antaño, ahora van en el aire, desnudas; vestidas sólo con “pardas membranas”;

“aves sin pluma, aladas,”

errando siempre en tortuosos giros, como si fueran temblorosa “niebla”, “aun ser vistas” “temiendo, en la tiniebla.”

Parecíale al propio tiempo a la que soñaba, que el espacio, en oscuro sopor, se aletargaba; que se enderezaba en las sombras Harpócrates, la divinidad, primero egipcia, griega después, del silencio, “sellando”

*“con indicante dedo”
el “labio oscuro”,*

y que, “aunque no” fuese “duro”, si, en cambio, “imperioso” “su precepto”, hacía que “todos”, lejos y cerca dominados por él, quedaran “obedientes”:

*“el viento, sosegado; el can, dormido:
este, yace”;*

pensaba ella,

*“aquel, quedo
los átomos no mueve;
con el susurro
hacer temiendo, leve,
aunque poco, sacrilego ruido”;*

— sacrilego, pensaba Sor Juana, porque la noche tenía para ella, — para su alma infinitamente poética y a la par infinitamente mística, — como tenía ayer para el poeta francés Carlos Pegny, algo de inconmensurablemente sagrado;

*“sacrilego ruido,
violador del silencio sosegado.”*

—¿Advertís la honda armonía imitativa que con la métrica combinación de sus acentos y de sus versos extiende Sor Juana desde la *vivencia* nocturna objetiva a lo que ella describe?

Por sobre montes, por sobre llanos — no la mirada corporal de Sor Juana, — por en medio del aire nocturno e inmóvil, lejos, muy lejos, su alma, silenciosa y sutil, penetraba: el remoto mar veía, “no ya alterado”, como antes bajo la luz lo imaginaba ella, sino sereno; a grado tal, que

*“ni aun la instable, mecía
cerúlea cuna, donde el Sol dormía”;*

y, en su admirable visión, a lo lejos miraba la “mansión sombría” de los tupidos bosques, en los recuestos y en las pendientes de las montañas: los ojos de su palpitante fantasía llevábanla a ver allá, al “tímido” venado, a medias rendido al sueño; despierto a medias: ¡Es Acteón! se decía, es el osado cazador, el discípulo de Quirón, del Centauro! es el

“monarca en otro tiempo esclarecido,”

cuya desventura quiso que el azar lo llevase, arrebatado por el ardor de una cacería, al escondido valle del río Eurotas, en cuyos claros estanques virginales bañábase Diana, la celeste cazadora. Por ella él entonces, al mirar sorprendida su belleza, convertido por ella en infeliz venado, y por “sus mismos perros, acosado,” ora, en medio de la noche, en el seno de la selva,

*“con vigilante oído,
del sosegado ambiente
al menor, perceptible movimiento
que los átomos muda,
la oreja alterna, aguda,
y el leve rumor siente
que aun le altera, dormido.”*

La soñadora imaginación de Sor Juana, llena de los prodigios de la soñadora imaginación helénica, dejábale aún espacio libre para las creaciones de la propia imaginación suya; revivía en su mente las tupidas florestas que quizás ni en su misma tierra, si no fuera sólo acaso con los ojos del alma, había mirado nunca, y por sobre el infeliz Acteón convertido en ciervo, y evocado por el lábil poder de su ensueño, miraba arriba, entre las ramas, dormidos los pájaros,

*“...en la quietud del nido,
que de brozas y lodo, instable hamaca
formó, en la más opaca
parte del árbol.”*

Allá — soñaba ella; — “duerme” allá, “recogida,

*la leve turba, descansando el viento,
del que le corta, alado movimiento”*

descansando el viento del ir y venir de las alas de las aves que, despiertas, como tijeras abiertas y cerradas sin cesar, sin cesar lo cortan; pero que, dormidas, al cabo lo dejan descansar.

En sus nidos las aves; en su inmenso lecho, el mar; el aire en el espacio; el can, el ciervo, los árboles, todo Sor Juana soñaba que iba poco a poco rindiéndose, más y más, al diario sueño universal, del mundo. Y aquí otra vez, ¡con qué singular maestría se dilata en los versos de Sor Juana y todo lo invade, la admirable armonía imitativa del sueño mismo!

No todas las criaturas del mundo; — rectificaba, empero, ella, en seguida: no todas, en todas partes, con el mismo absoluto rendimiento; que en la naturaleza seres hay que no duermen sino aparentemente; que guardan en sí mismos, vigilantes, “el cálculo”, ella pensaba, de su despertar oportuno, apenas sus servicios son indispensables.

Cayendo en una especie de segundo y más hondo y más clarividente ensueño, detrás de su sueño primero, ¿Sor Juana pensaba en las madres que dormidas velan a su niño, y que despiertan apenas él se queja? Pensaba sin duda en los seres todos que de otros tienen encargo y cuidado; y su espíritu, que en algún modo era espíritu de reina, y que ante la creación miraba a los que de otros tienen encargo y cuidado — como las reinas, como los reyes, como los pastores de pueblos, como cuantos alma generosa tienen, — soñaba a la reina de las aves, al águila, que, como reina, pensaba ella, tendría encargo y cuidado; y refiriéndose a ella, e imaginando que si duerme posada sólo en un pie, es para dormir a medias, y para calcular, con el otro pie, como con un despertador, la hora en que debe volver a despertarse, se decía:

*“de Júpiter el ave generosa,
como al fin reina, por no darse entera*

*al descanso — que vicio considera
si de preciso pasa, — cuidadosa
de no incurrir de omisa, en el exceso,
a un solo pie librada, fia el peso,
y en otro guarda el cálculo pequeño,
despertador reloj, del leve sueño,
porque, si necesario fué admitido,
no pueda dilatarse, continuado;
antes, interrumpido,
del regio sea pastoral cuidado.*

Convencida íntimamente de lo cual, cruzaba, como una misteriosa claridad en su alma, el pensamiento:

*“¡Oh de la Majestad pensión gravosa,
que aun el menor descuido no perdona!”*

y que hace crecer con el rango, la responsabilidad; con la jerarquía, la obligación; con el alto puesto, el deber de servir a los demás, hasta que en el signo del poder más grande, en la corona de los reyes, como la que se atribuye al águila, a la reina de las aves, simboliza al servicio perenne, la vigilancia incesante, el cuidado fiel de todos.

En el alma de Sor Juana entonces, en aquella su alma que tendía sin cesar ocultos puentes entre todas las cosas, para ir claramente de unas a otras, explicándoselas — ésta es quizás la causa, se decía “que ha hecho, misteriosa”, que sea “circular” la “corona”, que ciñen quienes del cuidado y del servicio de los demás tienen encargo; su “circulo dorado”, “no menos continuado” es que “el afán”.

Mas totalmente sumergida, sin embargo, en la universal condición que por las noches prevalece, dábase cuenta al fin, de que, aun cuando las criaturas generosas sólo a medias duerman, vigilando siempre:

*“el sueño, todo en fin, lo poseía;
todo, en fin, el silencio lo ocupaba;
aun el ladrón dormía;
aun el amante no se desvelaba.”*

En “aquella hora de la noche”, como la describe la Real Academia de la Lengua... “en aquella hora de la noche en que todo está en silencio”; la que Sor Juana Inés co-

nocia bien, porque su alma estuvo durante su vida siempre en vela; en la hora que tiene peso más grande y ligereza más grande; la que parece mortal y vital a un tiempo mismo a quien de veras la siente; y que ya hoy no sabemos nombrar siquiera, porque en nuestras noches de ahora, en nuestras modernas ciudades, anegadas de luz eléctrica y noctámbulas, hay innumerables trasnochadores, arrebatados por el ansia de placeres sensuales, y obsediados por vicios; en la hora, en fin, que entonces se llamaba del *conticinio* — el *yohual nepantla* de los antiguos aztecas, — Sor Juana hacíase cargo de que todo caía bajo el cetro del sueño, y que éste tenía que imponerse, como natural efecto de la fatiga, aun en quienes no hubiesen hecho más que gozar de los sentidos.

Observaba ella entonces:

*“El conticinio casi ya pasando
iba, y la noche dimidiaba, cuando
de las diurnas tareas fatigados,
y no sólo oprimidos
del afán ponderoso
del corporal trabajo, más cansados
del deleite también, que también cansa
objeto continuado a los sentidos,
aun siendo deleitoso,”*
*“de profundo
sueño dulce, los miembros ocupados,
quedaron los sentidos”,*
“si privados no; al menos, suspendidos”.

Al darse cuenta en sí misma de esto, — que a pesar de que cediera ella al sueño, soñaba que se observaba a sí propia, y en su sueño trataba de explicarse la nueva condición en que venía a estar, — sentía en su cuerpo al alma,

*“.....suspensa
del exterior gobierno;
el cuerpo siendo, en sosegada calma,
un cadáver sin alma,
muerto a la vida, y a la muerte, vivo”;*

muerto a la vida, a la que apenas si ya débilmente pudiera responder; y a la muerte, vivo, porque a ella aun no cedía; como lo patentiza, seguía soñando Sor Juana, el corazón, que por más que amengüe sus latidos durante el sueño — sigue, — “vital volante” del “humano reloj”, — dando, lento,

“tardas señas” “de su bien regulado movimiento”; y, que si no con la mano — como en las muestras de los artificiales relojes lo hacen las manecillas, — si, con su “arterial concierto”, manifiesta que sigue trabajando. Trabajando como “el respirante fuelle” del pulmón, que sentía ella “imán del viento”; trabajando el corazón y el pulmón, “los dos fieles testigos” de la vida, mientras que en su sitio, en su “centrífuga oficina”, silenciosamente laboraba también aquella entraña, el estómago, a la que en buena parte con razón atribuía en su sueño Sor Juana el calor humano generado por los alimentos; aquella entraña, la “próvida dispensera”,

*“que avara, nunca”; “siempre diligente,
ni a la parte prefiere más vecina
ni olvida a la remota”,*

y que entre todas las que constituyen el organismo, distribuye, con acertada y discreta mano, “las cantidades”

“que a cada cual tocarle considera”.

Asegurada con esto, así lo pensaba en su sueño Sor Juana, la continuación de la vida durante el sueño, trataba de explicarse a sí misma sus sueños: soñaba entonces que, — filósofos lo pensaban también en aquella época y lo habían imaginado desde anteriores siglos, — los que todos llamaban “espíritus vitales” partían sin cesar desde su “centro vivo”, el corazón, y que los “espíritus vitales”, y “los atemperados, cuatro humores”, y “el quilo” del aparato digestivo, vertiéndose todos en la sangre, al cerebro llegaban, y en él no sólo no empañaban las veladas imágenes que iban engendrando los sentidos, así pudieran encontrarse estos aletargados, “callados”, entorpecidos, sino que “con mudas voces impugnaban” las informaciones recibidas, con lo cual “daban a la fantasía”

*“lugar de que formase
imágenes diversas”,*

a la manera que los transparentes lagos las forman, de naves que en ellas aciertan a encontrarse. Así, en la “azogada luna” de “la imaginativa”,

“el número, el tamaño y la fortuna”

de las naves ficticias del ensueño íbase reflejando,

*“mientras aguas y vientos dividían
sus velas leves y sus quillas graves”;*

—*Sus velas leves y sus quillas graves.* ¿Sentís la maravillosa fortuna de este verso, de cristal todo, que con su mitad primera vuela y con su mitad segunda, ponderosa, en el imaginario lago camina? ¿Véis como todo él se asemeja al alma de Sor Juana, y es, como ella, milagroso edificio de armonía, de música, vuelo y equilibrio?

“Así ella, sosegada, iba copiando”

en su sueño, su imaginación,

*“las imágenes todas, de las cosas
y el pincel invisible iba formando,
de mentales
colores, las figuras
no sólo ya, de todas las criaturas
sublunares, mas aun también de aquellas
que intelectuales, claras son estrellas;
y en el modo posible
que concebirse puede lo invisible,
en sí, mañosa, las representaba,
y al alma las mostraba;
la cual, en tanto, toda convertida
a ser inmaterial y esencia bella”,
“y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
que grosera embaraza y torpe impide
el vuelo intelectual”,
“puesta a su parecer, en la eminente
cumbre de un monte”,*

sentía expandirse ante su vista un panorama cada vez más distante y prodigioso.

¡Visión extraordinaria de Sor Juana! Sustituid por las modernas palabras de los sabios, las que la poética lengua de Sor Juana empleaba: no digáis ya, como ella, que *los espíritus vitales* se derraman desde su centro vivo, el corazón, en la sangre; ni que en ella se vierten atemperados,

los cuatro humores; llamadlos como hoy se les llama por los fisiólogos modernos, los harmozones y los hormones, los productos secretados por las glándulas endocrinas, que en la sangre se vierten, y que van a estimular la vida de las células todas del organismo; en particular las del cerebro; no digáis tampoco, como Sor Juana, que los sentidos del durmiente impugnan callados y con mudas voces las informaciones recibidas, y que así engendran las figuras mentales que va pintando ante el alma el pincel invisible de la fantasía; decid lo mismo, empero, con los modernos fisiólogos declarando que, aunque amortiguadas las sensaciones, siguen produciéndose durante el sueño, y que así los excitantes del organismo engendran las imágenes. Reconoced, en fin, que las sensaciones no son la conciencia del yo, y que ésta, durante el sueño, se siente a sí propia más central y más libre, frente a la fastamagoría de los ensueños, como ante objetivas imágenes, de las que ella misma se distingue y separa; y veréis que cuanto es esencial en este punto de lo que la fisiología y la psicología modernas tratan de describir y referir, ya lo veía, ya lo sabía, ya lo decía, ya lo soñaba Sor Juana; sólo que ella lo expresaba luego, en su rica lengua, cargada de metáforas.

Soñando más aún, el alma de Sor Juana, interpreta las imágenes de su fantasía: — sueños hay en efecto, — lo sabemos todos, — sueños razonadores: el de Sor Juana es en este punto, como en otros, singular y único, porque es, en su meollo y núcleo, el sueño de una verdadera *epistemología*, o más bien de una *gnoseología*: es una teoría del conocimiento, nacida de la persecución anhelosa y del ansia del mismo: es la expresión, a la par, de su esfuerzo metódico para lograrlo y armonizarlo, y del ansia constante de Sor Juana por adquirirlo, disciplinarlo, ordenarlo y jerarquizarlo; siempre en infatigable vuelo su espíritu hacia el Sumo Bien y la Sabiduría Infinita.

En caótico, pero a la vez grandioso desorden, su alma contempla en su sueño, desde la eminente cumbre del monte en que se mira, ora las pirámides de Egipto, ora la ciudad de Menfis, ora la torre de Babel, confundido todo y extrañamente entremezclado. Deshechos y rotos viénenle recuerdos de Homero y de sus extraordinarios personajes; al Cie-

lo vuelve la vista, y a la Tierra, y al través del confuso hacinamiento de sus imágenes, sus internas lucubraciones la hacen discurrir que las pirámides no son ni fueron nunca más que tipos materiales y señas "exteriores" de otras pirámides que el alma concibe, que "intencionales" son — como ciertamente lo son todos los fenómenos psíquicos, — y que tienen "dimensiones interiores".

¿Asociación verbal de sus ideas? Más, sin duda, porque la transforma en inspiración poética, y porque traspasando con ella sus acumuladas hipérboles, sube a expresar por ella la aspiración más secreta, fuerte y profunda de su alma, que ella, generosamente, cree encontrar en todas las almas, cuando dice

*"que como sube en piramidal punta
al Cielo, la ambiciosa llama ardiente,
así la humana mente
su figura trasunta,
y a la Causa Primera siempre aspira;
céntrico punto, donde recta tira
la línea, si no ya circunferencia
que contiene, infinita toda esencia".*

Sor Juana así, dormida, vuela más allá de sí propia; busca en La Causa Primera, en Dios mismo, el céntrico punto desde el que pueda comprenderlo todo, y sueña trazar desde El, la circunferencia que todo lo encierre.

Su atrevimiento, no obstante, se detiene; acuérdate de la torre de Babel, de aquella torre "altiva y blasfema", de la que se dice ella a sí propia, nos han quedado como "dolorosas señas", como elocuentes advertencias,

*"no en piedras, sino en lenguas desiguales",
"los idiomas diversos, que escasean
el sociable trato de las gentes,
haciendo que parezcan diferentes
los que unos, hizo la naturaleza,
de la lengua por sólo la extrañeza".*

Sintiéndose, empero, siempre

*"a la mental pirámide, elevada,
donde (sin saber como) colocada
el alma se miró,
haciendo cumbre de su propio vuelo",
"de sí tan remontada, que creía*

*que a otra nueva región, de sí salía”,
 “gozosa, mas suspensa;
 suspensa, pero ufana,
 y atónita aunque ufana,”
 “la vista perspicaz, libre de antojos
 de sus intelectuales, bellos ojos,
 sin que distancia tema,
 ni de obstáculo opaco se recele
 de que interpuesto, algún objeto cele,
 libre tendió, por todo lo criado;”*

mas al intentar de ese modo verlo y entenderlo todo, Sor Juana, confundida de nuevo, advierte que el “inmenso agregado” de cuanto por doquier la circuía, “cúmulo incomprendible” de la creación entera,

*“aunque quiso a la vista, manifiesto
 dar señas de posible”,*

no pudo darlas a la comprensión;

*“que entorpecida
 con la sobra de objetos, y excedida
 de la grandeza de ellos, su potencia
 retrocedió cobarde”,
 “y por mirarlo todo, nada vía,
 ni discernir podía,
 — rota la facultad intelectual, —
 en tanta, tan difusa,
 incomparable especie, que miraba
 desde él un eje en que librada estriba
 la máquina voluble de la esfera,
 al contrapuesto polo.”*

¿Os dáis cuenta de que Sor Juana en su sueño, se soñaba tan lejos de la Tierra, que abrazaba a la par la máquina toda del Orbe? ¿del Orbe, tal como ella lo concebía en el sistema geocéntrico; con la inmensa esfera del Cielo girando, toda junta, al derredor de su eje, en torno a la Tierra, y que veía esa voluble, esa inmensa esfera; y dominaba a la par con la mirada, desde un polo hasta el polo contrapuesto, el eje en que esa esfera gira libre?...

Sentíalo así — y en ello está la sublimidad de su pensamiento, — y a la par sentía que todo ello era superior a su facultad intelectual; y en esto consisten la excelencia de su humildad y la firmeza de su razón, que advertía claramente sus forzosas limitaciones.

Sueña entonces que su propia alma, anegada y perdida en la luz, y después de haber quedado a punto de cegar, porque intentó mirar al Sol,

“a la tiniebla misma, que antes”

fué a su vista sombrío “impedimento”,

*“de los agravios de la luz, apela,
y una vez y otra, con la mano, ceta
de los débiles ojos, deslumbrados”,*

los rayos luminosos,

*“sirviendo ya, piadosa medianera
la sombra, de instrumento,
para que, recobrados,
por grados”,*

los ojos mismos al cabo

*“se habiliten,
porque después, constantes,
su operación, más firmes, ejerciten”.*

Retraída de este modo en sí propia, dividiendo, en su confusión, la dificultad, en partes distintas,

*“la atención recogió, que, derramada,
en diversidad tanta, aun no sabia
recobrase a sí misma, del espanto
que portentoso había,
su discurso,... calmado;
permitiéndole apenas
de un concepto confuso
el informe embrión, que, mal formado,
incoordinado caos retrataba
de confusas especies, que abrazaba,
sin orden, avenidas;
sin orden, separadas;
que cuanto más se implican, combinadas,
tanto más se disuelven, desunidas;
de diversidad, llenas,
ciñendo con violencia lo difuso
de objeto tanto, a tan pequeño vaso,
aun al más bajo, aun al menor, escaso;”*

siente así que es forzoso aplazar el impulso de su anhelo ambicioso, y llevando al efecto “recogidas” las velas

*“que fió, inadvertidas,
al mar traidor, al viento ventilante,”*

sueña al fin que

*“en la mental orilla”
da “fondo, destrozado,
al timón roto, a la quebrada entena,
besando arena a arena
de la playa, el bajel, astilla a astilla”,*

y que siempre animosa, reitera la porfía, en su incansable ansia de saber, bien hecha cargo ya — por su mismo fracaso, que de lección le sirve, — de que si ha de llegar de algún modo a entender el prodigioso, abigarrado y múltiple cuadro del universo, es fuerza

*“a singular asunto reducirlo,
o separadamente,
una por una, discurrir las cosas”,*

ya que el entendimiento tiene en fin “el defecto”, ella resueltamente lo declara, “de no poder”, “con un” “acto” “intuitivo”, “conocer” “todo lo criado”.

¿Hay nada que mejor que estas palabras caracterice el espíritu de Sor Juana Inés de la Cruz? Imposible es para el hombre — así lo dice ella, — con un acto intuitivo conocer todo lo criado... Conocer, *conocer plenamente*, tiene razón ella, es imposible *con sólo un acto intuitivo*: la ciencia toda, de todos los tiempos, la ciencia contemporánea en particular, lo corroboran; pero tener intuitivamente, “*de un concepto confuso*” “*el informe embrión*”, sin especial ayuda del método discursivo, *eso sí*, reconocía Sor Juana; eso sí que es posible, se decía, ya que ella misma soñaba haberlo tenido.

El *método*, en consecuencia, tenía que ser, así lo reconocía ella, el necesario complemento de la intuición aislada, y de su generoso impulso. El método que en su sueño, como sin duda en la vigilia, elaboraba Sor Juana Inés — método parecido al de Renato Descartes, aunque yo para mí tenga que ella a Renato Descartes no conoció nunca — llevábala a entender, que no sólo ese método requiere dedicar atención separada a cada una de las cosas — descompuesta en partes la dificultad de entenderlas todas juntas, — sino además, discrepando aquí de Descartes — referirlas a cate-

gorias, — con lo cual recordaba sin duda a Aristóteles — a las categorías a las que pudieran referirse, para ir — pensaba aquí otra vez como Descartes, —

“haciendo escala, de un concepto en otro”; y “ascendiendo, grado a grado”; que es “del entendimiento limitado” el “vigor, que a sucesivo discurso, fía su aprovechamiento”,

y que sólo con el firme y “prolijo, si” bien “blando”

“continuo curso de la disciplina”,

va sus débiles fuerzas “esforzando”, y “robustos alientos” adquiriendo, para poder, con ímpetu gozoso,

“los altos escalones ascendiendo”,

mirar al cabo, aquella “honrosa cumbre”

*término dulce de su afán pasado,
y, con planta valiente”,*

de la encumbrada “cima” hollar “la frente”.

En su empeño por alcanzarla, y por lograr al fin, completo, el saber, Sor Juana se imagina poder pasar

*“del infimo grado
del ser inanimado,
menos favorecido,
si no más desvalido”,*

a más y más altas jerarquías, para llegar, como término, al hombre, que es

*“de las formas todas inferiores,
compendio misterioso,
visagra engazadora;”*

no dotado sólo de los cinco sentidos, no adornado nada más por

*“las cinco solas
sensibles facultades”*

sino “ennoblecido” también con

*“las interiores,
que tres rectrices son”:*

— las tres potencias del alma, sin duda, la memoria, el entendimiento y la voluntad. —

Entreviéndolo así, gozosa, en su sueño, Sor Juana cree llegar al cabo a entender, cómo, en efecto, es el hombre

“última perfección de lo creado,

y agrado último “de su Eterno Autor”,

“en quien, con satisfecha complacencia”

“descansó” la “magnificencia” soberana de Dios, y del que

“ser pudo imagen misteriosa”

“la sagrada visión” que San Juan, “el águila evangélica”, “vió en Patmos”; que el hombre ciertamente es, pensaba Sor Juana,

*“compendio que absoluto
parece al ángel, a la planta, al bruto”,*

y que, asemejándose así a todas las criaturas, al propio tiempo excelso y miserable en su “altiva bajeza”, “participó” de “toda” la “naturaleza”.

Maravillada Sor Juana, pregúntase por qué, de tal suerte, resume el hombre todo: lo ínfimo, lo intermedio, lo supremo:

*“¿Por qué? Quizá porque más venturosa
que todas”*

las criaturas,

*“encumbrada”
“a merced de amorosa
unión seria”;*

se dice a sí misma, con íntimo regocijo, al pensar que desde la eternidad resuelto estaba que hasta el hombre, a su

hora, bajaría el propio Dios, en hombre a transformarse. Exaltada por la inmensa ventura que siente al confirmarse en que así tenía que ser, que es así y así ha sido, y asombrada porque tamaña verdad no llenara de pasmo y de gozo incesantemente a todos los hombres. Sor Juana exclama:

*“¡Nunca bastante bien sabida
merced! Pues ¡ignorada,
en lo poco apreciada
parece! ¡o en lo mal correspondida!*

después de lo cual — y aunque al propio tiempo volando, y grado a grado, como ella dice, subiendo, haya ido por la escala de su anhelo, por la que llega al Cielo, cuando piensa que el hombre todo junta, desde la oscura tierra, desde el gusano informe hasta la estrella, vuelve en sí, de súbito; y confundida otra vez en su osadía, piensa que es “excesivo atrevimiento”

*“el discurrirlo todo”,
por “quien aun la más pequeña
aun la más fácil parte no entendía
de los más manuales
efectos naturales;”*

por quien humildemente confesaba, que saber no alcanzaba, “de la fuente” risueña,

*“el ignorado modo
con que el curso dirige, cristalino
deteniendo en ambages su camino”,
y “de la breve flor aun no sabía
“por qué, ebúrnea figura
circunscribe su frágil hermosura!”*

Siéntese así suspensa entre la ambición de llegar a saberlo todo, y de subir por el saber hasta Dios mismo, y la confusión de no poder entender nada; nada, por fin: ni aun las cosas más sencillas, a pesar de su persistente ilusión de vencer las dificultades de la ciencia con el Método;

*“pues si a un objeto sólo (repetía
tímido el pensamiento),
huye el conocimiento
y cobarde el discurso se desvía;
si a especie segregada,
— como de las demás, independiente;*

*como sin relación, considerada, —
da las espaldas el entendimiento,
y asombrado el discurso se espeluzna
del difícil certamen, que rehúsa
acometer valiente,
porque teme, cobarde,
o comprenderlo mal, o nunca, o tarde,
¿cómo en esta espantosa
máquina inmensa discurrir pudiera?”...*

Vacilante entonces, temerosa frente a la perspectiva del fracaso de su ambición osada, se imagina no sólo que al fin fracasaría, y que así justamente castigada sería, sino que la misma publicidad del castigo puede llevar a otros, a imitar su loco atrevimiento, ante la perspectiva de lo cual, exclama:

*¡“El castigo jamás se publicara;
porque nunca el delito se intentara!
Circumspecto estadista,
político silencio, ¡antes rompiera
los autos del proceso!
¡o fingida ignorancia simulara!
¡o con secreta pena castigara
el insolente exceso!”*

“sin que a” la “popular”, traidora “vista”

*el ejemplar nocivo propusiera!
que del mayor delito, la malicia
peligra en la noticia;
contagio dilatado trascendiendo”.*

Sor Juana va así, en su sueño, desde la concepción helénica y luego la medieval de la noche, y del descanso de todas las criaturas, a una explicación fisiológica del sueño mismo y de los ensueños; a otra, psicológica, y a una manera de entender el alma, que a la par la refiere también a los ensueños; que la liberta llevándola a forjar una teoría del conocimiento — en una aspiración interminable a saber, tal como la que ella sintió toda su vida, y como hoy mismo la sentimos y la vivimos; — que la conduce al anhelo de llegar al punto céntrico de todo lo creado; que tiende a levantarla desde la más baja criatura hasta el hombre, y desde el hombre hasta Dios; que la lleva a una especie

de inquietud moral, causada por su propio atrevimiento; la detiene ante el peligro de que, locamente extraviado su espíritu se pierda, y la levanta, en fin, sobre sí misma, a rechazar el castigo público, no porque sea castigo, ni porque no pudiese merecerlo, sino porque, siendo público, promover puede en otras almas, contagioso entusiasmo y estrago.

Comprendió así en su sueño Sor Juana Inés, su vida intelectual y su vida moral, todas enteras; su amor a la ciencia, que aun en sueños la animaba, y las dificultades con que en su inquirir sentíase sumergida; su sintética visión del Cosmos, ordenado, y armonizado todo, y redimido, y sublimado por el Amor Divino; su ansia de Infinito, y su afán de que para nadie fuera nunca peligroso incentivo su anhelar temerario, y se abrió así su pensamiento como un inmenso compás que abrazaba, desde la antigüedad egipcia y griega, la Edad Media y el Renacimiento, y se extendía a lo futuro, como si proyectar quisiese a lo Infinito su temeraria medida.

El despertar de su sueño tenía que provocar también las reflexiones de Sor Juana, y convertirse en ella en sustancia poética; imaginábase, siguiendo sus lucubraciones, que al ir faltando al cuerpo los elementos materiales necesarios para su conservación y subsistencia, no sólo se irían reduciendo, hasta desaparecer, los ensueños; — como sin duda, pasa, cuando los excitantes de los que los ensueños son imaginaria traducción, amenguan, — sino que sería natural que, poco a poco y progresivamente, el durmiente despertara.

Desatadas con esto, en su propio despertar, decía ella misma —

“las cadenas del sueño”,

— hoy las teorías son otras, pero en el fondo coinciden con las de Sor Juana, —

*“los miembros extenuados, —
— del descanso, cansados;
ni del todo despiertos, ni dormidos,
muestras de apetecer el movimiento,
con tardos esperezos,
ya daban, extendiendo*

*los nervios, poco a poco, entumecidos;
y los cansados huesos,
— aun sin entero arbitrio de su dueño, —
volviendo al otro lado, —
a cobrar empezaron los sentidos,
— dulcemente impelidos
del natural beleño, —
su operación, los ojos entreabriendo;
y, del cerebro ya desocupado,
las fantasmas huyeron;
y — como de vapor leve formada, —
en fácil humo, en viento convertida
su forma — resolvieron.”*

Mas como Sor Juana no piensa nada solo, aislado, sino que su ágil espíritu, con todo relaciona todo, no le basta sentir cómo, por pasos sucesivos, atraviesa ella del sueño a lo que pudiera llamarse el *subsueño*; de la conciencia envuelta en fantasías del durmiente, a la conciencia en parte subconsciente de quien está a punto de tornar a la vigilia, y de esa conciencia en parte subconsciente, a la plena conciencia ulterior, sino que a la par piensa en la Creación entera; en el Sol, a quien llama “el Padre de la Luz ardiente”, que se acerca, otra vez despierto y radioso, a la Tierra; que entabla breve lucha

*“contra la que, tirana usurpadora
del imperio del Día,
negro laurel de sombras mil ceñía,
y con nocturno cetro, pavoroso,
las sombras gobernaba.”*

Llévala entonces su imaginación a soñar aún, rápida y épicamente, el glorioso y acelerado combate del que Cielo, Aire y Tierra son teatro, en el que batallan la Claridad y la Tiniebla;

*“pero apenas, la Bella Precursora
signífera del Sol”, en el oriente
“tremoló” “luminoso” su “estandarte,
tocando al arma, todos los suaves
si bélicos clarines de las aves,
— diestros, aunque sin arte,
trompetas sonorosos, —
cuando como tirana, al fin cobarde,*

la sombra

*de recelos medrosos
embarazada, bien que hacer alarde
intentó de sus fuerzas, oponiendo
de su funesta capa los reparos,
breves en ella; de los tajos claros
heridas recibiendo”,
“su débil resistencia conociendo,
a la fuga ya casi cometiendo
más que a la fuerza el medio de salvarse,”*

“ronca tocó” y medrosa en el espacio, su “bocina”, anhelando,

*“recoger a los negros escuadrones,
para poder en orden retirarse,
cuando de más vecina
plenitud de reflejos fué asaltada,
que la punta rayó, más encumbrada
de los del Mundo erguidos torreones”.*

Tras ella el Sol venía. Aún Sor Juana, atenta a cuanto su alma contemplaba, la Tiniebla vencida, miró que “iba pisando” su propia sombra; “en sus mismos horrores tropezando”: “acosado” su ejército, por “la Luz que el alcance le seguía”, quedó “desbaratado”, en tanto

*“que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores,*

iba “el Sol, a la par”, restituyendo

*entera a los sentidos exteriores,
su operación; quedando a Luz más cierta
el mundo iluminado”, ella “despierta”.*

. . .

Este extraordinario poema, de profundidad tan honda, y de tan desconcertantes y violentas trasposiciones, que sólo despedazándolas y trocando aquí y allá los tiempos de los verbos de que Sor Juana se sirve — aunque empeñado siempre en respetar su sentido, — y reduciendo y suprimiendo amplificaciones, es como me ha sido dable desentrañar sus bellezas, pone claramente de manifiesto aspectos esenciales del alma de su autora. Por eso es por lo que aun cuando, como acabo de decir, lo haya desbaratado sin cesar, y sin

cesar haya recogido y ordenado aquellos de sus fragmentos que mejor en mi sentir dan testimonio de su singular riqueza, y lo haya zurcido aquí y allá, con rotos hilos de prosa rimada, he querido a la par analizarlo y sintetizarlo.

Al través de él acabase por advertir — como en la épica batalla por Sor Juana descrita, — de la Luz y la Sombra, de la Noche y del Día — no abstractos sino concretos, personificados, vivientes, porque para ella, vivientes eran todos, y verdaderas luchas reñían — acabase por advertir, como en la final batalla de su sueño, — el triunfo de la claridad del espíritu de ella misma, que, con profusa radiación, esplende.

XVI. — Las filosofías de Sor Juana Inés de la Cruz

1) CUALES ERAN PARA ELLA LOS ORIGENES Y EL MODO DE DESARROLLO DEL CONOCIMIENTO.

En el sueño de Sor Juana Inés de la Cruz ha creído encontrar el vigilante espíritu de Ermilo Abreu Gómez, versos que patentizarían que Sor Juana habría inspirado su "Método" en el *Discurso del Método*, de Renato Descartes: advierte él, especialmente, que así como en la tercera de sus reglas, Descartes se dice a sí mismo que para descubrir la verdad subirá paso a paso, desde los más sencillos hasta los más complicados conocimientos, así Sor Juana pretende ascender grado a grado la escala de la sabiduría, desde las criaturas ínfimas, hasta el hombre; — y habrá que agregar también, con ella, hasta Dios.

Decirse puede de igual modo — y antes ya lo dije, — que Descartes afirma en su segunda regla que para vencer cada dificultad habrá que descomponerla en partes más sencillas, y que así, aunque por supuesto en forma diferente, lo dice y lo hace Sor Juana.

No pienso yo, empero — ya también lo advertí, — que Sor Juana haya derivado de la lectura de Descartes tales normas: si así hubiera sido ¿no habría vestigios también, en algún otro de sus escritos, de las otras dos reglas, la primera y la cuarta? ¿No se habría dicho a sí propia Sor Juana que no habría de aceptar sino aquello de que no tuviese duda, y que, para coronarlo todo, haría enumeraciones tan completas cuanto le fuera dable, de cuanto fuera sabiendo?

Que haya concebido por sí misma y sin necesidad de leer a Descartes, normas de su pensamiento equivalentes a la segunda y a la tercera reglas del método de Descartes, natural era; la equivalente a la segunda, porque a ello con-

ducía a Sor Juana la historia misma de su desarrollo intelectual, como la expresa en su carta a Sor Filotea de la Cruz, en la que divide los conocimientos que considera más complicados — los de la que para ella es la reina de las ciencias, la teología, — en partes previas, más sencillas.

A regla equiparable a la tercera de Descartes llegaría por sí sola, porque la que describe Sor Juana no es más que la expresión del orden mismo con que, desde el Génesis, por ella tan conocido, se cuenta la progresiva creación del mundo, como Sor Juana la cuenta igualmente en sus ejercicios piadosos en honor de la Virgen María.

Llegó ella, así me parece, a tales conceptos, no porque conociera a Descartes — ¿qué verdaderas y concluyentes pruebas hay de que lo haya leído?, — sino por sí misma; por su propio genio y por su profundo temperamento, a la vez filosófico y cristiano, que conjugado con su humildad, tenía que impedir que ella advirtiese la posibilidad de hacer enumeraciones de su saber, que, por fin de cuentas, pareciale nulo, y que le vedaba, a la par, imaginarse, ni pensar siquiera, que no debiese tener en cuenta otra cosa más que aquello de lo que no pudiera tener duda. La duda metódica, lo esencial del método de Descartes, requiere, en efecto, una suerte de escondido orgullo que es la negación misma del alma de Sor Juana. La actitud mental de ésta fué, por tanto, y notoriamente, diversa de la que tuvo Descartes. Descartes partió de una duda absoluta, en la que pudo, no obstante, insertar una afirmación que fué prelude y origen de todo el trabajo constructivo de su espíritu. Sor Juana partió, por el contrario, de una afirmación que a su vez sirvió de base a la construcción de toda su teoría del conocimiento. La semejanza, en consecuencia, está en los grados intermedios, no en los cimientos del edificio ideal que construyó cada uno de los dos.

Lo importante en la construcción ideológica de ambos es justamente aquello en lo que discrepan: la duda metódica para Descartes; la intuición, con su esencial certidumbre, para Sor Juana; la intuición, empero, no considerada como el único medio de adquisición del saber, sino como el inicial solamente; esta es la fecunda y admirable verdad señalada por Sor Juana, y que hasta ahora va nuestra moderna epistemología precisando: que por la intuición sola, “haciendo cumbre de su propio vuelo”, el alma, como en el Sueño de Sor Juana, no llega más que a un saber, que

yo no llamaré *confuso*, como Sor Juana lo llamaba, pero que sí habrá que reconocer que es incompleto, aun cuando a las veces entrañe *relaciones* de cosas y fenómenos; *saber* en todo caso, aun cuando sea confuso; saber fundamental que de algún modo hay que completar después; y esto es lo que tiene significación máxima; saber, que lleva implícita el *aura cognitiva*, los “pródromos cognitivos” de que habla en su psicología del conocimiento Carlos Spéarman, y que quizás por eso merecerá, en el *halo* que lo rodea, llamarse, como Sor Juana lo llamaba *confuso*; saber en fin que, como ella decía, siendo sólo un “embrión” de conocimiento, requiere luego paso a paso, para desarrollarse, que venga en su auxilio el razonamiento: científico, ordenado y metódico.

Sor Juana no parece haber advertido plenamente la importancia inmensa de la intuición: si el acto intuitivo aislado no basta para formar todo el conocimiento, sin él es imposible iniciar siquiera la formación del conocimiento; actos intuitivos múltiples son, por otra parte, luego, los que permiten a cada paso, en la senda del conocimiento, encontrar las relaciones de los conocimientos aislados, y subir de unos a otros; y las mismas categorías a las que Sor Juana se refiere, resultado en gran parte tienen que ser de intuiciones. Estas, por tanto, y el razonamiento, se complementan sin cesar, de un modo recíproco y alternado: Sor Juana lo entrevió bien; son sin duda como la aspiración y la espiración del alma, que juntas constituyen su respiración; que juntas la nutren de saber. Pudiera ella haber discernido más plenamente la importancia inmensa de la intuición, si se hubiese dado cuenta de que muchas cosas sabía, de que de muchas hablaba con rara penetración y tino, que iban más allá de su razonamiento metódico, y que sólo podía ella entender por esa visión directa de la verdad objetiva, *super-temporal y superespacial*, que es la intuición misma, aun cuando, como a menudo ocurre, no se diese cuenta de todo lo que su intuición contenía; pudiera haber advertido que su intuición no era confusa, ni era oscura, por más que ella no se hiciera cargo completo de su contenido; pero así y todo ¿no es extraordinario que su “espíritu científico” adelantándose a su “espíritu filosófico”, haya llegado, en algún sentido, más lejos que los pensadores del siglo xix, y tanto como varios de los mejores de lo que va transcurrido ya del siglo xx? Si otros que ella, tales como Spéarman, han visto mejor que ella el papel inmenso de la intuición, a la

par sintético y analítico, ¿han visto tanto como ella la incesante necesidad de que la intuición y el razonamiento se complementen? Sólo le faltó aclarar más sus conceptos, y volverlos explícitos, y caracterizar bien esa fluctuación perenne, ese flujo y ese reflujo del alma; ese repasar de la ola que va y de la ola que vuelve sobre las infinitas playas del conocimiento.

2) EL AMOR DE SOR JUANA INES A LA SABIDURIA. ¿QUE ERA PARA ELLA LA MAS ALTA, LA SUPREMA SABIDURIA?

Animaba constantemente el espíritu y la vida de Sor Juana su natural deseo de saber: no amor a las ciencias abstractas ni a las concretas, como tales ciencias en sí mismas, sino a saber; a ir fuera de sí misma, a cuanto pudiera entenderse y aprenderse, y sobre todo a la verdad: así lo dijo ella con reiteradas y ardientes expresiones en su carta a Sor Filotea de la Cruz: “verdad y claridad; que en mí “siempre es natural y costumbre”...; “aunque sea en contra mía, ”me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor ”a la verdad, que desde que me rayó la primera luz de la ”razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las ”Letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ”ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado a ”que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en ”mí; su Majestad sabe por qué y para qué; y sabe que le he ”pedido que apague la luz de mi entendimiento dejando ”sólo lo que baste para guardar su Luz”, con lo cual Sor Juana vuelve palpable que, grande como era su amor a la ciencia y a las letras, mayor, heroicamente mayor, sublimemente mayor — era el que por Dios sentía y tenía; “sabe ”que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, ”dejando sólo lo que baste para guardar su Luz, pues lo ”demás sobra; (según algunos)”, — agrega entre paréntesis, haciendo ver con ese paréntesis que de ello no está convencida; “lo demás sobre en una mujer, y aun hay quien diga ”que daña”.

“Sabe también Su Majestad” continúa Sor Juana, “que ”no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre ”mi entendimiento, y sacrificárselo sólo a quien me lo dió, ”y que no otro motivo me entró en la Religión.”

¡No otro motivo me entró en la religión! ¡Cuán preciosa es esta afirmación rotunda, y cómo hace ver el carbunclo encendido, de amor a Dios, que en el centro del corazón de Sor Juana ardía!

“Sabe el Señor”, prosigue, “y lo sabe en el Mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre”.

¿Qué sería ello? ¿qué sacrificio increíble, que su confesor y Dios sabían?...

“y que no me lo permitió”, continúa, “diciendo que era tentación; y si sería”.

No se le permitió aquel varón que ora templaba, ora encendía el ardor de su alma, y que le impidió entonces lo que, si a ella sólo se hubiese ella reducido, hubiera quizás venido a hacer: mutilarse acaso; material o espiritualmente, en reacción anhelante contra sí misma; en algún modo, suicidándose.

Vivió ella, por tanto, y floreció, y aromó con el aroma de su alma su siglo, y trascendió el aroma de su alma al través de los siglos. En tal impulso de su alma, hasta el aniquilamiento; en tal obedecimiento de su alma, hasta su conservación, dos energías encontradas se combaten y la equilibran. ¿Son esas dos energías las que hacen que Juan Ramón Uriarte piense que es Sor Juana Inés de la Cruz el más femenino y a la par el más varonil de los espíritus? Equilibrado siempre el finísimo fiel de su balanza íntima, quien con amor clarividente la amara podría haber estado siempre temeroso de que algún día se desequilibrase, y, que con ello el milagro de su vida viniese por tierra.

Mas ¿por qué Sor Juana pidió alguna vez a Dios que apagara la luz de su entendimiento, y que sepultara su nombre en el olvido, y por qué ella misma intentó consumir un sacrificio tal, para conseguir esto, que su confesor tuvo que impedirselo? Fué, sin duda, que, como a todos nos pasa, que varias vidas vivimos a un mismo tiempo, así ella vivió también al propio tiempo, toda su vida varias vidas; y una era en ella la vida aparente, la exterior, — la que en su comunidad se expresaba en rezos y prácticas piadosas y en cordiales relaciones con sus hermanas, y que en la Corte se manifestaba en su amistad con los virreyes y los grandes, y en la ciudad circundante originaba sus actividades que hemos llamados cívicas, referentes ora a fiestas públicas, ora a fiestas escolares, ora a la administración

de la justicia civil o penal,— y otra, más central y recóndita, era su vida profunda, su vida puramente íntima, a solas con su propia conciencia, a la que llegaba, empero, un eco de las hablillas que en su contra se desataban porque hacía versos, porque tanto leía y tanto sabía, y en la que se entretejían recuerdos de sus sinsabores y de sus decepciones.

Crisis tremendas revolvieron esas vidas superpuestas: en la primera de tales crisis pareció ceder ella por algún tiempo a su inclinación segunda;— que la primera, como más tarde lo descubrió ella misma, fué, sin duda su amor a Dios;— pareció ceder, en algún respecto, a su inclinación segunda, al amor al estudio, y a la facilidad natural que en ella existía para dar forma poética a cuanto le ocurriera en el trato con sus semejantes; y este desahogo suyo, que en estudio y en poesía convirtió,— en fuerzas vivas y aparentes,— las que de otro modo habrían sido internas energías represadas, salvó el equilibrio mental de Sor Juana.

No obstante eso, sus mismas festejadas producciones literarias ocasionáronle desazones, que, con ser incesantes, como fueron, los aplausos que se le tributaron, más fueron las envidias, los celos, los reproches, las censuras. Ella misma lo decía: “Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues bien sabe Dios que no ha sido muy así; porque entre las flores de esas mismas aclamaciones, se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantos no podré contar; y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que, amándome y deseando mi bien— y por ventura mereciendo mucho con Dios, por la buena intención,— me han mortificado y atormentado más que los otros, con aquel: *“No conviene a la santa ignorancia que debe, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura, con su misma perspicacia y agudeza...*— Pues por la (en mí dos veces infeliz), habilidad de hacer versos,... ¿qué pesadumbres no me ha dado?— ¿o cuáles me ha dejado de dar?”...

Paréceme a veces, cuando pienso en los seres que amo, muertos o ausentes— y también así me parece cuando pienso en los que vivieron hace millares de años,— que no están ausentes; que están presentes; paréceme cuando pienso

en Sor Juana, sentir que volando pasa por sobre mí, por encima de mi cabeza, su espíritu, como un ave magnífica, de la que apenas si acierto a percibir el batir de las alas en el espacio, vuelto luminoso e inmóvil; y pienso entonces que así se cernía el espíritu mismo de Sor Juana, sobre las almas de las gentes de su tiempo; que más allá de ellas, ellas lo sentían, sin entenderla nunca del todo, porque ella estaba arriba, suspendido su vuelo en el aire sin ayer ni mañana, de los siglos conjuntos, compenetrados y fundidos. Entiendo entonces por qué dice Nicolás Lossky, el nuevo filósofo de la intuición y de lo absoluto, que el mundo es un todo orgánico, unido *supra-espacial* y *supra-temporalmente*. Toda alma lo sabe cuando vuela a lo pasado y a lo distante, y, en una llamarada de atención, resucita a los muertos, y los siente otra vez, y vive con ellos, aunque parezcan desaparecidos y extintos los países y los tiempos en que ellos vivieron!

Entiendo entonces cómo y por qué dice Lossky, que la verdad es objetiva y eterna.

* * *

A pesar de cuanto a Sor Juana se dijera durante la mayor parte de su vida terrestre, ni ella pudo entonces dejar de hacer versos — que hacerlos era en ella tan natural que, como lo dijo en su carta a Sor Filotea de la Cruz, aun tuvo que violentarse para que esa carta no fuera en verso, — ni pudo dejar de pensar y de estudiar; que para ello habría necesitado dejar de vivir: convencida estaba, y así lo refería, que, “como dijo Gracián, — las “ventajas en el entendimiento lo son en el ser”; y por eso afirmaba que “no por otra razón es el ángel más que el hombre, que porque “entiende más”; y que “no es otro el exceso que el hombre “hace al bruto, sino sólo entender.”

Porque eso era convicción absoluta de todo su ser, y porque a ello la llevaba su ser todo, de aquella vez en que “una prelada”, con mal consejo, le mandó que no estudiase, ella pudo decir en su misma carta a Sor Filotea: “yo la “obedecí (unos tres meses, que duró el poder ella mandar), “en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar “absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo “pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome

"ellas, de letras, y de libro, toda esta máquina universal". "Nada veía sin reflexa", agrega aún; (sin reflexión); "nada oía sin consideración; aun en las cosas más menudas y materiales, porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fécit Deus*, no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas".

Pesad, os ruego, estas sus palabras: *las miraba y admiraba todas*; tenía el don supremo de saber admirar, "de tal manera que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían", prosigue, "me estaban resultando mil consideraciones: ¿de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que los ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas, y mediándola, con el entendimiento, — y reduciéndola a otras diferentes."

Y así continúa, recordando en su carta, cómo veía todo; cómo todo admiraba, cómo todo lo estudiaba; cómo, acerca de todo, discurría; tan ineludiblemente obligada a hacerlo, por la natural seriedad de su juicio, y por el vuelo mismo de su mente a cuanto la rodeaba, que bien se vé que no a los libros solos — cosa en algún modo muerta, — sino a la creación entera, iban las luces de su alma, como los destellos de un diamante, que del diamante, por doquiera, irradian. Sólo que — y es este el punto que aquí conviene poner en claro, — para ella la más alta, la suprema *Sabiduría* no era lo que la sabiduría es, en nuestra lengua de ahora: para ella la verdadera, la real *Sabiduría* era tanto como Dios mismo: la "Causa Primera", como lo había soñado y lo había dicho ya en su *Primer Sueño*, a la que "siempre aspira" "la humana mente", a la manera misma en que "sube en piramidal punta

*al cielo, la ambiciosa llama ardiente";
"el céntrico punto, donde recta tira
la línea si no ya circunferencia
que contiene, infinita, toda esencia".*

Por eso, en su carta a Sor Filotea habla de San Pedro y de la *Sabiduría*, de esa Altísima Sabiduría, cuando habla de San Pedro y de Jesucristo, es decir de Dios, en aquel pasaje en el que dice: "hallábase el Príncipe de los Apóstoles en un tiempo" — se refiere sin duda a la noche del

Getsemaní, en que se consumaron la traición de Judas y la aprensión de Jesús, — hallábase “tan distante de *la Sabiduría*”,...

— ¿no veis claro que ahí la Sabiduría es para ella el mismo Jesús, y por tanto Dios mismo? —

“tan distante de la Sabiduría”, prosigue, como pondera aquel enfático, — así llama ella aquí al Evangelista San Mateo, sin duda por la fuerza de su palabra, — “aquel enfático que dice: *Petrus vero sequébatur Eum a longe*” — verdaderamente Pedro lo seguía, — *la seguía*, — de lejos, — sin saber empero, — inconsciente, — ni lo que el mismo decía: “*Nesciens quid diceret*”, agrega Sor Juana, citando esta vez a San Lucas. E insiste en su dicho, como los Evangelistas insisten, y dice que el propio Pedro, “examinado del conocimiento de *la Sabiduría*”,...

— ¿no miráis ahí, también, que es como si ella escribiera: — Examinado de si conocía a Jesús, de si se había puesto de algún modo en relación con Dios, “dijo él mismo, que no había alcanzado la menor noticia” de ella, de la Sabiduría, — de El, de Jesús, — declarándolo así a la criada que a él se dirigía: “*Múlier, nescio quid dicis*”, con las palabras de San Mateo; “*Múlier, non novi illum*”, con las de San Lucas: — Mujer, no sé lo que dices; mujer no *lo conozco*? Después de lo cual, dice aún Sor Juana, repitiendo la exclamación que San Lucas pone, como testimonio, en labios de la criada que de Pedro habla, en el vestibulo del palacio del Sumo Sacerdote: “*Et hic cum illo érat!* — ¡Y éste con El estaba! Es decir, explica Sor Juana, que él “era afecto a la Sabiduría”; que “llevábale” la Sabiduría “el corazón”; que “andábase tras ella”; que “preciábase de seguidor y amoroso de la Sabiduría;” — de Jesús mismo; de Dios; que ella sabía bien que, al citar en el latín de la Vulgata, ora versículos del capítulo 22 y del 9.º del Evangelio de San Lucas, ora versículos del capítulo 26 del Evangelio de San Mateo — de Jesús y de San Pedro hablaba, y que, a pesar de eso, o por eso, no los traducía ella del latín, nombrando a Jesús por su nombre, sino llamándolo con aquel otro nombre, para ella de amor, de veneración y de luz, *la Sabiduría*, ya que para ella confundidos Dios y la Sabiduría, Jesús y la Sabiduría, eran una entidad y una esencia única.

Claro, por supuesto, que para juntar así íntimamente en su pensamiento Sor Juana a Jesús y a la Sabiduría, y reunir pasajes distantes de evangelistas diferentes — casi seguro

es que sólo recordados entonces, de memoria por ella, — no necesitaba leerlos ni pensar en ellos al pie de la letra, sino alcanzar a penetrarse de su espíritu; y que esto no podía lograrlo sino pensando en ellos largamente y haciéndolos suyos con su entusiasmo y su fe; transfigurándolos en cierto modo en su propia sustancia; iluminándolos con la propia luz interior que a ella la bañaba, y que le daba una especie de nuevo conocimiento de verdades que en algún respecto tornábanse para ella simbólicas, y que eran más profundas verdades porque llegaban a tener los caracteres que a la verdad señala Nicolás Lossky; vueltas a la par, objetivas, supra espaciales y supra temporales; ciertas para todos los siglos.

3) SU EQUILIBRIO MORAL

Llevada Sor Juana Inés al través de su existencia, como por alas, por su amor a la sabiduría, que ya se ve claramente, gracias a esta luminosa revelación psíquica — sus palabras mismas, — que era para ella su amor al mismo Dios, en cada una de sus criaturas, porque, como ella decía “no hay ninguna por baja que sea”, en que no se encuentre el “*me fecit Deus*”, el Dios me hizo, y viendo por tanto a Dios en la creación entera, cuando a sus solas o entregada a sí misma estaba, o cuando, casi sin darse cuenta de ello, lo íntimo de su pensamiento, en prosa o en verso, se le escapaba, su filosofía, que era su teología, se transparentaba y brillaba en sus expresiones, animadas de esa suerte por una más honda poesía, superior a sus propias palabras, y en la que su espíritu trascendía, con una peculiarísima forma concreta que le da sabor científico, y que lo hace quedar a medio camino entre las abstracciones y las cosas materiales, realizando así, en su mente, aquel *equilibrio moral* de su espíritu, que parece la fórmula esencial en la que este se compendia, y que vino a ser poco a poco el premio de sus largas meditaciones y de su amor a la poesía, a la sabiduría y a Dios, en el conflicto en que estuvo siempre de un lado su siglo, que naturalmente no podía entenderla, y del otro, ella misma, que todo cada vez mejor entendía, y que, por eso mismo, aseguraba su serenidad, su interna proporción y su íntimo equilibrio.

Esa su filosofía, en este punto más que platónica; — platónica en parte su concepción del amor; — era aristotélica

en lo que se refiere a sus conceptos esenciales de la belleza y de la conducta humana, y eso es lo que le da profundidad singular cuando sintéticamente los expresa, como lo hizo en aquel poema a la Condesa de Galve en el que le dice:

*“Limitados los sentidos,
juzgan mensuras diversas
en los objetos sensibles;
y así dan la diferencia
entre lo que ven, o escuchan,
lo que gustan, o que tientan;
mas el alma, allá, en abstracto,
conoce, con evidencia,
que es una proporción misma
aunque distinta parezca.
aquella que el gusto halaga
o que el tacto lisonjea;
la que divierte los ojos,
o la que al oído suena.*

*No es otra cosa lo hermoso
que una proporción, que ordena
las cosas, unas con otras”.*

4) SENTENCIOSA Y MORALISTA

No como en su Sueño dirigida en parte por el deseo de realizar aquella forma de complicada y rica orfebrería literaria de la que Góngora fué maestro, y en la que él, como Sor Juana, vertió luces opulentas de su pensamiento, sino en versos fáciles y numerosos, de música sencilla y a la par insinuante y varia, Sor Juana dió expresión muchas veces a aspectos singulares de su filosofía y con ellos a la profundidad de sus ideas; claras, no obstante, como una agua honda y límpida, amontonada prolijamente, y al través de cuyo espeso cristal, se mira el fondo: revélase así aun en aquellos sus versos, casi juveniles, al Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, en los que, deseándole años buenos, le desea sobre todo años de vida estrena, que supere y culmine, y le expresa sus votos, diciéndole:

*“Vuestras acciones heroicas
tanto a la fama fatiguen,
que de puro celebraros
se enronquezan los clarines;”*

sube a más contemplativa y atinada visión de la cordura, cuando prorrumpe, dulcemente moralista ya, aunque con el Virrey hable;

*“vivid, y vivid discreto
que es sólo vivir felice”;*

y llega más lejos cuando, a pesar de que ella es una pobre monja oscura, y él un virrey espléndido, su amistad con él, y su filosofía — que le permite discernir la esencia tras el accidente; lo que vale, más allá de lo que aparenta, — la llevan a sugerirle la necesidad de que sea previsor, y de que, con su acertada y dichosa previsión, acelere que venga la cosecha de los bienes que debe ambicionar, por lo que, sentenciosa, exclama:

*“el agricultor discreto
no espera a que fructifique
el tiempo, porque la industria
hace otoños, los abriles”.*

Más arriba alcanza, siempre como moralista que con atinado juicio señala la altísima valía de los actos desinteresados, y contrapone los valores del vivir egoísta a los del vivir racional y superior, cuando prorrumpe, dirigiéndose al mismo virrey:

*“quien sólo por vivir vive,
sin buscar más altos fines,
de lo viviente se precia,
de lo racional se exime”.*

Exalta al que aprovecha el tiempo, y deturpa al que lo desperdicia, profiriendo proféticamente:

*“quien llega necio, a pisar
de la vejez los confines,
vergüenza peina, y no canas;
no años; afrentas repite”.*

en tanto que

*“ningún espacio de tiempo
es corto, al que no permite
que los instantes más breves,
el ocio, los desperdicie”;*

y alcanza en esa misma poesía la condensación máxima de su pensamiento, cuando en lo presente, vivido bien a conciencia, mira que cuaja lo pasado y se prepara lo porvenir, como lo expresa proclamando que

*“tres tiempos vive el que, atento,
cuerto, lo presente rige:
lo pretérito contempla
y lo futuro predice”;*

tres tiempos, en un tiempo sólo, en el que los tres tiempos se suman, como ahora acaba de decirlo el filósofo inglés Alfredo North Whitehead, que, en lo que llama “el presente especioso” — el presente a lo par engañoso y hermoso, precioso, perfecto, — mira espejear todos los sucesos pasados, a la vez que parte grande de los acontecimientos futuros. Así Sor Juana, al final de esos versos suyos, escritos cuando a lo sumo tendría 35 años, pues esto fué antes de que dejara de ser virrey el Conde de Paredes, pudo juntar también los tres tiempos, y decir al Marqués de la Laguna:

*“recibid este romance
que mi obligación os rinde,
con todo lo que no digo,
lo que digo, y lo que dije.”*

¿No es de llamar la atención, el tono mismo de esta poesía al Virrey dirigida, y en la que ella lo exhorta a la discreción, al trabajo, a la previsión, y le da una especie de anticipo de eternidad, en el triple concepto de los tres tiempos de la vida, vividos juntos?

Para explicarse que tal composición como esta haya podido escribirse, y que no sólo no haya herido la susceptibilidad del Virrey, sino que haya sido recibida, como él debe de haberla recibido, con una especie de satisfacción íntima y tal vez con no confesada admiración por su autora, hay que pensar que propiamente al dirigirse Sor Juana al Virrey, no se dirige al Virrey, sino que sus advertencias y sus reflexiones, de sí propia nacidas, de sus hondas meditaciones acerca de la vida misma y de lo pasado y lo porvenir, se han vuelto impersonales, y por lo mismo están más allá de todos y por encima de todos. Nadie es Virrey ya ante la poesía de Sor Juana. Todos son almas.

El pensamiento filosófico de Sor Juana, en tanto cuanto se expresó en verso, tuvo, sin embargo, manifestación más cumplida que la del romance al Conde de Paredes, en aquel otro en el que diserta sobre las contrarias opiniones, especialmente de optimistas y de pesimistas, diciendo:

*“Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato:
quizás podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario,
que pues, sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso
no seréis tan desdichado.*

*Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso,
y no siempre esté el ingenio
con el provecho, encontrado.*

*Todo el mundo es opiniones,
de pareceres tan varios,
que lo que el uno, que es negro,
el otro prueba, que es blanco;
a unos sirve de atractivo
lo que otro concibe enfado;
y lo que éste, por alivio,
aquel tiene, por trabajo.*

*El que está triste, censura
al alegre, de liviano,
y el que está alegre, se burla
de ver al triste, penando.*

*Los dos filósofos griegos
bien esta verdad probaron;
pues lo que en el uno, risa,
causaba en el otro, llanto.*

*Célebre su oposición
ha sido, por siglos tantos,
sin que cuál acertó, esté,
hasta ahora, averiguado;
antes, en sus dos banderas
el mundo todo, alistado,
conforme el humor le dicta
sigue cada cual el bando.”*

¡Y qué bien visto está lo que tan fácilmente dijo aquí Sor Juana! que el optimista y el pesimista — hoy ya podemos saberlo, — son natural producto de lo que alguna vez llamé la sensibilidad conjunta y sintética; resumen de todas las sensibilidades aisladas de cada cuál; (la que se ha llamado la *cenestesia*, — de las dos voces griegas *koĩnos*, prefijo inseparable que significa lo mismo que común, y *estesia*, *sensibilidad*), y que tal sensibilidad conjunta resulta sin duda de los humores que en cada quien predominen. Por eso, y porque cada uno tiene diferente humor predominante en su vida entera, o en parte grande de esta, Sor Juana pudo observar:

*“uno dice que de risa
sólo es digno el mundo vario;
otro, que sus infortunios
son sólo para llorados”:*

y por eso, con razón, agregaba:

*“para todo se halla prueba
y razón en que fundarlo,
y no hay razón para nada,
de haber razón para tanto;
todos son iguales jueces,
y siendo iguales, y varios,
no hay quien pueda decidir
cuál es lo más acertado.”*

Filosofía como ésta, claramente lleva al respeto de las opiniones de todos y a la tolerancia benévola: así llevaba a Sor Juana a exclamar:

*“Pues si no hay quien lo sentencie,
¿por qué pensáis vos, errado,
que os cometi6 Dios, a vos
la decisión de los casos?”*

Lleva la propia filosofía, racionalmente, más lejos: a preferir, a pesar de todo, la decisión amable; la decisión que no hiera; la razón que no lastime, la que salve — no la que mate; — y al mirar que no siempre se procede con esta cordura, sino que insensatamente, a menudo se obra del modo contrario, Sor Juana pregunta a su propio pensamiento:

*“O ¿por qué, contra vos mismo,
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce,
queréis elegir lo amargo?
Si es mío, mi entendimiento
¿por qué siempre he de encontrarlo
tan torpe para el alivio,
tan agudo para el daño?
El discurso es un acero
que sirve por ambos cabos:
de dar muerte, por la punta;
por el pomo, de resguardo.
Si vos, sabiendo el peligro,
queréis, por la punta, usarlo,
¿qué culpa tiene el acero
del mal uso de la mano?”*

Y juzgando luego del saber mismo, y haciendo a su respecto los más atinados juicios de valores, análogos en un respecto a los que tan recientemente como en el año de 1929 hicieron decir al profesor de la Facultad de Letras de Grenoble, a Santiago Chevalier: "saber es tratar de explicar, pero es también saber discernir", prorrumpe:

*"No es saber, saber hacer
discursos sutiles, varios;
que el saber consiste sólo
en elegir lo más sano."*

¿Para qué, por lo mismo, cavilar, atormentándose con problemáticos e imaginarios peligros?

*"Especlar las desdichas
y examinar los presagios,
sólo sirve de que el mal
crezca, con anticiparlo:
en los trabajos futuros
la atención sutalizando,
más formidable que el riesgo
suele fingir el amago"....*

*"También es vicio el saber,
que, si no se va atajando,
cuanto menos se conoce
es más nocivo el estrago;
y si el vuelo no le abaten,
— en sutilezas, cebado, —
por cuidar de lo curioso,
olvida lo necesario.*

*Si culta mano no impide
crecer, al árbol copado,
quita la sustancia al fruto,
la locura de los ramos.*

*Si andar, a nave ligera
no estorba lastre pesado,
sirve el vuelo, de que sea
el precipicio más alto.*

*En amenidad inútil
¿qué importa al florido campo
si no halla fruto el otoño
que ostente flores el mayo?"...*

¿Es la mujer, como se ha dicho, rara, sutil y desconcertante amalgama de ideal agudo y de positivismo cuerdo? Sor Juana representaba quizás la esencia de la mujer en lo que más sutilmente es prototipo de mujer; que a la par en ella encuéntrase aquel amor que ella a Dios tenía; aquel

que sentía por la Creación toda; aquel que le inspiraba la sabiduría, en la que también ella miraba a Dios; y junto con esto,... aquella actitud positiva que en algún modo la lleva a poner riendas al deseo, y a limitar la codicia; que parece vedarle el lujo inútil de las flores, si en frutos no han de tornarse, y que pone ante sus ojos las perspectivas encontradas de las opuestas filosofías, sin duda en una hora intermedia de su existencia, cuando los lejanos apasionamientos de su juventud habían cedido ya el puesto a la meditación reflexiva y melancólica, con predominio, empero, de la convicción de que en el uso del razonamiento hay que preferir el que el buen ánimo revive, y la entereza defiende; preferirlos contra los que llevan a la desazón, al miedo, al caimiento y a la tristeza, y dar de mano al discurso inconsistente, vario y sutil, que no sabe elegir lo mejor ni lo más sano.

XVII. — Las ciencias concretas y la música

1) LA ASTRONOMIA

Si la necesidad sintética de alcanzar los conceptos más comprensivos conducía a Sor Juana a sus filosofías, su amor al estudio de todas las cosas, a las ciencias concretas también la conducía; así pudieran estas reducirse puramente a recuerdos de la historia clásica y semi legendaria, de los que hay huellas en algunos de sus sonetos; o bien refiriéranse a los conocimientos que entonces se tenían en materia de anatomía y de fisiología, que se revelan, en su Primer Sueño; o concerniesen a la astronomía, que con frecuencia atrajo su atención y la llevó a tener entre sus libros, en su celda, instrumentos astronómicos, y a admirar al padre jesuita Eusebio Francisco Kino, que, en su “Exposición Astronómica del Cometa” de 1680 y 1681, con gran copia de citas lo describía, con relación a otros cuerpos celestes; contaba las observaciones hechas a su respecto; estimaba la magnitud de aquel cuerpo celeste; la distancia a la que pudiera estar de la Tierra; la velocidad que en su marcha tendría; la naturaleza de su composición; el “*moble* o firmamento” al que perteneciera; por supuesto dentro del sistema de Tolomeo, el único al que él se refería; hablaba “de su atmósfera”, y discutía las tesis de quienes afirmaban “que los cometas no indican mal alguno futuro” — entre ellos Aristóteles, — y las de los que los tenían por “precursores de siniestros, tristes y calamitosos sucesos”, inclinándose luego a aceptar estas últimas.

Que Sor Juana Inés de la Cruz haya admirado la sabiduría del Padre Kino, y no haya puesto objeción a los *paralogismos* que él sostenía, y que lo llevaban, no a acep-

tar que influencia nefasta tuviesen los cometas; que nunca sostuvo él que la tuvieran; — por lo contrario la impugnó; — sino que casi siempre venían como nuncio de sucesos extraordinarios, y, por lo común, desventurados, demuestra que o no conocía ella las poderosas razones que ya por entonces la fuerte lógica de don Carlos de Sigüenza y Góngora había opuesto a cuantos persistieran en el vulgar error de atribuir ese carácter profético a los cometas, o se había dejado arrebatar por la brillante exposición del Padre Kino, impresionada por el aspecto científico de sus observaciones, o, en fin, que para loarlo sólo tuviera en cuenta sus observaciones y sus datos positivos. Nada de extraño en esto: el espíritu de Sor Juana, naturalmente propenso a relacionarlo todo, por fuerza ha de haberse sentido inclinado a aplaudir una exposición como la del Padre Kino que todo parecía armonizar: observaciones cuidadosas del último cometa, con noticias de muchos de los anteriores, y con sucesos importantes de la historia, sin atribuir empero a los cometas más valor, por lo que toca a los destinos de los hombres, que el de meras señales o advertencias, para que procurasen mejorar su conducta. Por eso en su entusiasmo decía ella al Padre Kino:

*“Aunque es clara del cielo la luz pura,
clara la luna y claras las estrellas,
y claras las efímeras centellas
que el aire eleva, y el incendio apura;
aunque es el rayo, claro, — cuya dura
producción cuesta al viento mil querellas, —
y el relámpago, que hizo de sus huellas,
medrosa luz, en la tiniebla oscura,
todo al conocimiento torpe, humano,
se estuvo oscuro — sin que las mortales
plumas pudiesen ser, con vuelo ufano,
Icaros de discursos racionales, —
hasta que el tuyo, Eusebio soberano,
les dió luz a las luces celestiales.”*

Si como es posible, Sor Juana conocía ya entonces el “Manifiesto Filosófico” de don Carlos de Sigüenza y Góngora “contra los cometas, despojados del imperio que tenían sobre los tímidos”, y consideró de poca monta el valor de sus asertos frente a los del Padre Kino, o los descartó, para sólo pensar en los méritos de este último, esto sólo demostraría que el espíritu crítico de Sor Juana no sería tan gran-

de como su entusiasmo lírico, o que no deseosa de entrar en polémicas, su don de admirar a los demás predominaba, en favor del mismo Padre Kino.

En todo caso, y a pesar de que con su admiración a este último, ella puede quizás haberse alejado un tanto del espíritu positivo, aunque no desapasionado, de su sabio amigo don Carlos, que en su "Libra astronómica y Filosófica", publicada diez años más tarde, demostró la inanidad de los argumentos del padre Kino, contra los que él había aducido por lo que toca al papel atribuido a los cometas, bueno es notar que no hay en ninguno de los escritos de Sor Juana el menor vestigio que indique que haya dado cabida en su alma a supersticiones de ningún género.

Al propio tiempo adviértese en otro respecto la ponderación de su espíritu. No existe en el soneto en honor del Padre Kino ni el rasgo más leve por el que pueda decirse que ella tratara de rebajar el concepto del que gozaron quienes, en contraposición con las tesis de dicho Padre, hayan sostenido otras distintas, y su entusiasmo no la lleva a tratar de imponerlo a nadie; libre cada cual, sin duda así lo pensaba ella, para juzgar como mejor le pareciese.

2) LA MUSICA

El don de interesarse por todo, y, como ella misma decía, de admirarlo todo, llevó a Sor Juana a un dominio al que también especialmente la conducía su don de oír el ritmo y de crearlo en sus versos; al reino de la música; mas como en ella todo adquiría conexiones con todo — que en eso consiste tener espíritu filosófico, y ella lo tenía, intenso y amplio, — conectó desde luego cuanto de música supo con cuanto ya sabía, y dotada como estaba también del don de no encerrarse en ella sólo, sino de vivir con los demás, convirtió su saber y sus pensamientos en materia de música, en un método, para enseñarla y trasmitirla, método en cuyo elogio se hacían lenguas quienes lo conocieron. Pidióselo la Condesa de Paredes, la virreina, y ella se excusó de remitírselo porque consideraba que no lo había forjado aún más que a medias; pero al excusarse revela, como siempre, rasgos que le eran característicos; su modestia, que envolvía en símiles, y la innumerable cantidad de hilos diáfanos, de conceptos y de sutiles recuerdos de sus lecturas y de sus cogitaciones, enredados unos con otros,

en la maraña de las teorías y de los problemas que entonces se dividían el pensamiento de los músicos, en tanto cuanto eran también, siquiera lejanamente, filósofos:

*“De la música un cuaderno
pedis, y es cosa precisa
que me haga a mí disonancia
que me pidáis armonías.*

*¿A mí, Señora, conciertos,
cuando yo, en toda mi vida
no he hecho cosa que merezca
sonarme bien a mí misma?*

*¿Yo arte de composiciones,
reglas, caracteres, cifras,
proporciones, cantidades,
intervalos, puntos, líneas?*

*Quebrándome la cabeza
sobre cómo son las sismas;*

si son cabales las comas;

en qué el tono se divida;

*si el semitono incantable
en número par estriba,*

*a Pitágoras, sobre esto,
revolviendo las cenizas;”...*

*”si el punto de alteración
a la segunda, se inclina
más porque ayude a la letra
que porque a las notas sirva;*

*si la voz, que (como vemos
es cantidad sucesiva),*

*valga sólo aquel respeto
con que una voz, de otra, dista;”...*

*”si a dos mensuras, es toda
la música, reducida:*

*la una, que mide la voz,
y la otra, que el tiempo mida;*

*si la que toca a la voz,
— o ya intensa, o ya remisa, —*

*subiendo o bajando, el canto
llano, sólo la ejercita;”...*

*”si la enharmónica, ser
a práctica reducida*

*puede, o si se queda ser
cognición intelectual;*

*si lo cromático el nombre,
de los colores reciba*

*de las teclas, a lo vario
de las voces, añadidas,*

*y en fin, andar recogiendo
las inmensas baratijas*

*de calderones, guiones,
claves, reglas, puntos, cifras,*

pide otra capacidad

*mucho mayor que la mía,
que aspire en las catedrales
a gobernar las capillas;"...
"mas si he de decir verdad,
es lo que yo, algunos días,
por divertir mis tristezas,
di en tener esta manía,
y empecé a hacer un tratado,
para ver si reducía
a mayor facilidad
las reglas que andan escritas.*

*En él, si mal no recuerdo,
me parece que decía
que es una línea espiral,
no un círculo, la armonía;
y por razón de su forma,
revuelta sobre sí misma,
la intitulé caracol,
porque esa revuelta hacía;
pero éste, está tan informe
que no sólo es cosa indigna
de vuestras manos, mas juzgo
que aun le desechan las mias;
por eso no os lo remito;
mas como el Cielo permíta
a mi salud más alientos,
y algún espacio a mi vida,
yo procuraré enmendarlo
porque, teniendo la dicha
de ponerlo a vuestros pies,
me cause gloriosa envidia."*

Dice el Padre Diego Calleja, en su biografía de Sor Juana, que pareciendo a ésta "que las ciencias que había estudiado no podían ser de provecho" a su familia religiosa, a sus hermanas del convento, por agradecerles "el hospedaje cariñoso que todas le hicieron, estudió el arte" de la música, muy de propósito; y refiriéndose al tratado que escribió, agrega que alcanzó dicho arte "con tal facilidad, que compuso otro nuevo y más fácil" método, "en que se llega a su perfecto uso, sin los rodeos del antiguo"; "obra, de los que esto entienden, tan alabada, que bastaba ella sólo, dicen, para hacerla famosa en el mundo".

Con veneración amorosa el tratado por Sor Juana compuesto guardóse por más de dos siglos, primero en su convento, luego por una de las pocas supervivientes de la familia espiritual de las monjas, cuando ese convento, como los demás que en México había, tué disuelto por el partido político que impuso al país las *leyes de reforma*.

La última monja que el tratado de música guardaba, con varias de las plumas de ave de Sor Juana y con otras reliquias de ésta, era, dice Francisco Fernández del Castillo, “una venerable religiosa” “octogenaria, llena de virtudes y caridad.” “Durante uno de los últimos trastornos políticos” que en México ha habido, fué denunciada; recogiósele cuanto de Sor Juana y del antiguo convento poseía, y el libro de música desapareció. ¿Se le encontrará alguna vez? ¿Se le habrá encontrado ya, quizás en los Estados Unidos, como la copia del retrato que Sor Juana pintó de sí misma? La veneración y el amor habían salvado la obra de música de Sor Juana más de dos siglos. Unas cuantas horas de codicia, de intolerancia y de desenfreno la hicieron desaparecer.

XVIII. — Discípula y maestra promotora de la educación de la mujer por la mujer

Descansando de la tensión de su espíritu, lanzado a menudo a las lucubraciones más altas, ¡cuántas enseñanzas en los fáciles versos de Sor Juana! También, como en otros, principalmente de los últimos años de su vida, se siente pasar en aquellos en que habla de su cuaderno de música, la sombra de su poca salud, y la de la muerte entrevista, que se imagina próxima; en ellos también apunta la melancolía, con la que ella luchó siempre por el gran medio de combatir las tristezas, el trabajo. En ellos igualmente se advierte cómo, sabiendo tanto, se detenía a menudo, deslumbrada y atónita, al comprender la grandeza de lo que no sabía, y vése cómo se anticipa a su tiempo, haciéndose cargo de que, en efecto, no es un círculo lo que mejor representa la armonía sino una *espiral*, un caracol, lo cual entraña que — del mismo modo que los psicólogos modernos, — se daba cuenta del volumen de los sonidos, y de que en el desarrollo de la escala, progresan desenvolviendo en las octavas, reapariciones periódicas de sus cualidades tónicas; allí se mira cómo quizás entreveía los sutiles problemas de la audición colorida, que en nuestros tiempos hemos creído completa novedad, y cómo — naturalmente sin poderlo descubrir, porque para eso era fuerza que otros progresos que no alcanzaba aún, alcanzara la física, — tuvo la entrevisión de varios de los problemas de la acústica contemporánea, en cuanto a la música se refiere: era así ella — mirase uno tentado a imaginar, — como un ojo de claridad y de ansia, perdido en el bosque oscuro de la falta de saber de su siglo, y que, abierto y dirigiéndose — ora aquí, ora allá, — en la tiniebla, por todas partes sorprendía divinas claridades errabundas.

Lo mismo cuando, maestra de las niñas que a su convento iban, era también su discípula, y discípula de cuanto en la virgen selva de la creación pudiera hablarle un punto,

de sus maravillas: “Estaban en mi presencia”, dice en su carta a Sor Filotea de la Cruz, “dos niñas, jugando con un trompo; y apenas vi yo el movimiento y la figura, cuando empecé, con esta mi locura, a considerar el fácil *motu*, de la forma esférica”;— sin duda transportada ya a los espacios sidéreos, desde lo finito del rincón de su convento, escapada su alma a lo Infinito;— “y cómo duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa; pues, distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo”;— a la manera, pensaría Sor Juana, que prosigue en el Cielo la luminosa danza de los astros, aunque, invisible su misterioso y eterno *Primum Movens*, los ojos humanos no acierten a descubrirlo.

“No contenta con esto”, continúa ella, “hice traer harina y cernerla, para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos, o no, los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales, que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso”.

Con tan sutil don de observar, y tan grande amor por saber, y su natural bondad, no podía menos Sor Juana que encontrar extraño que — por falta de cordura y de que hubiese un número bastante de mujeres discretas, — padres que deseaban ilustrar a sus hijas — a las que no pudiese doctrinar su madre misma, como lo quería San Jerónimo, — se viesen forzadas “a llevar maestros hombres”, para que les “enseñaran a leer, escribir y contar; a tocar “y otras habilidades, de que no pocos daños resultan”..., “porque con la intermediación del trato y la comunicación del tiempo, suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible”.

Revelábase, por lo mismo, contra aquellos que “blasfeman de que las mujeres sepan y enseñen”, y les recordaba la recomendación de San Pablo en su epístola a Tito, en la que, hablándole de lo que convenía que en Creta hiciese, para la educación y el ennoblecimiento de la vida de todos y de cada uno, le decía que las mujeres entradas en años enseñaran el bien a las jóvenes, y que fueran, como en la Vulgata escribió San Jerónimo, *bene docentes*, maestras del bien; que a ellas especialmente tocara, por lo que a las jóvenes se refiere, este supremo encargo, la enseñanza del bien, realizada sobre todo por el porte venerable y sencillo que ellas tuvieran, y por su inteligente laboriosidad, su bondad y su discreta atención.

Con esto subía Sor Juana a imaginar, siguiendo los pasos mismos de San Pablo, lo que mejor fuese no sólo para la sociedad mexicana de su tiempo — la de la segunda mitad del siglo xvii, — sino para todas las sociedades de todos los lugares y de todos los tiempos; mas no lo decía sino cuando la extremaban a hacerlo así, como en su carta a Sor Filotea de la Cruz, y convertíase al decirlo en verdadera reformadora social, y, por tanto, en el buen sentido de las palabras, en verdadera revolucionaria, aunque no tratara de serlo, ni se diera cuenta de que lo fuese. Excelente revolucionaria en todo caso, si el buen revolucionario es el que pretende reformar rápidamente y, sin dañar a nadie inveterados yerros, y corregir, a la brevedad mayor, males crónicos, venciendo a la vez inferioridades odiosas.

No sólo, empero, en este sentido el amor de Sor Juana a la sabiduría se derramaba luego en bien de sus semejantes. Si promoviendo la educación de la mujer por la mujer, y anticipándose también en esto a su tiempo, trataba de prevenir desdichas, en otros sentidos sus actividades llevaban también a remediarlas. Sólo que en este punto nada de lo que hacía lo sabemos por ella misma: por el Padre Calleja es por quien tenemos noticia de que “la caridad era su virtud reina”; “que si no es para guisarles la comida o disponerles los remedios a las que enfermaban, no se apartaba de su cabecera”; que “de muchos regalos continuos y preseas ricas que la presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después, personas en la ciudad necesitadas”, y que “graduaba bien el socorro”, “sin que guardase para sí, ni aun la veneración de limosnera; ni aun la vanidad de dadivosa”, ya que “tan sin ruido era liberal.”

Fué así, también en esto, maestra: que si el buen maestro, pródiga y objetivamente, enseña la ciencia y las artes que a otros imparte, no enseña a la par sus íntimas y personales virtudes: claro raudal escondido en la selva, no va anunciando que brinda vivificante corriente, aunque vivifique con ella a cuantos sed tengan: a hombres orgullosos y a humildes bestezuelas, pájaros, árboles y flores; quizás aun a las estrellas mismas, que en el agua que huye encuentran dócil bajel para el eterno viaje de sus radiosas claridades. Aun sin enseñar, Sor Juana enseñaba; sin proclamarlo, era, como San Pablo quería, *Bene docente*, con su vida misma, con sus actos, para ese fin, silenciosos y ocultos.

Cuarta Parte

La acción sistematizada

XIX. — La psicología de Sor Juana y su autobiografía, en su comedia “Los Empeños de una Casa”

Sin proponérselo Sor Juana Inés, vino a ser asimismo maestra del bien, a la par en los sentenciosos juicios que con pródiga naturalidad y sencillez derramaba en sus poesías y en sus escritos en prosa, y en aquellas otras composiciones que, con fin distinto, le fueron pedidas, y de las que varias han llegado hasta nosotros; unas, las de la vida cortesana de Palacio, de las que apenas se pretendía en Palacio que fuesen poco más que pasatiempos, y que, empero, solieron subir, gracias a Sor Juana, a más altas proporciones; otras, las de sus *villancicos*, que en las iglesias, en actos solemnes se representaron. De todas o de casi todas pudo ella decir lo que decía al remitir versos que le pidió una de las muchas personas de quienes se consideraba deudora, por las atenciones que para con ella tal persona había tenido:

*“Pasen por descuidos mícs,
pues jamás pensé ponerlos
al examen de los doctos
ni a la censura del pueblo;”...
“mas pues vos los pedis, juzgo
que no es, el dároslos, yerro:”
...“lo que peço en lo que exhibo
subsano, en lo que obedezco.”*

Por supuesto, la fácil fluidez de su versificación acompañó siempre a Sor Juana aun cuando en latín, o con voces portuguesas o aztecas compusiera versos; pero en sus obras representadas o que se destinaron a representarse, fué diverso del que en otras suyas su acierto, y sin hacer sino hasta un poco más tarde consideración especial aquí de su comedia “Amor es más laberinto”, diremos desde luego que la más celebrada, “Los empeños de una casa”, que no ha

faltado quien piense que en algunas de sus escenas recuerda las mejores de Lope de Vega, tiene varias realmente admirables; por su donaire, unas; por su gracia, otras; por el sello de verdad que las anima, como a escenas vividas, y sobre todo por lo que revelan del alma de Sor Juana, y de la condición en que habían venido a encontrarse sus sentimientos, en cuanto a la sociedad de la que en un sentido tanto se había decepcionado antaño.

En "Los Empeños de una Casa" la heroína, Leonor, cuenta su historia, que claramente parece evocar momentos de la vida de Sor Juana:

*"Si de mis sucesos quieres
escuchar los tristes casos,
— con que ostentan mis desdichas
lo poderoso y lo vario, —
escucha, por si consigo
que, divirtiéndote tu agrado,
lo que fué trabajo propio
sirva de ajeno descanso,
o porque, en el desahogo,
hallen mis tristes cuidados,
a la pena de sentirlos,
el alivio de contarlos.*

*Yo nací noble; este fué
de mi mal el primer paso;
que no es pequeña desdicha
nacer noble, un desdichado;
que aunque la nobleza sea
joya de precio tan alto,
es alhaja que en un triste
sólo sirve de embarazo,
porque estando en un sujeto,
repugna, como contrarios,
entre plebeyas desdichas
haber respetos honrados.*

*Decirte que nací hermosa
presumo que es excusado
pues lo atestiguan tus ojos
y lo prueban mis trabajos;
sólo diré — aquí quisiera
no ser yo quien lo relato,
pues en callarlo o decirlo
dos inconvenientes hallo;
porque si digo que fui
celebrada por milagro
de discreción, me desmiente
la necedad de contarlo;
y si lo callo, no informo
de mí, y en un mismo caso*

*me desmiento, si lo afirmo,
y lo ignoras, si lo callo; —
pero es preciso al informe
que de mis sucesos hago,
(aunque pase, la modestia,
la vergüenza de contarlo),
para que entiendas la historia.
presuponer, asentado,
que mi discreción, la causa
fué, principal de mi daño.*

*Inclinéme a los estudios,
desde mis primeros años,
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a tiempo breve
fatigas de mucho espacio;
conmuté el tiempo, industriosa
a lo intenso del trabajo,
de modo que en breve tiempo
era el admirable blanco
de todas las atenciones;
de tal modo, que llegaron
a venerar como infuso
lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
el objeto venerado,
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso;
y como lo que decía,
— fuése bueno o fuése malo, —
ni el rostro lo deslucía,
ni lo desairaba el garbo.
llegó la superstición
popular, a empeño tanto,
que ya adoraban deidad
al ídolo que formaron.*

*Voló la fama parlera;
discurrió reinos extraños,
y en la distancia, segura,
acreditó informes falsos.*

*La pasión se puso anteojos
de tan engañosos grados,
que a mis moderadas prenaas
agrandaban los tamaños.*

*Victima en mis aras eran,
devotamente postrados,
los corazones de todos,
con tan comprensivo lazo,
que habiendo sido, al principio,
aquel culto, voluntario,
llegó después la costumbre
favorecida de tantos,
a hacer, como obligatorio,*

*el festejo cortesano;
y si alguno disentía,
— paradojo o avisado, —
no osaba ni proferirlo,
temiendo, que, por extraño
su dictamen, no incurriese,
— siendo de todos, contrario, —
en la nota de grosero,
o en la censura de vano.*

*Entre estos aplausos yo,
— con la atención zozobrando,
entre tanta muchedumbre,
sin hallar seguro blanco, —
no acertaba a amar a alguno,
viéndome amada de tantos.*

*Sin temor, en los concursos
defendía mi recato,
con peligro del peligro
y con el daño del daño;
con una afable modestia
igualando el agasajo,
quitaba lo general,
lo sospechoso, al agrado.”*

Vedla, pues, ahí, como se pintó a sí propia: no, con falsa modestia, rehusa reconocer sus dotes, su hermosura, su discreción, su ilustración, su tacto; no, con loca vanidad, o con absurdo orgullo, cree los elogios que de ella se hacen; se da cuenta serenamente de todo, y a todo, sin extremos, pone límites; natural, sencilla y humilde, a la par que distinguida y excepcional, si no por otra cosa, a lo menos, y esto no lo dice ella, por el equilibrio de sus cualidades.

Al verla así retratada, no puede uno menos que preguntarse: — Por fin, en todo caso, ¿a quién amó mujer como ésta, que de tan gentil modo se revela en su comedia? Y tiene que responderse con otra pregunta: ¿A quién, aun cuando sólo fuese mientras el desencanto venía, pudo ella amar, sino a aquel a quien en la misma comedia describe diciendo:

*“que en cualquiera
lugar que llegue a hospedarlo,
podrá no ser conocido,
pero no, ser ignorado?”*

¿A quién, sino a aquel de quien dice que

*“era su rostro un enigma
compuesto de dos contrarios;*

que eran Valor y Hermosura,
tan felizmente hermanados,
que faltándole a lo hermoso
la parte de afeminado,
hallaba lo más perfecto
en lo que estaba más falto,
porque, ajando las facciones
con una varonil desgarro,
no consintió a la hermosura
tener imperio asentado;
tan remoto a la noticia,
tan ajeno del reparo,
que aun no le debió lo bello
la atención de despreciarlo;
que como en un hombre está
lo hermoso, como sobrado,
es bueno, para tenerlo,
y malo, para ostentarlo.

Era el talle, como suyo,
que aquel talle y aquel garbo,
aunque la naturaleza
a otro dispusiera darlo,
sólo le asentarán bien
al espíritu de Carlos;
que fué de su providencia
esmero bien acertado,
dar un cuerpo tan gentil
a espíritu tan gallardo.

Gozaba un entendimiento
tan sutil, tan elevado,
que la edad de lo entendido
era un mentís de sus años.

Alma de estas perfecciones
era el gentil desenfado
de un despejo tan airoso,
un gesto tan cortesano,
un recato tan amable,
un tan atractivo agrado,
que en el más bajo descuido
se hallaba el primor más alto;
tan humilde en los afectos,
tan tierno en los agasajos,
tan fino en las persuasiones,
tan apacible en el trato,
y en todo, en fin, tan perfecto,
que ostentaba, cortesano,
despojos de lo rendido
por galas de lo alentado.
En los desdenes, sufrido;
en los favores, callado;
en los peligros, resuelto,
y prudente, en los acasos".

Si por quien, con tales prendas, pareciera adornado, el amor que una doncella mentalmente superior y recatada tuviese, viniera luego a trocarse en desilusión y desengaño, en época en la que la doncella así desencantada — y cuyo hogar paterno le pareciera, por cualquier motivo, para ella cerrado, — viera los conventos como puerto de refugio de vidas deshechas, ¿qué otro paradero podía tener la doncella en quien esto ocurriese, sino el de refugiarse en alguno de tales puertos?

Más aún, si los conventos de entonces fueran, no como los imaginan hoy quienes sólo los miran al través de sus prejuicios y de la ignorancia de la historia, sino como realmente varios de ellos eran: un poco, casas de oración y de prácticas piadosas; de fervor y de místico entusiasmo; otro poco, casas de estudio — 4.000 volúmenes llegó a haber en la celda de Sor Juana, con instrumentos y aparatos científicos, y también con instrumentos de música; — labores: aquí, de jardinería; allá, de otras artes útiles; escuelas para niños; en fin, San Jerónimo, en México, centro de cultura y de influencia cívica y social; de formación real y positiva ¿lo recordaremos hoy?, — a la par de esta nuestra patria mexicana, y de aquella otra patria de los tiempos futuros, que habrá de ser la América hispánica toda, vuelta a hermanar, al cabo, con España.

“Los Empeños de una Casa”, en los que tan fácil es ciertamente encontrar autobiográficos recuerdos de Sor Juana, son interesantes también, a causa de que hay en ellos versos que recuerdan la inspiración de las célebres redondillas en que Sor Juana increpa a los hombres, por las injusticias de sus juicios respecto de las mujeres:

*“que en mirándolas corteses,
luego las juzgan livianas”;
que “...sus malicias erradas,
en su mismo mal, contentas,
si no las ven desatentas,
no las tienen por honradas.”*

Sor Juana formula al lado de estos cargos, otros sentenciosos juicios, como cuando hace decir a uno de sus personajes:

*“¡Gran cosa es el ser rogadas!
ya no me admiro que sean*

*tan soberbias las mujeres,
porque no hay”...*

cosa que tanto ensoberbezca, como el ser objeto de ruegos; lo cual expresa a la vez un concepto interesante referente a la psicología femenina, y otro que concierne a la psicología y a la sociología común, de los hombres y de las mujeres.

De mayor alcance, igualmente — porque no sólo se refiere a las apreciaciones que los hombres hacen en cuanto a la conducta de las mujeres, sino a los malos efectos de la vanidad, al insensato desvanecimiento que en los casquivanos produce cualquiera cortesía de que se les haga objeto, y a la explicación de tales efectos por el insignificante valer de quienes los experimentan — son aquellos versos en que Sor Juana, en la misma comedia, declara que a aquel

*...“que se desvanece
con cualquiera presunción,
le hace daño la atención;
y es, porque no la merece.”*

Sor Juana se revela así, en pasajes como estos — de igual modo que en otros que antes hemos citado, — al propio tiempo observadora perspicaz, y moralista del tipo de escritores franceses semejantes a La Rochefoucauld y a Vauvenargues — o contemporáneos de ella, o de generación posterior a la suya, — a la vez que recuerda — por la castiza, pura y sentenciosa forma de sus conceptos, — a don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, quizá algunas veces superándolo.

Los Empeños de una Casa son dignos de recordarse aquí también por razones de otro orden: aunque su autora pone la escena de su comedia en España, en Toledo, su obra es genuinamente de literatura mexicana; uno de sus personajes, el criado — Castaño, — del caballero que enamora a la dama en quien en algún modo se retrató la poetisa, mexicano es; y a medida que va enredándose más la trama de la comedia, en la que él se siente en peligros de los que, bien librado, quisiera escapar, exclama, como un verdadero y genuino mexicano:

*“¡Quién fuera aquí Garatuzá,
de quien en las Indias cuentan*

*que hacia muchos prodigios!
que yo, como nací en ellas,
le he sido siempre devoto
como a santo de mi tierra”;*

devoto de Martín Garatuza, del inverosímil truhán bautizado con el nombre de Martín Villavicencio Salazar, que nació en Puebla en 1601, medio siglo antes del año en que vino al mundo Sor Juana; que disfrazado de clérigo, “dijo misa en la Catedral de México por siete años, — y recorrió gran parte del país burlando a la justicia y a la inquisición”, y del que se cuenta que al elevar la Hostia se preguntaba: “en qué pararán estas misas, Garatuza?” Pararon aquellas misas en que, aprehendido y juzgado, se le condenó a sufrir la pena de 200 azotes, en el auto de fe de 1648, efectuado tres años antes de que Sor Juana naciera. Popularísimo en México — como todo individuo que reta a autoridades y de ellas se burla, — los versos de Sor Juana comprueban que muchos años después de aquel auto de fe, todavía fascinaba el bergante la imaginación del pueblo. Sor Juana, que nos lo hace ver, nos lo dice en la más sugestiva forma, al declarar que, como su personaje, Castaño, nació en las Indias, fué devoto siempre de Martín Garatuza, cual de santo de su tierra.

Y con esto también, aunque extraño pueda parecer, Sor Juana forjaba patria, que la patria es la alegría compartida por todos los hijos de un pueblo; su risa común, aun su burla, universalmente aplaudida, que a nadie aleje de los demás y que los una a todos, como es igualmente la patria la pena que por todos y con ánimo igual se comparte, la esperanza que a todos alienta, la fe que unifica a todos en una sola aspiración.

Patria forjaba igualmente Sor Juana, cuando, en el sainete cómico que fué incluido entre la jornada segunda y la tercera de “Los Empeños de una Casa”, hace que entren al lugar de la representación, advenedizos, a quienes todos silban; con lo cual uno de los personajes del sainete exclama:

*“Gachupines parecen
recièn venidos,
porque todo el teatro
se hunde a silbos”.*

La palabra *gachupin* era, pues, común en México, en el tiempo de Sor Juana — don Alfredo Chavero la encontró

también en aquellas dos relaciones que descubrió (acerca de los señores de Teotihuacán, desde el siglo XII hasta 1621), el Caballero italiano don Lorenzo de Boturini Benaduci; — y la empleaba Sor Juana en las composiciones suyas que se representaban en honor del Virrey Conde de Paredes y de su esposa, en las postrimerías del siglo XVII, no, sin duda, en sentido injurioso o despectivo; que no siempre lo era entonces, silbar; y que aun hoy mismo, aunque cada día menos, los silbidos suelen ser, en grandes aglomeraciones de gente del pueblo de México, expresión nerviosa del entusiasmo o de la alegría, mejor que signo de injuria o de desprecio: ni éste ni aquella podían producirse contra los españoles en el alma de Sor Juana, que daba Toledo por teatro a su comedia, y que dirigiéndose a la virreina, en la letra cantada al fin de la loa que a “Los Empeños de una Casa” hubo de preceder, decíale que nadie temía su ceño,

*“.....porque,
cuando llegues a indignarte,
¿qué más dicha que lograr
el merecerte un desaire?
Seguro en fin de la pena,
obra el amor, porque sabe
que a quien pretende el castigo
castigo es no castigarle.”*

Lo cual patentiza una vez más, también, esa extraña mezcla de familiaridad, de llaneza, de cortesanía y de respeto que se juntaban en el alma de Sor Juana, y que al propio tiempo la hacían sentirse igual a los más altos, y subordinarse de buen grado y alegremente a todos, poniendo de manifiesto que ella sólo entendía castigos y desaires como pruebas de amor de quien castigos impone o desaires hace, porque si impone castigos y hace desaires — castigos y desaires que tengan, como deben tener verdadero valor moral, — no puede ser sino porque sea padre y amigo del castigado o desairado.

“Los Empeños de una Casa” son interesantes por otro concepto; porque revelan aquel lado de Sor Juana que nos hace ver cuán bien acertaba a idear las situaciones sociales que, por provocar el singular sentimiento de lo cómico, acercan igualmente unos a otros a los hombres, como ha sabido patentizarlo en nuestros días Enrique Bergsón. Era

así, también por este concepto, forjadora de vínculos de sociedad y constructora de patria; que ciertamente, como acabamos de decirlo, la risa, cuando es sana y pura, no sólo no separa, sino que, fruto de una verdadera superabundancia de vida, acrecienta e ilumina la vida.

Difícil, como es, sin duda, justificar aquí — a la manera con que van justificándose los demás asertos del presente ensayo, con citas textuales de la misma Sor Juana, — que ella sabía comunicar en sus obras el sentimiento de lo cómico, intentólo, no obstante, porque de otra suerte tendría la conciencia de faltar, en este respecto, al compromiso que contraje cuando decidí empeñarme en resucitarla de algún modo, y en lograr que, mejor que como hasta ahora, llegue a entenderse.

En el trance en el que, al intrincarse la trama de la comedia viene a caer su personaje, el criado Castaño, fia esta su salvación, a escaparse de la casa en la que siente que se tienden asechanzas unos a otros varios de los protagonistas, para concertar matrimonios con maña y enredo, no sin riesgos de que él mismo y su amo acaben por tener que trabar cuentas con la justicia; y para escaparse, decide vestirse ropas de mujer; ropas que le han confiado, y que, por sobre las suyas se pone. Al hacerlo así, el soliloquio con que va comentando sus actos pinta, con singular maestría y con fina sátira que no punza ni hiere, los trajes, las modas y las usanzas de aquellos tiempos:

“Leonor me dió unas polleras

— faldas, dice la Real Academia Española, “que las mujeres se ponían sobre el guarda-infante, y encima de las cuales se asentaba la basquiña o la saya”, —

*y unas joyas, que trajese;”...
 “pues, si yo me visto de ellas,
 ¿habrá en Toledo, tapada
 que a mi garbo se parezca?”
 ...“yo las saco;
 vayan estos trapos fuera!”*

Quitase capa, espada y sombrero, que, como hombre, portaba, y pensando en su gran cabellera, que en aquella época la usaban los hombres, abundosa, prosigue su monólogo:

*“Lo primero, aprisionar
me conviene, la melena,
porque quitará mil vidas”*

de cuantas al verla perderían el seso,

“si le doy tantica suelta.

*Con este paño, pretendo
abrigarme la mollera;*

*si como quiero lo pongo,
será gloria ver mi pena.*

Ahora entran las basquiñas;

¡Jesús! ¡Y qué rica tela!

No hay duda que me está bien

*porque, como soy morena
me está, del cielo, lo azul.*

Y esto... ¿qué es?... Joyas son estas:

¡no me las quiero poner;

que ahora voy, de revuelta!

Un serenero he topado

en aquesta faltriguera”;

— un serenero era, la Academia nos lo explica, “toca que usaban las mujeres como defensa contra la humedad de la noche”, —

“también me le he de plantar.

Cúbrame esta pechuguera”

¿Tuvo la palabra pechuguera... — hoy la define la Real Academia Española; “tos pectoral y tenaz”, — otro significado perdido, de un mexicanismo acaso, que la hiciera equivaler a *chorrera*, la cual, como es bien sabido, es “guarnición de encaje que se pone en la abertura de la camisola, por la parte del pecho?”...

“El solimán me hace falta”

el sublimado corrosivo, que entonces, ¡horror! se usaba para pintarse la cara, puesto que Castaño dice:

“El solimán me hace falta;

pluguiese a Dios y le hubiera;

que una manica de gato,

sin duda me la pusiera;

pero no; que es un ingrato;

y luego en cara, me diera.”

un blanco tan desvergonzado, que al punto lo traicionaría; y tan irritante además;

*“¿La color? No me hace al caso;
que en este empeño, de fuerza
me han de salir mil colores,
por ser dama de vergüenza”*

y luego, dirigiéndose al público que la comedia presenciaba:

*¿Qué les parece, señoras,
este encaje de Ballena?
¡Ni puesto con sacristanes
pudiera estar más bien puesta!”*

— *sacristanes* ¿quién no sabe que así se llamaban en el tiempo de Sor Juana los “faldellines con aros de ballena, que usaban las mujeres para ahuecarse las faldas?” —

*“Es cierto que estoy hermosa;
¡Dios me guardel! ¡Que estoy bella!
Cualquier cosa me está bien,
porque el molde es rara pieza.
Quiero acabar de aliñarme,
que aun no estoy dama perfecta:
los guantes; aquéso; sí;
porque las manos no vean;
que han de ser las de Jacob,
con que a Esaú me parezca.
El manto lo vale todo:
échomele en la cabeza;
¡Válgame Dios! Cuánto encubre
esta rejilla de seda:
que ni hay soso, que así, guarde;
ni muro que así, defienda;
ni ladrón que tanto encubra;
ni paje que tanto mienta;
ni gitano que así engañe,
ni logrero que así venda!
Un trasunto el abanillo”*

— el abanico, —

*“es, de mi garbo y belleza;
pero si me da tanto aire;
¿qué mucho a mí se parezca?”*

y luego, burlándose de sí propio y en conversación con el público, — que Sor Juana no puede estar sola; que está siempre en sociedad con todos, — Castaño prosigue:

*“Dama habrá en el auditorio
que diga a su compañera:
— Mariquita, aqueste bobo
al tapado representa”*

— al *tapado*, al famoso embaucador que en el tiempo de Sor Juana hacíase pasar, dice el Padre Cavo, por Marqués de San Vicente, Mariscal de Campo, Castellano de Acapulco, y a quien mandó prender la Audiencia y, — averiguada su impostura, — condenó a muerte, —

*“pues atención, mis señoras,
que es paso de la comedia;
no piensen que son embustes,
fraguados acá en mi idea,
que yo no quiero engañarlas
ni menos a Vuecencia.*

*Ya estoy armada, y ¿quién duda
que en el punto que me vean,
me sigan cuatro mil lindos,
de aquestos que galantean
a salga lo que saliere,
y que a bulto, se amartelan
no de belleza que es,
sino de lo que ellos piensan?
Vaya, pues, de dameraía:”*

— de melindres, de reparos, de delicadezas afectadas: —

*“menudo el paso; derecha
la estatura, airoso el brío,
inclinada la cabeza
un es, un no es, a un lado;
la mano en el manto envuelta;
con el un ojo, recluso,
y con el otro, de fuera;
y vamos ya; que encerrada
se malogra mi belleza;
temor llevo, de que alguno
me enamore.”*

¿No dijimos ya que Sor Juana no sólo era amor y gentileza, inspiración y gracia, sino travesura?

“Va a salir” Castaño, “y encuentra a Don Pedro” que por Leonor, a quien corteja, lo toma y que así le dice:

*...“Leonor bella
¿vos con manto, y a estas horas?”...
“¿a dónde vais con tal priesa?”*

y Castaño se dice a sí propio con enfado:

*“¡Vive Dios, que por Leonor,
me tienel Ya la he hecho buena,
si él me quiere descubrir!”*
—*“De que estás Leonor, suspensal
a dónde vas, Leonor mía?”*

la pregunta don Pedro, y Castaño a sí propio y al público dice, con el más sabroso verbo inédito:

*“— Oiga lo que Leonorea;
mas, pues por Leonor me marca,
yo quiero fingir ser ella,
que quizá atiplando el habla
no me entenderá la letra.”*

Y el diálogo entáblase; jugueteón y fácil, parlanchín y rápido de parte de Castaño, que se burla de don Pedro, y, confuso y enredado en sí mismo, de parte de don Pedro, que a cada instante se desconcierta más con lo que Castaño, en quien él sigue creyendo ver a Leonor, le dice, y con sus salidas inesperadas, que más le parecen propias de una traviesa y malcriada chiquilla, que de una dama, como la que él persigue con sus amorosos devaneos.

¿No se burlaba con esto Sor Juana, de los enredos de aquella Corte de los virreyes que tan bien conocía? ¿No hay en su risa jovial una especie de perdón distante, sin rencores ni melancólicas añoranzas? Y el hecho de que en esta, su espiritual comedia, se describa a sí misma en Leonor, y describa, en Castaño, su propia travesura de otros tiempos, y que en don Carlos retrate al amante capaz de hacer la felicidad de Leonor ¿no indica que ella entendía que en la misma Corte no todo era insustancial y falso, aun cuando, con perspicacia, pinte a los *cuatro mil lindos*, es decir, a casi todos los hombres que siguen a una mujer, o a quien creen que lo es, aunque sólo tenga trazas de serlo, porque sin duda van gobernados sólo por primitivos impulsos,

*“a salga lo que saliere,
y que a bullo se amartelan
no de belleza que es,
sino de lo que ellos piensan,*

es decir, de la simple apariencia del otro sexo?

Tener en cuenta a la vez, a gente así — a casi todos los hombres, que, en lo que a sus instintos toca, apenas si están por encima de la animalidad más grosera, — y a los pocos que de ella se van escapando, y que logran pasar a la singularidad individualizada de la elección única, ¿no revela una rara penetración de las verdades contradictorias que dividen en múltiples variedades las almas humanas, y una clara comprensión de su desigual desarrollo ético, y una tolerancia generosa, nacida de la comprensión misma, y, en fin, una ponderación admirable, gracias a la cual Sor Juana no incide en ninguna de las fáciles generalizaciones, a las que era tan llano que podía haber llegado, contra la sociedad de sus años juveniles, en la que todo habría podido encontrar malo?

El hecho de que no hay, ni por asomos, dejos de amargura en su gentil y gozosa comedia, ni de melancolías fuera de tono y de lugar, ¿no patentiza el equilibrio moral de Sor Juana Inés? La sombra que pudo caer en un tiempo sobre el claro cristal de su alma, se había disipado ya, y en su límpida diafanidad no quedaba al fin, más que luz serena. Nada lo prueba más bien, hasta con la menor de sus palabras, que la comedia "*Los Empeños de una Casa*", que prueba también, sólo con que Sor Juana la haya escrito, que el amor que antaño tuvo fué verdadero amor; no instinto disfrazado con máscara de amor.

XX. — “Amor es más laberinto.” El tipo del héroe. La mujer, el amor, y los efectos paralizantes de las emociones. La primitiva igualdad democrática. La aristocracia posterior. La amistad ideal. El desdoblamiento y la unidad del yo

En otra de las obras de Sor Juana, destinadas al teatro, la que compuso en colaboración con el poeta Juan de Guevara: — su primo, dice Francisco Fernández del Castillo; y “presbítero, confesor y capellán del monasterio de religiosas de Santa Inés”, de la ciudad de México; y Secretario de un famoso certamen poético que celebró la Real y Pontificia Universidad, y premiado en otro u otros certámenes literarios, — Sor Juana dió pruebas extraordinarias de la flexibilidad de su talento para seguir conceptos y diseñar y desarrollar planes de los que la parte intermedia se sustraía a su labor; talento peculiarísimo, que patentiza raras dotes de coordinación intelectual y social.

De la obra que compuso con don Juan de Guevara, “Amor es más laberinto” (más laberinto que el de Creta), él fué autor solamente de una de las tres jornadas — y a esa naturalmente no voy a referirme en el presente ensayo; — ella fué la autora de las otras dos; la primera y la tercera.

El personaje capital de “Amor es más laberinto”, es Teseo, el héroe legendario de Atenas, el que, después de realizar las más estupendas hazañas, llega a Creta, como una de las víctimas que Atenas se ha obligado a entregar cada año al rey de quella isla, en la que morirá devorado por el feroz minotauro. Sor Juana demuestra bien en su comedia la habilidad con la que, sin adulterar las viejas leyendas, las metamorfosea según su propósito: Dos princesas, Ariadna y Fedra, se enamoran en Creta, de Teseo, y empieñanse ambas en salvarlo de la muerte; enreda Sor Juana y desenreda

la trama con destreza; pero más importante es que al diseñar la figura de Teseo, la del héroe, nos deja ver cómo concebía ella al héroe, y nos permite por tanto entenderla mejor a ella misma. Héroe es para Sor Juana el que, como para don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, aun cuando tenga la más ilustre prosapia, no se concede más nobleza que la de sus propias proezas. Por eso hace decir a Teseo:

*“y no he de estimar yo más,
(aun siendo mi padre mesmo),
aquello que debo a otro
que no lo que a mi me debo.”*

Héroe, para Sor Juana es, no el que hace proezas de cualquiera especie, sino el que con ellas demuestra un valor que surge del pueblo; y así, quien por ella habla, su mismo Teseo, dice

*“que entre ser príncipe, y ser
soldado, aunque a todos, menos
les parezca lo segundo,
a lo segundo me atengo;
que de un valiente soldado
puede hacerse un rey, supremo;
y de un rey (por serlo), no
hacerse un soldado bueno;
lo cual consiste, señor,
si a buena luz lo atendemos,
en que no puede adquirirse
el valor, como los reinos”.*

A demostrar su pensamiento va ella atrevida y lógicamente, y es una teoría de la génesis de la organización de las sociedades la que le ocurre, cuando agrega:

*“Pruébese esta verdad,
con decir que los primeros
que impusieron en el mundo
dominio, fueron los hechos;
pues siendo todos los hombres
iguales, no hubiera medio
que pudiera introducir
la desigualdad que vemos,
como entre rey, y vasallo;
como entre noble, y plebeyo;
porque pensar que por sí
los hombres se sometieron
a llevar ajeno yugo
y a sufrir extraño freno,*

*si hay causas para pensarlo,
no hay razón para creerlo,
porque, como nació el hombre
naturalmente propenso
a mandar, sólo forzado
se reduce a estar sujeto”;*

con lo cual Sor Juana muestra bien cuán claramente se hacía cargo de que lo que hoy llamamos *sociología* nace de lo que también hoy llamamos *psicología*; y cuán certeramente se daba cuenta de que los impulsos primeros, las propensiones, los instintos — especialmente el que ahora se conoce con el nombre de instinto auto *asertivo*, — forman el origen de los fenómenos psíquicos y sociales más encumbrados.

Porque de esto se daba cuenta, y por la misma disposición fundamental de su ánimo — naturalmente libre y libertador de todos, pero sumiso siempre a la verdad, *a los hechos*, — es por lo que, en esto también, se anticipaba a la ciencia de su tiempo, al aceptar la tesis aristotélica del origen de las desigualdades sociales, *los hechos*: el poder unos hombres, más que otros; el ser más esforzados que otros; y eso es lo que hace que Teseo, es decir ella, continúe:

*“y haber de vivir en un
voluntario cautiverio,
ni el cuerdo lo necesita,
ni quiere sufrirlo el necio;
aquel, porque su cordura,
halla, de vivir, preceptos”;*

como ella los había encontrado para normar su vida, en la libre vida y en la libre sujeción, libremente consentida, de su claustro, y como los encuentra todo héroe de veras, que no es para Sor Juana el hombre del desorden, sino el del orden máximo, el de la ley, en su grado más alto,

“y este”

el necio,

*“por que le tiene
su necesidad, satisfecho;
pues no verás ignorante
en quien, el humor soberbio*

*no llene de presunción
los vacíos del talento;
de donde infiero que sólo
fué poderoso el esfuerzo,
a diferenciar los hombres,
— que tan iguales nacieron, —
con tan grande distinción
como hacer, siendo unos mismos,
que unos, sirvan como esclavos
y otros, manden como dueños”.*

En tal teoría como esta — de la primitiva igualdad democrática de los hombres, que se rompe por la desigualdad primitiva también, de sus esfuerzos, de sus hazañas y de sus méritos, y que pára en el natural predominio de unos, y en la sujeción, natural también, de otros, — no consta la tesis de los psicólogos modernos: que en unos hombres espande el instinto de imposición, y en otros triunfa el de sumisión. Aun pudiera decirse que se opuso a aceptarlo así Sor Juana, puesto que declara que

*“nació el hombre
naturalmente propenso
a mandar”;*

pero ¿no será esto la verdad más honda? ¿no será que la tendencia a la sumisión no es primitiva sino derivada, y que la única verdaderamente primitiva, la única que puede considerarse de veras instintiva es la que Sor Juana proclama?

Que ella lo habría declarado así, a habérsele propuesto el problema, parece indicarlo también en otras palabras atribuidas al propio Teseo, en las que habla de una hazaña que este intentó y que no vió coronada por el éxito:

*“que aunque no logré el intento,
no perdí por eso el lauro;
que en los casos tan inciertos,
conseguir toca, a la dicha;
pero intentar, al esfuerzo.”*

El esfuerzo es, para ella, la ley misma de la vida — sobre todo de la del héroe, — y no el concepto, como ahora llamaríamos, *pragmático*, de ésta; no el éxito, medida del mérito; sino el esfuerzo.

Un esfuerzo, por otra parte, singular — asimismo a Te-

seo es a quien ella encomienda que lo diga, — un extraordinario y admirable esfuerzo, que también caracteriza al héroe, y sin el que ella no concibe a éste, es el que se realiza cuando, si un amigo se tiene, se confunde con ese amigo el alma, por suerte que no se piensa ya en él como si fuera *otro yo*, sino como si los dos no fueran más, que *un yo sólo*, de modo que cada cual, hablando del otro, tenga que pensar y decir: *yo*, y no se le ocurra hablar de él, llamándolo *otro yo*.

*“...porque siendo
el que es verdadero amigo
yo, y no otro yo”,*

él, Teseo, es decir, otra vez, ella, Sor Juana, por fuerza habría de afirmar

“que es llegar a decir otro,”

— *otro yo*, —

“suponer otro sujeto”,

con lo cual, no siendo ya uno sólo, los dos fundidos en uno, sino dos, diversos, su amistad desaparecería.

Realízase, sin embargo, para Teseo esfuerzo más grande y más meritorio aún: el que es el sexto rasgo distintivo del héroe de Sor Juana, para quien sólo es héroe quien puede decir que dejó a su valor

*“consiguiendo
la más difícil victoria,
que fué vencerme a mí mismo”;*

Sor Juana le pide, empero, todavía más para tenerlo de veras como héroe: que el esfuerzo que realice sea tan natural, que ya ni lo recuerde, como no recuerda Teseo sus hechos heroicos,

*“porque, como no pensé
jamás hacer lista de ellos,
nunca tuve, de contarlos
cuidado, sino de hacerlos.”*

¿Qué actitud podrá tener el héroe tal como Sor Juana

lo concibe, ante la mujer, aun cuando ésta sea hermosa? Teseo declara:

*“Pelean de parte suya
mi lástima y mi respeto.”*

¿Sor Juana consideraba a la mujer digna de lástima, a lo menos en las lides amorosas? Cuán doloroso es su reconocimiento de la verdad profunda de que, en efecto, en tales lides es la mujer tantas veces digna de lástima; siempre, a lo menos, en que es víctima del falso amor, que del verdadero usurpa el nombre. Considerábalas a la par dignas de respeto. ¿Por que en ellas viera algo de divino? ¿Por su mismo infortunio? ¿Por que, como decía Séneca, la desdicha es cosa sagrada?...

Sor Juana no sólo cuida de definir al héroe en sí mismo; por sus proezas; porque puede surgir del pueblo amorfo y no tiene que surgir por fuerza, de ilustre sangre; porque es aquel a quien toca, con su

*“valor, rectitud y celo,
introducir la concordia
en el mismo desconcierto”,*

—la concordia, sin duda para Sor Juana el bien máximo que el héroe introduce en el mismo desconcierto, pero que a nadie impone. No sólo cuida de definirlo también por su impertérrito e impávido esfuerzo, aunque no logre al cabo el triunfo; y por el olvido de sí propio, que de sus mismas proezas no hace memoria, sino también por su actitud de amigo; por la que tiene ante la mujer, y en fin, por la que muestra ante la muerte: Teseo, que piensa que va a morir; pero que con su sacrificio imagina que salvará a Atenas, del anual tributo de vidas humanas que paga al mónstruo de Creta, declara que habrá de morir “contento, si con” su “muerte la libra de tan inhumano feudo”, lo cual patentiza que, en suma, para Sor Juana, el héroe es el que sobrehumanamente va más allá de sí mismo, en bien de los demás.

Al lado de este admirable modo de entenderlo, que no puede ser sino aquel con que lo entiende un alma que es ella misma alma de héroe, y que, por otra parte, claro es que conviene asimismo en muchos respectos al héroe mayor de todos, a Jesucristo, demuestra Sor Juana, en orden distin-

to de ideas, en la propia comedia, *“Amor es más laberinto”*, cuán bien entendía los efectos de las emociones todas, que paralizan y suspenden a quien las tiene; demuéstalo cuando hace lamentarse a Ariadna, exclamando, en atinada síntesis:

*“¡Ay de mí!
¡Qué mal sabe hablar
quien sabe sentir!”*,

y cuando lleva a Cintia a que recuerde a Ariadna que sólo reportándose se es capaz de lograr el triunfo en los azares y riesgos de la vida;

*“¿Qué es lo que dices, señora?
recóbrate y vuelve en ti;
que se niega a remediar
quien se da toda, a sentir”*;

no obstante lo cual, y olvidada de esta exhortación, en otro pasaje torna Ariadna a exclamar:

*“Mas ¡ay! que la turbación
me ha dejado el sobresalto
y se ha llevado la voz!”*

Sutil combinación perenne de perspicacia psicológica y de aspiración ética, aun en composiciones, en otro sentido poco felices — así es, por lo común, considerada la admirable comedia de la que estas citas tomo, — el espíritu de Sor Juana lanza, incesantemente, destellos: habla en ella de las gentes que en Palacio se encuentran: teme el personaje que en este punto es porta palabra de Sor Juana, que puedan conocerlo; pero se tranquiliza

*“porque en Palacio,
es la cosa más corriente
que se estén viendo las caras
y no puedan conocerse.”*

¿Alude a la falsía que, más tal vez que en otra parte, suele existir en Palacio, o al hecho de que tantos que a Palacio van, tienen tan poca conciencia de lo que hacen, que de ellos puede decirse, como Sor Juana dice, que

*“son entrantes y salientes,
sin que sepan ellos mismos
por qué van, ni por qué vienen”?*

La aguda penetración del espíritu de Sor Juana sólo queda vencida por el acierto de su palabra, a las veces, palpitante de emoción de hondísimo raigambre, como cuando Teseo contesta a Fedra que le pregunta quién es, diciéndole:

*.....“Yo soy
el que soy, porque soy vuestro;
porque mi ser, de mi ser,”*

— es decir, de vos, que sois mi ser, —

*“depende, y a no ser vuestro
pienso que no fuera yo;”*

que Sor Juana entiende bien que el que de veras ama, no tiene ya más ser que el que le da el ser al que ama; y que si imagina que pudiera no ser de ese ser, ya no acierta a pensar quién sería, y sólo piensa que ya no sería el que es mientras es del ser a quien ama.

Envuelta otras veces la palabra de Sor Juana en una gracia jovial, profundidad también encubre, como cuando el criado de Teseo distingue una, dos,... cuatro sombras: dos parejas, que se deslizan en la sombra, y se dice a sí propio:

*.....“pero allí
va un hombre; no, sino dos,”*

las dos parejas, de un hombre y una mujer cada una,

*“y muy cabales por cierto,
pues, por ir con perfección,
cada uno, de su costilla
lleva la transformación,”*

acordándose sin duda de que en el Génesis se cuenta cómo Eva fué transformación de una costilla de Adán, con lo cual aunque sean cuatro, no son sino dos las sombras de que habla el criado.

Con mayor verdad psíquica, Fedra — al sentir ese dobleamiento de sí misma que se experimenta cuando el cuerpo, o alguno de los muchos *yos* que en cada cual se

contraponen, y, no obstante, se funden, va maquinalmente, mientras que otro de esos yos, más íntimo, se cree arrastrado por aquel o aquellos que maquinalmente caminan,— condensa su complejo estado mental, en estas solas tres palabras:

“Sin mi voy”

resumiendo en ellas el desconcertante misterio del alma humana: contradictoria y múltiple; acorde y una.

XXI. — Los autos sacramentales

1) EL MARTIR DEL SACRAMENTO

a) *Las contiendas violentas y la razón.* — Si las comedias que escribió Sor Juana ponen de manifiesto el claro sentido que tenía de la vida de la Corte, y del juego de las pasiones, las acechanzas, los enredos amorosos, las ilusiones, los engaños — un tanto mal zurcidos, y aun de repente absurdamente hilvanados, que formaban el brillante cañamazo sobre el que la vida privada de la Corte se bordaba, — sus autos sacramentales revelan aquel otro lado de su alma que parece mostrarla viajera por un camino, ora sombrío, en noches coronadas de estrellas; ora luminoso, con el amaranto del resplandor matinal; camino en el que se le van apareciendo, unas tras otras, visiones que de su propia alma salen, que la acompañan, y que le sirven para repartir en torno suyo, y ofrecer a quienes la siguen, las enseñanzas que con ellos, quiere ella compartir.

No entra, empero, sin más ni más, Sor Juana, al país encantado de los autos sacramentales; pasa, naturalmente antes, por la antesala de la loa que a cada auto sacramental conduce, y que de algún modo señala el intento del mismo: en la que compuso para el del “Mártir del Sacramento, San Hermenegildo”, imagina así, a su entrada, una escena estudiantil, que demuestra cuán bien sabía ella hacerse cargo de aspectos varios de la vida de los adolescentes: finge, “dentro, ruido de estudiantes”, eco de las disputas de sus escuelas:

*“¡Que niego la mayor, digo!
¡Y yo digo que la apruebo!
¡Yo, que el supuesto no admito!
¡Yo, la consecuencia niego!”*

Y otra voz más profunda y firme; más serena; de hom-

bre de más edad, pero que sabe entender a los adolescentes, terció en la contienda de estos:

*“Que esperéis un poco, os ruego,
y que no, tan encendidos
en vuestra opinión, y tercios,
hayáis librado a las voces
la fuerza del argumento;
ésta no es cuestión de voces,
sino lid de los conceptos;
y siendo juez la razón,
que será vencedor, pienso,
el que más sutil arguya,
no el que gritare más recio.*

*En ninguna parte, tanto
como en las escuelas, creo
que es el que lo mete a voces
el que tiene más mal pleito...*

*No el duelo de una cuestión
se pase a ser otro duelo;
que suele, y más en los mozos,
como sois, el del ingenio
querer pasar a las manos;
¡como si fuera lo mesmo
tener el brazo, vigor,
que fuerza el entendimiento!”*

Eran, pues, entonces, como ahora y como siempre, los jóvenes: y bien los entendía, y mejor trataba de aleccionarlos, Sor Juana.

b) *El desprendimiento de Sor Juana.* — Discútese en la propia loa el tema que ella se proponía fuera asunto de su enseñanza, y esto la conduce en seguida al auto, en el que primero con briosas pinceladas, rápidamente, pinta Sor Juana las grandes migraciones de los hombres que a la caída del Imperio Romano transformaron a Europa:

*“poblaron aquellas partes
de las provincias de Escandia,
donde los rayos solares,
tan oblicuamente hieren,
tan escasa lumbre esparcen,
que, sincopada, la luz,
aun ya muere, cuando nace.”*

De allí salir decidieron,

*“bien como el rayo oprimido
que, impaciente de la cárcel,*

*rasgando el seno a la nube
es escándalo del aire."*

Rápida visión, que en una metáfora sola, valiente y atrevida, señala el ímpetu de los invasores. Complétala otra, antitética, que pinta los nuevos establecimientos pacíficos:

*"Salieron, en fin, de Gothia,
como suelen los enjambres
de solícitas abejas,
a ocupar prados y valles."*

El verdadero San Hermenegildo puede haber sido distinto del que imaginaba Sor Juana; mártir de la defensa del Sacramento, quizá no; que el arrianismo que él no quiso aceptar consistía sobre todo, como se ve en la Historia de la Iglesia por el monje benedictino Dom. Ch. Poulet, Tomo I, París, 1926, en negar la consubstanciación de las tres personas de la Trinidad Católica; no en negar el Sacramento de la Eucaristía.

El San Hermenegildo de Sor Juana representa, en todo caso, el concepto que ella tenía de varias de las más excelsas virtudes, y nos permite entenderla mejor a ella misma: si a San Hermenegildo ensalza, describiendo, no cómo se resigna a aceptar, sino cómo resueltamente acepta, a insinuación de San Leandro, entregar en rehenes a su esposa, a la que ama entrañablemente, y a su hijo, y le hace exclamar entonces:

*"¡Todo es de Dios, nada es mío;
cúmplase su voluntad";*

si, vencido ya, condenado a muerte, y seguro de que por su fe va a morir, perdido su reino, perdida su familia, perdido cuanto tenía, prorrumpe, en un deliquio de amor a Dios y dirigiéndose a la prisión en que se encuentra:

*"¡Qué consuelo en ti tengo,
mirándome de todo, despojado;
pues, desembarazado,
a estar más apto vengo
para poder alzar, osado, el vuelo,
con menos peso, de la Tierra al Cielo!";*

si, en fin, prorrumpe, verdaderamente gozoso, hablando con Dios mismo:

“Pues que todo se pierde
 por Vos, ¡no es penal
 Antes, ¡feliz he sido
 en haberlo, por Vos, todo perdido!
 Vos mismo me lo disteis;
 Vos me lo habéis quitado;
 ¡Sed, por siempre, alabado!”

es que, el proclamarlo así, por boca de San Hermenegildo, el propio desprendimiento de ella misma proclama; por ella misma, habla; por ella; con los propios sentimientos de ella, aun cuando parezca expresar los de San Hermenegildo: es que el San Hermenegildo de su auto sacramental es ella misma, que en el camino oscuro de su vida, tachonado de estrellas su cielo, de la vida perecedera y frágil de ella misma sale, y por luz celeste iluminada, no tristemente resignada y con inerte desmayo, sino alerta y gozosa, por su propio camino, rumbo al Cielo camina.

2) EL CETRO DE JOSÉ

a) *La educación de la raza indígena.*—La loa para el auto sacramental, “*El Cetro de José*”, tiene también importancia para el estudio del alma de Sor Juana, porque permite ver lo que ella pensaba de los indios de México: en ella figuran como personajes, abstractos a la par que concretos: *La ley de Gracia*, que propone que se derriben los antiguos altares indígenas y se acabe con los sacrificios humanos... Pero qué, ¿podían ser aún los sacrificios humanos motivo de inquietud, en la época de Sor Juana, es decir, en la segunda mitad del siglo xvii?—se pregunta uno, con asombro.

Aun lo eran. Fué en la época del Virrey Conde de Paredes, justamente, cuando se efectuó uno de los más grandes levantamientos que se produjeron en la época colonial; no en el centro del país; pero sí, conmoviendo al país entero. Sentíanse aún mal asimilados a la religión cristiana los indios, y se sabía bien que llenas estaban las historias de su gentilidad y sus pinturas geroglíficas, lo mismo que las grandes piedras esculpidas de su tiempo, con los horrendos, multiformes y pavorosos pormenores de los innumerables sacrificios humanos.

La ley de Gracia, por tanto, que en la loa del auto sacra-

mental del Cetro de Josef clamaba porque se derribasen los altares de los dioses indígenas, y para siempre se proscibieran los sacrificios humanos, tiene que haber sido un personaje real y positivo para cuantos se preocupaban entonces en México por la suerte de los mexicanos.

La Ley Natural es otro de los personajes de esa loa: pide que concluya la poligamia y que la primera mujer con la que cada indio haya tenido unión sea su esposa legítima; — como lo habían propuesto los primeros misioneros en el siglo xvi, y como desde el siglo xvi se había prevenido. Esta era, sin duda, la ley vigente; pero es claro que se necesitaba recordarla; sobre todo en las regiones del país menos bien incorporadas a la Nueva España; que no habían venido esas disposiciones a ser innecesarias; que en muchos lugares subsistía de hecho el antiguo régimen poligámico de los indios más audaces y más esforzados, cuyo dominio imponían sobre otros; y es un hecho que el derrumbamiento de sus antiguos gobiernos, que de un modo u otro refrenaban sus desbordados ímpetus primitivos, produjo una degeneración de sus costumbres y un retroceso en todos los lugares que de cualquier modo se sentían escapados lo mismo a la acción de las nuevas que a la de las antiguas leyes.

Ante estos dos personajes, *La Ley de Gracia* y la *Ley Natural*, que notoriamente representan la nueva cultura, se yergue la *Idolatría*; encarna a la cultura precedente y pretende mantener el antiguo culto, del que es curioso, empero, que la loa hable sin mencionar ya a los dioses aztecas, cuyos nombres, aunque estropeados, aparecían antes constantemente, en los escritos del siglo xvi. La *Idolatría* alega dos razones en favor del viejo culto:

*“la primera es el pensar
que las deidades se aplacan
con la víctima más noble”,*

por lo que declara justificados los sacrificios humanos, ya que no parece que pueda víctima ninguna ser más noble que el hombre mismo, —

*“y la otra es, que en las viandas
es el plato más sabroso
la carne sacrificada;
de quien cree mi nación
no sólo que es la sustancia*

*mejor, mas que virtud tiene
para hacer la vida, larga”,*

Claro que Sor Juana pensaba que parecería absurdo aseverar lo que precede, como absurdo parece a cuantos otra mentalidad y otra cultura han alcanzado. Por eso defendía su dicho agregando:

*“a nadie novedad haga,
pues así las tradiciones
de los indios lo relatan”.*

Era, por tanto, entonces, aún, esta suerte de conceptos, tradición viva, que se mantenía y perpetuaba, y que demuestra que el canibalismo, que ya hoy nos parece, en nuestro México actual, pura cosa de conseja y de imaginación, proyectada todavía en esa época, su larga sombra laudica y sanguinaria al través de los pensamientos de las gentes, encubriendo aun, entre sus postizos, errantes y rojizos repliegues, quizás prácticas positivas, accidentales acaso, pero tal vez no raras, aquí y allá, entre los indios.

La Fe, el personaje que en el auto de Sor Juana combate a la *Idolatría*, no rechaza las tesis fundamentales de esta: esta de acuerdo con ella en que a Dios debe ofrecerse el más puro y precioso holocausto, aunque no dice que para aplacarlo, y, no duda de que sea lícito y bueno comer alimentos que den la más intensa y mejor vida; sólo que no piensa que el holocausto mayor sea el del hombre, sino el de Dios mismo, el de Jesucristo, en la Eucaristía; y no cree alimento excelente el que da la vida terrenal, sino el que la da eterna; la Eucaristía misma. El auto sacramental de Sor Juana trata de dar expresión visible a esta tesis, con ello mismo demostrándola, y por tanto de impartir lo que Sor Juana y cuantos vivían en su tiempo consideraban como la más alta enseñanza: era sin duda entonces la más alta: era, en efecto, trabajar por una suprema obra educativa, no que sólo consistiese en enseñar a leer y a escribir, sino en hacer pasar a los hombres de la condición mental gobernada por la obsesión de los sacrificios humanos y de la antropofagia, a la que sustituye la antropofagia por la comunión con la Hostia.

b) *La razón psicológica del recato.*—Después de esta introducción, que es la loa, se desarrolla el auto con personajes de los que unos son reales: principalmente José y sus

hermanos; abstractos, otros: la Inteligencia, la Envidia, la Conjetura; místicos, en fin: el Lucero, en algunos respectos análogo a Lucifer; y Coros, por último, que hablan y cantan, y a los que Sor Juana da el nombre genérico de *Música*.

Como con una serie de cuadros de enseñanza objetiva, sucesivamente se presentan los sucesos todos de la *historia santa*; unos, de manera directa, tal la escena en la que, a insinuación de Judá, los hermanos de José sacan a éste de la cisterna a la que lo habían arrojado con ánimo de matarlo, y lo venden a mercaderes que van a Egipto; otros diríanse vistos como en sueños que ante los espectadores se realizaran, traídos por misteriosos carros, que frente a ellos llegasen: así, dice el libro de este auto sacramental, “ábrese el carro en que están el Paraíso, y Adán y Eva, y “cantan dentro”;... “ciérrase el carro de Adán, y descúbrese el de Abraham, y un cielo de estrellas”;... ábrese otro carro, y en él aparece Jacob, dormido, al pie de la escala, y arriba el Señor, y dentro canta una voz:...

*“Excederá tu pro genie
a las arenas del mar”...*

Ante cada carro, las abstracciones arguyen: el pensamiento múltiple y contradictorio de los espectadores, proyectado ante ellos por el verbo de Sor Juana, y hecho audible y visible para todos. Cuando aparece la mujer de Putifar, la tentadora, dice a José:

*“No huyas Josef; espera;
¡vuelve siquiera la cara!
¡Mirame, que con la vista
tu fidelidad no manchas!
¡Vuelve los ojos! — No quiero”,*

contesta José,

*“que quien la vista no guarda,
no guardará el corazón,
pues abre la puerta, franca.
Lo que no le es al deseo,
lícito, no es bien que haga
lícito a mis ojos yo;
que aunque el precepto no caiga
sobre el ver, como la vista
ministra especies al alma,*

que despiertan al deseo
 y que suscitan su llama,
 si yo una vez las recibo,
 será imposible borrarlas
 y difícil resistirlas;
 y es muy necia confianza
 que yo mismo a mi enemigo
 admita, dentro de casa",

con lo cual estas psicologías — tan de acuerdo con los modernos conceptos que particularmente el sabio alemán Ricardo Semon ha puesto de relieve, haciendo ver la universal propiedad de la materia orgánica misma, de que los estimulantes le produzcan modificaciones permanentes, que él llama *engramas* o huellas *mnémicas*, listas siempre para revivir y manifestarse otra vez, — estas psicologías — no expresadas así, pero en el fondo idénticas, — tan claras para Sor Juana, y tan exactas — vienen a dar fundamento claro y sencillo a los moralistas que condenan la desnudez, públicamente exhibida, atizadora de impulsos, instintos y apetitos que engendran deseos y acaso condiciones patológicas, así como francos, o encubiertos y subrepticios deslices.

El auto sacramental de Sor Juana prosigue, exponiendo cada uno de los grandes pasajes de la historia bíblica: José, calumniado y preso; José, que adivina los sueños; José, llamado por el Faraón, para que le descifre los que él ha tenido; José, supremo mayordomo de los graneros de Egipto; el hambre que asuela todos los pueblos, menos el de Egipto, gracias a la previsión de José; la *Profecía*, imaginada como el Espíritu de Dios, que monologa, y que mira en José una figura del Salvador del Mundo; José, y sus hermanos, que, sin conocerlo, van a rogarle les venda trigo; de nuevo los hermanos de José, acompañados, al cabo, por Benjamín; y la comida de todos juntos, a la mesa de José, en tanto que la *Profecía*, en lo alto, canta:

"Esta mesa es de otra mesa
 y estos doce, de otros doce
 figura en que se conoce
 de Dios la cierta promesa.
 ¡Venid a la mesa, venid a la Mesa!"

Lucero y la *Inteligencia* miran: se asombran; lucubran; cuentan; narran cómo, aun Jacob, el mismo Jacob, ha venido de Canaán, traído por sus hijos. "Abrese un carro, y

Jacob aparece en una cama, con José a su lado” y sus hermanos todos, en tanto que la *Profecía* canta. Por último, la escena final: “ábrese otro carro, en que están un Cáliz y la Hostia, y dos coros de música”. El *pan divino* y el divino sacrificio, ofrecidos a los hombres para asegurar su vida y su felicidad eternas, en lugar de los sacrificios humanos y del pan humano para lograr la vida y la fuerza transitorias; todo ello referido en el pensamiento de Sor Juana y en el de quienes su auto sacramental veían o leían, a la sustitución de las cruentas religiones de los indígenas, y de su monstruoso canibalismo, por la religión del amor y de la piedad divinas; por la de la concordia y del amor a todos los hombres.

No hay, sin embargo — y esto es un aspecto del alma de Sor Juana en el que no se han parado mientes — una palabra sola, una sola insinuación, un solo ademán que signifiquen verdadera violencia contra las prácticas y las creencias de los indios: no se las condena con arrebatadas voces; ni se denuesta a quienes las profesaban: es más bien la loa una especie de explicación serena de la errónea filosofía de los indígenas, de la que triunfa la filosofía cristiana, bastando para que la victoria definitiva se alcance en el ánimo de todos, con que en el auto la belleza y la poesía de la historia santa, encarnada en hombres, se presente ante los hombres.

3) EL DIVINO NARCISO

a) *Nuevamente la educación de la raza indígena.* — La loa para el auto sacramental de “*El Divino Narciso*” pone asimismo en relación con México, esta celebrada obra de Sor Juana; con México y con los indios; con la evangelización de estos, y con su educación religiosa y moral. En ella “sale el *Occidente*, indio *galán*, con corona”; — el epíteto, galán, entraña en quien de él se sirve, simpatía admirativa para con aquel a quien lo concede; — y sale a su lado, *la América*, “india *bizarra*, con mantos y huipiles”; *bizarra* entraña también simpatía admirativa a favor de aquella a la que este calificativo se otorga, porque *bizarra* vale tanto como gallarda, lucida, generosa, valiente, espléndida. “Siéntanse en dos “sillas”, dice Sor Juana, “ y por una parte y otra, bailan indios e indias, con plumas y sonajas en las manos, como se hace de ordinario esta danza”...

¿Quién dijo que jamás, en casas destinadas a la educación de los mexicanos se han bailado nuestros bailes autóctonos, sino hasta que se les trajo a nuestras escuelas ya no sé si se afirma que bajo el gobierno del General H. o bajo el del General R.? ¿Y no fué el famoso y aplaudido filósofo americano Juan Déwey el que ayer, en su libro de "Impresiones de la Rusia Soviética", del que dió cuenta en su número de 4 de mayo de 1929 la Revista Sabática de Literatura, dijo que "*por primera vez los indios en México están viendo ahora consideradas sus necesidades de cultura*"? Ninguna mayor que la de arrancarlos a sus religiones sangrientas, en las que los sacrificios humanos y aun el canibalismo tenían parte tan grande, y levantarlos a conceptos que no sólo no aceptarían el canibalismo y que con él fueran incompatibles, sino que fuesen considerados por la totalidad de los hombres cultos de la Tierra como un inmenso adelanto de la humanidad.

Esa suprema necesidad de la cultura — por asegurar la cual dieron aun la vida misioneros mártires, y a la que consagraron su existencia y sus energías todas, otros, lo mismo en el siglo XVI, que en el XVII, el XVIII y el XIX, desde los franciscanos hasta más acá de los jesuitas, y que es el punto de partida del pensamiento de Sor Juana en sus tres autos sacramentales, es, empero, cosa que parece ignorar el admirable educador con cuyas obras se honran los Estados Unidos, como quizás ignora, o no tiene en cuenta, que ya desde hace veintisiete años, en 1904, en el volumen III de la Historia de la Nación Americana, titulado "España en América" y escrito por Eduardo Gáylord Bourne, este afamado sabio, americano también, profesor de historia en la Universidad de Yale, reconocía que "la transmisión de la herencia de la cultura europea al Nuevo Mundo y a sus habitantes — la grande obra de la época colonial", — estas son las palabras suyas — "fué emprendida por la Iglesia", por la Iglesia Católica, y que la llevaron desde luego al cabo, en cuanto de ellos dependió, Fray Pedro de Gante, a raíz de la toma de México, primero en Texcoco y en seguida en la cabeza misma de la Nueva España, en el convento de San Francisco, en su grande y admirable escuela para indios, modelo de cuantas ha habido después, y el Obispo don Fray Juan de Zumárraga, y el Virrey don Antonio de Mendoza, con la ayuda de hombres tan preclaros como Fray Bernar-

dino de Sahagún, "el fundador", dice, con justicia, Eduardo Gáylord Bourne, "de la antropología americana".

Ignora acaso también, o tampoco tiene presente Juan Déwey, que aquel Colegio admirable de Santa Cruz de Tlatelolco, que fundaron el Virrey Mendoza y el Obispo Zumárraga, y del que luego fué alma Fray Bernardino de Sahagún, se estableció en 1536, quince años solamente después de la caída de Tenoxtitlán en poder de Cortés, y que en él se hizo labor ejemplar de la más alta y trascendental cultura, no sólo porque ese Colegio, y el de Fray Pedro, fueron realmente las primeras "Casas del Estudiante Indígena" que haya habido en América, y porque ambos formaron gobernantes indios de pueblos de la Nueva España, y así vinieron a ser para ellos escuelas de disciplinas políticas y sociales, sino porque en el de Santa Cruz, colaboraron los indios mismos, con su maestro, Fray Bernardino, para construir el admirable edificio de la antigua historia de México y de la etnografía mexicana, que del conjunto trabajo del preclaro fraile y de los indios fué resultado excelente; como parece ignorar también el eximio educador y filósofo norteamericano, que sólo porque ha habido una no interrumpida legión de hombres y mujeres admirables, desde el siglo xvi hasta nuestro presente siglo xx, que han atendido la suprema necesidad de la educación de las razas aborígenes de México, es por lo que México figura entre los pueblos autónomos del Planeta, porque, sobreponiéndose a toda suerte de obstáculos la serie interminable de sus educadores, se ha empeñado en reunir, a pesar de sus constantes divisiones, a los componentes todos del país, en un esfuerzo heroico para formar — con los indios y con las razas nuevas, — la gran familia nacional de los mexicanos; no distinguiendo ni separando en ella al indio, al blanco y al mestizo, sino *haciendo de los tres, uno sólo, el mexicano*.

En la loa para el auto sacramental del *Divino Narciso*, los indios "celebran al gran dios de las semillas"; — no a Huitzilopochtli, al gran dios de las batallas, como pudiera pensarse que conviniera imaginarlo, por quienes no tuviesen el espíritu que tenía Sor Juana — sino al gran dios de las semillas, es decir a un dios de la agricultura, anticipándose en esto también Sor Juana a los conceptos que reinaban en su tiempo, cual si se hubiera dado cuenta de que una de las mayores conquistas materiales de los pueblos todos del mundo, la mayor quizás, y la más grande también de nuestros

indígenas precolombianos, es la invención de la agricultura; y que es por ella por la que nuestros antiguos pueblos de la altiplanicie mexicana,— a ellos parece ya probado que tal progreso se debe,— crearon una cultura autóctona, la del maíz, cuya influencia, progresivamente extendida desde México, al Norte y al Sur de la América, ha acabado al fin por dilatarse a todo el Mundo.

Sor Juana no denigra a los indios; no los agobia bajo crueles dicitrios, ni los abruma con el peso de su desprecio; simpatiza con ellos; los entiende, y aun admira las semejanzas profundas de los conceptos que más la impresionan: ve en su gran dios de las semillas, como en el Narciso de los griegos, una semejanza con Jesucristo, y en los dos pueblos paganos una sombra del “alto misterio” de la Sacra Eucaristía”; en uno y otro “señas de tan alta maravilla”. Mira en el concepto que del gran dios de las semillas tienen los indios de la América, el de

“.....un dios que fertiliza
los campos que dan los frutos”
y “a quien la lluvia obedece”,

a la par que segura se encuentra de que todos esos bienes que los indios a su deidad atribuyen no son producidos por esa deidad, sino por el único Dios en quien Sor Juana reconoce al Creador de cuanto existe, que providente vivifica todo:

“...pues si el prado,
florido se fertiliza,
si los campos se fecundan,
si el fruto se multiplica,
si las sementeras crecen,
si las lluvias se destilan,
todo es obra de su diestra,
pues ni el brazo que cultiva,
ni la lluvia que fecunda,
ni el calor que vivifica,
diera incremento a las plantas,
a faltar su productiva
providencia...”

Por vencer los falsos conceptos que de Dios tienen los indios, y sustituirlos por los que ella está cierta de que son los verdaderos conceptos, hace personajes de su loa, a “la Religión”, “dama española”, y al Zelo, “Capitán Gene-

ral, armado”, “seguido por soldados españoles”. Aquel y estos luchan con los indios, pero la *Religión* interviene en defensa de estos últimos y ampara su vida. La Religión dice entonces que enseñará a los indios, metafóricamente, la verdad, y que a ese fin escribirá un auto sacramental que ha de intitular “El Divino Narciso”, en recuerdo de aquellos otros gentiles, los griegos, que también entrevieron al Dios cristiano, y a quienes San Pablo en su famoso discurso del Areópago, en el que habla del *Dios Desconocido* — que había sido, aunque desconocido, reverenciado por los atenienses,— lo dijo así, tal como se lee en los capítulos XVII y XVIII de los “Actos de los Apóstoles”; que ella hará otro tanto, con el propósito de lograr que los indios truequen sus falsos sentires y sus ritos, por los del Cristianismo.

Identificase, por lo mismo, en este punto, Sor Juana, con la religión misma, y conviértese por breve tiempo en personaje de su loa; mas reasumiendo luego su propia naturaleza de Sor Juana, declara refiriéndose a su auto sacramental:

*“demás, de que el escribirlo
no fué idea antojadiza,
sino debida obediencia,
que aun a lo imposible aspira;
con que su obra, aunque sea
rústica y poco pulida
de la obediencia es efecto;
no parto de la osadía;”*

tan cierto que aun en los asuntos para ella más caros, y más aún en estos que en otros, no la llevaba a tomar la pluma, móvil cualquiera de satisfacción personal, sino la obediencia.

b) *La redención de la humanidad.*

El Divino Narciso es Dios mismo: bajo la apariencia de un pastor, busca por toda la Tierra a la *ovejuela perdida*, a la hija de su amor, a la Naturaleza Humana, seducida antes y extraviada por la Naturaleza Angélica, que perdió su antiguo lugar en el Cielo, desde que se unió al Amor Propio y a la Soberbia; cierto como es, profundamente cierto, que todos los males derivan del mayor de ellos, el ansia de *llegar a ser absoluto* y de *querer crear sin más que con los propios recursos de uno, la absoluta plenitud de la vida*. Así

lo dice ahora Nicolás Lossky; así lo pensaban los autores del Viejo Testamento. Así el catolicismo de Sor Juana Inés de la Cruz. Por tal desatentado querer crear, *sin más que con los propios recursos de uno, una absoluta plenitud de vida*, los que así lo pretenden, que son casi todo el mundo, pierden toda consideración para con todo el mundo; sólo en sí propios creen; aun proclamando la libertad, tórnanse en enemigos de ella y en tiranos, lo mismo en su hogar, que en su sociedad y en su país, y son fuente y origen de todas las calamidades sociales, despreciando en el fondo de sí mismos, cuanto no sea ellos mismos.

La Naturaleza Angélica decaída, ya no es, piensa Sor Juana, más que un eco de la que fué, y así la llama ella, *Eco*; persiste más y más en seducir a la Naturaleza Humana, porque tiene celos de que Dios la ame, y se empeña en hacer que de Dios, la Naturaleza Humana se aleje, porque aun decaída la Naturaleza Angélica, y sólo reducida a ser un eco de la anterior, todavía quisiera gozar ella, sólo ella, de Dios.

Aun despreciando a la Naturaleza Humana, a la que llama

*“una villana grosera,
de tosco barro formada,
hecha de baja materia,”*

el *Eco de la Naturaleza Angélica* la teme, porque Dios creó a la *Naturaleza Humana* a semejanza de El mismo, y el *Eco de la Angélica* piensa que si Dios mira a la *Naturaleza Humana*, y en ella ve, — bien empobrecida—, la imagen de El mismo,

*.....“se incline a quererla;
que la semejanza
tiene tanta fuerza,
que no puede haber
quien no la apetezca.”*

“Y así”, dice el *Eco de la Naturaleza Angélica*:

*“...siempre he procurado,
con cuidado y diligencia,
borrar esta semejanza,”*

del hombre para con Dios,

*haciéndole que cometa
tales pecados, que el mismo”*

Dios, ha tenido que destruir con el Diluvio, el mundo que lo ofendiera;

*“más como es costumbre suya,
que siempre, piadoso mezcla
en medio de la justicia
los visos de la clemencia,
quiso, no obstante el naufragio,
que a favor de la primera
nadante tabla, salvase
la vida que aún conserva”*

el hombre;

*“que aun entre el enojo,
siempre se le acuerda”*

a Dios,

*“la misericordia,
para usar más de ella”.*

En esta evocación de la historia santa, tal como Sor Juana la expresa poniéndola en labios del eco de la Naturaleza Angélica, es singularmente significativo que a la par imagine aquella naturaleza que apartada de Dios con el Amor Propio y la Soberbia, “en odio trueca el amor” que a Dios antes tuvo, y así tiene por él el odio y el rencor más grandes, ya que

*“cuando el amor en odio se trueca,
es más eficaz el rencor que engendra”,—*

y piense que conserva, empero, si bien desfigurados como en un ridículo y trunco eco, destellos

*“de hermosura y de nobleza,
de valor y de virtud,
de perfección y de ciencia”;*

vestigios monstruosamente deformados de aquella

.....“naturaleza
“angélica ilustre, mía”,

declara ella misma, que la hicieron en un tiempo

“la criatura más perfecta”;

vislumbres de su condición primera, entre las que subsiste, rencorosamente emponzoñado, el deslumbramiento de la antigua visión de Dios, el dolor iracundo de haberlo perdido, la sombra del primer amor, cubierta ya y demolida por el rencor, pero aún obcecadamente vuelta a Dios, para interponerse entre El y su amada semejanza, la Naturaleza Humana.

El Eco de la Naturaleza Angélica recuerda cómo, después del Diluvio, la soberbia, siempre renaciente, del hombre, fué castigada con

“la confusión de las lenguas;
que es justo castigo
al que necio piensa
que lo entiende todo,
que a ninguno entienda”;

y a la confusión de las lenguas refiere la de los conceptos religiosos, que llegó a grado tal, que los hombres

“...adorando embelesados
sus inclinaciones mismas,
olvidaron de su Dios
la adoración verdadera.”

El Eco de la Naturaleza Angélica reconoce, no obstante, que, a pesar de eso, Abel y Henoc, y Abraham, Moisés, los Profetas y los Patriarcas, a Dios han vuelto; que por El han vivido; que de El han recibido nueva fuerza; y como si el pensamiento de Eco los hiciera visibles, en carros misteriosos que ante los espectadores se abren uno tras otro, y que en seguida se cierran, aparecen Abel y Henoc, Abraham, Moisés, los Profetas y los Patriarcas, invocando a Dios e implorándolo: Moisés, con un sublime grito de amor al pueblo, que es extraordinario haya revivido en el pensamiento universal de Sor Juana, cuando dirigiéndose a Dios mismo le dice:

*“O perdone al pueblo,
Señor, tu clemencia,
¡o bórrame a mi
de la vida eterna!...”*

Eco sospecha que Narciso, el pastor que busca a la Naturaleza Humana — a la que Sor Juana da la apariencia de una ninfa, — es Aquel por quien la Naturaleza Angélica, convertida sólo en eco de sí misma fué arrojada del Cielo; es Dios mismo. Sabe que en un monte está, hace ya cuarenta días, y va a ofrecerle todos los tesoros del mundo, para descubrir si en efecto es quien había de desdeñarlos, puesto que de todo es dueño. Enumerando las riquezas que le ofrece, le dice, con las hipérboles más jugosas y los epítetos más afortunados:...

*“Mira aquellos ganados
que, inundando los valles,
de los prados fecundos
las esmeraldas pacen;”...
“mira en el mar soberbio,
en conchas, congelarse
el llanto de la aurora,
en perlas orientales;”
“mira de uno a otro polo
los reinos dilatarse,
dividiendo regiones
los brazos de los mares,
y mira cómo surcan
de las veleras naves
las ambiciosas proas,
los cerúleos cristales;”*

mas El la reconoce y la rechaza, y ella, furiosa, de allí se aleja a procurar su muerte.

Al Divino Narciso también se dirige, aunque al principio sin encontrarlo, la Naturaleza Humana, que ha acabado por entender que para llegar a El, para acercarse a Dios, es preciso asemejarse a El, imitarlo, borrar las manchas de las culpas que oscurecen la semejanza inicial; duélese de haberlo olvidado; se enciende en amor por El, y sueña en encontrarlo: en su ansioso anhelo y con transfigurados recuerdos del Cantar de los Cantares, Sor Juana hace decir a la Naturaleza Humana:

*“De buscar a Narciso, fatigada,
 sin permitir sosiego a mi pie errante,
 ni a mi planta cansada”,...
 “a este bosque he llegado, donde espero
 tener noticias de mi Bien perdido”.
 ...“¡Oh! cuántos días ha, que he examinado
 la selva, flor a flor, y planta a planta,
 gastando, congojado
 mi triste corazón, en pena tanta!”
 ...¡decidme dónde está el que mi alma adora,
 o en que parte apacienta sus corderos,
 o hacia dónde, a la hora
 meridiana, descansan sus luceros!”
“¡Oh! ¡si llegara,
 y de mi dulce amado
 mereciera mi amor, mirar la cara!
 ¡Seguiréle, por más que me fatigue,
 pues dice que ha de hallarle quien le sigue!”*

Encuentra primero a la Gracia; guiada por ella llega a una fuente, a la fuente divina en la que podrá mirar al cabo, la imagen de Narciso, la imagen de Dios. Por su amor, cada vez mayor a El, aseméjase más y más a El mismo y Narciso viene entonces a confundirse con ella; con tal amor amándola, que puede exclamar entonces, dirigiéndose a las selvas que lo rodean:

*“Selvas, ¿quién habéis mirado
 el tiempo que habéis vivido,
 que ame como yo he querido,
 que quiera como yo he amado?
 ¿A quién, en el duradero
 siglo, de prolijos días,
 habéis visto, selvas mías,
 que muera del mal que muero?”...
 ...“Conozco que ella me adora
 y que paga el amor mío,
 pues se ríe, si me río,
 y cuando yo lloro, llora.”*

La Naturaleza Angélica convertida por su soberbia y por su amor propio en el Rencor y el Odio, llega también a los aledaños de la fuente; aterrada, se hace cargo de que el Divino Narciso mira ya que hasta El vuelve, en su anhelo de nueva perfección, la Naturaleza Humana. Sin poder contemplar cara a cara a Dios, el Eco de la Angélica lo oye decirle a la Naturaleza Humana, que “siempre” al hombre ha “de amar”, “y que” ha “de estar en un ser”; “que aunque” se juzgue “inferior” “el objeto de” su “amor”, “que

la soberbia desdeña”, su “propia bondad” la “enseña, amar a un ser inferior.”

Caracterizado así el amor cristiano, tan distinto del que los griegos concebían — que iba siempre a lo más alto, a lo más bello, así lo imaginaba Platón, y no a quienes más necesitan de amor: a los pobres, a los infelices, a los que, imperfectos y oscuros, pueden, no obstante, querer purificarse, — el Divino Narciso siente empero, que va a morir por los hombres, a causa de que no todos los hombres lo aman; a causa del dolor de que no lo amen, de que no se asemejen bastante a El; de que no se perfeccionen a sí propios por el amor. “Sed tengo”, grita entonces:

*“Sed tengo; que el amor que me ha abrasado,
aun con todo el dolor que padeciendo
estoy, mi corazón aun no ha saciado”;*

¡sed, inextinguible, de amor; sed, superior al mismo dolor! Y al ver cómo, a pesar de su muerte, no sube a El, como El querría, el amor de los hombres que, purificándolos, a El los asemejara y con El los uniese, El — que no podría morir sólo por ser crucificado, ni por ser alanceado, El, que no podría morir como cualquiera de los demás hombres, — El, que sólo llega a morir por el dolor de que los hombres no traten de asemejarse a El amándolo, y por su amor siendo dichosos, — prorrumpe en su agonía:

*“Padre ¿por qué en un trance tan tremendo
me desamparas?... ¡Ya está consumado!
¡En tus manos mi espíritu encomiendo!”*

Como si fuera a desmayar, faltar de fuerzas, y no desmayara al encomendarse al Más Alto, identificado con El, siempre.

Cuando el Divino Narciso muere — en medio del universal espanto de cuanto existe, y de las tinieblas, que todo lo encubren, y de los terremotos, que devuelven a la faz de la Tierra los cadáveres sepultados en sus entrañas, — oyes una voz que clama:

*¡“O padece el Autor del Universo,
o perece la máquina del mundo!”*

Y en tanto que la pervertida Naturaleza Angélica, conturbada hasta el fondo de mí misma, alienta una nueva y

monstruosa esperanza de que al cabo, en el Mundo el Divino Narciso

*“no esté a los ojos, de aquella
villana, que de su rudo
natural, y de su ingrata
condición, no será mucho
que en no viéndole, le olvide”,*

la Naturaleza Humana, “viene” ésta,

*llorando como infortunio,
la que es su dicha mayor”*

y se la oye que exclama:

*“Mi corazón, en medio
de mi pecho, parece
cera que se derrite
cerca del alma ardiente”.*

Busca ella al Amado, al Bien Amado; ansía encontrar su sepulcro para ungir su cadáver con preciosos aromas, y a la Gracia encuentra, que le dice:

*“Vivo está tu Narciso,
no llores, no lamentes,
ni entre los muertos busques
al que está vivo siempre”.*

Y se le aparece Narciso, resucitado, preguntándole por qué llora:

*“— Por mi Narciso lloro,
Señor; si tú le tienes
¡dime dónde está, para
que yo vaya a traerle!*

El le contesta:

*” — Pues ¿cómo, esposa mía,
no puedes conocerme,
si a mi beldad divina
ninguna se parece?
— ¡Ay! Adorado esposo!
Deja que alegremente
llegue a besar tus plantas!
— A tocarme no llegues,*

*porque voy con mi Padre,
a su Trono celeste.
— ¡Luego! ¿me dejas sola?
¡Ay, Señor! ¡No me dejes!
que volverá a insidiarme
mi enemiga Serpiente!”*

Eco, el Amor Propio, la Soberbia reiteran, al ver que el Divino Narciso va a alejarse, su seguridad de que, no viéndolo ya, la Naturaleza Humana lo olvide; que así la belleza de ella torne a desfigurarse, y que, por fin, de ella Narciso se aparte para siempre. Narciso, empero, advierte aún, que, conociendo como conoce la fragilidad humana, le deja, antes de irse, medios para que pueda volver

“si cayere, a levantarse;”

“medicinas del alma”, “sus sacramentos”; el arrepentimiento; y cuando Eco se imagina que no serán bastantes, porque la Naturaleza Humana “no querrá usar de ellos, negligente”, si El se ausenta, y “olvidará” su “amor, en faltando” Su “presencia”, dispone El que la Gracia diga a todos cómo, aunque El se torne al Cielo, estará siempre presente en la Tierra, y que para explicarlo narre su historia. La Gracia entonces la cuenta:

*“Erase aquella belleza
del Soberano Narciso,
gozando felicidades
en la gloria de sí mismo,
pues en sí mismo tenía
todos los bienes consigo.
Rey de toda la hermosura;
de la perfección archivo”...
“Anuncio era de sus obras
el firmamento lucido”,
“y de sus luces, los astros
eran brillantes mendigos.”
...“Por imitar su belleza,
con cuidadosos aliños
se vistió el campo, de flores,
se adornó el monte, de riscos.
Adoraban su deidad,
con amoroso destino,
desde su gruta, la fiera,
y el ave, desde su nido”,
“y el mar, para sus ofrendas
erigió altares de vidrio.
Adoraciones le daban,*

*devotamente rendidos,
desde la hierba más baja
al más encumbrado pino.
Mare mágnum se ostentaba
de perfección, infinito;
de quien todas las bellezas
se derivan, como ríos”.*

Creó la naturaleza humana, creó al hombre, y entonces

*viendo en el hombre su imagen,
se enamoró de sí mismo;
su propia similitud
fué su amoroso atractivo,
porque sólo Dios, de Dios
pudo ser objeto digno”.*

Entre él, empero, y la naturaleza humana,

*“se interpusieron osadas
las aguas de sus delitos”;*

mas El, enamorado siempre de ella,

*“dió la vida en testimonio
de su amor,”*

y cuando muerto, resucitó de sí mismo, y subió de nuevo al Cielo, decidió dejar al hombre

*“un recuerdo y un aviso,
por memoria de su muerte,
y en prenda de su cariño”;
“El mismo quiso quedarse,
en blanca flor, convertido”;*

en la flor de un sólo pétalo, circular y níveo, en la Hostia,

*“porque no diera la ausencia
a la tibieza, motivo”.
“Oculto quiso quedarse
entre cándidos armiños,
por asistir como amante
y celar como registro;
que, como esposo del alma,
receloso de desvíos,
la espía, por las ventanas;
la acecha, por los resquicios.
Quedó a hacer nuevos favores,*

*porque, liberal, no quiso
acordar una fineza,
sin hacer un beneficio”.*

y así, en servicio del hombre,

*...“hizo todo cuanto pudo,
el que pudo cuanto quiso”;*

hizo todo cuanto pudo, dentro de la libertad que a la Creación había concedido para que lo amara o no lo amara; para que lo siguiera o no lo siguiera, y que así había dotado a todas sus criaturas, del supremo don de la libertad.

Otorgada esta, desde la hora misma de la Creación, *hizo todo cuanto pudo el que pudo cuanto quiso*; que no quiso forzar a nadie al bien, como a un esclavo, sino que prefirió que todos fuesen libres, aun cuando optasen por hacer el mal, y de El se apartaran, odiándolo.

Tal narración oyendo de la Gracia, conmuévase hasta lo más hondo de sí misma la Naturaleza Humana; confundidos, desespéranse el Eco de la Naturaleza Angélica, y la Soberbia, y el Amor Propio; la Naturaleza Humana, es decir Sor Juana Inés, prorrumpe:

*“A tan no vista fineza,
a tan sin igual cariño,
toda el alma se deshace;
todo el pecho, enternecido,
gozosas lágrimas vierte”;*

y unidas la Gracia y la Naturaleza Humana, expresan su propósito supremo y su más ardiente voto:

*“Veneremos tan gran sacramento,
y al nuevo misterio cedan los antiguos,
supliendo, de la fe los afectos,
todos los defectos que hay en los sentidos”.*

La complejidad misma del Auto Sacramental del Divino Narciso, que compendia, y en algún modo sublima, en un breve espacio, la sustancia de la fe católica, a la vez encubriéndola bajo el velo de sus escénicas figuras, hace pensar a la primera lectura, en que una especie de incoherencia lírica está a punto, a cada instante, de arrebatarse en su poema, el espíritu de Sor Juana. Por eso mismo, sin embargo, tanto como en otras de las más hondas y más bellas

composiciones suyas, en esta se oyen a menudo los latidos de su corazón, enamorado de Dios.

• • •

Autos sacramentales, los tres — San Hermenegildo, el Centro de José y el Divino Narciso, — lo son porque los tres tienen por objeto ensalzar el sacramento de la Eucaristía; pero se distinguen de cuantos autos sacramentales se han escrito en los demás países del mundo, porque estos son, por la manera con que tratan su argumento, por varios de los personajes que en ellos intervienen, y por el propósito de su inspiración misma, mexicanos: los tres han contribuido, en efecto, a forjar el alma de cuantos en ellos encontraron el verbo de sus más altos sentimientos, como alma a la par católica y mexicana. Los tres contribuyeron, por otra parte, para forjar también, la de la raza que al cabo vendría, la indoespañola, en la que Sor Juana soñaba sin duda, cuando imaginaba, como lo imaginó en el Divino Narciso, que, como su poema, el alma de la gran raza hispánica e indígena, habría de dilatarse cada vez más, al través del Atlántico.

Los tres autos sacramentales, en fin, pero más aún el Divino Narciso, manifiestan ese rasgo peculiar de la visión poética que en Sor Juana Inés es tan sugestivo e intenso, y que consiste en que cada ser, cada perspectiva, cada incidente, tienen varios sentidos, que se complementan y se prolongan unos por otros: el Divino Narciso es un pastor, para quien sólo lo ve sin entenderlo: es Jesucristo, para el que llega al significado místico de su ser; el Hijo del Padre; el Amante de todos los Hombres; que sabe amar de veras, no por obtener alguna ventaja para él mismo, sino por levantar al caído; llevar sobre los hombros a la oveja perdida; limpiar las llagas y sublimar las almas; el más perfecto de los seres, que va a los imperfectos para intentar que, amándolo, se le asemejen, aun cuando esto no se propongan ellos, sino sólo amarlos, y que por eso mismo, lleguen a ser perfectos; es el que muere de dolor, al ver que no todos quieren renunciar a su fealdad espiritual, ni pretenden asemejarse a El; — sin comprender que así alcanzarían la perfección; — es Aquel en quien se funden y se compenentran todos los múltiples y más altos sentidos de la existencia; en cada acto suyo, en cada palabra suya; que un sentido ma-

terial tienen, y tienen otros, inmateriales, espirituales, trascendentes. No de otro modo un diamante lanza destellos y visos, que ora parecen cárdenos, ora opalinos, ora esmeraltados; ya azules, ya blancos; siempre deslumbrantes; a la derecha, a la izquierda; arriba, abajo; en todas direcciones.

Este don de ver, en un solo acto, en un solo personaje, dos, tres, más, que se funden, y aparentemente se contradicen, y a pesar de esto se complementan y se armonizan; y saber decirlo a quienes lo entiendan, constituye el don mismo de ver a la vez, y de expresar a la vez, lo natural y lo sobrenatural; lo presente y lo ausente; es el don más alto de la verdadera poesía, que es la comunicación con el más allá y la expresión del más allá.

XXII. — Los primeros villancicos

Las composiciones que Sor Juana escribió para que fueran cantadas, recitadas y representadas por el pueblo en las iglesias, los *villancicos*, son particularmente interesantes porque en ellas el alma de Sor Juana va al pueblo, se confunde con él, y se transforma en su verbo.

Al ir a él y fundirse en él, se hace cargo ella de que el pueblo tiene cien lenguas y mil aspectos; que es cosmopolita, abigarrado y múltiple; que son varios sus estilos y multiformes sus rasgos; pero que unos mismos sentimientos, diversamente matizados, y que envuelven a pesar de todo sentimientos contrarios, al cabo lo hacen *uno*, le dan unidad y cohesión: por eso en sus villancicos hace Sor Juana versos en portugués, para que sea un portugués el que los diga; y versos en latín, para que en ellos hablen gentes de la Universidad; y versos en azteca, o en una jerga mezclada de azteca y castellano, para que los indios concurren también a la expresión de los sentimientos y del alma mexicana, única y múltiple, matizada y rica; e imita el deajo, la algarabía, las incoherencias de los negros, que chapurrean un castellano infantil y bárbaro, para que también ellos, más numerosos que ahora en México, y los mulatos y los zambos, y todos, asistan a la que es juntamente fiesta popular y divina, la de los villancicos, la más genuina y típica manifestación democrática, en la que no importa que el pueblo nuestro, pensaba ella sin duda, el pueblo mexicano, mezclado de tantos pueblos, tenga tantos acentos y tantas lenguas cuantos pueblos se confunden en él, porque de todas ellas y con todas sus almas, concertándolas, se hace al fin una sólo alma.

Los villancicos de Sor Juana, cantados y representados lo mismo en la remota Catedral de Antequera, en Oaxaca, que en las de Puebla y México, o en otras principalísimas iglesias de la Nueva España, fueron formadores del alma

nacional, porque hicieron pasar una misma palpitación, jovial, entusiasta, afectuosa y ardiente, por los corazones de los mexicanos, al través del país, juntando en esa sola palpitación a las clases sociales todas, a todas las razas y todas las preocupaciones. Su inspiración es animosa y variada, como el pueblo del que se consideraba expresión; jovial y confiada, como ese mismo pueblo; por eso al hablar de los personajes y de los incidentes de la historia religiosa, todo se vuelve, en los villancicos, donaire y gracia, a la par que confianza, alegría y viva espontaneidad, aunque asomen, a las veces, vislumbres de nuevas y aun no concertadas ni satisfechas aspiraciones.

1) EN HONOR DE S. PEDRO. LA JUSTICIA VERDADERA. EL ARREPENTIMIENTO. LA CONMISERACION.

Sor Juana se daba buena cuenta de que el pueblo, anónimo y poderoso como el mar, puede sentirse viviendo en el plano mismo en el que estén los Santos, y hablar de ellos con desgarro y fuerza llenos de llaneza y simpatía, en los que sólo el amor hondo del pueblo por los santos, y el hecho de que es el pueblo el que habla, es lo que temple lo que, sin eso, fuera falta de respeto; y por haber entendido bien cuáles son las prerrogativas del alma del pueblo, y haberse hecho ella, para sí misma, un alma del pueblo, es por lo que tan singular es la importancia psíquica y social de los villancicos de Sor Juana.

Por eso en los "*Villancicos al glorioso San Pedro*" — en los que jocundamente se revuelven recuerdos de enseñanzas de gramática, aritmética, lógica y latín elementales, con otros de historia santa, y con agudezas de colegiales de alma sana y alegre, — a la par reconociendo en San Pedro a aquel sobre cuya fe se edificó la Iglesia, y al que lleva la cuenta de los actos de los hombres y tiene las llaves del Cielo — al que

".....con los pobres
usa de clemencia,
y con confesarla,
perdona la deuda";

*...“alguna vez,
con inadvertencia,
negó una partida,
por yerro de cuenta”*

cuando negó a su Maestro,

*“mas luego, saldando
de su fe la quiebra,
lo que faltó en oro,
satisfizo en perlas”,*

en las perlas de su llanto y de su arrepentimiento — le dice en un ruego:

*“Contador divino,
cuenta, cuenta, cuenta,
y de tu libro borra
las deudas nuestras;
y pues tienes en contar,
destreza tan singular,
que multiplicas, sumas,
partes y restas,
multiplica las gracias
y parte las penas”;*

y recordando la vida de San Pedro, reviviéndola con entusiasmo, y mirándolo como si estuviera aún en la Tierra, eternizados sus actos, habla de él con entusiastas juramentos, diciendo:

*“Allá va, ¡Cuerpo de Cristo!
de esgrima el mejor maestro;
que amilanó a los Carranzas;
que arrinconó a los Pachecos;”...
“el que riñendo y negando,
ya con valor, ya con miedo,
uso del tajo, con Malco,
y el revés, con su Maestro,”*

para agregar en otros villancicos, puestas sus palabras en distintos labios, pero refiriéndose siempre a él, en entusiasta homenaje de admiración:

*“Examinar de prelado
a Pedro, Jesús procura,
para que el mérito ostente,
antes que a la Silla suba”,*

poniéndolo así a prueba, como a prueba deben ponerse, antes de que a mandar lleguen, quienes, por fin, gobernantes sean:

*“Si saben quien dicen que es,
es la primera pregunta;
que es, para juzgar, prudencia
saber lo que todos juzgan;
lo segundo, su sentir,
para que por él se induzca
si hacer dictamen es dable
entre tantas conjeturas.*

*De estos puntos sabe bien;
pero, porque no presuma
que el acierto de uno es
regla que a todos se ajusta,
le permite que le niegue,
para que más se confunda;
que para una perfección
le examina en una culpa.*

*Llora, y vuélvele a su gracia,
para que, en ambas fortunas,
ni pecador, desconfíe,
ni, santo, de sí presuma.”*

Comenta después, con voz diversa, la negación y el arrepentimiento de San Pedro y dice:

*“Sólo entre todos, negó
a su Maestro sagrado;
mas de manera lloró,
que, con su llanto bañado,
más limpio que antes quedó.”*

E imagina que luego otra alma, confundida con él, con la más dulce ternura le diga:

*“Pastor que has perdido
al que tu pecho adora,
llora, llora,
y deja, dolorido,
en lágrimas deshecho
el rostro, el corazón, el alma, el pecho.
Si el arrepentimiento
tu corazón oprime,
gime, gime;
lastimen tu lamento
y doloroso anhelo,
a la tierra, a la mar, al aire, al Cielo.*

*Si de suerte mejoras,
las lágrimas te valgan;
salgan, salgan
todas las que atesoras;
aneguen sus pesares;*

cual si fueran

*“ríos, arroyos, fuentes, mares;
y pues tu pena rara,
lágrimas sólo borran,
corran,
y dejen en tu cara,
en todas tus facciones,
señales, rayas, surcos, impresiones;
y si a dar tiernas voces
el Mal te necesita,
grita, grita;
y tus penas atroces
oigan, y tus querellas,
los luceros, el Sol, Luna y estrellas.*

*El curso ya empezado,
tus lágrimas no acaben;
laven, laven
la mancha del pecado,
hasta que estés glorioso,
limpio, resplandeciente, puro, hermoso.*

*Llora, llora, mi Pedro,
que a questo llanto,
más que diez mil tesoros
es estimado”.*

Como en sus villancicos Sor Juana es siempre el pueblo, hace que otra voz diferente, animada por emoción distinta, a San Pedro también se dirija, imaginando la hora en que, a punto de dejar el pequeño mar de Galilea, donde sólo pescaba peces comunes, va a lanzarse al mar del mundo, en el que pescará almas, y le diga:

*“Pescador amante
que, por tu Maestro
dejando tus redes,
dejas tu sustento”,
“tú, que a questo horrible
monstruo verdinegro,
con una barquilla
le pisas el cuello,
espera; aun no vayas;*

*no dejes, tan presto,
a los peces, libres;
al mar con sosiego;...
pero si mejoras
la suerte, midiendo
el seno anchuroso
de mar más inmenso,
¡bien haces! ¡Acude
a mayor empeño!
y tu pesca sea
¡todo el universo!"*

Oyendo lo cual, entusiasmado el pueblo, en un estribillo, colectivo sin duda, canta:

*"¡Barquero, barquero,
que te lleven las aguas, los remos!"*

Otra voz, sin embargo, reflexiva, hace Sor Juana que se escuche. Imagina a San Pedro llorando todavía su culpa y dice:

*"Desatado en raudales el pecho,
en fuentes perennes vierte el corazón;"...
... "anega con llanto lo que antes negó.
Ya no fia el dolor a la lengua,
porque teme que ella cometa traición,
y encubriendo las penas del pecho,
mudando las voces, trueque la intención.
Por perjura, a perpetuo silencio
la boca condena, que se perjuró,
y mejores testigos, los ojos
desmienten y lavan a un tiempo su error;
finas perlas le bordan el pecho,"*

las perlas de sus lágrimas,

*"quedando más rico con la contrición;
cada pena le alcanza una gloria,
cada lágrima impetra un perdón.
Providencia divina permite,
altamente sabia, que yerre el Pastor,
porque estudie en el propio delito
lecciones de ajena conmiseración."*

¿Dijéronse nunca, con delicadeza más grande, las excelencias del arrepentimiento? ¿Púsose jamás, con claridad mayor, en visible evidencia, la verdad profunda de que sólo es buen juez el que sabe ponerse en lugar del culpado, en-

tendiendo su culpa, su desfallecimiento, su humana debilidad?

¿Volvióse alguna vez más palmario que sólo es justicia verdadera la que con la piedad y la conmiseración se temple, porque la piedad y la conmiseración computan lo que la justicia sola no acierta a computar: los ocultos tesoros de la buena intención vencida y débil, pero que no por vencida ni por débil, es menos verdadera, y que importa tener en cuenta para llegar a la más pura justicia?

2) EN HONOR DE LA VIRGEN MARIA,
PATRONA DE LA PAZ Y DE LA
JUSTICIA IGUAL; DEFENSORA DEL
BIEN.

De igual modo — y siempre porque en sus villancicos Sor Juana es el pueblo, — en los que se cantaron en honor de la Virgen en la Catedral de México en 1685, imaginando que a ellos concurre y que con ellos habla el pueblo todo, canta Sor Juana Inés a María, entrelazando en sus efusiones líricas recuerdos de la letanía latina, alegorías de flores y de estrellas que compiten para ponderar las bellezas de la Virgen; remembranzas de tropa que esas mismas bellezas pondera; diálogos de escolares candorosos, versos en latín, voces de vizcainos y de desmemoriados fieles que olvidan lo que tienen que decir, pero que no olvidan su piadoso júbilo; en tanto que en los que, también en la propia catedral, se cantaron en honor de la Asunción de María en 1679, el pueblo, en un estribillo gozoso, prorrumpe haciendo de la Virgen, la Aurora:

*“Sonoro clarín del viento,
resuene tu dulce acento;
toca, toca:
Angeles convoca,
y, en mil serafines,
mil dulces clarines
que, haciéndole salva,
con dulces cadencias saluden
al Alba!”*

Un romance alegre, una jácara, describe luego a la Virgen misma, y su ascensión — no su asunción — a los Cielos, arrasada su fantasía por una verdadera catarata de deslumbrantes tropos, juntos acaso dos y encontrados, en los que

Sor Juana revuelve recuerdos de la mitología, y de la historia y la leyenda profanas, haciendo tal derroche de donaire y de arrebatadas hipérboles, que llega sin cesar a lo Infinito; pequeño todo para la Virgen, de la que dice que es

*“la que por vestirse, al Sol,
—luciente Sardanapalo,—”*

— que sin consumirse arde perpetuamente, —

*“en la rueca de sus luces
le hace hilar sus mismos rayos;
la que, si acaso se arrisca
la Diana de los campos
a competirle en belleza,
la meterá en un zapato;
para quien son los reflejos
de los más brillantes astros,
cintillas de resplandor
con que teje su tocado;
la que a todo el firmamento,
con su luciente aparato,
no le estima en lo que pisa,
porque ella pisa más alto;
la que, si compone el pelo,
la que, si se prende el manto,
no tiene para alfileres,
en todo el Cielo estrellado;
para quien las hermosuras
que más el mundo ha estimado,
no sólo han sido dibujos,
pero ni llegan a rasgos;
el término de lo lindo;
el cómo, de lo bizarro;
el hasta aquí, de belleza,
y el más allá, de milagro.
¡No es nada! De sus mejillas
están, de miedo temblando,
tamañitos, los abriles;
descoloridos, los mayos.”*
”Los ojos, ¡ahí quiero verte!
solecito arrebolado;
por la menor de sus luces
dieras caballos y carro.
Pues a la boca, no hay simil
que venga, con quince palmos;
que es un pobrete, el oriente,
y el occidente, un menguado.
Que más quisiera el jazmín
que andarse, paso entre paso,
apropiándose en su rostro,

*entre lo rojo, lo blanco.
De las demás perfecciones
al inmenso mare mágnum
ciñalo la admiración,
si hay ceñidor para tanto!
Este pues, terror hermoso,
este valeroso pasmo,
este refulgente asombro,
y este luminoso espanto,
lo que hay de la Tierra al Cielo.
con espíritu alentado,
por ser poco para un vuelo,
quiere medir, con un salto.
¡Entra, Bendita de Dios,
en el celestial palacio;
— que entrar y salir, es cosa
en que yo ni entro ni salgo”. —*

— Ni entraba ella, en efecto, ni salía; — sabíalo bien: — ¡por toda la vida en su convento! —

*“Otro pinte, cómo rompe
los celestiales tejados;
que yo, solamente puedo
hablar de tejas abajo”.*

Habla de la Virgen, empero, aun de más allá; que sin salir materialmente de su convento, de él a todas partes iba su alma; habla de la Virgen, ya en el Cielo, y dice que

*“a alumbrar la misma luz,
a alegrar la misma gloria,
a enriquecer las riquezas,
y a coronar las coronas;
a hacer Cielo al mismo Cielo,
a hacer la beldad, hermosa;
a ennoblecer la nobleza,
y a honrar a las mismas honras,
sube, la que es de los Cielos
honra, riqueza, corona,
luz, hermosura y nobleza,
Cielo, perfección y gloria!”*

Y cuando así la pinta, cuando parecía que en su propio entusiasmo desaparecía de su pensamiento el pueblo, el pueblo no desaparece, que confundido con él, y de él destacándose, entra a la fiesta en honor de la Virgen, como lo dice la narradora que, en los villancicos de Sor Juana, de súbito, anónima, expresión del pueblo mismo, se presenta,

y que, con jovial alborozo, y con un si es, un no es, de esa ironía rápida que forma el fondo del carácter mexicano, y que tan fácilmente degenera en injurias y en arrogante petulancia en la juventud irreflexiva y arrebatada — pero que en Sor Juana no pasa jamás de los límites de la donosa jovialidad, — donosamente cuenta que

*“...a la voz del sacristán,
en la iglesia se colaron
dos princesas de Guinea.
con bultos azabachados;
y mirando tanta fiesta,
por ayudarla cantando,
soltando los cestos, dieron
albricias a los muchachos”*,

en la más desbaratada y suelta jerigonza, con el arrebatado con que se entregarían al juego más feliz y regocijado.

Del amor de Sor Juana a la Virgen María, del entusiasmo que le inspiraba, otras numerosísimas pruebas quedan, otros villancicos también, los que, celebrando asimismo su Asunción, se cantaron en la Catedral de México en 1687; en los que aquel áureo estribillo que la Asunción describe — tal como pudiera imaginarse vista por pastores que contemplaran a la Virgen cuando del monte subiendo fuera al Cielo, — llama a los aldeanos, diciéndoles:

*“¡Al monte, al monte, a la cumbre
corred, volad, zagales,
que se nos va María, por los aires!
¡Corred, corred, volad aprisa, aprisa,
que nos lleva, robadas, las almas y las vidas!
Y llevando en sí misma nuestra riqueza
nos deja sin tesoros el aldea”*.

Síguela el pueblo; mírala ascender por el espacio — el pueblo humilde y lleno de ternura que Sor Juana tiene en el alma; el pueblo de negros y zambos que ahora, a dos siglos y medio de distancia de Sor Juana, ha desaparecido, fundiéndose en el pueblo indio, pero que entonces, esclavo en los obrajes y en los campos, vivía una vida de trabajo y de pena, de dolientes cantos y de enternecimientos; y el pueblo — piensa Sor Juana, — al ver la milagrosa Asunción de María, llora, canta y ríe, todo a un tiempo.

En su lengua de pueblo que está empezando la vida, de pueblo niño, que como pueblo niño no sabe hablar, dia-

logan dos negros que, por su propia desventura, se sienten — raza infeliz, — débiles como si mujeres fueran, y que hablando truecan, para hablar de ellos mismos, las terminaciones masculinas en terminaciones femeninas, y multiplican indefinidamente los diminutivos, sin fuerzas aparentemente para dar a nada proporciones mayores, pero que, a pesar de todo, razonan sobre las diferencias de color de la piel, y sienten que la más admirable de las criaturas, la de alma de bondad y de ternura, la Virgen, junto a la que las españolas mismas “se quedan negras”, iguala a todas las razas, ya que todas ante ella, ante su infinita hermosura, como negras, son confundidas todas en una raza única, oscura y pobre.

Los dos negros dialogan: un Perico, un *Pilico*, y un Blasico, un *Flacico*, y en sus palabras, entrecortadas, musicales y disparatadas, Sor Juana supo poner una rara armonía imitativa de sollozos y de lágrimas: *Flacico*, Blasico, dice a Perico, a *Pilico*, llorando:

“¡Cantemo, *Pilico*,
que se va las Reinal
y dálemu turo
una Noche Buena!”

Cantemos, Perico — que se va la Reina, — y démosle toda — una Noche Buena! a lo cual Perico, llorando, contesta:

“*Migole yolale*,
Flacico, de pena
que nos deva ascusa
a turo as negla”.

Mejor es llorar, Blasito, de pena; — mejor en efecto, para el alma en pena, — que a todos los negros, — a oscuras nos deja!

Blasito insiste, sin embargo, porque en él el llanto se convierte en canto; — alquimia misteriosa de las almas y quizás de cuanto existe: de la sombra a la luz, y del mal al Bien; — que en lugar se pone de la Virgen misma, y en el gozo de ella se acaba su pena:

“*Si la Cielo va*
y Dioso la lleva,
¿pala qué yolaá...
si eya sa contenta?”

Si al Cielo se va — y Dios se la lleva — ¿para qué llorar, si ella está contenta?

*“Sará muy galana
vitita de tela,
mirando la Sole,
pisando lastreya!”...*

estará muy galana, vestidita de seda; mirando los soles; pisando las estrellas.

Perico, de alma menos salida de sí propia, y más abrumada de tristeza que la de Blasico, dulce y desconsoladamente replica:

*“¡Déjame yolá,
Flacico, por eval
que se va, y nosotlo
la Oblaje nos deja”.*

¡Déjame llorar, Blasico, por ella! que ella se va, nuestro sólo consuelo; se va, y a nosotros, sólo el Obraje, el cruel obraje, con los rudos talleres nos deja.

Blasico, animoso, no se da a la pena; en la Iglesia piensa que la Virgen bella se ha de ver por siempre mirando su Iglesia, y es la gloria de ella, tanta y tan excelsa, que se igualan todos, al fin, bajo ella:

*“¡Cayá, que sa siempre
mirano la Iglesia!
¡Mila la Pañola,
que se quela plieta!”*

¡Calla! que está siempre mirando la Iglesia; mira a las españolas que se quedan prietas!

Y viéndola entonces también su cuitado amigo, viéndola, suspensa en su gloria, convencido al cabo, en cantar a la Virgen conviene:

*“— Bien dici, Flacico,
tuta sá suspensa;
si tu quiele, demu
una cantaleta”.*

Bien dices, Blasico, toda está suspensa; — si tú quieres, démosle, con el cuerpo todo, y con toda el alma, una cantile-

na; con lo cual su amigo entusiasta, mirando a la Virgen que a los dos los mira, con ternura y con arrebató, prorrumpé:

*“¡Noble de mi Dios,
que sá cosa buena!
¡Aóla, Pilico,
que nos mila atenta”.*

¡Noble de mi Dios, que sabe cosa buena. ¡Ahora, Perico, que nos mira atenta!

Más rápidamente convencidos los indios, de que la Asunción de la Virgen motivo es de gozo y no de pena; más rápidamente que los negros — porque Sor Juana imaginó siempre a los indios con impulso más fuerte y más intensa vida que a los negros, — como también imaginó a los mestizos, llenos de bravura y de empuje, —

*“los mexicanos, alegres,
también, a su usanza, salen”.*

¿Cómo podrían faltar los mexicanos todos en el alma de Sor Juana? Salen como ella los reconoce, como para ella son, no sólo animosos, sino leales y llenos de ternura, hablando su dulce lengua, en la que ella se complace en poner sus versos:

*“Los mexicanos, alegres,
también, a su usanza, salen,
que en quien campa la lealtad,
bien es que el aplauso campe,
Y con las cláusulas tiernas
del mexicano lenguaje,
en un tocotín sonoro,
dicen, con voces suaves”.*

dicen versos en lengua nahoa. Dícelos Sor Juana Inés, que también así forjaba el alma de México, y que en ella ponía las virtudes que en los mexicanos todos quería que florecieran: la lealtad y la ternura. Y cuando todos a la Virgen se dirigen ensalzándola como Reina, hace que los mexicanos, todos juntos, la imploren:

*“Vos, habéis de mantenernos
en paz y justicia igual;”*

¡qué admirable epíteto! *igual*, para la paz, y para la justicia!

*“y del contrario infernal,
con aliento, defendernos”.*

Esto es lo que a todos pide Sor Juana: que todos pidan iguales todos, bajo lo Infinito; esto lo que pide: no bienes temporales, ni salud siquiera; sino “mantenernos en paz y justicia *igual*”; y “defendernos con aliento”; defendernos esforzadamente, contra el Mal.

3) EN HONOR DE SAN PEDRO NOLASCO, LIBERTADOR DE CAUTIVOS. MEXICO. LA LIBERTAD DE LOS NEGROS.

El aspecto socializante del pensamiento de Sor Juana, en sus villancicos, es, a las veces, más que nacional; es católico en el sentido de universal; junta todo lo que a la Iglesia Católica ha reunido salvando fronteras y armonizando y fundiendo almas: en los villancicos de San Pedro Nolasco, celebra, con un espíritu que hoy quizás llamaríamos internacionalista:

*“de Pedro el triunfo feliz,
que unió la francesa lis,
a las barras de Aragón”;*

pero, a la vez, conserva esa especie de visión desde lo alto, que ella tiene, y que le permite abrazar vastos panoramas psíquicos y sociales, y benévolamente ser superior a todo, como el pueblo mismo lo es, con relación a los individuos y aun a las naciones. Esto la hace ascender, de repente, a lirismos de alto vuelo, aunque de fácil forma, y otras, sonreír, o reír, siempre con sana risa, que ni lastima ni hiere. En los mismos villancicos estimula, como un ave que guiara a los hombres, desde las alturas del aire:

*“¡Aguija, aguija, caminantel ¡Aprisa,
que es corto el tiempo y larga la carrera;
aguija; corre, corre; alija la carga,
que el sol se pone y la carrera es larga!”*

y a Pedro Nolasco describe:

*“Nolasco, aquel caminante
que en la carrera del siglo,
supo caminar al Cielo,
sin dilatar el camino;
el que, por ir más ligero,
sin la carga de los vicios,
no sólo de bienes, pero
se descargó de sí mismo,
dejó su patria y riquezas;
dejó su noble apellido,
y si el ser, dejar pudiera,
pienso, que no hubiera sido.
Camina por un atajo,
que aunque es trabajo seguirlo,
mas quiere atajos con riesgo,
que rodeos sin peligro.
Sobre sus obras camina,
que, con celestial destino,
son las más veloces postas
para llegar al Empíreo.
La fatiga del viaje
le hace dulce el ejercicio;
que no siente andar, quien tiene
el pie siempre en el estribo”.*

De viaje va, Nolasco, en busca siempre, de infelices cautivos, por libertarlos; y Sor Juana dice que, eterno peregrino, lleva siempre en el pecho, para sustento, “el viático escondido”; mas luego el humor con que de Nolasco habla, de grave y serio, tórnase juguetón y alegre, y hasta llega a decir en la iglesia, en la fiesta misma del Santo, como lo diría un pajarito sabio y alegre, amante, curioso y burlón, encaramado en una cornisa, y que, al través de un vidrio roto se hubiese entrado para volar luego a sus palacios del cielo:

*“Escuchen a mi musa,
que está de gorja,
y se quiere este rato
mostrar burlona;
no pierdan esta ocasión
porque será compasión
si me dejan de escuchar:
¡Andar! Andar!
Vaya Satanás a redro,
que pues mis victorias medro
y ninguno se me enoja,
¡diré lo que se me antoja,
porque se me antoja, Pedro!
De Pedro he de discurrir*

*los milagros esta vez,
y el mayor milagro es
que yo los quiera decir.*

*Cuéntanos, que a luz salió
para acabar nuestras penas,
el día de las cadenas,
porque a quitarlas nació”.*
...“*De la pobreza tal sed
tuvo, con tal eficacia,
que siempre vivió de gracia,
y se enterró de merced.”*

*“Nolasco, digo, el valiente,
el de la vida penosa;
quebrantador de prisiones;
despoblador de mazmorras;
aquel valiente francés,
asombro de Barcelona,
que hizo temblar sus montañas
mas que el bravo Serralonga;
bandolero que, en poblado,
robando las almas todas,
a cenar con Jesucristo
despachó muchas personas;
el que desnudando a todos
con una maña famosa,”*

de sus vicios, de sus pecados, de sus imperfecciones, y tornándolos a todos, de malos en buenos,

*“dejó la nobleza y plebe
a pedir misericordia”,*

arrepentidos todos ya de su faltas y en camino del Cielo:

*“el que, sin tener caudal,
todos los bienes le sobran;”*
*“el que alistó en sus banderas
tanta inmensidad de tropas,
que, haciéndole fuerza al Cielo,
le arrebataron la gloria;
el que, por librar amigos,
con condición generosa,
trujo la vida vendida,
sin más ayuda de costa.”*
*“El que con todo su brío
sufrió lo que nadie ignora;”...*
*“mas como los de su trato
nunca de otros fines gozan,
después de tantas andanzas,
murió, pidiendo limosna.”*
...“*Los enfermos visitaba,*

*con santo desinterés,
y su remedio buscaba;
que como era buen francés,
del mal francés los curaba.*

*En él, de Pedro y su fe
todas las señales hallo,
y hasta el gallo en él se vé,
porque si el otro lo tuvo,
éste, de nación lo fué.”*

El pajarito que burlona, sabia y amorosamente canta en la cornisa de la iglesia, a la vista de la ventana, al través de la que, por el vidrio roto, se entró volando, es un pajarito maestro que enseña al pueblo lo que el pueblo no sabe; pero la voz anónima de la narradora se escucha después, que cuenta cómo, en los festejos de San Pedro Nolasco,

*“Un negro que entró en la iglesia,
de su grandeza admirado,
por regocijar la fiesta,
cantó al son de un calabazo;*

un pobre negro, traído de la tierra donde tantos negros ha habido, de Puerto Rico; un negro venido de donde su amigo, Pilico, quedó aún, como él mismo sin duda; como esclavo; pero separados ahora, quizás para siempre.

*“¡Tumba, la, la, la! ¡Tumba, le, le, le!
que donde ya Pilico escraba,...
no quedé;
¡Tumba, tumba, la, le, le! ¡Tumba, la, la, la!
que donde ya Pilico esclava,... no quedé!*

Lamento como este, tembloroso, musical y doliente, encamina al negro a decir, en su pobre y despedazada lengua, tan despedazada como su alma:

*“¡Oy dici que en las Melcede
estos Parre Mercenariq
hace una fiessa a su Padle;
¿Qué fiessa? ¡Como su cala!”*

Hoy dicen que en las Mercedes — estos padres mercedarios — hacen una fiesta a su padre; — ¿qué fiesta? ¡Como su cara!

*“¡Eia dici que redimi!
¡Cosa palece encantada!*

*porque yo la obraje vivo!
¡y las Parre no mi saca!”*

Ellos dicen que redimen... ¡Cosa parece encantada! — que yo en el Obraje, vivo; y los padres no me sacan!... En el obraje, en el cruel obraje, donde tantos esclavos murieron, maltratados, azotados, oprimidos!

“La otra noche, con mi conga,”

con mi pobre mujer, congoleña, como yo mismo — que a los dos nos trajeron cautivos del Congo, a Puerto Rico; de Puerto Rico a la Nueva España, —

*“turo sin durmi pensaba,
que no quiele gente prieta;
como eya só gente branca!”*

todo, sin dormir, pensaba, que los que libertan esclavos no quieren libertar a la gente prieta,... y que es natural que no quieran a la gente prieta,... ya que los que libertan son gente blanca!

*“Sóla saca la Pañola;
¡pues Dióso! ¡Mila la tlampa!
que aunque negla, gente somo;
aunque nos dici ¡cabaya!”*

¡sólo sacan a la gente española! ¡Gran Dios! ¡mira la trampa! que aunque negros, gente somos! aunque nos llamen ¡caballos!

¡Pensar, sentir y decir tanto Sor Juana! Atreverse a dar un verbo en aquel siglo a las dolorosas y justificadas quejas de los negros esclavos! Un verbo en el que palpita la indignación por la injusticia, y la rebelión misma, como una imprecaación; que ya estalla, aun cuando apenas se la articule; que ya sube al Cielo, puesto que dentro de la Iglesia misma se la profiere! Mejor que en frases completas, en entrecortadas interjecciones!...

Verdad es que Sor Juana pone aún en la boca del desventurado negro, otras palabras, con las que éste se corrige, exclamando:

*“Mas ¿qué digo? ¡Dioso mío!
Los demoños que me engaña,
pala que essé mulmulando
a essa Redentola Casa.”*

mas ¿qué digo? ¡Dios mío!— Los demonios que me engañan,— para que esté murmurando de esta Casa de Redención!

*“El santo me lo perrone!
que só una malo hablala
que aunque padezca la cuepo
en ese, libla las almas.”*

¡El santo me lo perdona,— que soy un mal hablado, que aunque padezcan los cuerpos, en ellos se libran las almas!...

Este era entonces el consuelo, el único consuelo que los Padres podían dar a los míseros negros; pero ya había expresado Sor Juana la dolorosa verdad, como los negros mismos la sentían y la vivían; la verdad doliente de la que morían, y aunque hiciera patente luego el estado final de los negros mismos, que los sometía, en una abnegación conmovedora, a una resignación desesperada, en la que sólo más allá de esta vida se libertaban sus cuerpos, ya había expuesto su situación; ya, como ella misma lo dice al principio de sus villancicos en honor de San Pedro Nolasco, donde declara:

*“De Pedro he de discurrir
los milagros esta vez,
y el mayor milagro es
que yo los quiera decir,”*

y donde resueltamente exclama:

*“diré lo que se me antoja,
porque se me antoja, Pedro,”*

había dicho cuanto quería decir, sin que, por otra parte, se apartara un punto de la Iglesia, y sin que cargo ninguno pudiera formularse en su contra. Ya lo había dicho todo, y en lo que había dicho hay todo un evangelio de ternura, de amor y de libertad. La última voz que en él resuena, es la del calabazo del negro que, temblorosamente, al través de los siglos, solloza aún: “Tumba la, la, la; tumba le, le, le”;... como un sollozo ciertamente, que se escapara de una tumba.

...La perspectiva cambia luego:

*“Siquióse un estudiantón,
de bachiller, afectado,
que escogiera antes ser mudo
que hablar en castellano;
y allí, brotando latín,
y, de docto, reventando,
a un barbado que encontró
disparó” sus “latinajos”.*

Con lo cual, burlona, satírica, ahora dulcemente revolucionaria — no como, tratándose del negro, dolorosa y trágicamente justiciera, amorosa, — en la voz de Sor Juana su época se refleja toda: con su Universidad, llena de latines, y su pueblo, lleno de lenguas y de lágrimas; muertas varias de esas lenguas, que persisten en vivir; contrahechas otras, desde al nacer; palpitantes todas; todas animadas por igual espíritu, en el que apuntan los relámpagos de las futuras y necesarias reivindicaciones, que una piedad redentora ilumina.

Disputa el estudiantón con el barbado que sus latinajos no entiende, y que en algún modo representa al pueblo nuevo y aun zafio, frente el pueblo de transición, erudito y necio:

*“Púsolos en paz un indio
que, cargando y levantando,
tomaba, con la cabeza,
la medida de los pasos;”*

un indio, un hombre de la raza vieja que pone en paz a los de las razas nuevas; ¿no es admirable que Sor Juana lo haya imaginado así, fiel de la balanza que junta los opuestos platicillos? Un indio — hombre de afán y trabajo, hombre de reflexión y de marcha; de ánimo firme, que se difunde en su ser todo, con sus movimientos, de la cabeza a los pies, en cada uno de sus pasos, —

*“el cual, en una guitarra,
con ecos desentonados,
cantó un tocotín, mestizo
de español y mexicano,”*

inspirado, sin duda, en el mismo sentimiento que ha de juntar al cabo, a las razas antagónicas, y armonizarlas, aunque en ese tocotín cuente el indio que lo entona, cómo un *topil*, un alguacil del Gobernador de su pueblo, mandó pren-

derlo, y cómo él “con un cuáhuatl”, con un árbol, le dió un palo, de resultas del cual no sabe “si murió”.

Sor Juana miraba así, desde su celda, a la patria toda, pero más aún, a los desdichados que en ella sufren y se debaten; a los gobernantes déspotas, que con su despotismo provocan y sobre sí atraen la rebelión del pueblo, a las veces hasta el crimen mismo, hasta el asesinato; al pueblo, ignorante y rudo, que en su púgil arrebató por la libertad, se yergue a veces contra las autoridades todas, y a la muerte misma apela, para vencerlas. Sor Juana miraba así desde su celda — ¡con qué sintética visión, clara y potente! — a las razas oprimidas, cuyas almas se le volvían transparentes; y en las estupendas páginas de sociología viviente y militante que son sus versos, en la deshecha y disparatada lengua de los indios y de los negros, nos las revela, amortecidas por el dolor, e iluminadas por la única luz redentora, la del amor. Visión, la suya, de todas las categorías sociales y de sus antagonismos, que a lo futuro la llevan; visión de *la comedia humana* y de la humana tragedia, objetivas, realistas, científicas; transfiguradas por su idealismo.

4) LA CONMISERACION Y LA MISE- RICORDIA, COMPLEMENTO Y CO- RRECCION DE LA JUSTICIA.

¿No está allí, en tales villancicos como éstos, la patria mexicana toda, no en vía de formación, sino ya formada, unida en un mismo sentimiento, de múltiples acordes, y llevando a la par en su seno sus problemas de libertad y de justicia, que pugnan por encontrar expresión y que ya la balbuten? Varía y alegre, doliente y reivindicadora, reflexiva y profunda también, ya lo dije antes, en los villancicos cantados en la Catedral de México en los maitines de San Pedro, en 1683, cuando Sor Juana razona sobre los yerros de San Pedro, que es como si razonara sobre los de los hombres, y aun sobre los de las autoridades que mandan a los hombres, y extendiera ante todos y para todos, un manto de perdón, para que sobre él todos puedan caminar y seguir adelante su ruta, cumpliendo su jornada.

En conclusión dice, como lo repetiré ahora.

*“Providencia divina permite,
altamente sabia, que yerre el Pastor,
porque estudie en el propio delito
lecciones de ajena conmiseración”,*

y entienda así que no con implacables leyes de violencia se mantiene unidos a los hombres, sino con la inteligencia de que todos erramos, y de que todos debemos tener en cuenta nuestras irremediables y humanas flaquezas, y recíprocamente dispensárnoslas, de buena fe reconociéndolas, para seguir con mejor ánimo adelante. Que si no las reconocemos, y sólo tratamos de arrojar la culpa sobre los demás, obcecados manteniéndonos en nuestra soberbia—la misma Sor Juana lo declara en aquellos versos en que habla de Pilatos, al declarar cómo, con lavarse las manos, sentencia a Jesús, y cree eximirse de toda culpa arrojándola sobre los judíos,—nuestro yerro, por lo contrario, agravamos, porque el agua con la que, como Pilatos, pretendemos lavarnos, no es agua viva, sino— Sor Juana lo declara también con maravilloso epíteto,—*agua muerta*; agua que no puede purificar; agua que no puede vivificar. Con ella parécenos que vamos a firmar la sentencia que condena a otros, y que nosotros quedaremos sin mancha; con ella, por lo contrario, firmamos nosotros nuestra propia sentencia, y a nosotros mismos nos condenamos. Así, prorrumpe Juana Inés:

*“Firma Pilatos la que juzga ajena
sentencia, y es la suya: ¡oh caso fuerte!
¿quién creería, que firmando agua muerta,
el mismo juez, con ella, se condena?”*

Sor Juana va más lejos: tiene sed de verdadera justicia, y piensa en los jueces injustos, cuando en Pilatos piensa, y a todos les advierte cuán errados van en consultar sólo su ambición o su temor:

*“La ambición, de sí tanto enajena,
que, con el vil temor, ciego no advierte
que carga sobre sí la injusta suerte
quien al justo sentencia, a injusta pena.”*

Y a los jueces todos de la Tierra se dirige entonces, y a todos dicta las normas supremas de su conducta:

*“¡Jueces del mundo, tened la mano!
¡Aun no firméis! Mirad si son violencias
las que os pueden mover; de odio inhumano.
¡Examinad primero las conciencias!
¡Mirad! no haga el Juez Recto y Soberano
que en la ajena, firméis vuestras sentencias!*

¡Cuán grande, Sor Juana, conciencia suma, ante las conciencias todas, de todos los hombres!

XXIII. — Paréntesis lírico; sentimientos antagónicos contra los galanteadores

El tono lírico de los villancicos, en el que resuenan tantos y tan cambiantes armónicos, con los que con toda el alma canta — que no puede decirse que hable, — Sor Juana, como a plena garganta un jilguero que incesantemente trajese mensajes de lo Infinito y a lo Infinito fuera, cuán distinto es de aquel con que rechaza las absurdas galanterías que, por sus habilidades de poeta, le dirigían en verso, advenedizos de los que se mofa, mofándose de sí propia, con el más delicado humor y la más alambicada algarabía, — ya reconviniendo a uno de ellos, que se dice peregrino venido a la Nueva España, como lo declara ella:

*“revolviendo las provincias
y trasegando los mares;”
“que para hallarla, de Plinio
un itinerario trae,
y un mandamiento de Apolo,
con las señas de “rara avis”,*

y que la compara con el fabuloso fénix, lo que la lleva a decirle:

*“¿No echas de ver, peregrino,
que el fénix sin semejante,
es de Plinio la mentira,
que de sí misma renace?”*

amén de lo cual, trilladísima está la comparación con que la ensalza,

*“pues nunca falta quien cante:
Daca el fénix, toma el fénix,
en cada esquina de calle,” —*

ya hablando con quienes la leen, y contándoles de qué increíbles requiebros es objeto, que sólo aciertan a irritarla:

*“Lo mejor es que es a mi
a quien quiere encenizarme,
o en enfenizarme,”*

convertirme en fénix,

*“supuesto
que allá uno y otro sale.”*

Imagínala el peregrino, cuenta ella, convertida en ave,

*“para quien las cetrerías
se inventaron tan de balde,
que es un gallina el halcón,
y una mandria el gerifalte;
el azor un avcchucho,
una marimanta el sacre;
un cobarde el tagarote,
y un menguado el gavilane.”*

todos los pájaros de presa, en suma, de que los cazadores se servían para apoderarse de las aves codiciadas,

*“a quien no se le da un bledo
de que se prevenga el guante,
pihuelas y capirote,
con todos los demás trastes,”*

los que los cazadores aprovechaban para sujetar, llevar y lanzar a sus aves de rapiña,

*“que bien mirados, son unos
trampantojos boreales
que inventó la golosina,
para alborotar el aire”,*

y que, raros como ahora nos parecen, más raros son en la pluma de la monja que de ellos con tanta facilidad habla, como si ella misma cazadora fuera, y en brioso corcel cabalgara al galope por las selvas, en el puño el guante, y en los dedos las pihuelas, las correas que sujetan las patas del pájaro bravo cuya cabeza va sepultada bajo el capirote.

Imagínala el peregrino, cuenta ella, convertida en ave,

cuyo pico, cuando apunta en el oriente el sol, engarzan los rubíes de Ceylán, y cuyo plumaje enriza el oro de Ofir:

*“Dice que yo soy la Fénix
que, burlando las edades,
ya se vive, ya se muere,
ya se entierra, ya se nace;
la que hace de cuna y tumba
diptongo tan admirable,
que la mece, renacida,
la que la guardó, cadáver;”...
“la mayorazga del sol,
que, cuando su pompa esparce,
le engarza Zeylán, el pico;
le enriza Ofir, el plumaje;
la que mira, con zafiros;
la que vuela, con diamantes;
la que pica, con rubíes,
y respira suavidades;
la que Atropos y Laquesis
es, de su vital estambre,
pues es la que corta el hilo
y la que vuelve a enhebrarle”.*

Extremadas así las galanterías — piensa ella, las tontearías, — que en verso le dirigen, y que entrañan, ya lo vemos, que junte en ella misma a dos seres distintos, a las dos Parcas de contradictorios atributos, a la que corta el estambre de la vida y a la que lo enhebra, justificase que, burla burlándose, cuente ella que ya va a crearlo; que ya lo cree:

*“El lo dice; y de manera
eficaz lo persuade
que casi estoy por crearlo,
y de afirmarlo por casi.
¡Qué fuera, que fuera yo
y no lo supiera antes!
pues ¿quién duda que es el fénix
el que menos de sí sabe?”...
“Yo no pensaba en tal cosa,
mas si él gusta de graduarme
de fénix, ¿he de echar yo
aquese honor en la calle?”*

por lo cual cede a la tentación de encenizarse ella misma, o de *enfenizarse*, al entrar al fuego de esta metafórica pirotecnia, pensando que ella, al fin, sólo se enceniza, mientras

que otros viven en el fuego, como las fabulosas salamandras, sin quemarse, por lo que pregunta:

*“¿Qué mucho que yo lo admita?
pues nadie puede espantarse
de que haya quien se encenice
cuando hay quien se ensalamandre!”*

que

*“...de esto segundo, vemos
cada día los amantes,
al incendio de unos ojos
consumirse, sin quemarse!”*

Y así se burla no sólo del atrevido caballero que tales comparaciones de ella hace, sino de cuantos dicen por allí galanterías, y que suelen engañar con ellas a niñas inocentes. Y para burlarse mejor es para lo que simula irónicamente que las acepta:

*“Quizá por eso nacl
donde los rayos solares
me mirasen de hito en hito;
no bizcos, como a otras partes.”*

Dijole él en sus versos que sólo de ella misma ella dependía, y de eso también se burla:

*“Lo que me ha dado más gusto
es ver que, de aquí adelante,
tengo solamente yo
de ser todo mi linaje.
¿Hay cosa como saber
que ya dependo de nadie;
que he de morirme y vivirme
cuando a mí se me antojare”;
“que yo soy toda mi especie
y que a nadie he de inclinarme”;
“que al médico no he de ver
hacer juicio de mi achaque,
pagándome el que me cure,
tanto como el que me mate;
que mi tintero es la hoguera
donde tengo que quemarme”;
“que las plumas con que escribo
son las que al viento se baten,
no menos para vivirme
que para resucitarme;*

*que no he de hacer testamento
ni cansarme en ítem mases
ni inventario, pues yo misma
he de volver a heredarme?"*

Hasta que, llevada al fin, por una especie de urgente necesidad justiciera de dar una lección por la que corregir pueda los vicios de la sociedad, en la que decir a las mujeres tales dislates se consiente y se aplaude, increpa a cuantos neciamente embaucan a las que por su insulsez se dejan embaucar, y les dice:

*"¿Cómo? ¿Eso se querían:
tener al fénix de balde?
¿Para qué tengo yo pico
si no es para despícarme?
¿Qué dieran los saltimbancos
a poder, por agarrarme
y llevarme como monstruo
por esos andurriales
de Italia y Francia, que son
amigas de novedades,
—y que pagaran por ver
la Cabeza del Gigante,—
diciendo:— Quien ver al fénix
quisiere, dos cuartos pague;
que lo muestra Maese Pedro,
en la posada de Jaques.
¡Aqueso no! No os veréis
con este fénix, bergantes;
que por eso está encerrado
debajo de treinta llaves!"*

¿Ha rechazado nadie mejor que Sor Juana la imbécil adulación? ¿Ha rehuido nadie, más enérgicamente que ella, la notoriedad? Que se concitase el mohín que con estos versos ha de haberse concitado... ¡Bien! quizás ni se lo concitaría; que vistió su mofa con las galas de su ingenio; pero así y todo, dió una lección perdurable a los galanteadores imbéciles; lección que mejor fué, porque al darla, recuerdos le venían, sin duda, de las cortes de los virreyes, y de sus falsías.

XXIV. — Otra vez en honor de la Virgen, y en relación
con las grandes bellezas naturales de México.
Razonadora y lírica

¡Cuán distinto el tono! ¡Cuán diverso el vuelo, que muchos, muchos puntos más alto, y con las alas todas abiertas, en plena efusión de su alma, muestra Sor Juana Inés de la Cruz en aquellos “Villancicos a la Purísima Concepción” cantados en la Catedral de Puebla en 1689, en los que razona primero sobre la pureza y la virginidad de María, con una fuerza honda y firme que reitera y ratifica su convicción, cuando declara:

*“Madre de Dios, y pecado,
es cosa tan repugnante,
que aun para el más ignorante
queda el misterio, aclarado”.*
*...“Dios a los padres mandó
honrar, y pues sois María
su Madre, ¿por qué no haría
con Vos lo que decretó?”*
*...“¿Quién la ve, de Dios madre,
que no discurra
que de quien La Luz nace
nunca fué oscura?”*
*...“que siendo siempre María
de toda mancha, desnuda,
no cupo en su ser, la duda
sino en nuestra grosería”;*
*“y así afirmará mi voz
que siempre fué limpia, pues
debemos pensar que es
todo lo que no es ser Dios.”*

Y luego de corroborar su creencia, que para ella, como ella dice, más que creencia es evidencia, por lo que prurumpe:

*“si la evidencia no es fe,
en no pensar lo contrario
no tengo merecimiento;
que asiente mi entendimiento
aquí, como necesario”;*

y después de lanzar hasta lo porvenir su convicción entusiasta, diciendo:

*“Este siempre mi sentir
ha sido y será; y protesto
que nunca diré otra cosa;
y ¡voto a Dios! que lo creo”,*

arrebátala su mismo entusiasmo, y habla entonces a la Virgen, fuera del Convento, allá donde volando va su alma; háblale rasgadamente, a campo libre, con lírica efusión mañanera; háblale en el magnífico valle de Puebla, cuajado de flores bañadas de rocío; pequeño para su alma que a la Virgen contempla, y en el que, echándose Sor Juana atrás, y viendo a la Virgen de frente, en el fondo del cielo, sobre el panorámico esplendor de los dos altos volcanes, exclama:

*“¡El sol le sirve de sañtre,
la luna, de zapatero!”*

Reconócela con gozo y con orgullo; ¡es ella! se dice; ¡es ella!

*“la que, queriendo acecharla
el fiero dragón soberbio,
de un puntapié, le dejó
todos los cascos abiertos!”*

Con ella encarándose, respetuosa a la vez que atrevida, en la total exhalación de su admiración y de su amor, es entonces cuando, mexicana siempre, le dijo en aquel soberano arrebató lírico:

*“Dadle licencia, señora,
a mi voz desentonada;
que no os cansaréis de oírme,
pues vos siempre estáis de Gracia!”*

y como sabe que en Puebla hay quienes a la Virgen llaman Caridad, es decir Amor — de Dios y aun de Angeles, porque los ángeles especialmente la aman, — y nada le parece más

atinado que así llamarla, y como su alma, libre y viajera en el valle de Puebla se siente, y allí la mira, de Puebla le parece que es entonces la Virgen, o que los poblanos merecen, pues tan acertados son los conceptos que de ella tienen, que de Puebla se considere a la Virgen, por lo que prosigue:

*“Dizque los doctos, allá
Caridad de Dios os llaman
y de Angeles; pues, ¡Señora,
Vos debéis de ser poblana!”*

y mirándola ante ella, etérea y luminosa, en el fondo espléndido de los nevados volcanes, y del cielo, profundamente azul:

*“Yo os comparara, Señora,
con esta Sierra Nevada,
que aunque tiene cerca el humo,
ella se está ¡siempre blanca!
— Pensó de tizne el demonio
poderos echar la marca;
pero Vos ¿cómo pudiérais
ser negra? No! ¡Sino el alba!”*

Ese es el más profundo, y el más verdadero, y el más constante sentimiento de Sor Juana; el sentimiento místico! ¡Y así es ella poeta! Con perspectiva clara y honda que en lo infinito se cierne, y que hace concreto — ¡oh milagro! — lo infinito, porque cuando lo expresa, una chispa de lo infinito fulge en su palabra; un arpegio de lo infinito resuena en sus versos.

XXV. — Los Villancicos del Nacimiento, y la comunión de las almas

Inspiración es la de Sor Juana que se diría a las veces que se hermana con la de Platón, y que, con él, viene del pueblo y va al pueblo: ¿No fueron Platón y Sócrates quienes dijeron al pueblo de ayer, como al de hoy y al de mañana, que el amor es hijo de la pobreza — de la carencia del bien, — y que va siempre en busca del bien, y engendra el bien? Pues oíd los villancicos de Sor Juana en los maitines del Nacimiento, en la Catedral de Puebla, en 1689:

*“Al niño divino
que llora en Belén,
¡déjenle!... ¡déjenle!...
¡Déjenle!, que, a lo criollito, yo le cantaré!*

Razón tiene Sor Juana; bueno es el mal cuando ya, por no tener el bien, se le llora; que cuando ya se le llora, riega con sus lágrimas un nuevo amanecer del alma, y el alba apunta luego: tiene razón; como razón tenían Platón y Sócrates en los prodigiosos siglos iv y v; más aún cuando piensa lo mismo que ellos Sor Juana: su alma filosófica, y, como filosófica, de máximo horizonte, se torna alma de madre, recogida en torno del niño, cuando acude al niño que llora, y amante dice:

*“¡Déjenle! que a lo criollito,
yo le cantaré!”*

Cántale entonces, en efecto; más cantándole, es otra vez, pueblo. Y toda la vida del pueblo, como ella lo imagina: jovial y amigo, vario y alegre, con un alcalde paternal y recio, que resueltamente hace que se cumplan sus manda-

tos, porque son sus mandatos para bien de todos, se dilata en sus versos:

*“El Alcalde de Belén,
en la Noche Buena, viendo
que se puso el azul, raso
como un negro terciopelo,
hasta ver nacer el Sol,
de faroles llena el pueblo”...
...¡Oigan atentos!
Y porque ninguno
se niegue al precepto,
el poner en Belén luminarias,
lo lleva el alcalde, a sangre y a fuego.
Oigan atentos,
y todos con luces
coronen el pueblo,
que con los faroles,
las calles, son soles.
Ninguno se esconda,
que empiece la ronda,
y el zagal que su luz no llevare
le pone a la sombra!*

¿Habría como este alcalde de Belén, de los villancicos de Sor Juana, alcalde así, en los pueblos de la Nueva España de su tiempo? ¿Conocería ella alguno, cuando niña, y serán recuerdos transfigurados en su alma—recuerdos de su niñez,—de una Noche Buena de entonces, en Amecameca, los que evocan sus villancicos? Noche Buena en la que el azul raso del cielo, negro pareciese; negro; negro; anubarrado, como negro terciopelo, y en la que, coronado de luces el pueblo por la paternal y testaruda resolución del Alcalde, las calles fueran soles? Noche Buena en la que la ronda se llevara a la cárcel de Amecameca al zagal que su luz no llevara, y así lo pusiera a la sombra?

En sus villancicos Sor Juana reía; en sus villancicos Sor Juana cantaba: casi se la oye tañer la guitarra, cuando se le ocurren seguidillas reales: Una voz canta, prendándose, como de flores, de sonrisas:

*“Sin farol se venía una dueña,
guardando el semblante,
porque dice, que es muy conocida,
por sus navidades.”*

Otra voz, entornada y brillando, la sigue:

*“En Belén los faroles no quiso
poner un tudesco;
que en sus ojos, llevaba linternas,
con luz de sarmientos.”*

Otra voz, cara al viento, prosigue:

*“Con farol encendido, iba un ciego
diciendo, con gracia:
¿Dónde está la Palabra nacida,
que no veo palabra?”*

Otra voz, en el fondo del templo, al rasgueo de sonora guitarra, burlona acompaña:

*“Un poeta salió sin linterna,
Por no tener blanca;
que aunque puede salir a encenderla,
no sale a pagarla;”*

y otra quizás desde un ángulo, al pie de un pilar, le contesta:

*“del doctor el farol apagóse,
al ir visitando;
por más señas, que no es el primero
que ha muerto en sus manos.”*

¿Miráis, desde este nuestro siglo, oscuro a pesar de su luz eléctrica, la catedral aquella de hace más de dos siglos, en la noche, como un ascua de luces? ¿Veis allí a la multitud apiñada, hombres y mujeres, oyendo, con los niños, las coplas de Sor Juana? Hombres y mujeres del pueblo todo; ricos y pobres, estudiantes y niñas; los ojos abiertos, reflejando las luces; las almas volando. Y miran — porque Sor Juana los crea con su palabra, y con ella los hace visibles, — al poeta del pueblo, al poeta que no tiene blanca; que, como es poeta, bien puede salir a encender su linterna, con la luz de su alma; y que pobre, pobre, no puede pagarla. Miran al pueblo metido en la Iglesia, y a la Iglesia cobijando al pueblo: transparentes los muros; transparentes las bóvedas: visibles empero, al través de ellas los astros esplenden; y entre el pueblo mismo, — impalpables, más también, visibles, — aroman los pinos, que a nadie separan; que como los muros, y las altas bóvedas, y los blancos astros, y las negras ramas, en la grande iglesia son *almas* de pinos, de

ramas, de muros, de bóvedas y astros, que a nadie separan!...

No el pueblo sólo de la ciudad de Puebla: dentro de su catedral, gozosa y maravillada, entra también, al conjuro de los versos de Sor Juana Inés, el pueblo que ella imagina; el de Amecameca sin duda: que, por un milagro, tórnase luego de Belén en el pueblo, y que, por otro milagro, no es ya sólo el pueblo del siglo xvii, de la Nueva España, el de Amecameca que ella conoció, niña, en el que se unimisma el de Belén sobre el que brilló en la Noche Unica la estrella divina, sino que es a la par el pueblo ideal; el del comienzo de los siglos cristianos; el que ella tiene en la mente; el del alba de los siglos nuevos. Y ante ese pueblo múltiple, en el que los siglos se entremezclan y el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo se confunden, Sor Juana en un presente especioso, supertemporal y superespacial a un tiempo mismo, sintiéndose como diría hoy el filósofo Nicolás Lossky, frente a la verdad objetiva y absoluta, eterna y definitiva, exclama:

*“Hoy que el Mayor de los Reyes
llega, del mundo a las puertas,
a todos sus pretendientes
ha resuelto dar audiencia.*

*Atended, porque hoy, a todos,
los memoriales decreta;
y a su portal, privilegios
concede, de covachuela.”*

¡Sor Juana hechicera! ¿La veis, cómo juega con los espacios y con los tiempos? Ella, que, encerrada casi desde niña en el convento, sin haber viajado jamás,— se diría imposible que se diera cuenta de tantos pueblos y de tantos modos de ser de la gente,... ya está libre; fuera de su convento; ya está en Puebla, y a la vez, en el Belén de hace casi dos mil años, y a la par, en Amecameca; es que su alma, ave cuyas alas se ciernen sobre los siglos y sobre los mundos, es ciertamente — como pueden serlo y en el fondo lo son todas las almas,— es, como diría Lossky, “una entidad super-espacial y super-temporal”; pero más feliz que otras, sabe revelar “su multipresencia dinámica”, simultáneamente, “en diferentes porciones del espacio y en diferentes porciones del tiempo”. Por eso está a la vez en aquel villorrio de la Vieja Palestina, que es la Palestina Eterna, y

transfigúrasele ese villorrio — aquel Belén, — sin dejar de ser Belén, en una aldehueta de España o de la Nueva España.

Y está a la par en la Catedral de Puebla en el año de 1689, y aquí, con nosotros, en este libro, ahora, en el siglo xx, y conviértesele el portal, sin dejar de ser el portal, en tribunal de justicia; como el pueblo lo llama, en *covachuela*.

Así es el Reino de Espiritu: Plotino lo decía y Lossky lo recuerda; en el Reino del Espiritu “todo ser incluye en sí propio al mundo entero, y lo contempla en su integridad, en todos los otros seres, de tal suerte que todo está en todas partes, y todo es todo, y cada cosa es todo, y que la radiación de ese mundo es infinita”; o mejor aún, como el Cristianismo concibe el Reino de los Cielos — Lossky igualmente lo recuerda: — “*como tan completa armonía de todos los seres, unidos en Dios, por su amor a El y por el amor de todos, los unos para con los otros, que no forman más que un sólo cuerpo y un sólo espíritu*”, “aunque cada alma preserve su individual carácter y alcance una completa plenitud de expresión de sí misma.”

Esa *comunión de las almas* es la que expresan los “villancicos del Nacimiento”; y esa total plenitud de expresión del alma de Sor Juana, única, y singular, e inconfundible, aunque en comunión con todas, es la que revelan los mismos villancicos. Por eso llama ella al portal de Belén, al tribunal de justicia que en él mira, al supremo tribunal de justicia, covachuela: — ¿Epíteto despectivo? Despectivo, sí; y a la vez, *magnificativo* y admirativo. — ¿No nos ha hablado el Conde de Kéyserling de la *ley de la polaridad*, que aproxima y junta los extremos? Bien lo entiende Sor Juana, que así lo junta y unifica.

La humanidad toda, y cada cual en ella, son pretendientes — *covachuelistas*, que del juez esperan; — y Sor Juana se torna en pregonera:

“*Venid mortales, venid a la Audiencia
que hoy hace mercedes
un Rey, en la Tierra;*”
“*y hoy, que sus mayores
validos le cercan,
Joseph y María, ¡la gracia está cierta!
“y pues no hay en el mundo
quien no pretenda,
¡venid, mortales, venid a la Audiencia!*”

Al pregón de Sor Juana, todos los hombres llegan; presentes todos en su alma inmensa:

*“Adán, Señor, que goza
por labrador, indulto de nobleza,
hoy se halla preso y pobre,
pide una espera;”*

pero voz, misteriosa y decisiva, aunque con dulzura, firme le contesta:

*“En el limbo, por cárcel,
quédese ahora;”*

con bondad anunciándole, no obstante, que esa cárcel terminará pronto, porque consolando agrega:

*“que hoy del Cielo ha llegado
la mejor flota;”*

y otro pretendiente, otro covachuelista,

*“Moisés, que allá en un monte,
cursó de leyes la mejor escuela,
hallándose con vara,
la toga pide, que feliz espera;”*

y más, muchos más solicitantes:

*“los Padres, que en el Limbo
padecen la prisión de las tinieblas,
pues Príncipe ha nacido,
indulto piden, que se les conceda,
para que tengan,
pues hoy nace la Gracia,
la gracia cierta;”*

mas la voz dulce y firme les responde:

*“No ha lugar para ahora,
pues este Infante,...
indulta, cuando muere;
no cuando nace!”*

Congregados en torno del niño, todos; — ya lo sabéis, — para Sor Juana, todos no son, no más, los que en la Catedral de Puebla están, en la Noche Buena; son, para ella, cuantos

en la Catedral del Mundo, por todos los siglos viven — también nosotros — bajo el domo de luz de las estrellas..., oíd empero; oíd aún; oíd cómo en el alma de Sor Juana se contradicen las voces que hasta *El Niño* suben:

*“Pues mi Dios ha nacido a penar,...
¡Déjenle velar!”*

clama un alma;

*“Pues está desvelado por mi,...
¡Déjenle dormir!”*

clama otra. La primera, más insistente y más agudamente conocedora de los misterios del amor y de la vida, prorrumpe y razona:

*“¡Déjenle velar!
que no hay pena en quien ama
como no penar!”*

la segunda, más hondamente razonadora, insiste, quizás con angustia alborozada:

*“¡Déjenle dormir!
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir!”...
“¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!
Si a sus ojos corrió la cortina
el sueño sutil,
y por no ver mis culpas, no quiere
los ojos abrir,...
¡Déjenle dormir!”*

vuelve a suplicar el alma acongojada; pero le responde el alma que sabe, y que, porque sabe, es el alma armada de fortaleza:

*“Si es su pena, la gloria de todos,
dormir no querrá;
que aun soñando, no quiere el descanso
quien viene a penar;
¡Déjenle velar,
que no hay pena en quien ama,
como no penar!”*

A lo que el alma que sabe más, más todavía, triste y alborozada, juntando en ella llanto y gozo, sombra y alborada, prorrumpe:

*“¡Déjenle dormir!
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir.
¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!...”*

Sor Juana baja de tan altos sentires y pensares a otros más tangibles: quiere hacer el retrato del niño; quiere que materialmente se le vea:

*“Córrase la cortina!
¡Mírenle ustedes!”*

y aquí vienen, metamorfoseados, a su pluma, extraños vocablos de otra cultura, que pudiera pensarse muy distante, pero que no está distante, porque es la cultura griega, que se convirtió luego en cultura latina; y porque Sor Juana — cristiana, y católica, y judía, y mexicana, — es, a la par, griega y latina, como nosotros todos somos: por eso oíd esos raros vocablos que cantan, pájaros de Grecia y de Italia, en la garganta de la monja de México:

*“¿Hay quien me le quiere?
¿a este hechizo de plata,
de armiño y nieve?
¿a este Cupido,
que es de cera, y de amores
está derretido?”*

No; no hay que sorprenderse: Cupido, ¡claro! — sólo quiere decir aquí, amor. No nada más el sutil geniecillo tiene alas; tiénelas también su nombre, *Cupido*; por eso, volando, se entró en el Convento mexicano de San Jerónimo; en la gran casa roja y de pequeñitas ventanas, junto a la iglesia breve, tendida a los pies de los dos cuerpos de su redonda torre, parecida a un huevo parado de punta. Y Sor Juana prosigue:

*“Son dos verdes esmeraldas,
o dos azules zafiros,
sus ojos, para esperanzas,
o para celos motivo”...*

*“Un breve rubí es su boca,
 en dos partes dividido,
 porque se vea el aljófár,
 por el pequeño resquicio.
 Todo es, del alma, un encanto;
 todo es, de amor, un hechizo.
 Tal Cupidillo,
 para joya del alma viene nacido;”*

del alma, siempre del alma; transfigurado por el alma de Sor Juana.

Semejante retrato ¿cómo podría haber venido al pensamiento de Sor Juana sino porque en sus villancicos ella era el pueblo, y en el pueblo todo se encuentra? Todo: el ayer, de donde el pueblo vino; el hoy, en que el pueblo vive; el mañana, al que el pueblo va.

Más íntimas y más ciertas, es decir, más conformes todavía, con el alma profundamente personal y central de Sor Juana, son empero, las coplas finales:

*“Cual sonoro enjambre
 que, con doradas alas,
 de los jazmines chupa
 el cristal que sobre ellos lloró el alba”,...
 “así se van al Niño,
 presurosas, las almas;
 que es centro do se animan,
 y fuera dél, ni aun a sí mismas se hallan!”*

La comunión de las almas con el Niño que en su pequeño ser condensa la Divinidad; la comunión del alma de Sor Juana con la Divinidad, de la que ella siente que se derivan su ser mismo y la conciencia que ella tiene de su ser; la aspiración de su alma a la Divinidad, su vuelo a ella ¿no es propiamente Amor?... ¡No puede ser más que amor! Por eso siente ella que al centro de ese Amor, presurosas se van las almas; que el Niño a quien aman, el Dios a quien aman, es el centro en que se animan las almas que lo aman; que fuera de El se mueren; que fuera de El ni aun a sí mismas se hallan!

XXVI. — Los Villancicos de los Mañitines de San José.
Apariencia y verdad

Era amor el alma de Sor Juana pero también era maravilla y deslumbramiento: en los villancicos con los que se celebraron en 1690, los mañitines de San José, en la Catedral de Puebla, profería ella, admirada, al pensar en Dios mismo convertido en niño y obedeciendo a un hombre, a San José:

*“¿Quién oyó? ¿Quién oyó? ¿Quién miró?
¿Quién oyó lo que yó?
Que el hombre domine, y obedezca Dios?
¿Quién oyó?
¿Quién oyó lo que yó?”*

Y a las voces de las coplas, que replican: una, recordando cómo Jehovah dictó sentencia de muerte contra su pueblo porque violó el pacto de la alianza divina, y cómo en el monte Horeb revocó esa sentencia, a súplica de Moisés:

*— “Yo lo ví en Moisés,
cuando revocó
la sentencia, porque
Moisés lo pidió”,*

ella contesta:

*— “No, no, no, no, no!
que es lo que yo digo
prodigio mayor:
que allí, de piadoso,
concedió perdón;
pero aquí, obediente,
mostró sujeción”;*

a otra, que dice:

—“Yo lo ví en Josué,
cuando al Sol paró:
que, a la voz del hombre,
Dios obedeció!”

—“No, no, no, no, no;
que es la que yo digo
merced superior:
que allí, paró sólo
el material sol,
y aquí, el de justicia
su luz sujetó;”

a otra, que afirma:

—“Yo le vi en la lucha
que tuvo Jacob:
donde, Dios, vencido,
él fué vencedor.”

—“No, no, no, no, no;
que en la que yo digo
hubo más valor,
pues Jacob, herido
de la lid, salió,
y éste, sin la lid,
consiguió el blasón;”

y a otra que grita:

—“Yo lo vi en Elías,
cuando descendió
a su voz, del Cielo
fuego abrasador.”

—“No, no, no, no, no;
que es el que yo digo
más divino ardor:
que allí, bajó sólo
fuego de furor,
y aquí, bajó fuego
del Divino Amor!”...

¡Maravilla perenne el alma de Sor Juana! ¡Presencia del hechizo del Viejo Testamento, y llevada por él, como por un río de admiración, al mar de luz del Testamento Nuevo! Que quienes se sorprendan de que Sor Juana parezca aquí tomar al pie de la letra, como verdades objetivas, cuantas presenta como tales el Viejo Testamento, y digan que precisa entenderlas sólo como verdades simbólicas, vestidas con el ropaje espléndido de quiméricas metáforas y de alucinantes alegorías, piensen, de una parte, que Sor Juana

en sus villancicos era pueblo, y que, para el pueblo, las verdades metafóricas y las alegóricas son las únicas, las grandes, las trascendentales verdades positivas, las que arrebatan el alma al país cierto que más allá de lo material se encuentra; y de otra parte, que para Sor Juana la verdad era la poesía, más verdadera para ella — y aun para nosotros, — que nada en el mundo, porque era la poesía; y que poesía también era su libre alma; arrebatada por su divino vuelo.

Piensen, en fin, los que a Sor Juana quieran entender, que sus villancicos prueban — contra quienes pensaron y piensan otra cosa, que el ambiente que ella respiraba, ambiente era de libros, y que, cuando en ellos pensaba, sumábase para ella todos — particularmente en la segunda mitad de su vida, — en *¡El Libro!* el único, el milagroso y santo; de cuyas páginas subía para ella, como para la admirable vieja que pintó Rémbbrandt inclinada leyendo un libro, claridad sobrenatural; no a la cara no más; también al alma; porque lo leía, mas aún que con los ojos, con su amor; por eso *El Libro* le entregaba, transformada en luz, su virtud recóndita.

De maravilla en maravilla, pregúntase en los propios villancicos otra voz del pueblo:

*“¿Por qué calla Josef?
sin verse en la lectura
de la sagrada historia,
ni una palabra sólo
que él pronuncia?”*

y levantándolo a la excelsitud, al unimismarlo en parte con su hijo, con Jesús, el estribillo del pueblo contesta:

*“Así todos entiendan que Josef calla,
porque el Verbo Divino es su palabra.”*

Este juego de preguntas y respuestas — convertidas las iglesias en escuelas, en las que los niños hablan y hablan los grandes, — maravilloso juego del que era maestra la excelente maestra, Sor Juana, hacia entrar a todos en la vida escolar, a todos, chicos y grandes, en medio de la fiesta iluminada por los millares de lucecillas de las candelas, suspensas, meciéndose en el aire. Por eso en ella intervenían todos, y, como en el alma de Sor Juana, convivían, y de

ella, por hablar con la voz de ella, a la vida externa, salían.

Sin aparentarlo ni hacer gala de ello, ella los guiaba: una era la verdad superficial e inexacta: que la mayor maravilla fuese que Dios revocara, por ruegos de Moisés, sus fallos; que Josué parara al Sol; que Jacob luchara con el Angel y lo venciera; que Elías hiciera llover fuego del Cielo; otra la verdad insólita, y por eso, a primera vista, incomprensible: que José, esposo de María no fuera el padre de Jesús, y que más grande fuera, no obstante, que Moisés, que Josué, que Elías; y otra en fin, la verdad profunda y la razón de la verdad insólita e increíble: que por el prodigio de que Dios mismo se hubiera hecho hombre, y que para ello materialmente hubiera nacido de una virgen y se hubiera sometido, como si fuese hijo de José, al mismo José, José fuera superior a todos: por su fe y por el premio infinito que había alcanzado, a causa de esa misma fe.

Paralela a esta contraposición de falsas verdades y verdades hondas, mirad también aquí la cándida manera con que en su lengua *aljamiada* de español y nahoa, un indio habla, en los propios villancicos del año de 1690, y propone problemas que son *sus adivinanzas*, porque, como él dice, no nada más los doctores hablan en la Universidad, sino él también, en esta cátedra popular que hace más de dos siglos la Iglesia de aquel tiempo abría en las fiestas de sus catedrales. Indio extraordinario que vivía entonces en el alma de Sor Juana, y que en el alma de Sor Juana soñaba con la Universidad de México y con los doctores de ella, diciendo:

“Yo también, quimati Dios,
mo adivinanza pondrá;
que no sólo los doctores
habla la Oniversidá”

¿Sentís al pueblo que está engendrando en su alma, Sor Juana? ¿Lo oís cómo balbucea, niño aún, con su vacilante pero intencionada palabra, rumbo ya a lo porvenir? Sorprendido el coro que lo escucha, ríe:

“Ha, ha, ha;
¿Qué adivinanza será?”

y el indio contesta:

*“¿Qué adivinanza? ¡Oye osté!
¿Cuál es mejor San José?”*

A lo que los cultos — que tienen oídos, pero que no oyen; que creen entender y no entienden; que no miran al pueblo, camino ya de lo futuro, — se escandalizan. Y exclama uno, presuntuoso:

“¡Gran disparate!”

y otro prorrumpe:

*“¡Terrible!
Si es uno, ¿cómo es posible
que haber pueda otro mejor?”*

Pero el indio, que no se dá por vencido:

*“Espere osté, so doctor:
¿No ha visto en la iglesia, osté,
junto, mucho San José?
¿y entre todos, la labor
de Xochimilco, mejor?”*

A lo cual un convencido, que entiende, reconoce:

“¡Es verdad!”

y el coro, justiciero y jovial, concluye:

*“¡Ha, ha, ha, ha!
Bien de su empeño salió”,*

patentizando aquí también que una es la falsa verdad: que el indio, insignificante, nada entienda, y sea despreciable, y otra la honda verdad: de su razón oculta y fuerte, y de su triunfo lento, persistente y seguro, aunque se disfrace bajo nimias y pobres apariencias de candor infantil.

Maravilla y sorpresa por todo; maravilla y sorpresa es lo que en los villancicos de San José predomina en el alma de Sor Juana: al *ite misse est*; — al idos: la misa se aca-

bó, — sus coplas, como las reflexiones mismas que ella quería que el pueblo hiciera mientras que de la iglesia saliese, concluyen:

*“A poder Dios hacer otro
dios, tan bueno como él,
a lo que imagino yo,
hiciera sólo a Josef!”
.....“Pues más fué,
siendo Josef hombre
sujetarse a él!”*

.....

*“¡Válgate Dios! ¡Los primores
que nuestro Dios sabe hacer!
¡Que toda nuestra grandeza
venga de la pequeñez!”*

XXVII. — Otras efusiones místicas.

1) NUEVOS VOTOS EL AMOR VERDADERO Y LOS FALSOS AMORES

A menores asuntos, que aunque menores llegaban a ser mayores, iba el pensamiento de Sor Juana en aquellos versos que compuso para que se recitasen, un poco también como si villancicos fueran, en la profesión de una religiosa, y en los que palabras del primer estribillo, que es como su tema central, bien leídas, arrojan tanta luz sobre la historia misma de Juana Inés, aunque nadie, que yo sepa, haya visto en ellas lo que yo veo: un recuerdo y un trasunto de la primera grande historia amorosa de Juana Inés, y del conflicto de su verdadero amor, con la baja inclinación que llevó hasta ella a quien cometió la falsía de dar a su mezuquina inclinación, el nombre de amor:

“Zagalejos de la aldea”,

es decir, con la primera acepción de la voz zagalejo, reconocida por la Real Academia, diminutivo masculino de *zagal*, joven adolescente,

“zagalejos de la aldea”,

— junto a la Ciudad de Dios en la que Sor Juana pensaba, ¿podrán ser nada más que aldeas las ciudades mayores de la Tierra? —

Jóvenes adolescentes de esta aldea, grita Sor Juana, convocando a los adolescentes todos que en la ciudad de México moraban:

*“venid a ver una boda,
y no quede en ella toda
quien su festejo no vea!
Ved que el Mayoral se emplea
en una pobre pastora
que de hoy más será señora,
pues con El se ha desposado.
¡Este sí que es enamorado
como lo he menester yo!
¡Este sí; que los otros no!”*

¿No véis allí contrapuestos los dos amores? “Este sí que es enamorado!” el que tiene el verdadero amor, el único que Sor Juana Inés concibió como amor:

*“Este sí que es enamorado
como lo he menester yo!”* .

como ella, con toda su alma, lo necesitaba, en efecto, “Este sí; que los otros no! Y en su voz, alborozada y entusiasta, hay como un distante y perdido dejo de lágrimas.

“En ella su Ser, retrata”,

dicen las coplas,

*“y tal calidad le inspira,
que es más casta, si Le mira,
y más limpia, si Le trata.”*

El segundo estribillo insiste:

*“Vengan a la fiesta, vengan, señores,
que hoy se casa una niña,
y es por amores!”*

Ya no llama solamente a los mozos para que vean; llama a los hombres, para que sepan que estos sí son amores, y no falsías.

“Vengan a la fiesta; vengan, señores”.

En los mismos versos, la nueva religiosa, como si en éxtasis se encontrara, dice:

*“Lo que he deseado
ya lo ven mis ojos,
y lo que esperaba
ya feliz lo gozo;”*

y las coplas finales, la oración en que se enuncia el voto más ferviente a Dios mismo elevado por la que acaba de profesar, le ruega:

*“Conservadla en tal grandeza,
sin que los viles, humanos,
bajos vapores, se atrevan
a empañar candores tantos!*

2) EN LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SAN BERNARDO.
EL TEMPLO DEL ALMA. EL TEMPLO INTERIOR.

En la dedicación de la iglesia de San Bernardo, ocurrida el 24 de Junio de 1690 — Sor Juana tenía entonces 39 años 7 1/2 meses, — naturalmente pidieronle versos; hízolos a la par luminosos y profundos, vibrantes y alados. Contraponiendo a la verdad visible, la invisible, pensaba, sin duda, que quien dió los dineros necesarios para comprar un solar destinado a la iglesia y empezar la parte más importante de la obra, el Capitán don José de Retés, había muerto sin ver la obra concluida, y se declaraba a sí propia que el mérito mejor es el de quien o de quienes tienen la idea inicial, el intento, el deseo, aunque idea, deseo e intento, invisibles sean, e invisibles se queden, y las gentes no los adviertan, por lo que, en uno de los estribillos dice:

*“Oigan lo que del templo
a decir me atrevo:
que no es muy nuevo,
aunque parece nuevo;”*

y queriendo dar más fuerza a su dicho, lo corroboraba y lo reiteraba, agregando:

*“este, aunque parece nuevo,
es un templo muy antiguo
pues, desde que se intentó,
lo tiene Dios recibido.
La cuenta de Dios, no es como*

*la que se usa acá en el siglo,
donde hasta ver el efecto
no se recibe el servicio.*

*A Dios le basta el deseo;
que, en estando consentido,
lo da por ejecutado
en la cuenta de su libro.*

*Y es razón: porque si siendo
malo, merece castigo,
bien es que al mérito baste,
lo que le basta al delito.*

*Luego, sólo hace a la vista
novedad, este edificio;
que para Dios, se labró
desde que labrarse quiso;
y más glorioso que aqueste
fué el que el deseo previno,
pues éste, estrechó el poder,
y aquel, dilató el designio”.*

Juzgando certeramente así, ¿cómo habría juzgado Sor Juana a quienes no tienen ni el intento, ni la idea, ni el deseo primeros, sino que, tomando la idea de otro, cuyo nombre saben y callan, y haciendo olvidar aun la ejecución hecha por otro, se declaran autores de todo?

En los mismos versos destinados a loar al nuevo templo, y en los que Sor Juana loa más la resolución que se tuvo de erigirlo, que el templo mismo; en los mismos versos en que Sor Juana ponderando al templo, y de Dios hablando, dice primero, que

*“aunque está su Inmensidad
en todo lugar presente,
en el Cielo, más patente
ostenta Su Majestad,”*

y en que rectifica después, agregando que

*“aunque habita allá Su Alteza,
no está allá, sacramentado;
y al Templo le ha reservado
la dicha de esta fineza;”*

que

*“aquí estrecha Su Grandeza,
por dar de su amor ejemplo,”*

rehace sus conceptos, cuando entabla este admirable diálogo en el estribillo que plantea su problema:

—“*¡Ha del templo! — ¿Quién llama?
— Quien quiere saber
cuál templo de dos,
da a Dios más placer:
el que hace el deseo,
o fabrica el poder.
— ¡Yo te lo diré, yo te lo diré!
— ¡Dímelo pues; dímelo pues!
¿Cuál templo, de dos,
da a Dios más placer:
el que hace el deseo
o fabrica el poder?*”

Y las coplas, en diálogo también, discuten y contestan la pregunta:

—“*Esta fábrica elevada,
que parto admirable es
de los afanes del arte,
del estudio, del nivel,
aunque es tan hermosa
la mejor no es.
— ¿Pues cuál es?
— La que templo erige, vivo,
en sí, su patrón fiel,
con las piedras de sus ansias
sobre basas de su fe;
pues aqueste, tiene
lo que falta a aquel.
— Y ¿qué es?
— Que éste es templo material,
que al fin, llegará a ceder
a los embates del tiempo,
su generosa altivez;
pero aquel, del tiempo
ignora el desdén.*”

A lo cual, y cuando entra así el sentimiento religioso, a su natural y supremo asiento, a lo más íntimo del alma, la voz que discute y que pregunta, convencida ya, sólo gravemente responde:

—“*Está bien*”,

mientras que la voz que resuelve, y que se adentra en la verdad recóndita, prosigue:

— *“Aquel es eterno, porque
su planta en el alma es,
y lo que durare el alma
durará el templo también,
porque habita Dios
para siempre, en él”*

Oyendo esto, un estribillo, que es el alma misma, se endereza anhelante, y prorrumpe:

*“¡Cumplidlo, Señor!
y el que busca, ¡hallel
al que llame, ¡abridle!
y al que pide, ¡dadle!”*

en tanto que el pueblo mira al templo y exclama:

*“Esta es la casa de Dios,
firmemente edificada
sobre columnas, a quienes
sustentan eternas basas.
¡Esta es la casa!”...
...“Aquesta es la ciudad que
desciende del Cielo, santa;
ésta, del Cielo la puerta;
ésta, de Jacob la escala.
¡Esta es la casa!”...
“Esta es la que para nadie
tiene las puertas cerradas;
pues si la virtud los guía,
todos, abiertas las hallan:
¡Esta es la casa!”...*

Y una voz más íntima, más reflexiva, la de la Sor Juana razonadora, que para todos razona y a todos exhorta, prorrumpe:

*...“Si en la fábrica excelsa
no acabas de admirarte,
detente, pensamiento,
y lo que viste, baste.
Si su labor excede
a cuanto imaginaste,
no igualándola cuantos
hicistes entes, antes;”...
“si nave, la imaginas
en que Dios, navegante,
quiso formar, de aquella
cándida nube, nave,
— que nave es, pues es templo,—”...*

*“deja eso, y al piloto
admira, que, constante,
no teme que el mar fiero
porque le bruma, brame,
Adórale rendido,
si quieres embarcarte
en ella, y tu humildad
dará a su lustre, lastre.”*

Con lo que el estribillo, otra vez alborozado como quien mira partir el bajel que a la mar se lanza, grita gozoso:

*“¡Buen viaje! ¡Buen viaje!
que de jarcias armada, quiere echarse
al mar de devoción la nueva nave!
¡Buen viaje! ¡Buen viaje!”*

La razonadora empero, y la maestra, reflexiona aún, dulcemente y alecciona al pueblo:

*...“Como nuestra gran flaqueza
Su Majestad, conoció,
separó algunos lugares
para nuestra devoción:
¡Atención! ¡Atención!
que aquesta es sólo Casa de Oración”.
...“No hagáis la casa del Padre
casa de negociación;
plazas y lonjas tenéis
si buscáis conversación”.
¡Atención! Atención!
que aquesta sólo es Casa de Oración”.*

Y luego, recordando y comentando la fiesta:

*“No los músicos solos
cantaban en el Templo;
también el pueblo hacía
con sus festivas voces el festejo”.*

El pueblo siempre; panorámico fondo del alma de Sor Juana: presente en torno de ella; de ella nacido, y por ella vivificado, acompañándola siempre.

¡Admirable Sor Juana! En los mismos versos pondera luego, extática, las virtudes del templo, como el asiento mismo de la misericordia y del amor divino y a Dios se dirige en sublime coloquio:

*“Si en el Templo, mi Dios, entráis,
luego en el Templo os templáis.*

*Si nuestra maldad, sin tasa,
Señor, vuestro enojo irrita,
luego en el Templo se os quita,
y todo enojo se os pasa;”*

*...“que aunque siempre vuestro amor
admite al arrepentido,*

*lo que en el Templo es pedido
tiene eficacia mayor,*

*porque hacer queréis favor
al lugar en que habitáis;*

¡luego en el Templo, os templáis!”

*“Aquí abre vuestra clemencia
al Cielo, cuando se cierra!”*

*...“Aquí libráis a la Tierra,
de langosta y pestilencia,*

*aquí, con más asistencia
que en otro lugar, estáis,*

porque en el Templo os templáis.”

No para ella sólo piensa cuando piensa en las virtudes del Templo: no habla con Dios, sintiéndose sola con El, cuando con El habla; piensa en la Tierra toda, que asuelan langosta y pestilencia, y al hablar con Dios, habla con el que salva a la Tierra toda, de las desdichas que sobre todos caen.

De pronto en el inmenso pueblo interior que es su alma, una voz grita:

*“Ay! Fuego! Fuego! que el Templo se abrasa!
que se quema de Dios la casa!”*

y otra voz en su misma alma grita a la que grita:

—“¿Qué es lo que dices?”

La primera responde:

*“¡Fuego! ¡Fuego! ¡Toquen a fuego;
que se quema de Dios el Templo!”*

Y entonces la razonadora, la Sor Juana más íntima que en el centro de Sor Juana existe, razona interviniendo, y como la llama misma — que ora se estira, ágil; ora se tuerce; — azul, de oro, de topacio, de esmeralda, ambarina, argentada, transparente — y que cambia sin cesar de forma, alada siempre, vivaz y rauda, cambia ella también y mul-

tiplica incesantemente las funciones de los vocablos de que se sirve; los enriquece sin cesar con sentidos nuevos, y se dice a sí propia y a todos dice, para hablar del incendio del amor divino que ella mira en la Hostia:

— *“Espera, que éste no es
como los demás incendios,
donde si la llama, llama,
hace diseño, de ceño;”*...

de enojo, devastación y violencia;

*“pero este, de amor divino
es tan amoroso fuego,
que cuando se enseña, enseña;
muestra del afecto, efecto.
Prodigio de las finezas,
ha querido echar el resto;
pues cuando la muestra, muestra,
hace del precio, desprecio;”*

desdeña al orgulloso, que se viste de soberbia y de vanidad, y acoge al sincero y humilde;

*“de puro estar escondido,
está a todos manifiesto,
y está, aunque le guarde guarda,
descubierto, de encubierto.”*

Más y más poseída de su sentimiento íntimo, pone los ojos, con el alma, en la Hostia misma, y, como si llegara a un éxtasis exclama, ya en lírico arrebatado, para sí propia:

*“En círculo breve,
aunque es Dios, inmenso,
le miro abreviado,
si me acerco, a cerco!”*...

al cerco donde El se encuentra, al que ella vuela;

*...“Aunque velo cubre
su poder supremo,
le descubro, porque
en su velo, velo!”*...
*“quiere a los sentidos
estar encubierto,
aunque, por gozarle,
con anhelo, anhelo!”*...

...*“Como no le miro
aunque más le veo,
de la fe la vista
con aliento, aliento!”*...
...*“Desmiento a los ojos;
sólo al alma, creo;
y en contradecirlos
con aprieto, aprieto!”*

toda entera entregada al fin, a su victoriosa intuición íntima.

3) SIGUIENDO A MARIA. EL CUERPO Y EL ALMA.

Los aparentes juegos de palabras de que Sor Juana se servía con no poca frecuencia, ondas son, coronadas de luces, de un mar de poesía — que llevan consigo juegos de ideas, y que mueven sentimientos como al través del aire, las alas mueven el aire, — y que ayudan a hacerse cargo de cuán ágil era el alma de Sor Juana, de cómo, en un sentido ideal, era también juglaresa. Varios de ellos hacen sentir cuán femenina era; cómo la transfiguraba incesantemente su femenina sed de metamorfosis, y que sus contradictorios y complementarios aspectos, en los que aparentemente no reina la por los lógicos llamada “ley de contradicción”, la hacen, por eso mismo, más real, más humana, más verdadera, porque es múltiple y a la par es una. Todos no son, empero, más que medios de los que su alma misma se vale para hacerse visible y comunicarse con todos, y en caso de que al querer entenderla no se les tenga en cuenta, claro que no podrá llegarse del todo cabalmente, hasta ella; que aunque ella después, con la más dulce y clara voz hable, no se entenderá el tesoro de armónicos que la acompaña en el centro de sí misma.

Por eso es bueno recordar también, si se quiere llegar hasta ella, cómo se hace niña; — llena, empero, siempre, de maravillada sorpresa y de veneración amorosa, cuando en la presentación de la Virgen piensa, — y cómo la celebra, diciendo en coplas que tienen una rara armonía imitativa — como muchas de las poesías de Sor Juana, en las que esa armonía imita a la par la exterior y la interna, la de los movimientos objetivos, y la de los subjetivos, de su propia alma:

“Niña que aun apenas
 has sabido andar,
 y ya en tus alientos
 intentas volar,
 ¡Ay, ay, ay! y qué lindos
 pasos das!
 Por las altas gradas
 subes, sin parar;
 y es que en ti el subir
 es muy natural.
 ¡Ay, ay, ay, y qué lindos
 pasos, das!
 A los que te llevan
 los dejas atrás;
 como siempre a todos
 los hijos de Adán”...
 “De verte subir
 se admira el lugar,
 con ser que no sabe
 donde has de parar”...
 “A ese paso, niña,
 puedo asegurar
 que aunque al Cielo vayas,
 presto llegarás.
 ¡Ay, ay, ay, y qué lindos
 pasos, das!”

Después de lo cual, reflexionando, dice.

“Con los pies sube al templo
 la niña bella;
 con los pies, anda
 y con el alma, vuela!”...
 “El mismo impulso interior
 presta al cuerpo, ligereza:
 ¡Qué mucho que los pies corran
 cuando ven que el alma vuela!
 Las dos opuestas mitades
 de cuerpo y alma, forcejan;
 el alma, por elevarlo;
 y el cuerpo por detenerla.
 ¡Vencerá el alma, sin duda,
 en la amorosa pelea!”

¿Cuerpo y alma no van siempre en la vida como los imaginaba Sor Juana, atado aquel, a la tierra; pugnando ésta por subir al Cielo? Al Cielo siempre; llamarlo como queráis: al Ideal, si os parece bien. Van así, como Platón en su Fedro también los imaginaba; pero si al cuerpo cede el alma atención y empeño,... pierde el alma, — bien lo de-

cia Platón también,— para siempre, todo vuelo. ¿Perderá el alma? No; no perderá; confiemos; Sor Juana nos los dice; por más que las dos mitades, “cuerpo y alma, forcejan...”,

*“¡Vencerá el alma, sin duda,
en la amorosa pelea!”*

Quinta Parte

La Corroboración

XXVIII. — El “sermón del mandato”

1) EL AMOR DE DIOS A LOS HOM- BRES Y EL DE LOS HOMBRES A DIOS. LA LIBERTAD DEL ALMA.

De las poesías de Sor Juana, que ciertamente tienen alas que al Cielo suben, Sor Juana pasaba a más serios y graves asuntos: quizás el más grave de todos los de su vida, aquel sermón del Padre Vieyra acerca del que le ordenaron que hiciera un juicio crítico, y que en algún modo decidió cómo habían de ser los últimos años que hubo de vivir. Quienes tal juicio crítico le ordenaron hiciera, provocando quizás ellos mismos lo que llama Sor Juana, las *bachillerías* de una conversación, — “las impertinentes locuacidades”, las “cosas dichas sin fundamento”, traduce la Real Academia, — todas las cuales ciertamente en Sor Juana no eran *bachillerías*, sino hondísimos pensares de una conversación que vino a ser trascendental; quienes mandato le impusieron de que escribiese su juicio crítico ¿lo hicieron así de mala fe, como ha llegado a creerse? ¿Tuvieron tal propósito, con el ánimo de poner en una situación difícil a Sor Juana, y de perjudicarla, si posible era, gravemente?

El padre jesuita Antonio Vieyra, que por su elocuencia había sido llamado el Cicerón lusitano y el “príncipe de los predicadores católicos de su tiempo”, nació en 1609 en Lisboa, y falleció, a los 88 años, en 1697. Educado en el Brasil, en el colegio jesuita de Bahía, y ordenado en 1635, pronunció en Bahía, en los años de 1638 a 1640, tres afamadísimos sermones patrióticos, de los que, el que tuvo por objeto el buen suceso de las armas de Portugal contra Holanda se consideró, por el Abate Raynal, como “quizás el más extraordinario discurso pronunciado nunca en púlpito cristiano”.

Clamorosamente loado Vieyra por la nación portuguesa, el rey de Portugal Juan IV, el Afortunado, lo nombró su predicador real, “y le consultaba a porfía acerca de los asuntos de su gobierno”; político sagaz, de espíritu abierto, buen conocedor de la historia, hábil literato, que “en su sexagésimo sermón” declaraba que el ideal de los sermones era que de ellos salieran sus oyentes, “no contentos con el predicador, sino descontentos consigo mismos”, en la carrera de diplomático que en 1647 principió, lo mismo concertaba bases de paz con los holandeses, que emprendía arreglos para el matrimonio del hijo de su soberano con la hija única del rey de España, Felipe IV. Universal en sus talentos, osado y amante de reformas, aunque se concitó, por todas partes, enemigos, al grado de que “sólo la intervención del Rey impidió que se le expulsara” de “la Compañía de Jesús”, de todas las dificultades salía al cabo triunfante. Cuando de regreso al Brasil, se consagró con afán a la defensa de los indios y de los negros, y obtuvo decretos reales en favor de las razas oprimidas, y organizó misiones de los jesuitas en una área inmensa, — aunque perseguido por los propietarios que, con las medidas iniciadas por él se sentían lastimados, fué deportado, — sostuvo una lucha titánica con sus enemigos, y no obstante que, víctima de la Inquisición, se le prohibió enseñar, escribir y predicar, emprendió entonces un viaje a Roma, para pedir que se revisara su sentencia, y después de obtener triunfos extraordinarios, regresó a Portugal, con una bula que lo exceptuaba de la jurisdicción del Grande Inquisidor. Vuelto al Brasil en 1681, se ocupó en revisar sus sermones para publicarlos, como ya desde antes había principiado a hacerlo, y estaba en estos empeños, en el cargo de Superior de su provincia, ocupado además en vencer nuevas dificultades que con su Compañía tuvo otra vez, cuando murió, dos años después de la muerte de Sor Juana.

Hombre como éste — discutido e impugnado, mas al propio tiempo loado y exaltado sobre toda ponderación, — mereció que fuera llamado, como en España se le llamó, “grande entre los mayores”. Ordenar a Sor Juana que emitiese su juicio en cuanto a uno de los sermones de tal personaje fué ciertamente someterla a muy dura prueba; obedeció ella, reconociendo — lo primero, — que él era “un excelente orador”, y admirando siempre “su sin igual ingenio” y su energía, que al mismo que disiente”, decía ella, “enamora con

la belleza de la oración, “suspende con la dulzura, hechiza con la gracia y eleva, admira y encanta con el todo”.

Procedió a emitir su opinión, porque quien se lo ordenó conociera que así lo obedecía “en lo más difícil”; entendiéndolo que, en efecto, esto era para ella lo más difícil; “no sólo” por el asunto mismo del mandato, sino porque repugnaba a su genio — así lo decía ella misma, — “todo lo que parece impugnar a nadie”; rogó, a lo menos, a quien dispuso lo que hubo de mandar y que ella creyó necesario o debido acatar, quizás siendo demasiado sumisa, que fuera él “sólo” “testigo, en quien la propia autoridad de su precepto dejara honestados los errores de” su “obediencia que” a otros ojos pareciera desproporcionada soberbia; y más cayendo en sexo tan desacreditado en materia de letras, “con la común acepción de todo el mundo.”

Aún, para hacer más clara “la reverencia”, que sentía por el “insigne varón”, de uno de cuyos sermones se le impuso el deber de hacer juicio, propuso tres razones que comprobaban esa reverencia y el “especial amor” que por él sentía: “la primera”, el cordialísimo y filial cariño que ella tenía a la Sagrada Religión” del Padre Vieyra, es decir, a su Orden, la de la Compañía de Jesús, “de la que”, decía, “en el afecto no soy menor hija que” “dicho sujeto. La segunda, la gran afición que este admirable pasmo de los ingenios me ha, siempre, debido; en tanto grado, que suelo decir (y lo siento así), que si Dios me diera a escoger talentos, no eligiera otro que el suyo. La tercera, el que a su generosa nación tengo oculta simpatía; que juntas”, estas tres razones, “a la general, de no tener espíritu contradictorio, sobran para callar, como lo hiciera, a no tener contrario precepto”.

Dicho esto, que tan bien pone de resalto el genio sumiso de Sor Juana, agrega su mismo genio, que a la par que sumiso era, con razón y justicia, independiente: “pero” tales razones no bastarán a que él “entendimiento humano, potencia libre,” — ¡qué admirable epíteto para el entendimiento humano, *potencia libre!* — “y que asiente o disiente” “a lo que juzga ser, o no, verdad, se rinda, por lisonjear al comedimiento”...

Sumisa, sí; en cuanto de ella se solicitara cualquiera labor; aunque fuese dura y la pusiera en peligro; mas con independiente juicio, y con libertad plena para razonar; que en eso estriba la más interna libertad del alma. Con esa

plena libertad entró a cumplir el mandato de emitir sus apreciaciones, y con la misma las emitió.

Arrogantemente había dicho Vieyra en el sermón que motivó el juicio de Sor Juana “que nadie le adelantaría” en su sentir; en lo cual — comentaba Sor Juana, — “habló más su nación que su profesión, ni su entendimiento”. Empeñóse Vieyra en el propio sermón en adelantarse a “tres plumas”, dice Sor Juana, “sobre doctas, canonizadas”: la de San Agustín, la de Santo Tomás y la de San Juan Crisóstomo, con lo cual Sor Juana prorrumpe, pensando en ella misma y en el juicio que sobre el sermón emitió:

“Si hay quien no tema combatir en el ingenio con tres más que hombres; ¿qué mucho es que haya quien haga cara a uno, aunque tan grande hombre? Y más, si se acompaña y ampara de aquellos tres gigantes.”

Vieyra, agregaba Sor Juana, “habla de las finezas de Cristo en el fin de su vida”, y “propone el sentir” de aquellos “tres santos padres,” “con tan generosa osadía”, — generosa quiere decir aquí, por de contado, *franca*; no magnánima, que dice: “referiré, primero, las opiniones de los santos, y después diré también la mía, mas con esta diferencia: que ninguna fineza de amor de Cristo dirán los santos, a que yo no dé otra mayor que ella. Y a la fineza del amor de Cristo que yo dijere, ninguno me ha de dar otra que la iguale.”

¿Puede haber, se preguntará cualquiera, presunción y arrogancia más grandes? ¿Por extraordinario que fuera, como fué sin duda, Vieyra, y aun cuando hubiese sido el mayor de los hombres, ¿puede el mayor de los hombres afirmar, con tan temerario arrojo, que nadie habrá que en el discurso le iguale? ¿en el discurso, o en cualquiera otra cosa? Pues tamaña petulancia es la que, forzada por su obediencia, combatió Sor Juana.

A la tesis de San Agustín; *la mayor fineza* — es decir, la mayor y más delicada bondad, la acción que sobre todo expresa el amor y la benevolencia — *de Cristo, fué morir por los hombres*, Vieyra replicaba, con sutileza extrema; *no tal, sino ausentárseles*.

Desmenuzando Sor Juana las curiosas razones de Vieyra, púsose del lado de San Agustín, cuando dijo:

“Siento, con San Agustín, que la mayor fineza de Cristo fué “morir”, “porque lo más apreciable en el hombre es “la vida y la honra, y ambas cosas da Cristo, en su afren-

"tosa muerte. En cuanto Dios, ya había hecho, con el hombre, finezas dignas de su Omnipotencia, como fué criarle, conservarle, etc.; pero en cuanto a hombre, no tiene más que poder dar, que la vida"; a lo cual Sor Juana, agrega que "para ser del todo grande una fineza ha de tener costos al amante y utilidades al amado, como" — dice ella misma con certera convicción y atinada verdad, — "los tuvo la muerte de Jesús".

Por los vericuetos del sutil e ingenioso pensamiento de Vieyra lo sigue el claro y recto de Sor Juana, destruyendo, una por una, sus falsas argumentaciones, y apoyando, a cada instante, sus pareceres, en citas del Nuevo y del Viejo Testamentos, a la par que niega a Vieyra, que de los hombres se haya nunca ausentado Jesús.

Al dicho de Santo Tomás: "la mayor fineza de Cristo fué el quedarse con nosotros, sacramentado, cuando se pararía a su Padre, "glorioso", replica Vieyra: — "No fué"; sino quedar en el Sacramento, sin uso de sentidos; y Sor Juana lo rebate igualmente, poniéndose del lado de Santo Tomás, y agregando, que, aceptado el sentir de Santo Tomás, aun podría decirse que la fineza de que Cristo se quedase entre nosotros, sacramentado, se corona con estar Cristo "presente al desaire de las "ofensas", y exponerse a ultrajes, condenándose a no impedirlos.

A la afirmación de San Juan Crisóstomo: que "la mayor fineza de Cristo fué lavar los pies a los discípulos," Vieyra repone: No tal: sino la causa que le movió a lavarlos"; y por vez tercera, Sor Juana rebate los asertos de Vieyra.

Vieyra, en fin, presenta, no ya en contraposición con nadie, sino por sí propio, su tesis, declarando que "ninguno le dará otra que la iguale", y afirmando que la mayor fineza "de Cristo fué que no quiso la correspondencia de su amor, para sí;" y Sor Juana le replica que:

"el probar que Cristo quiso nuestra correspondencia, y no la renunció, sino que la solicitó, es tan fácil, que no se halla otra cosa en todas las Sagradas Letras, que instancias y preceptos, que nos mandan amar a Dios;" para demostrar lo cual acumula citas sobre citas, con fácil y clara exposición y corroboración de todas ellas, afirmando que Cristo ordenó que se le tuviera ese amor, aun sacrificando a los padres, "si son estorbo para su servicio", y aun el ojo, el pie, la mano, si escandalizan; y la vida misma.

"¡Válgame Dios!" exclama Juana Inés: "¡qué apretado

"precepto, que no reserva ni aun la vida!" — "Pero aun nos queda el ser!" — se responde a sí misma. — "¡Cómo!" — se replica ella también, al punto: — "¡Ni el ser se reserva! "Oigamos: *Si quis vult post me venire, abnéget semetipsum.*" Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo. Véis aquí como nada hay, reservado, en importando a su servicio; pues ¿cómo hemos de pensar que no quiere nuestro amor para Sí, si vemos que los más lícitos amores nos prohíbe, cuando se oponen al Suyo? Y no como quiera; sino que les hace la guerra a sangre y fuego"... "Luego, quiere Cristo; luego, manda Cristo; luego, solicita Cristo que le amemos."

Y después de establecer así su convicción íntima, con una fuerza total, y una arrebatadora elocuencia, se pone a reflexionar sobre el propio asunto, diciendo: "el no querer la correspondencia fuera fineza en un amor humano, porque fuera desinterés; pero en el de Cristo no lo fuera, porque no tiene interés alguno en nuestra correspondencia."

¿Por qué entonces nos la pide? se pregunta a sí misma. Por el mismo amor que nos tiene; se contesta:

... "Es el amor de Cristo muy al revés del de los hombres: los hombres quieren la correspondencia, porque es bien propio; suyo; Cristo quiere esa misma correspondencia, para bien ajeno, que es el de los propios hombres" ... "Examina Cristo a Pedro, de su amor, y dícele: *Petre, amas me?*" Pedro, ¿me amas? "Responde Pedro, con aquellas ardientes ponderaciones que brotaba su encendido corazón, que sí; y que pondrá su vida por su amor. Veamos para que es este examen, tan apretado, de Cristo. Sin duda que quiere que Pedro le haga algún gran servicio. Si quiere. ¿Y cuál es? *Pasce oves meas.*" Apacienta a mis ovejas". "Esto es lo que quiere Cristo, que el amor de Pedro sea suyo; pero que la utilidad resulte en las ovejas". No un servicio para él; sino el servicio de todos los hombres, para todos los hombres.

En esta disquisición acerca del amor divino, que muestra cuánto y cuán hondamente había pensado en él Sor Juana, y cuánto y cuán hondamente lo había sentido; en la que arguye a cada paso contra su propio pensamiento para entender mejor el amor de Cristo, estudiándolo mejor a cada momento, agrega todavía:

"pudiéramos ahora replicar, diciendo: Si Cristo no ha menester el amor del hombre para bien suyo, sino para

"bien del mismo hombre" "¿para qué solicita el amor del hombre, pues sin que el hombre lo ame puede Cristo haberle bien?" Y ella misma se contesta: "Para responder a esta réplica es menester acordarnos de que Dios dio al hombre el libre albedrío, con que puede querer y no querer; obrar bien o mal, sin que para esto pueda padecer violencia, porque es homenaje que Dios le hizo, y carta de libertad auténtica, que le otorgó. Pues ahora, de la raíz de esta libertad nace que no basta que Dios quiera ser del hombre, si el hombre no quiere que Dios sea suyo. Y como el ser Dios, del hombre, es el sumo bien del hombre, y esto no puede ser sin que el hombre quiera; por eso quiere Dios, solicita y manda al hombre, que le ame; porque el amar a Dios es el bien del hombre."

He aquí cómo Sor Juana entendía los Evangelios; pero veamos ahora, en su mismo juicio acerca del Sermón de Vieyra, cómo los relacionaba con el Viejo Testamento:

"Dice el real profeta David", recordaba ella — y lo mismo que en las demás palabras suyas que vamos reproduciendo sólo citaremos aquí las que mejor, a nuestro parecer, expresan su pensamiento — "que" haciendo Dios, "os-tentación de su Poder", declara: "Yo no he menester vuestros sacrificios ni vuestros holocaustos". "Mías son todas las aves que vuelan y las fieras que pacen. Mía toda la abundancia que produce en sus frutos la Tierra. Mía, toda la máquina del Orbe"...

Y Sor Juana prorrumpe: "Pues, Señor Altísimo, le pudiéramos responder, si de nada necesitáis, porque todo es vuestro";... "si sois todopoderoso e infinitamente rico, ¿qué podremos hacer en vuestro servicio, vuestras pobres criaturas? Ved que es desconsuelo nuestro el no poderos ofrecer algo, porque lo tenéis todo, cuando nos tenéis tan obligados con vuestros beneficios." — "Sí podéis," contesta Sor Juana, con las palabras atribuidas a Dios mismo por el versículo 14 del propio salmo de David; y después de citarlo en el texto de la versión latina del Santo Patrono de la misma Sor Juana, de San Jerónimo, libre y derechamente lo traduce al castellano declarándolo: "como si dijera: *Hom-bre, ¿quieres corresponder a lo mucho que te he dado? Pues pídemme más, y eso recibo yo por paga. Llámame en tus trabajos, para que te libre de ellos, que esa confianza tuya tengo por honra mía*". Y vertido así, en esta desenvuelta y admirable manera, el texto bíblico, Sor Juana,

prorrumpe en un verdadero cántico de admiración y de amor a Dios:

“¡Oh primor del Divino Amor! ¡Decir que es honor suyo
 ”lo que es provecho nuestro! ¡Oh Sabiduría de Dios! ¡Oh
 ”Liberalidad de Dios! ¡Y oh finezas! ¡sólo de Dios! ¡Y sólo
 ”dignas de Dios! Para eso quiere Dios nuestro amor; para
 ”nuestro bien; no para el suyo. Y este fué el primor de su
 ”fineza; no el no querer nuestra correspondencia, como quie-
 ”re el autor”, cuyo juicio crítico hace ella, “sino el que-
 ”rerla, para bien nuestro.”

Sor Juana concluye convencida de los defectos que su trabajo tendrá; pero diciendo a quien se lo envía que, como ese trabajo va a sus manos, unos de sus defectos “corregirá él, con discreción, y otros suplirá con amistad”, y agrega: “creo cierto que si algo llevare de acierto este papel, no es obra de mi entendimiento, sino sólo que Dios quiere castigar, con tan flaco instrumento, la “soberbia” de aquel que se atrevió a pensar que no se había *estrechado* “la mano de Dios” en cuanto a San Agustín, San Juan Crisóstomo y Santo Tomás, para no crear quien los superase; pero que si se había *abreviado* “para él”; para Vieyra, “para no poder criar quien le respondiese”; después de lo cual agrega, con referencia al juicio por ella emitido: “si, con todo, pareciese no lícita extravagancia ésta en mí,” — la de discurrir, como lo hizo, expresando su pensamiento y su sentir, como se le había ordenado lo hiciera, — “con romper Vuesa Merced este papel, quedará subsanado el error de haberlo *escrito*”; y dice luego, con la más respetuosa y dulce sumisión: — “Finalmente, “aunque este” juicio mío, “sea tan *privado* que sólo lo escribo porque Vuesa Merced lo manda, “y para que le vea, lo sujeto en todo a la corrección de “Nuestra Santa Madre Iglesia Católica, y detesto, y doy por nulo y no dicho, todo aquello que se apartare del común sentir suyo y de los Santos Padres.”

La valentía del pensamiento de Sor Juana, al enfrentarse con el pensamiento del más famoso de los oradores católicos de su tiempo, quedó así superada por su rendida sumisión a la Iglesia de la que formaba parte. No soberbia la suya: era la más justificada libertad de pensamiento, sereno y firme, pronto, no obstante, a ceder, si la Iglesia no aprobaba su dictamen.

2) LA MAS GRANDE FINEZA DEL
MAS GRANDE AMOR.

A su admirable carta crítica del jesuita Vieyra agregó Sor Juana varios párrafos, en obediencia a lo que consideró *mandato* de quien le ordenó que su juicio escribiera. Referíase en ellos a las mismas, calificadas por ella de “bachillerías”, de la conversación que, — así ella lo dice, — en la merced que se le hizo, “pasaron plaza de vivezas”; las que sin duda han de haber sido expresadas por ella con aquel modo especial de hablar suyo, que ya era el nuestro, el mexicano: con el sonido de las ces, las eses y las zetas confundido en uno sólo, y el de las elles y las íes griegas en uno sólo unificado, y el de las ges y las jotas, como en una sóla se funden nuestras tres razas, india, española y mestiza; que también por hablar lo mismo que nosotros, y por ponernos en esto igualmente modelo y pauta, fué Sor Juana formadora de la nación mexicana; hablaría así en aquellas que no sus *bachillerías*, sino sublimidades de su pensamiento, fueron; — hablaría con una ardiente vida; con velado relampagueo en las miradas, y una música atenuada por armónica sordina en las palabras, de todo lo cual apenas si nos quedan ya hoy indicios en la carta misma, maravillosa empero, como es, y escrita, dice su autora, al correr de la pluma; que tanto había ella pensado en los asuntos que la carta comprendía, y que tan enraizadamente correspondían al más interno amor de su alma, a aquel divino amor que con Dios para siempre vino a unirla, que su pluma en efecto, parece haberse deslizado escribiéndola, más que por su mano, empujada directamente por su pensamiento.

De los precedentes separó ella los párrafos finales, por considerarlos de asunto diverso del que trataban los anteriores, y son, en efecto, de diverso asunto: no discuten ya cuál sea en el fin de su vida la acción de *Jesucristo* que mejor y con delicadeza más grande haya expresado su amor y benevolencia, sino cuáles las acciones que, con más delicadeza y primor, caractericen continuamente el amor *de Dios* a los hombres.

Reconstrucción de aquella conversación tan honda que Sor Juana había tenido con su misterioso interlocutor, y que

ella apenas si califica de bachillerías, recuerda cómo, al hablar de finezas, ella dijo “que la mayor” “de Dios”, en su sentir, son “*los beneficios negativos*; esto es, los beneficios” que nos deja de hacer, porque sabe lo mal que los hemos de “corresponder”.

En su singular estilo, tan claro como convincente, con una remembranza perpetua de las escuelas de su época, — a las que nunca fué, — y de la Universidad de su tiempo — en la que siempre estuvo y está presente su alma, aunque jamás a ella materialmente concurre, — Sor Juana argumenta diciendo, como en las escuelas, después de que formula cada uno de sus asertos: “pruébalo”; y acude a cumplir su compromiso, asentando en buen orden sus razones. Descoyuntadas aquí y truncas, porque para mi propósito así bastan, presentaré las necesarias para que, con las propias palabras de ella, se vea cómo pensaba, cómo argumentaba, y qué generoso calor persuasivo, engendrado por la viveza de sus sentimientos religiosos y de su amor a Dios, se encendía en sus reflexiones, iluminándolas como con una aguda y sutil llama:

“Dios cuando les hace bien a los hombres” — se decía “a sí misma, — “va con la corriente natural de su propia” bondad, de su propio amor y de su propio poder, sin costarle nada”. Y confirmándose en su pensamiento, interjectivamente prorrumpía: — “Claro está!” y prosiguiendo en su meditación, razonaba: “luego, cuando Dios no le hace” beneficios al hombre — porque los ha de convertir el hombre en su daño, — reprime Dios los raudales de su inmensa liberalidad; detiene el mar de su infinito amor y estanca el curso de su absoluto poder; luego”,... y aquí, subjetiva y modestamente constriñendo a su propia inteligencia la poderosa fuerza objetiva de su razón, observaba: “luego — según nuestro modo de concebir, — más le cuesta” a Dios el no hacernos beneficios, que el hacérnoslos; y, por consiguiente, mayor fineza es el suspenderlos, que el ejecutarlos, pues deja Dios de ser liberal, que es propia condición suya, porque nosotros no seamos ingratos, que es propio retorno nuestro; y quiere más parecer escaso, porque los hombres no sean peores, que ostentar su largueza, con “daño de los mismos beneficiados.”

Recordaba a este propósito el capítulo XIII del Evangelio de San Mateo, en el que se cuenta cómo Jesús se abstuvo de hacer beneficios en su tierra natal, porque los que inició

allá tropezaron con la incredulidad y la mofa, con el escarnio y la ingratitud, y porque no quería dañar a sus contemporáneos, haciéndoles beneficios que los orillarán a cometer injusticias; y citando las palabras de San Gregorio, que afirma que “mientras más es lo recibido, más grave es el cargo de “la cuenta”; por lo que se confirmaba en su certidumbre, de que “es beneficio el no hacernos beneficios, cuando hemos de usar mal de ellos”, exaltada por su misma verdad, prorrumplía:

“Ah! Señor y Dios mío! qué torpes y ciegos andamos cuando no os reconocemos esta especie de beneficios negativos que nos hacéis!” Con lo cual tornando a sus cogitaciones, agolpábasele recuerdos que las corroboraban: “Tiene el otro corta fortuna”, exclamaba, “y, cuando mucho, dice que *es castigo de Dios*”. — “Cuando sea castigo”, reponía; “el castigo también es beneficio, pues mira a nuestra enmienda!”

Cuán concisa y fuertemente está condensado en estas palabras el concepto esencial y justo del derecho punitivo ideal: no un mal, sino un remedio del alma, para tornar al malo en bueno y convertir, si posible es, el mal en bien. Por eso Sor Juana entendía que si Dios castiga, es porque ama a los hombres; porque así, castigándolos, los beneficia; por eso declaraba que “Dios castiga a quien ama”; mas agregaba todavía, reforzando su razón: “pero no es sólo el beneficio de castigarnos el que nos hace, sino el beneficio de exonerarnos de mayor cuenta.”

“Tiene el otro”, proseguía — en su discusión con los imaginarios personajes que a su mente, en su discurso venían: — “tiene el otro poca salud, y le parece que está Dios sor-do, porque no oye sus lamentos”. — “No está tal!” le gritaba ella al enfermo, “sino haciéndoos el beneficio de no daros salud, porque la habéis de emplear mal.”

Pensaba en los que se lamentan de no haber recibido dones que otros poseen, y que imaginan que Dios no tiene amor para ellos y decía: Envidia causan en “nuestros pró-jimos, los bienes de fortuna, las dotes naturales. Oh! qué errado va el objeto de la envidia; pues sólo debía serlo del gran cargo que tiene, de que ha de dar cuenta estrecha. Y ya que queramos envidiar, no envidiemos las mercedes que Dios le hizo, sino lo bien que corresponda a ellas; que esto es lo que se debe envidiar; que esto es lo que le da el mérito; no el haberlas recibido; que eso es cargo;” todo lo

cual la lleva a resumir su propio pensamiento diciendo, como en una amorosa exhortación a sus hermanos todos, a todos los hombres:

““Estimemos el beneficio que Dios nos hace, de no ha-
”cernos todos los beneficios que queremos, y los que tam-
”bién Su Majestad quiere hacernos y suspende, por no dar-
”nos mayor cargo. Agradecemos y ponderemos este pri-
”mor del Divino Amor en quien el premiar, es beneficio; el
”castigar, es beneficio, y el suspender los beneficios es el
”mayor beneficio, y el no hacernos finezas, la mayor fineza”,
dicho lo cual, subía a su clímax de elocuencia llana y sen-
cilla, encarándose con su invisible auditorio, con nosotros
todos, y apostrofándonos:

“Y si no”, — si así no la piensan ustedes, si así no lo creen, si todavía no lo reconocen — “díganme:: Dios que
”dió al mundo su Unigénito, que encarnó y murió por el
”hombre, ¿qué podrá negar al hombre?”

Después de esta ardiente argumentación, volvía Sor Juana su pensamiento a fines prácticos: formulaba en plural sus propósitos, porque anhelaba verlos compartidos, y porque era siempre forjadora de almas, forjadora de pueblo, y los engarzaba en sus preces, en las que quería fundar sus intentos de futuro mejoramiento:

“Y así juzgo”, decía, “ser esta la mayor fineza que Dios
”hace por los hombres. Su Majestad nos dé gracia para co-
”nocerla, correspondiéndola, que es el mejor conocimien-
”to”, el que acciones oportunas, y adecuadas, y buenas, en-
gendra; “y que el ponderar sus beneficios no se quede en
”discursos especulativos, sino que pase a servicios prácti-
”cos, hallando en nosotros digna disposición, que rompa la
”presa a los estancados raudales de la liberalidad divina,
”que detiene y represa nuestra ingratitud.”

¿A quién dirigió Sor Juana esta carta, cuya intensa y elocuente belleza nace, como la de otras muchas de sus obras, de que nos la muestra a ella misma, amando, pensando, discutiendo, razonando, enardeciéndose, exaltándose, humillándose, ora en coloquio con Dios, ora en comunión con los hombres, vueltos sus ojos a la sociedad selecta de los Santos Padres y de los Evangelistas, presentes ante su alma; tornando luego, el semblante, a lo porvenir?

¿Quién era el incógnito personaje, en obediencia a cuyo mandato ella consintió en escribir esta amorosa pá-

gina de síntesis psíquica, abriendo así una ventana al través de la que tenemos la posibilidad de entreverla, palpitante, en los deliquios de su amor y de su exaltación ética y religiosa, en el diálogo — formidable y luminoso como un cielo inundado de serenos y ardientes resplandores, — en el diálogo de su alma con Dios? ¿Quién era aquel al que sólo llama en las primeras palabras de esta carta sin fecha; “Muy Señor mío”?

¿Sería el que luego, violando la voluntad expresa de Sor Juana, de que nadie más que él la leyera, la publicó, con el nombre, por él mismo inventado, de Carta Athenagórica? ¿El misterioso interlocutor de Sor Juana sería el propio Obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz?... ¡Párese mi pensamiento; que me llevaría absurdamente lejos!

XXIX. — La carta de Sor Filotea de la Cruz a Sor Juana Inés de la Cruz

El Obispo don Manuel Fernández de Santa Cruz debe de haber sabido bien cuán hondamente labrado estaba el espíritu de Sor Juana por las lecturas del Evangelio, por las del Viejo Testamento y por las de los Santos Padres, pues la misma carta que enuncia los pareceres de Sor Juana lo pone sin cesar de manifiesto; cuán asiduamente pensaba en Jesucristo como Dios hecho hombre, y en el mismo Dios, en su infinita eternidad; con qué profundo y ponderoso amor; cómo, a semejanza de una abeja, cargada de miel y embriagada por los aromas de las flores, su alma estaba también cargada de miel — de la miel de sus místicas lecturas — que en más dulce miel, convertía ella en ella misma, — y embriagada con el vino sutil, amoroso y fuerte de su amor a Dios, que por Dios transformábase en ella, en amor a los hombres. Imposible que no hubiera oído el Obispo los villancicos que para el pueblo de su propia catedral, la de Puebla, fueron compuestos por Sor Juana, y en los que la alada música de sus versos nos trajo, de lo pasado a lo presente, y envió a lo porvenir, los paisajes, las figuras, los portentos de la misteriosa historia santa — y la propia transfigurante fantasía de Sor Juana, — para que el Cielo mismo bajase a la Tierra.

Claro que el Obispo sabía todo esto, y sin embargo, le escribió su carta del 25 de noviembre de 1690, que no firmó él con su nombre, sino con el de la imaginaria Sor Filotea de la Cruz, él mismo declarando en su portada que dicha carta se imprimía “con licencia del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor don Manuel Fernández de Santa Cruz, dignísimo Obispo de la ciudad de los Angeles.”

Desconcertante carta en la que quien se llama en ella Sor Filotea de la Cruz principia por declarar que ha admi-

rado la crítica que Sor Juana hizo del sermón del Padre Vieyra, particularmente por la claridad de su exposición; — no, como yo quisiera que él hubiese dicho, por la santidad y profunda y arrebatadora verdad, de sus conceptos; — y que la había hecho imprimir, — no, como pudiera yo pensar, por el fruto espiritual que de su lectura esperara se sacase, — sino para que su autora “reconozca los tesoros que Dios depositó en su alma, y le sea, como más entendida, más agradecida”. Dióla a las prensas, declarando en su portada, que la imprimió y dedicó a Sor Juana Inés de la Cruz, “Filotea de la Cruz, su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad, de la Puebla de los Angeles,” y veló así su autoridad, su nombre y su oficio.

Carta en la que diríase que la “estudiosa aficionada” dice a Sor Juana, a propósito de sus dotes intelectuales, que tanto pondera, que puesto que “quien más ha recibido de Dios, está más obligado en la cuenta,” ella, Sor Filotea de la Cruz, “teme se halle Vuesa Merced”, Sor Juana, “alcanzada en la cuenta, pues pocas criaturas deben a Su Majestad mayores talentos en lo natural”; agregando “que si hasta aquí los ha empleado bien, que así lo debe creer de quien profesa tal religión”, en adelante sea mejor.

Epístola en la que la “estudiosa aficionada” apunta “el riesgo de elación de nuestro sexo” — el que el Obispo finge que tiene quien la escribe; el que ciertamente tiene Sor Juana, — declarando ese sexo “propenso siempre a la vanidad”, cuando si Sor Juana había escrito su juicio de aquilataamiento del sermón del Padre Vieyra, había sido sólo excusándose y volviendo a excusarse de haberlo escrito, y explicando bien que no lo escribió, más que por obediencia, a pesar de lo cual, el Obispo recuerda a Sor Juana que “en la casa de Abraham” “no convenía” que Sara “fuese Señora”, cuando “tenía empleo de súbdita”.

Carta en la que la llamada Sor Filotea de la Cruz — a quien tiene que constarle que Sor Juana había leído no una sino muchas veces la vida de Jesucristo, pues para saberlo no necesitaba más que haber pasado los ojos por el juicio crítico que el mismo Obispo Fernández de Santa Cruz imprimió, y en el que tantas veces se citan, con firmeza admirable y con tino ejemplar, en el latín de la Vulgata, los Evangelios, no pocas, traduciéndolos, y siempre acertada y excelentemente comentándolos — dice a Sor Juana que no pre-

tende que “mude el genio, renunciando los libros, sino que ”le mejore, *leyendo alguna vez el de Jesucristo.*”

Carta en la que Fernández de Santa Cruz dice a Sor Juana — cuando en el juicio crítico que él mismo acababa de publicar, no cita ella más que a San Agustín, a San Lucas, a San Juan, el Génesis, el libro de Esther, las Epístolas de San Pablo a los Corintios, San Mateo, Santo Tomás, San Juan Crisóstomo, el Deuteronomio, San Marcos, el Exodo, las Epístolas de San Pablo a los Colosenses, los Salmos de David, los Libros de los Reyes y las Homilias de San Gregorio, todo siempre en su texto latino, bien entendido y claramente expuesto: — “mucho tiempo ha gastado Vuesa Merced en el estudio de filósofos y poetas; ya será razón que ”se perfeccionen los empleos y que se mejoren los libros.”

Carta en la que — cuando Sor Juana, sin mencionar a uno sólo de los poetas y de los filósofos, atinadamente acaba de apelar a todas las letras sagradas para hablar del Amor Divino, y cuando en homenaje a lo bien que acaba ella de hablar, publica las propias palabras de ella el Obispo — el mismo Obispo prorrumpe: “ciencia que no alumbrá para ”salvarse, Dios, que todo lo sabe, la califica por necesidad”. Dios que *todo* lo sabe — pudiera respondersele repitiendo sus propias palabras, — *todo, todo*, aun los filósofos y los poetas — ¿“la califica por necesidad”?..

Contradictoria carta, en la que, después de tan radical y rotunda condenación de cuanto no sean los libros sagrados, el Obispo agrega: “no repruebo por esto la lección de estos autores”, de los profanos; “pero digo a Vuesa Merced lo ”que aconsejaba Gersón: préstese Vuesa Merced; no se venda ni se deje robar de estos estudios; esclavas son las letras humanas, y suelen aprovechar a las divinas.”

¡Ah! ¡Si sólo esto hubiera dicho Fernández de Santa Cruz! Si simplemente hubiese recomendado a Sor Juana que se resistiera, a las veces, a las instancias de tantos que abusaban de su bondad, pidiéndole versos a todo propósito, ¡qué bien habría hecho! que ya hemos dicho cómo, en otro tiempo, las constantes impertinencias afectuosas de sus admiradores, en las Cortes en que lució su donosura y brilló su ingenio, la llevaron, con la prodigiosa facilidad que de versificación tenía, a hacer obras indignas de su numen, o a amplificar, fuera de medida, otras, que habrían ganado siendo más breves; pero el Obispo, que acaso quiso decir esto, ni fué oportuno al decir lo que dijo, ni atinadamente

lo dijo; pues si es ya excesivo que, por lo que toca a parte de la obra anterior de Sor Juana, exclame: "no es poco" el tiempo que ha empleado Vuesa Merced en estas ciencias curiosas", es del todo injustificado que agregue: "pase ya, como el gran Boecio, a las provechosas, juntando a las sutilezas de la natural, la utilidad de una filosofía moral". *¡Pase ya!* pues que ¿no había escrito *ya* entonces Sor Juana innumerables obras de religiosa inspiración, como aquellas de que antes hemos venido hablando, y otras, de las que hablaremos después, y las que hasta nosotros no han llegado?

El Obispo, empero, continúa: "Lástima es que un tan grande entendimiento, de tal manera se abata a las rastreas noticias de la Tierra, que no desee penetrar lo que pasa en el Cielo!" ¿No deseaba Sor Juana Inés penetrar lo que en el Cielo pasara? Pues qué ¿no acababa justamente de escribir lo que para ella pasaba no sólo en el Cielo, sino en el Cielo, en la Tierra y en todas partes: las excelencias del Amor de Dios, como ella las concebía, como las encontraba explicadas en los Evangelios, en las Epístolas, en los libros del Viejo Testamento, en San Agustín, Santo Tomás de Aquino y San Juan Crisóstomo, y como las veía desconocidas por el príncipe de los predicadores lusitanos? ¿y no agregaba a todo esto sus propias y personales meditaciones?

A pesar de eso, el Obispo proseguía: Lástima es que "ya que se humilla al suelo, no baje más abajo, considerando lo que pasa en el Infierno!" — ¿Qué mal espíritu aconsejaba a quien con tal vehemencia escribía? — No otro, a mi parecer, que el de una extraordinaria exageración de apostólico celo, aliado, — aunque esto parezca increíble, — a una positiva bondad, a verdadera devoción y aun a admiración por Sor Juana, que fué la que lo llevó a publicar el juicio crítico de ésta sobre el Sermón de Vieyra, y a elogiarla con ardientes alabanzas, en mala hora adulteradas por la suficiencia de su altísima jerarquía de Obispo, y por el mal velado hábito de aleccionar desde lo alto de su posición, hábito que por fuerza habíasele tornado natural, y que era también el que lo había llevado, diez años atrás, a elevar ante el Rey de España un juicio severísimo acerca de la Universidad de México, que acababa de herirlo rechazando "ciertas pretensiones suyas", dice el Padre Mariano Cuevas

en la página 183 del tomo III de su *Historia de la Iglesia en México*.

Excitando luego a Sor Juana a que dedicara su ingenio a los asuntos sagrados, decíale en su misma carta: "Oh! qué útilmente" "se engolfará ese rico galeón de su ingenio, en "la alta mar de las perfecciones divinas!" "Estoy muy cierta y segura que si Vuesa Merced, con los discursos vivos "de su entendimiento, formase y pintase una idea de las "perfecciones divinas"... — pero ¿qué otra cosa acababa de hacer en la carta que el mismo Obispo llamó Athenagórica, sino formar y pintar una idea de las perfecciones divinas? — ... "al mismo tiempo se vería ilustrada de luces su "alma, y abrasada su voluntad, y dulcemente herida de amor "de su Dios", — como ya sin duda lo estaba; pero el Obispo tornaba a su humor recriminatorio, agregando: "para que "este Señor", Dios mismo, "que ha llovido tan abundantemente beneficios positivos en lo natural, sobre Vuesa Merced, no se vea obligado a concederle beneficios solamente "negativos, en lo sobrenatural, que, por más que la discreción de Vuesa Merced los llame finezas, yo los tengo por "castigos, porque sólo es beneficio el que Dios hace al corazón humano, previniéndole con su gracia, para que le "corresponda agradecido: disponiéndole con un beneficio "reconocido, para que no represada la liberalidad divina, "se los haga mayores"; pasado lo cual, y volviendo al fin a su natural bondad y a su nombre de Sor Filotea de la Cruz, el Obispo concluía: "Esto desea a Vuesa Merced quien, desde que la besó, muchos años ha, la mano, vive enamorada "de su alma, sin que se haya entibiado este amor por la "distancia ni el tiempo, porque el amor espiritual no padece achaques de mudanzas, ni las reconoce el que es puro, "si no es hacia el crecimiento: Su Majestad oiga mis súplicas, y haga a Vuesa Merced muy santa; y me la guarde "en toda prosperidad. — Deste Convento de la Santísima "Trinidad de la Puebla de los Angeles, y noviembre 25 de "1690, besa la mano de Vuesa Merced, su afecta servidora, "Filotea de la Cruz."

Si a pesar de la extraña injusticia subyacente en esta epístola deben las letras al Obispo Fernández de Santa Cruz una gran deuda, no es sólo porque él haya publicado la carta de Sor Juana que él llamó *athenagórica* — rindiéndole homenaje con sólo esto; que *athenagórica* quiere decir tanto como arenaga propia de Minerva, — de las voces griegas:

Athena, Minerva, y *agora*, arenga, y del sufijo *ica*, que vale tanto como propio de, digno de,— carta que, si no hubiera sido publicada por él, acaso se habría perdido, impidiéndonos así que a Sor Juana conociéramos en parte de lo más íntimo y mejor de su alma, — sino también porque la misiva del Obispo hizo que Sor Juana le dirigiera su admirable respuesta, cuya inexistencia tampoco, y por iguales motivos, podríamos lamentar nunca bastante.

XXX. — La respuesta de Sor Juana Inés de la Cruz a
Sor Filotea de la Cruz

1) SU REVERENCIA Y HUMILDAD. SU
REVELACION DEL TIPO PSIQUICO
DE SOR JUANA.

Escrita el 1.º de marzo de 1691 la respuesta de Sor Juana a "Sor Filotea de la Cruz" — Sor Juana tenía entonces poco más de 39 años, y su fama hacía mucho tiempo que era inmensa, — no se advierte en sus palabras la menor sombra de orgullo, ni menos de arrogancia, aunque no ha faltado quien así lo piense, ni adolorida impresión por los cargos que el Obispo acababa de hacerle, sino más bien una dulzura tan sincera, un agradecimiento tan hondo, un respeto tan grande, y tanta humildad y reverencia, que maravillan: dirigiéndose a Sor Filotea de la Cruz, ya que con este nombre había firmado el Obispo la misiva que le escribió el 25 de noviembre del año anterior, principia por excusarse rendidamente, porque habían pasado poco más de dos meses sin que ella le contestara, y así le dice:

"Muy ilustre Señora, mi señora: No mi voluntad: mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta. ¡Qué mucho si al primer paso encontraba, para tropezar, mi torpe pluma, dos imposibles! El primero, y para mí el más riguroso, es saber responder a vuestra doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta."

¿Puede darse más completo acatamiento y más delicada sumisión?

"El segundo" "es saber agradeceros tan excesivo como no esperado favor, de dar a las prensas mis borrones;" — así llamaba ella lo que el Obispo consideró, arenga propia de la diosa de la sabiduría; — "merced tan sin medida, que

"aun se le pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y
"al deseo más fantástico...!"

Y ved cómo a la expresión de su agradecimiento vuelve a entrelazarse la de su humildad:

"Cuando la felizmente estéril, para ser milagrosamente
"fecunda, madre del Bautista vió en su casa tan despropor-
"cionada visita como la Madre del Verbo, se le entorpeció
"el entendimiento y se le suspendió el discurso, y así, en
"vez de agradecimientos, prorrumpió en dudas y pregun-
"tas: *Et unde hoc mihi?* ¿De dónde a mí viene tal cosa?"...
"Así yo diré: ¿De dónde, Venerable Señora, de dónde a mí
"tanto favor" ¿Por ventura soy más que una pobre monja,
"la más mínima criatura del mundo y la más indigna de
"ocupar vuestra atención?..." "No es afectada modestia, Se-
"ñora, sino ingenua verdad de toda mi alma; que al llegar
"a mis manos impresa la carta, que vuestra propiedad llamó
"*atenagórica*, prorrumpi (con no ser esto en mí muy fácil),
"en lágrimas de confusión, porque me pareció que vuestro
"favor no era más que una reconvencción que Dios hace a
"lo mal que le correspondo, y que, como a otros corrige con
"castigos, a mí me quiere reducir a fuerza de beneficios,"
— con lo cual Sor Juana pone ante el Obispo, desnuda su
alma, en la que, lejos de que, como — ¡increíble parece! —
se ha dicho, no hubiera "preocupación religiosa, ni mucho
menos mística", — así lo afirma, siete veces, el distinguido
Sor Juanista, Abreu Gómez, en sus notas a la Carta de Sor
Juana (México, 1929), — prevalece, por lo contrario, aquel
sentimiento hondísimo, de deslumbramiento y aun de anon-
adamiento ante la grandeza y ante la bondad de Dios, que
es lo que constituye la esencia del sentimiento religioso, como
lo ha hecho ver, con claridad meridiana, Juan Gentile, y
que, por contraste, la lleva a despreciarse fuera de medida,
a desconocerse todo mérito, aun el más insignificante, a
considerarse indigna de cualquiera distinción, y a creerse
incapaz aun de salvarse, si no es sólo por la misericordia
infinita de Dios. Por eso, agrega:

"cuando esto considero acá, a mis solas, suelo decir: —
"Bendito seáis vos, Señor, que no sólo no quisisteis en ma-
"nos de otra criatura el juzgarme, y que ni aun en la mía
"lo pusisteis, sino que lo reservasteis a la Vuestra, y me li-
"brasteis a mí, de mí y de la sentencia que yo misma me
"daría, que, forzada de mi propio conocimiento, no pudie-
"ra ser menos que de condenación, y os la reservasteis a

"Vuestra Misericordia, porque me amáis más de lo que yo me puedo amar".

El alma de Sor Juana, aunque esté escribiendo al Obispo, escápase para volar a Dios y hablar con El, subiendo hasta El en alas de su infinito amor. Vuelve, empero, en sí misma, y dirigiéndose de nuevo al Obispo exclama: "Perdonad, Señora mía, la digresión, que me arrebató la fuerza de la verdad"; la fuerza de la verdad, y la de sus incasantes coloquios con Dios; pero como esa misma fuerza de la verdad, la lleva a buscar más, en sí propia, para ver si sólo esa fuerza la arrebató, o si algo, de diversa naturaleza, produjo su digresión, alumbrando su conciencia encuentra que allá, en otro plano de su alma, había también, para que a la digresión la arrastrara, una especie de necesidad de "buscar efigios", de buscar salidas "para huir la dificultad de responder", porque le parecía imposible hacerlo, sumergida en la confusión en que se hallaba, por lo cual prorrumpe: "cuasi me he determinado a dejarlo en silencio."

Arrepentida, empero, de hacerlo así, se repone, pensando que aunque no pueda responder, como el silencio "es cosa negativa", "aunque explica mucho con el énfasis de "no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo, para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga; que "si no, dirá nada el silencio, porque ese es su propio oficio, *decir nada*".

Si no es agolpándosele a la memoria y viniéndosele a los labios recuerdos de sus lecturas, casi no puede hablar Sor Juana, casi no puede pensar: presentes en ella estaban, espiritualmente acompañándola siempre, los más íntimos amigos de su alma, sus libros, y con ellos, los autores de ellos. En esta época de su vida, sobre todo los *Santos Libros*, y los autores y los personajes de sus *Sagradas Lecturas*, que habían venido a formar para ella la viviente fortaleza en la que moraba su alma. Por eso prosigue, citando la Segunda Epístola de San Pablo a los Corintios:

"Fué arrebatado el Sagrado Vaso de Elección al tercer cielo; y habiendo visto los arcanos secretos de Dios, dice: *Audivít arcana Dei, quae non licet hómini loqui.*" Oyó los arcanos de Dios, que no es lícito al hombre revelar. "No dice lo que vió; pero dice, que no lo puede decir; de manera que aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera, que no se pueden decir; para que se entienda que el callar no es *no haber* qué decir, sino *no haber*

"en las voces, lo mucho que hay que decir... Así yo, Señora mía, sólo responderé, que no sé qué responder;... y diré, por breve rótulo de lo dejo al silencio, que sólo con la confianza de favorecida, y con los valimientos de honrada, me puedo atrever a hablar con Vuestra Grandeza."

Revela en esta carta, Sor Juana, y en su vida toda, que si hubiera de ensayarse clasificar el tipo de persona psíquica al que más se aproxima, entre los dos que Jung tiene en cuenta, sería debido no incluirla en el de los introvertidos, sino en el de los expansivos y comunicativos o, como Jung diría, en el de los extravertidos; que por más que la interna contradicción de que su carta da muestra, y el sentimiento místico de su propia pequeñez, la lleven un momento al silencio, basta, — para nuestro bien y para su propia salud espiritual, — la más leve coyuntura, para que hable: como el agua mana, como el viento fluye. Por eso, un punto después, en su misma carta, llevada por su natural confianza y por la fuerza de su agradecimiento al Obispo, "ya no me parecen imposibles", gozosamente dice, "los que puse al principio, a vista de lo que me favorecéis, porque quien hizo imprimir la carta, tan sin noticia mía; quien la intituló, quien la costeó, quien la honró tanto, siendo de todo indigna — por sí y por su autora, — ¿qué no hará? ¿qué no perdonará? ¿qué no dejará de hacer? ¿y qué dejará de perdonar? Y así, debajo del supuesto de que hablo con el salvo conducto de vuestros favores, y debajo del seguro de vuestra benignidad," "digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación, de aplicar el estudio a Libros Sagrados; que aunque viene en traje de consejo, tendrá en mí, sustancia de precepto"...

¿Miráis bien que Sor Juana no advierte lo que al parecer de muchos fué, — a lo menos verbalmente, — injusticia del Obispo, ni la positiva y cierta admiración que éste, como todo el mundo, por ella sentía? Permítele, sin embargo, su corazón, intuitivamente, darse cuenta de lo que era más hondo en el Obispo, que esa superficial injusticia y que aquella admiración positiva y cierta, aunque menos expresiva que su deseo de corregir y perfeccionar; permítele su corazón, tan necesitado de amor, darse cuenta del cariño real que él por ella sentía, y que para nuestros ojos, menos perspicaces, y para nuestro sentimiento, desprendido y distante, ocupado de otro modo, es sin duda menos visible. Porque para ella lo fué, le dice que, "como otro Asuero", le ha

“dado a besar la punta del cetro de oro de “su” cariño, en señal de” concederle “benévola licencia para hablar”. Explícale, por eso, lo que él no podía saber, si ella no se lo dijera; lo que era lo más hondamente cierto de ella misma; y que mejor revelaba su ser íntimo: lo que ella no hacía, y las razones por las que no lo hacía; explícaselo, pensando acaso en que se define uno mejor, por lo que no hace, y por las razones por las que no lo hace, que por lo que hace, y así le escribe:

“Os confieso, con la ingenuidad que ante vos es debida, y con la verdad y claridad que en mí siempre es natural y costumbre, que el no haber escrito mucho de asuntos sagrados,” — mucho, sí había escrito; pero poco, para lo que ella quisiera, — “no ha sido desafición, ni de aplicación, la falta, sino sobra de temor; y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz, y para cuyo manejo soy tan indigna.”

Este es, en efecto, el motivo más profundo de que Sor Juana no haya escrito más de lo que escribió sobre tales asuntos: el mismo sentimiento de su pequeñez ante lo que creía más grande que ella; ese *religioso sentimiento*, al que ya nos hemos referido, y que formaba la esencia central de su ser; pero no era esa la causa única de que de tales asuntos no tratase más a menudo: agregábanse otras; y, desde luego, muy cuerdas reflexiones: “el ver que aun a los varones doctos se prohibía el leer los Cantares, hasta que pasaban de treinta años; y aun el Génesis; éste, por su oscuridad, y aquéllos, porque de la dulzura de aquellos epitalamios no tomase razón la imprudente juventud, de mudar el sentido en carnales afectos”; como lo comprueba, agregaba ella también, “mi gran padre San Jerónimo, mandando que sea lo último que se estudie, por la misma razón.”

A estas reflexiones sumábanse en el ánimo de Sor Juana, otras: ¿No repugnaban también, para que en los asuntos sagrados se ocupase, su propio sexo y su edad? ¿No lo repugnaban aun más, las costumbres? Y no, que estas consideraciones fueran las únicas atendibles, o las solas que verdaderamente ocuparan el alma de Sor Juana; que eso fuera simplificarla y por lo mismo mutilarla. Toda alma es compleja, y aun consigo misma contradictoria. La de Sor Juana, más compleja que otras muchas. Por eso no tiene nada de raro que a pesar de todas sus razones — extrínsecas y externas; e intrínsecas y hasta idiosincráticas, — para no es-

cribir acerca de asuntos sagrados, otra Sor Juana, — que en la misma Sor Juana estaba y que era también Sor Juana; pero diferente de la que no quería escribir; — aquella Sor Juana en la que predominaba la luz del conocer, y el anhelo de expresar lo que veía; aquella Sor Juana que ella misma llama *su entendimiento*, — le haya promovido el deseo y aun la tentación de escribir a aquel respecto; sólo que la Sor Juana temerosa, la Sor Juana reflexiva, la Sor Juana humilde que en el convento había buscado donde esconderse y refugiarse, quitábale “la pluma de la mano” a la Sor Juana investigadora, curiosa y literariamente audaz y arrojada; acumulábale al paso, para detenerla, razones sobre razones, y aun el natural y justo temor al Santo Oficio, que bien sabía todo el mundo cuán celosamente cuidaba de reprimir todo lo que pareciese que debía ser reprimido porque hubiera quien lo señalara como un peligro enderezado contra la pureza de la fe y contra la unidad mística, social y política de las conciencias de los pueblos.

En cambio, aquella necesidad de su ser todo — de la que ella se daba cuenta sin duda, aunque no se clasificara a sí misma como Jung la clasificaría ahora; — aquella necesidad, de manantial incontenible, aquella precisión de expresar de algún modo su alma, que, fuente inagotable, musical y peregrina, estaba rebosando siempre, convento afuera, ciudad afuera, mundo y tiempo afuera, “no topaba en” los asuntos profanos”, pues, como ella misma decía en su carta al Obispo, “una heregía contra el arte, no la castiga” el Santo Oficio; sino, los discretos, con risa, y los críticos, “con censura, y esta, *justa vel injusta, timenda non est*,” — justa o injusta, no es de temer, — “pues deja comulgar y oír misa”. No dice Sor Juana: pues no sumerje en calabozos; ni somete a torturas; ni entrega al brazo secular; ni, en fin, hiere y mata, sino, solamente: no impide que se comulgue y se oiga misa, es decir, no causa los únicos males que parecen haber sido para ella *males*; por lo cual, no pudiéndoselos causar que escribiese de asuntos profanos, todo daño que por ello le viniere, dice ella misma, “me dá poco o ningún cuidado”.

Tales razones son, con todo, allegadizas, superpuestas y accesorias: Sor Juana lo reconoce y lo declara: la medular era que el insignificante, o, mejor dicho, el nulo concepto que tenía de ella misma, la hacía que, no como ella dice; *nunca*, pero sí *casi nunca*, hubiera escrito ni escribiera,

“sino violentada y forzada, y sólo por dar gusto a otros; no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia”; de modo que, con ser tan suya y característica su naturaleza comunicativa, aun más fuerte era su humildad; fuente aquella, ya lo hemos dicho, que sin cesar fluía y sin cesar apresurada, iba reflejando el Cielo, y hablando al Cielo y a cuanto la rodeaba; pero que se paraba de súbito, como si no pudiese ya fluir, ni partir de ligero, ni cantar, apenas sentía que alguien quisiera mostrarla a la luz pública, violando su secreta radiación de estrella en lago de selva virgen; casi suspensa su vida, si cualquiera la invitaba a volver visibles y a revelar sus virtudes.

¿No era esto, por otra parte, efecto de que una es la necesidad efusiva y comunicativa, inmediata y llana de ir a todos y aun al Universo mismo, y otra, y aun a las veces opuesta, la de escribir? Porque comunicarse en el acto, es posible incesantemente, con sólo mirar y sonreír; con seguir el ademán ajeno, o con precederlo, o dulcemente insinuarlo; pero para escribir, precisa en algún modo, mientras se escribe, interrumpir la comunicación directa, y poner en medio, el muro de cristal, casi nunca transparente, de las palabras y de la escritura.

Por fortuna el don de Sor Juana, de exteriorizarse, de salir de sí misma, era, en un sentido, aun más extraordinario, porque salía ella de sí misma sin salir de ella misma; sin difundirse, ni agotarse, sino, por lo contrario, intensificándose. Por eso en él se concilian las dos formas bipolares de su naturaleza psíquica; ansia de saber, desde que, como ella decía, la rayó la luz de la razón; pero a la par, expresión admirable. Su ansia de saber resultaba, en efecto, de que, sin salir de ella misma, iba a cuanto solicitaba su virtud de mirar y de admirar, y con tan arrebatado modo lo admiraba, que se sentía en relación con lo más arcano de cuanto admiraba; con lo cual en cada creatura, “por más baja que fuese” sentía “el *me fécit Deus*”, el sello divino, que con Dios la ponía en relación; e iba a ella y a El, en un gozoso rapto, es decir, llevada por las alas mismas del Amor. De esta suerte, su don de exteriorización no era resultado de superficialidad y de pobreza, y de vacío inferior, sino de íntima plenitud espiritual, y así se conciliaban también en ella aquellas dos virtudes antitéticas del genio griego, tan característicamente suyas y de las que tan raras muestras dió en su *Primer Sueño*: “la unión de la

extrema abstracción, con un pensamiento muy intuitivo"; las dos que, con estas mismas palabras, atribuye al genio griego el profundo pensador Klages, en *Los Principios de la Caracterología*.

Juntas en ella, bipolarmente, su prístina ansia de saber y su necesidad de exteriorización, por la primera, hacía suyo cuanto miraba, cuanto meditaba, cuanto ensoñaba, cuanto sabía; por la segunda, lo proyectaba al mundo, inmovilizándolo en formas de belleza, en el universal y perenne fluir del mundo. Así proyectó la patria que en su alma, con las irradiaciones entrevistas de la patria, forjaba, y nos la entregó para siempre. Así también proyectó fuera de ella misma su ansia de amor universal y el alborozado vuelo de su alma a Dios.

2) LA SED DE SABER, DE SOR JUANA, Y EL VUELO DE SU ALMA A DIOS. SU ANSIA CONSTRUCTIVA DE SINTESIS.

En la pendiente natural por la que iba el alma de Sor Juana al querer explicar lo que a ella se refiriese, — para corresponder así al interés que por ella el Obispo mostraba, — preguntábase qué prevelecia en ella, y declaraba, como ya lo hemos dicho, que *lo que sí era verdad que no negaría, era que desde que la rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa su inclinación a las letras, que nada ni nadie habría bastado a que dejara de seguir ese natural impulso*; confesado lo cual, y los extraordinarios esfuerzos que había hecho para aniquilar en sí propia tal inclinación, decía al Obispo: “—Si yo pudiera pagaros algo de los que os debo, creo que sólo os pagara en contaros esto, pues no ha salido de mi boca, jamás, excepto para quien debió salir; pero quiero que, con haberos franqueado de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes sus más sellados secretos, conozcáis que no desdice de mi confianza lo que debo a vuestra venerable persona y excesivos favores.”

Era, pues, a su entender, lo que ella particularmente experimentaba, una sed inextinguible de ciencia: claro que un psicólogo diría ahora, quizás, que tal sed no sería otra cosa que la sublimación del instinto inquisitivo, forma suprema del “urgir fundamental”, de su alma, y de lo que aca-

so Aristóteles habría llamado su *entelequia*—la razón, oscura y potente, que determinaba su constante llegar a ser como era;—pero siendo su instinto inquisitivo tan hondo, y tan penetrante en ella, no la dejaba satisfacerse con simples curiosidades aisladas y volanderas, sino que la llevaba a querer inquirir la esencia y el origen de todo, *y las relaciones de todo*, es decir, las explicaciones, de todo: éstas, como todas las explicaciones, bien sabido es que no pueden ser más que sintéticas, es decir; en un primer grado, *científicas*, cuando sólo forjan sistemas fragmentarios de fenómenos semejantes; en un segundo grado, *filosóficas*, cuando suben a generalizaciones más vastas, que abrazan todo lo conocido; en un tercer grado, *religiosas*, cuando penetran hasta lo desconocido y a lo desconocido se refieren.

Hambre de síntesis en cada uno de esos tres grados, eso era lo que Sor Juana sentía; pero mayor, más comprensiva, más insaciable—aun angustiada,—en el tercero de ellos. Al llegar a ser así, convertíasele, como tiene que convertirse, si a ese tercer grado llega, en *un vuelo del alma al objeto de su ansia, y, por lo mismo, en amor*; en la forma suprema del amor; en un vuelo del alma, *a la Sabiduría Suma*; vuelo que no pueden efectuar, si no es con dificultades inauditas e increíbles, naturalezas que se encierran siempre en sí mismas y que sobre sí propias se anudan; que son del todo y a todas horas introversas; pero que sí pueden realizar, con facilidad soberana, las que, como la de Sor Juana Inés, van siempre más allá de ellas mismas.

Ved cómo sus mismas palabras, en el sintético análisis de sí propia, que, es su carta a Sor Filotea de la Cruz, lo comprueban:

“Volví (mal dije, pues nunca cesé); proseguí, digo, a la ”estudiosa tarea (que para mí era descanso, en todos los ”ratos que sobraban a mi obligación”).—a sus obligaciones de religiosa,—volví a la estudiosa tarea “de leer y más ”leer; de estudiar y más estudiar; sin más maestros que los mismos libros”, aunque estos sólo pudieran darle sin duda, el saber inconexo, aislado, disparatado, que no podía contentar su ansia de síntesis, su hambre de síntesis; por lo que agregaba:

“Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres ”sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro”; es decir, de quien puede ayudar a explicar, a relacionar, a coordinar. De latín, de aquel latín que llegó ella

a saber tan bien que no había textos ningunos en latín que para ella presentaran secretos, no llegaron, dice ella misma, a veinte las lecciones que le dió, siendo todavía casi niña, el Bachiller Martín Olivas, por quien ella tuvo siempre gratitud y cariño, expresados en más de una de sus poesías; pero en todo lo demás, y aun en el estudio posterior de esa lengua, padeció “sumo trabajo”, escribía ella también, “no sólo en carecer de maestros, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro, un libro mudo; por condiscípulo, un tintero insensible, y en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos, no sólo los de mis religiosas obligaciones (que estas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo), sino de aquellas cosas accesorias de una comunidad: como estar yo estudiando, y pelear dos criadas, y venirme a cons tituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo, y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra, con muy buena voluntad, donde es preciso no sólo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio;” “y sólo saben cuánta verdad es esta, los que tienen experiencia de vida común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas, que, como el amor es unión, no hay para él extremos distantes.”

Como el amor es unión ¿notáis cuán cierto es esto? no fusión, sino unión: vuelo del alma, que se sublima en la unión, para la que, claro es, no puede haber ya extremos distantes.

Ved, a la par, cómo su ansia de saber estaba, no refrenada, sino espoleada por las dificultades que para saciarla tenía, y mirad cómo, junto con tal ansia, existía en ella aquel “grande amor” que por sus hermanas sentía, y por el que “solía ir los ratos que a unas y a otras nos sobraban, a consolarlas, y a recrearme con su conversación”; tan atraída por ellas, que a las veces aun tenía que hacerse violencia para tornar a sus estudios.

Estos, sin orientación ninguna de nadie, ¿a qué tendían, según su deseo? ¿qué orden siguió para hacerlos? ¿qué fruto sacó de ellos? Repetidas veces, en formas distintas, nos lo dice ella misma:

“el fin a que aspiraba era a estudiar Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo

"lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios";

en otros términos, diríamos nosotros, el fin a que aspiraba era llegar a entender el discurso sintético y hondo, el más sutil y comprensivo que darse pueda, de la Divinidad, como fuente, origen, descanso y sustento de cuanto existe, y de cuanto pueda estudiarse y saberse.

"Con esto proseguí", vuelve a repetir, "dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología."

¿Cómo imaginó poder alcanzarla? Oídla; que ella misma nos lo dice: Parecióme "preciso para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas, porque ¿cómo entenderá el estilo de la reina de las ciencias quien aun no sabe el de las ancillas?"

Esta fuerte declaración de Sor Juana, en la que ella se sirve de la voz latina *ancilla*, tan expresiva y tan insinuante, para señalarnos la dependencia íntima de los conocimientos y la subordinación de los más humildes a los más encumbrados, nos hace entrar de lleno en su pensamiento. Mirad que no desprende y separa de las ciencias y de las artes comunes y humanas, la que considera *la reina* de todas; y que aún, y siempre, concibe a la reina misma, como *ciencia*. Advertid, que estima que el modo atinado de llegar a la que juzga más alta, es empezar por sus subordinadas y *siervas*; notad que todo esto es, como Platón lo decía, y como lo recuerda ahora Alain, en la página 22 del tomo I de "Las Ideas y las Edades", reconocer que son *las relaciones de las cosas lo que constituye el objeto de nuestros pensamientos*, y aun, *verosímilmente, todos ellos*; — todos los que son, en efecto, pensamientos; — y que, como el propio Alain lo declara, en la página 38 de dicho tomo: "*pensar es considerar todas las cosas juntas*", hasta llegar a formar un "*sentimiento total e indivisible*" a su respecto; y observad que eso mismo es establecer relaciones, y producir explicaciones, y llegar a los tres grados de la síntesis; tener *espíritu científico*, y a la par, *espíritu filosófico*, y también, *espíritu religioso*, y pensar en fin, *pensar de veras*, porque, ciertamente, "*pensar es considerar todas las cosas juntas*".

Esta verdad, expresada de golpe cuando Sor Juana se pregunta "Cómo entenderá el estilo de la reina de las ciencias quien "aun no sabe el de las *ancillas*", es la que a continuación Sor Juana desmenuza, preguntándose de nue-

vo: “¿Cómo, sin *lógica*, sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo, sin *retórica*, entendería sus figuras, tropos, y locuciones? ¿Cómo, sin *física*”, — la física comprendía, en el tiempo de Sor Juana, no sólo lo poco que de esta ciencia, en el sentido estricto de este vocablo, se alcanzaba entonces, sino también lo que en aquella época se sabía en materia de química y de historia natural, *del arte adivinatorio*, que tanto ha preocupado a los hombres, y de medicina. — “¿Cómo, sin física, tantas cuestiones naturales, de las naturalezas de los animales, de los sacrificios, dónde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo, si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fué virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural, que Dios quiso poner en David? ¿Cómo, sin *aritmética*, se podrán entender tantos cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas, tan misteriosas como las de Daniel y otras, para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo, sin *geometría* se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalem”, y “aquel repartimiento proporcional de todas sus partes, tan maravilloso? ¿Cómo, sin *arquitectura*, el gran templo de Salomón, donde fué el mismo Dios el artífice que dió la disposición y la traza, y el Sabio Rey, sólo sobrestante, que la ejecutó, donde no había basa sin misterio; columna sin símbolo; cornisa sin alusión; arquitrave sin significado”, “sin que el más mínimo filete estuviese sólo por el servicio y complemento del arte, sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo, sin grande conocimiento de “la *historia*, se entenderán los libros historiales?” “¿Cómo, sin grandes noticias de *ambos derechos*, podrán entenderse los libros legales?...” “¿Cómo, sin grande erudición, tantas cosas de *historias profanas*, de que hace mención la Sagrada Escritura, tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar? ¿Cómo, sin muchas *reglas y lección de Santos Padres*, se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues, sin ser muy perito en la *música*, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores que hay en tantos lugares?”... “Sin noticia de *astrología*”, traduzcamos, de astronomía, “será imposible entender” lo que a Job dice Jehováh, cuando, increpándolo por la temeridad con que lo juzga, le pregunta: “*Númquid con-*

"jungere valebis micantes stellas Pléiadas — aut gyrum Arcturi poteris dissipare? — Numquid produceris luciferum in tempore suo, — et vesperum super filios terrae consurgere facis?" ¿Eres tú quien aprieta los lazos de las Pléyades, o pudieras relajar las cadenas de Orión? ¿Eres el que hace que se levanten a su tiempo las Constelaciones y el que guía a la Osa, y a sus oseznos? "Y no sólo estas nobles ciencias", agrega Sor Juana; "pero no hay arte mecánica que no se mencione" en los Libros Sagrados.

Así, por el simple enunciado de los problemas que a cada paso la asaltaban en la lectura de tales libros, muestra, de una parte, cuán asiduo era su trato con ellos, y cuán acucioso, diligente, solícito y vehemente; de otra, por el modo con que esos problemas plantea, no sólo el inmenso radio que en su alma abarcaban — en el que se comprendían aun los que ahora llamaríamos problemas folklóricos, como los que Frázer ha estudiado, de las relaciones entre el Viejo Testamento y las creencias y modos de pensar y de obrar de los pueblos primitivos, — sino también la disciplina de su espíritu, que sabía ordenarlos en ciencias propiamente dichas, y en artes mecánicas, y distribuirlos jerárquicamente, a la vez que subir a los amplios horizontes y a las multiplicadas vistas que en todos los sentidos miraba; en fin, su soberano don de maravillarse y de admirar, y el mayor aún, porque es el más sublime y esencialmente religioso, — de tener la intuición de *lo Infinito* en cada punto hacia el que se dirigian sus miradas; el don soberano de que volara su alma, arrebatada siempre al Más Allá, y *sabiendo encontrarlo*, — con vuelo inmediato y certero, por cualquier rumbo hacia el que sus alas volaran.

Encumbra, con todo, más su pensamiento, cuando agrega que aun comprendiendo, si pudieran comprenderse, "todos los libros" que se comprenden en "*el Libro*", y sabiendo si pudieran saberse, "todas las ciencias" "que se incluyen" "*en la Ciencia*", se necesita "una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios "aquella purgación" de ánimo e iluminación de mente, que es menester para la "inteligencia de cosas tan altas". Es decir, que en ella sus lecturas, sus meditaciones, — los vértigos de su alma hacia arriba, en sus vuelos, — no son más que un deslumbramiento perenne ante cuanto le parecía divino — y todo para ella era divino, — y una incesante elevación, es decir, una incesante *poesía*, una perpetua *oración*.

La oración así entendida, claro que entraña que el que ore quede, mientras lo absorbe el objeto de su contemplación, libre y más allá de él, porque encuentre en lo que contemple, el signo de lo Infinito y del Divino Misterio: llega así, no a las formas corporales y negativas del seudo éxtasis, sino al éxtasis verdadero, al espiritual, que con el desprendimiento de todo lo que ata y encadena el alma, envuelve una altísima *pobreza* de mezquinos y egoístas pensamientos; una honda *castidad*, en tanto cuanto esta se relaciona a los goces personales, y una perfecta *obediencia* al llamado del alma, que, dirigida por el objeto de su contemplación como por una aguda *mira*, se dispara gozosa a su Dios. En éste, el significado genuino, el que mejor corresponde al origen griego de la voz *éxtasis*, — salir de sí mismo, — Sor Juana, se sentía arrebatada por sus éxtasis, no sólo orando, cuando los demás creían que estaba orando, sino otras incontables veces.

3) LA CIENCIA Y LOS METODOS DE ESTUDIO DE SOR JUANA. TODO HACIA DIOS.

No; no parece Sor Juana, a pesar de sus constantes lecturas, haber tenido noticia de las inmensas transformaciones que estaba experimentando el pensamiento de su tiempo, y que nos lo traían entonces más acá de la Edad Media: entre los autores que tan atinada y prólijamente cita, no figura el fundador de la filosofía moderna, Renato Descartes, que, catorce años antes de que naciera Sor Juana, había publicado su "Discurso sobre el Método", y que después de descubrir su propia alma, y el Universo entero, y a Dios mismo, por el camino de la duda constructiva, había muerto desde un año antes de que Sor Juana viniera al mundo; no figura tampoco en las citas de Sor Juana, aquel otro gigante del pensamiento, Blas Pascal, en cuyo ser recóndito se libró el más trágico duelo de que tengamos noticia que se haya librado entre un espíritu científico y un espíritu religioso, para que al cabo este último triunfara en la que se ha llamado la noche de su Getsemaní, la del 23 de noviembre de 1654, cuando Sor Juana llevaba la luz y la gracia de sus tres primeros años a aprender a leer en la minúscula escuela de Amecameca.

¿Débese esto a que las obras de tales autores estaban naturalmente en francés, y a que Sor Juana no haya poseído esa lengua, ni hayan podido llegar a sus manos traducciones de ellas? ¿Débese a que aun no lograban abrirse las puertas de la Nueva España para Descartes y para Pascal, como tampoco para otros grandes pensadores del mundo? Sin duda por las mismas razones tampoco ha de haber conocido Sor Juana el *Nóvum Organum* de Francisco Bacon, en el que su autor, treinta y un años antes de que Sor Juana abriese los ojos en Nepantla, había declarado, desde 1630, que la observación y la experimentación son el punto de partida de todo método científico, y aun es casi seguro que ni el sistema de Copérnico fué conocido por ella, no obstante que había sido concebido más de un siglo antes, desde 1543, ya que, como hemos dicho, cuando Sor Juana al firmamento se refiere, piensa en él, salvo quizá en un discutible pasaje, dentro de los conceptos del sistema de Ptolomeo. Nada por otra parte, debe de haber sabido de la gran teoría de Sir Isaac Newton, la de la atracción universal, formulada por él ante la Sociedad Real de Londres en 1687, sólo poco más de 3 años antes de la carta escrita por Sor Juana a Sor Filotea.

¡Qué mucho que ese retardo en la llegada de tales nuevas haya ocurrido entonces, cuando una centuria después, fuerza fué esperar aún, para que don Francisco Javier Clavijero pudiera promover en el colegio jesuita de San Ildefonso de México, después de 1760, que se reformaran las enseñanzas filosóficas, dando franca entrada a las modernas, y con ellas a los métodos de observación y de experimentación científicas!

Esta distancia, de más de un siglo entre los conocimientos y la elaboración filosófica de los mismos que en la Nueva España se tenían en la época de Sor Juana, y los que alcanzaban entonces los más sutiles y profundos pensadores del Viejo Mundo — distancia que en el siglo XVIII vino a ser de cerca de dos siglos, — no existía sin duda en otras ramas de la vida intelectual, ni menos en la espiritual propiamente dicha; y hace, por otra parte, más extraordinaria la clarividencia con la que, por sí propia y sin ajeno auxilio, Sor Juana estudiaba y trataba de agrandar incesantemente los ámbitos del pensamiento en los que vivía, agrandándolos, en efecto, hasta llegar a tener, en no pocas direcciones, profundidades de horizonte tan hondas, como las que te-

nían los mejores pensadores de su tiempo y las que hoy tienen los más insignes escrutadores de los misterios de la naturaleza. Su celda del convento de San Jerónimo, junto a la iglesia de graciosas y delicadas bóvedas, tan distante de los centros donde en Europa nuevas ciencias y artes nuevas nacían con firmeza admirable, es, en algún respecto, más admirable todavía que aquellos centros, porque es como una gota de luz y de sabiduría que dulcemente brillara y se agrandara sin cesar, por la sola devoción fervorosa de una débil mujer, en medio de un mundo frívolo—o inculto y zafio,—en torno al cual las olas encrespadas de los desmanes de muchos de los nuevos señores de las tierras aun mal incorporadas aquí a recientes regímenes, se estrechaban con las olas bravas de las barbaries irritadas, injustamente maltratadas, y a menudo rebeldes e indómitas, de los antiguos pobladores y señores.

Todo tuvo, por otra parte, ya lo hemos dicho, que hacer por sí sola, Sor Juana Inés, sin extraño socorro: buscar los libros que leyera e inventar los métodos con que estudiara cuanto pudiese ser estudiado: dos fueron los que naturalmente practicó; el mismo que el sagaz canciller inglés, Francisco Bacon, había preconizado,—a no dudarlo sin que ella lo supiese: el de la observación directa de la naturaleza, o, como Sor Juana decía, de “todas las cosas que Dios crió”, —sirviéndole esas mismas cosas, “de letras, y de libros toda esta máquina universal”,—y el de leer y estudiar cuanto llegaba a sus manos y tratase de aquellas ciencias y artes que a la teología en su concepto pudieran referirse; —que a su parecer eran todas,—de manera que, decía ella al Obispo, “—como no tenía interés” especial por ninguna de ellas, “que me moviese; ni limite de tiempo que me estrechase al continuado estudio de una cosa”, —pues no trataba de adquirir grados, o títulos y honores, sino *sólo saber*,—“casi a un tiempo estudiaba diversas cosas, o dejaba “unas por otras”.

Esto, que aparentemente pudiera llamarse desorden y falta de método, no lo era, empero, en Sor Juana, porque, como ella misma decía, a unas cosas “llamaba estudio, y a otras diversión, y en estas, descansaba de las otras”, practicando así una buena regla de higiene mental, que más tarde ha venido a recomendarse, y porque, sobre todo, ninguna de sus lecturas permanecía ociosa en su mente, ni separada de las demás, que, como ella tenía espíritu, de veras, filosófico,

es decir amplia y superiormente sintético y constructivo, todas se componían unas con otras; todas influían unas sobre otras; todas se relacionaban unas con otras; por lo cual Sor Juana, en su generoso impulso de ofrecer a los demás los frutos de sus observaciones a este respecto — que tan educadora era, como era amante de la sabiduría, — con entusiasmo exclamaba: “quisiera yo persuadir a todos con mis ”experiencias, a que no sólo no estorban” las lecturas y las letras, unas a otras, sino que “se ayudan, dando luz y abriendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos ”engazos, que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor”, de Dios mismo, a quien ella por todas partes y siempre veía, “de manera que parece se corresponden y están unidas, con admirable trabazón y concierto”. Y acudiéndole a la memoria sus recuerdos clásicos — que no en balde era amante de la sabiduría y de Dios mismo, a la par que lo era de las humanidades y de las artes, — “es la cadena”, jubilosamente exclamaba, “que fingieron los antiguos!”; — aquella de que Homero habla en la Iliada, — “que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas ”las cosas, eslabonadas unas con otras”. “Así lo demuestra”, agregaba, “el Reverendo Padre Atanasio Quirquerio, “en su curioso libro *De Magnete*”; — publicado en 1671, advierte una de las notas de Abreu Gómez.

“Todas las cosas”, proseguía Sor Juana, “salen de Dios, ”que es el centro, a un tiempo, y la circunferencia, de donde salen y adonde paran todas las líneas criadas”; después de lo cual, insistiendo siempre en su idea, — que es idea excelente porque es idea de sintética coordinación, que debe presidir a todo verdadero trabajo de crecimiento mental y de desarrollo de conocimientos — decía: “Yo de mí ”puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una ”facultad, lo suelo entender en otro, de otra que parece ”muy distante”, “que, al explicarse”, abre “ejemplos metafóricos de otras artes.”

Bien lo observaba Sor Juana: *ejemplos metafóricos*; que las metáforas no son más que ejemplos y relaciones, si bien, superficiales; como las leyes de los fenómenos, las leyes científicas, son también relaciones, si bien profundas, y preñadas de otras que de ellas se derivan; que el trabajo mental es en sustancia siempre el mismo en el poeta y en el sabio: el de tener intuiciones de relaciones: *de las relaciones* que unos y otros, poetas y sabios, advierten, “como

cuando dicen los lógicos”, prosigue Sor Juana, “que la oración del lógico anda como la línea recta, por el camino más breve,” y que “la del retórico se mueve como la corva, por el más largo; pero” que “van a un mismo punto los dos, y cuando dicen que los expositores son como la mano abierta, y los escolásticos, como el puño cerrado.”

4) PREMIO,... LA VIDA, A PESAR DE LAS DIFICULTADES DE LA VIDA.

¿Qué fruto sacó Sor Juana de todo esto? Uno, sin duda, excelente: *poder vivir*: como un rosal; que sin el aire, el agua, el sol y los jugos de la tierra — que en tallo y ramas y lucientes hojas, y bellas flores se transforman, — no tendría tallo, ramas, hojas ni flores, y ni aun vivir podría, si no nutriese su vida con el sol y el aire, y al Cielo no irradiara su alma; *poder crecer*, como el rosal crece, devolviendo al sol y al aire, y enviando al Cielo sus aromas, a la manera que el alma de Sor Juana, nutrida por su amor a la sabiduría, se exhalaba hasta Dios mismo; para ella, la Sabiduría. Pero a la par que este fruto excelente, *su vida misma!*... otro fruto sacó de su vida de entonces, doloroso y amargo: el de verse y sentirse blanco de malas voluntades y de los más tenaces esfuerzos hechos en torno suyo para impedir que siguiera creciendo como espiritualmente había crecido, y que siguiera viviendo en el único modo en que podía su alma vivir.

“Cierto”, reflexionaba ella, “que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o lo señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen. Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su República el que se señalaba en prendas y virtudes, porque no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro no menos eficaz aunque no tan “fundado”; “que es aborrecer al que se señala, porque desluzca a otros. Así sucede y así sucedió siempre. Y si no ¿cuál fué la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo

"tantas razones para lo contrario? Porque, si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿cuál más poderosa para arrebatarse los corazones?"... "¿Y qué movería aquella incomparable belleza por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad?"... "Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia" y que "aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas; que no fuesen enamorados y elevados tras él?..." "Y ya que, como toscos y viles, no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera como interesables ¿no les movieran sus propias conveniencias y utilidades, en tantos beneficios cómo les hacía, sanando" a "los enfermos, resucitando" a "los muertos, curando" a "los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? Ay Dios! que por eso mismo no le amaban; por eso mismo le aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos"...

"Suelen, en la eminencia de los templos, colocarse por adorno unas figuras de los vientos y de la fama; y por defenderlas de las aves, las llenan todas, de púas: defensa parece, y no es sino propiedad forzosa: no puede estar sin púas que le puncen, quien está en alto: allí está la ojeriza del aire; allí es el rigor de los elementos; allí despican la cólera los rayos; allí es el blanco de piedras y flechas. Oh infeliz altura, expuesta a tantos riesgos! Oh signo que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción! Cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento: lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve y el entendimiento no, pues mientras es mayor, es más modesto y sufrido, y se defiende menos. Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser..." "No por otra razón es el ángel más que el hombre, que porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino sólo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más"; pero tener este linaje de excelencia orilla a grandes riesgos y causa es, en la miseria moral de los hombres, de quebrantos

y males, por eso “cabeza que es erario de sabiduría no es”pere otra corona que de espinas”. La misma fué la de Jesús; no la cívica; no la castrense; no la mural, sino la obsidional, la que ceñían los romanos “al que libraba la ciudad cercada, o el ejército sitiado, o el campo”..., “según refieren”Plinio y Aulo Gelio”; la obsidional, “que, como sabéis, Señora”, proseguía Sor Juana, era la más honrosa, y se llamaba “obsidional, de obsidio, que quiere decir cerco; la cual no se “hacía de oro, ni de plata, sino de la misma grama o yerba que “criaba el campo en que se hacía la empresa;” “la hazaña de”Cristo fué hacer levantar el cerco al Príncipe de las Tinieblas, “el cual tenía sitiada toda la Tierra, como lo dice en el Libro “de Job, *circuivi terram et ambulavi per eam*”,—circuí la Tierra y ambulé por ella,—y como lo reconoce San Pedro cuando afirma que ronda buscando a quien devorar: “circuit, querens quem devóret.” “Vino”, empero, prosigue Sor Juana, “vino Nuestro Caudillo y le hizo levantar el cerco”. Por eso fué por lo que “los soldados le coronaron, no con oro”ni plata, sino con el fruto natural que producía el mundo, “que fué el campo de la lid, el cual, después de la maldición,” “no producía otra cosa que espinas”.

Sor Juana corrobora su tesis diciendo: “Quiso la misma “Vida”...; pero antes de seguir citándola, ¿advertís cuán atinadamente llama Sor Juana, y cuán naturalmente, a Cristo *la Vida, ¡la misma Vida!* así como otras veces lo llama *la Sabiduría*, identificándolo ora con la Vida, ora con la Sabiduría? ¡La Sabiduría por antonomasia! ¡La Vida por antonomasia!

“Quiso *la misma Vida* ir a dar vida a Lázaro difunto; “ignoraban los discípulos el intento y le replicaron: *Rabbi, “nunc quaerébant te Judaei lapidare; et iterum vadis illuc?*” —Rabí, ahora los judíos te buscaban para lapidarte! ¿y vuelves allá?... “porque tenían el antecedente de” haberle querido “apedrear, porque les había reprendido, llamándoles ladrones, y no pastores de las ovejas, y así temían que “si iba a lo mismo, como las reprensiones aunque sean tan “justas suelen ser mal reconocidas, corriese peligro su vida; “pero, ya desengañados y enterados de que va a dar vida “a Lázaro, ¿cuál es la razón que pudo mover a Tomás para “que, tomando aquí los alientos que en el huerto Pedro: “*Eamos et nos, ut moriámur cum eo?*” —vamos allá, exclame, nosotros también y muramos con El? —“¿Qué dices, “apóstol santo? A morir no va el Señor! ¿De qué es el re-

"celo? Porque a lo que Cristo va, no es a reprender, sino a hacer una obra de piedad, y por esto no le pueden hacer mal. Los mismos judíos", "cuando los reconvino", le respondieron: "*De bono opere non lapidamus te*"... Por las buenas obras no te lapidamos. "Pues si ellos dicen que no le quieren apedrear por las buenas obras, y ahora va a hacer una tan buena, como dar la vida a Lázaro, ¿de qué es el recelo, o por qué? ¿No fuera mejor decir: Vamos a gozar el fruto del agradecimiento de la buena obra que va a hacer nuestro Maestro; a verle aplaudir, y rendir gracias al beneficio; a ver las admiraciones que hacen del milagro, y no decir al parecer una cosa tan fuera del caso, como es: *Eamus cum eo?* Mas ay! que el Santo temió como discreto y habló como apóstol. ¿No va Cristo a hacer un milagro? Pues ¿qué mayor peligro? Menos intolerable es para la soberbia oír las reprensiones, que para la envidia ver los milagros."

Al llegar a este punto de su carta, Sor Juana se interrumpe:

"En todo lo dicho, Venerable Señora", — es decir, ya lo sabéis, Ilustrísimo Señor Obispo, — "no quiero (ni tal desatino cupiera en mí), decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras; no porque haya conseguido," aquella, ni estas.

5) EL MUNDO HOSTIL DE QUIENES NO ENTENDIERON O ENVIDIARON A SOR JUANA.

Que la han perseguido, decía;... ¡Lo dice claramente! — ¿Que la han perseguido las hablillas del vulgo? ¿Que la han perseguido con corteses aunque injustas amonestaciones y advertencias (quienes no la comprendieron? — ¡No! Otra cosa y más grave es lo que dice. ¿Que habla y escribe acerca de serios asuntos que a la religión competen?... Pero ella recuerda, con "el venerable doctor Arce — digno profesor de "la Sagrada Escritura, por su virtud y letras", a quien ella llama también "nuestro Arce", — sin duda porque nacido en México fué arciano de la Catedral Metropolitana de la capital de la Nueva España, hasta el año de 1653, en que falleció, — que San Pablo sólo dijo: "*Mulieris in Ecclesiis taceant*"; que en las Iglesias callen las mujeres; — no en todas partes, ni siempre.

Se le reprochaba que estudiara y aprendiera; pero — volvía ella a recordar al doctor Arce, — ¿no San Jerónimo, en su Epístola VI, a Leta, había encarecido a ésta que enseñase a leer y a escribir a su hija, desde pequeña, y no lo había hecho con tanto empeño que aun para ello le había recomendado los procedimientos pedagógicos que consideraba mejores? ¿No había llegado hasta a recomendarle asimismo que desde niña le enseñara a “recolectar diariamente algunas flores del jardín de las Santas Escrituras, y aun versos de los clásicos griegos?” “Pues si así quería el Santo”, exclama Sor Juana, “que se educase una niña que apenas empezaba a hablar, ¿qué querrá en sus monjas y en sus hijas espirituales?”

Que escribiese; particularmente que escribiese, era el cargo que se le hacía: Que ni en lo secreto se permita estudiar ni escribir a las mujeres, imaginaba ella que quizás llegaba a decirse; falsamente, quienes así lo pretendieron, atribuyendo a San Pablo prohibiciones que San Pablo no impuso jamás; y esto la llevaba a preguntar: — “¿Cómo”, entonces, “vemos que la Iglesia ha permitido que escriban una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Agueda, y otras muchas?... Y si me dicen que estas eran Santas, es verdad, pero no obsta a mi “argumento;” “que la Iglesia permite escribir a las mujeres, santas y no santas, pues la de Agueda, y María de la Antigua no están canonizadas, y corren sus escritos; y ni cuando Santa Teresa y las demás escribieron lo estaban”.

— ¡Que enseñaba ella! ¡que enseñaba! se repetía con escándalo, como si con esto cometiera pecado gravísimo: el propio doctor Arce había declarado, empero, después de maduro estudio, que “estudiar, escribir y enseñar privadamente no sólo les es lícito” a las mujeres, sino “muy provechoso y útil.” Sor Juana, sin embargo, en su absoluta humildad, va todavía más lejos, y dice: “Yo no me atrevo a enseñar, que fuera, de mí, muy desmedida presunción”... “Lo que sólo he deseado es estudiar, por ignorar menos, que, según San Agustín, unas cosas se aprenden para hacer, y otras para sólo saber.”

— Pero ¿quién le reprocha todo esto? ¿Quién la persigue? ¿Quién, con palabras veladas y con alusiones, o claramente, la desazona e inquieta? Alguien, sin duda, temible, a quien ella alude sin nombrarlo, y al que se refiere en su carta a Sor Filotea de la Cruz; y por los cargos y las perse-

cuciones del cual — porque Sor Juana tenía bien presentes en su ánimo esos cargos, que internamente la acongojaban y externamente la molestaban y herían, — parte grande de su carta fué escrita; alguien que tal vez había contribuido a enfermarla con sus amenazas, con sus reconvenciones y persecuciones; alguien contra quien habría creído encontrar inesperado amparo y refugio en la carta que del Obispo recibió, y que vino en su socorro cuando ella menos lo pensaba; en su socorro, no sólo por habérsela escrito él, el grande, el Obispo, a ella, la pobre monja censurada y duramente reconvénida, sino que también en su socorro vino, honrándola, al dar a las prensas el juicio crítico de Sor Juana acerca del Sermón del Padre Vieyra... ¿Sería entonces el motivo de las persecuciones que ella sufría, ese juicio crítico?

“Si el crimen está en la *Carta Atenagórica*”, exclama ella, al sospecharlo, “¿fué aquella más que referir sencillamente mi sentir, con todas las *venias* que debo a Nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros?”

Se le reprochaba sin duda, su osadía de tener puntos de vista opuestos a los del gran jesuita portugués; y ella aceptaba el reproche, cuando decía: “Llevar una opinión contraria de Vieyra, fué en mí atrevimiento”; pero preguntaba en seguida: “¿Y no lo fué, en su Paternidad, llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento, tal cual, no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar?” es decir, de un linaje noble? “¿Es alguno de los principios de la Santa Fe revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados?”

Notoriamente el juicio crítico de Sor Juana en cuanto al sermón de Vieyra había provocado un revuelo de envidias, de mal escondidos rencores, de acres censuras. ¿Cómo atreverse — se había dicho, sin duda, — ella, una pobre mujer, y de más a más una monja, una oscura monja, que no hacía más que versos de amor y versos cortesanos, — ¡así ha de haberse dicho! — ¿cómo atreverse a juzgar de las opiniones del más grande de los predicadores católicos, y de tan sabio y tan elocuente jesuita como el Padre Vieyra? ¿Cómo había osado levantar ella su voz contra la Compañía de Jesús? Y estos tan mendaces y tan falsos cargos habían sido hechos sin duda, por alguien que ha de haber salido

a la defensa del Padre Vieyra y de la Compañía, y que lo ha de haber hecho denostando a Sor Juana sin consideración ni respeto, porque ella prosigue: "...yo ni falté al decoro que a tan santo varón se debe — como acá ha faltado su defensor, olvidado de la sentencia de Tito Lucio; *artes conmitátur décor*", — júntese la cortesía y el talento, — "ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa."

Sin duda también se le hizo el cargo de que, a causa de su juicio, hubiera sido difamado el Padre Vieyra, llevando a muchos a que no le guardasen las consideraciones debidas, pues ella se ve llevada a agregar: "ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó, y, según Plinio, *non similis est conditio publicantis et nominatim dicentis*", — no es semejante a esta la condición del que publica y que por sus nombres describe.

Todo esto se recrudecería con la publicación de la Carta Athenagórica, que se dió a las prensas más de dos meses antes de que Sor Juana contestase la del Obispo; pero no era ella quien la había publicado, ni había creído que alguien la publicaría; "que si creyera, dice, "se había de publicar, no fuera con tanto desaliño como fué."

Quien o quienes esta polvareda levantaron en contra de Sor Juana, fueron, no obstante, más lejos todavía: *un censor*, — no que de veras, por su cargo, lo fuera, sino porque pretendería serlo, — la juzgó herética, lo cual hace exclamar a Sor Juana: — "Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata?" Tan segura, y con razón, estaba, de que nada había de herético en su pensamiento, ni en su palabra; por lo que proseguía: "con eso, él quedará vengado, y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta."

Aun llegó a decir aquel "censor", que Sor Juana *había estado bárbara*, porque ella continúa: si he estado "bárbara (que en eso dice bien), riase, aunque sea con la risa que dicen del conejo", es decir, con la risa que se tiene cuando hay motivo de dolor, de contrariedad o de pena; "que yo no le digo que me aplauda, pues, como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen."

Al llegar a este punto de su soliloquio, arrebatada como Sor Juana se sentía, por la inquietud que le causaban las in-

justas reconvenções, las hablillas, las murmuraciones y aun las persecuciones de que estaba siendo víctima, y olvidada como había estado por algún tiempo de que otro era el fin por el que había tomado la pluma, detiéndose suspensa, y, reportándose, torna a pensar en que le está escribiendo al Obispo con otro y muy diverso propósito, por lo que le dice:

“Pero ¿dónde voy Señora mía? que esto no es de aquí, ni es para vuestros oídos, sino que, como voy tratando de mis impugnadores, me acordé de las cláusulas de uno, que ha salido ahora”—¿Quiere decir esto que quien entonces había salido, publicaría algo en contra de Sor Juana?...—“e insensiblemente se deslizó la pluma a querer responderle en particular, siendo mi intento hablar en general.”

6) COMO ESCRIBIA SOR JUANA. COMO SE EXAMINABA A SI MISMA.

¡Cuán preciosa carta y de qué extraordinario modo nos hace ver, no solamente cómo había sido la infancia de Juana Inés y cuál el grande amor de su vida, la sabiduría, fincada en Dios y referida siempre a Dios, sino también la firmeza de sus convicciones, el brio de sus conceptos, dispuestos, con todo, a cejar ante la autoridad de la Iglesia. apenas ésta se manifestara! ¡Cómo nos pone al cabo, de las envenenadas miserias, visibles entonces para todos, y después incomprensibles y oscuras”, de las murmuraciones de la época, implacable sin duda en su chismografía, con la que buenas o malas gentes intentaban constantemente indisponer a unas personas contra otras, hablando de todas mal, a espaldas de todas! ¡Cómo nos hace darnos cuenta del modo con que componía y escribía Sor Juana: no limando, ni corrigiendo, y retirando; no retocando; sino de golpe, todo de una vez, como ardiente metal fundido, que en vibrante campana se torna; en una perpetua improvisación, arrebatada y fogosa, aunque siempre enraizada en lecturas y en meditaciones que dan a cuanto escribió ella, sabía y fuerza.

Adviértese así que el interés capital que para un psicólogo presentan los escritos de Sor Juana, y, sobre todo, esta carta de respuesta a Sor Filotea de la Cruz, consiste en que es un maravilloso caso de *auto-psico-análisis*, de análisis de sí misma; no intencional, sino espontáneo, en el que ella revela lo que en ella hay, sin que se lo pregun-

ten, sólo porque su alma es cristalina y diáfana, y porque apenas se necesita que el más leve rayo de sol, y qué digo, aun un simple rayo de luna, o la más breve chispa de luz la hiera, para que se mire su fondo; alma prodigiosamente rica; pero que la luz no ilumina toda de una vez sino que cada vez que llega a ella, hiere sólo al soslayo, y en la que no penetra más que siguiendo una línea del río misterioso y abundante de su vida mental, que, por otra parte, hoy nos cuesta trabajo entender, porque nosotros la vemos ya situados como estamos a más de dos siglos de lejanía, y hay mucho polvo en el aire intermedio, y mucha sangre en la tierra que pisamos, y muchos remolinos, que nos oscurecen, entre Cielo y Tierra, la mirada, y muchas blasfemias, y muchos gritos dolientes, en este duro espacio que nos circunda, en el que tanto tiempo dejaron de oírse, en las torres de las iglesias los cantos de las campanas.

7) LOS EFECTOS QUE EN SOR JUANA CAUSARON LA HOSTILIDAD AMBIENTE Y LAS CENSURAS.

Adviértese, en todo caso, en la carta de Sor Juana, cómo se sentía hostigada por reproches y cargos que le dirigían o que sabía que a su respecto se formulaban, y cómo, con un empeño puntilloso, examinaba ella cada uno de esos cargos y reproches para ver si tenían algún fundamento.

En cuanto, primero, a su propensión al estudio y a lo que hoy llamamos su interés cívico, por su sociedad y por el servicio de su tiempo, tanto le habían dicho, tanto la habían forzado a pensar, que de la manera más insistente y casi pudiera decirse como en una especie de tetánica inquietud moral, se preguntaba a sí misma si tal propensión suya sería, en efecto, reprehensible; salíanle empero, al paso, naturalmente, para defenderla, los recuerdos de innumerables mujeres doctas y que habían tomado parte activa en los destinos de su pueblo; ya, en la historia sagrada, Débora, y la reina de Sabá, y Abigail, Esther, Raab y Ana — la madre de Samuel, — ya, en la historia profana, las Sibilas, la reina Cenobia, Hipatia, a la que con justicia se ha llamado, “la sabia Hipatia, honor de Alejandría”, y Leoncia, la que discutió sabiamente con el filósofo Teofrasto, el discípulo y continuador de Aristóteles; ya, en la historia del Cristianis-

mo, Santa Catarina, Santa Gertrudis, Santa Paula, — a cuyo respecto recordaba Sor Juana cómo San Jerónimo había escrito: *si todos los miembros de mi cuerpo fuesen lenguas, no bastarían a publicar la sabiduría y virtud de Paula*; — ya, en fin, en sus propios días, la Duquesa de Aveyro, la Condesa, de Villa Umbrosa, y la reina Cristina de Suecia...

Por lo que se refiere, segundo, a su “tan perseguida habilidad de hacer versos”, veníansele igualmente en tropel al pensamiento, sibilas y profetas, *especialmente el Rey David*, y la mayor parte de los Libros Sagrados; — escritos en verso, lo mismo que los himnos de la Iglesia y los de San Ambrosio, Santo Tomás y San Isidoro. Representábasele el recuerdo de San Buenaventura del que, pensaba ella, “apenas hay plana suya, sin versos”; y el de San Pablo, que “bien se ve que los había estudiado, pues los cita, y traduce “el de Arato, *In ipso enim vivimus et movémur, et sumus*”; — porque en El vivimos, y nos movemos, y somos. Representábasele asimismo San Gregorio Nacianceno que, decía ella, “disputa en elegantes versos las cuestiones del matrimonio y la de la Virginidad. ¡Y qué me canso!” agregaba: “la Reina de la Sabiduría y Señora Nuestra, con sus sagrados labios entonó el cántico del Magnificat”. ¿En qué está entonces el mal de escribir versos? se decía: “Confieso desde luego mi ruindad y vileza”; “pero no juzgo que se habrá visto una copla mía, indecente. “Demás que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman *El Sueño*”. ¿Advertís la especie de desdén con que habla de sus producciones? Su Sueño, su admirable sueño, no merece que lo llame ella más que *un papelillo*.

“Esa carta”, agregaba, “que vos, Señora mía, honrasteis tanto, la escribí con más repugnancia que otra cosa: y así porque era de Cosas Sagradas, — a quienes (como he dicho), tengo reverente temor, — como porque parecía querer impugnar; — cosa a que tengo aversión natural; — y creo que si pudiera haber prevenido el dichoso destino a que nacía, pues, como a otro Moisés, la arrojé expósita a las aguas del Nilo del silencio — donde le halló y acarició una princesa como vos, — creo, vuelvo a decir, que si yo tal pensara, la ahogara antes, entre las mismas manos en que nacía, de miedo de que pareciesen a la luz de vuestro

"saber los torpes borrones de mi ignorancia;" "pero ya que
 "su ventura la arrojó a vuestras puertas, tan expósita y huér-
 "fana que hasta el nombre le pusisteis vos, pésame que
 "entre mis deformidades llevase también los defectos de la
 "prisa, porque así por la poca salud, que continuamente ten-
 "go, como por la sobra de ocupaciones, en que me pone la
 "obediencia, y carecer de quien me ayude a escribir, y es-
 "tar necesitada de que todo sea de mi mano, y porque, —
 "como iba contra mi genio, y no quería más que cumplir
 "con la palabra, a quien no podía desobedecer, — no veía
 "la hora de acabar, así dejé de poner discursos enteros, y
 "muchas pruebas que se me ofrecían y las dejé, por no
 "escribir más."

El pensamiento de Sor Juana vuela como un ave prisionera en la jaula de sus impugnadores; olvidada de repente de ellos, bate las alas y sube; lastimada por los barrotes de su cárcel, desorientada, cae deshecha; pregúntase, con el corazón quebrantado de pena, qué delito ha cometido. Sabe que quienes la impugnan han publicado papeles contra ella; anónimos; "pero no seré tan desatenta", dice, dirigiéndose al Obispo, "que ponga tan indecentes objetos a la pureza de vuestros ojos..." "Si ellos por sí, volaran por allá, — que son tan livianos que sí harán, — me ordenaréis lo que debo hacer, que si no es interviniendo vuestros preceptos, lo que es por mi defensa, nunca tomaré la pluma, porque me parece que no necesita de que otro le responda quien, en lo mismo que se oculta, conoce su error, pues, como dice mi padre San Jerónimo: *Bonus sermo secreta non quaerit*"; el discurso honrado no busca el secreto; no se encubre con el anónimo; "y San Ambrosio: *Látete crimosae est conscientiae*"; esconderse, es cosa de conciencias crimosas. "Ni yo me tengo por impugnada, pues dice una regla de derecho: *Acusatio non tenetur si non curat de persona quae produxerit illam*"; no obliga a defenderse, acusación que no se cuida de que alguno salga a sostener; lo cual no pueden hacer los que las presentan y las mantienen anónimas.

Sin que Sor Juana lo supiera, hubo quienes respondieran a los ataques de que ella fué víctima. Súpolo después, a causa de que algunas de sus réplicas le fueron enviadas, y es dudoso que a la postre le hayan servido sus respuestas, porque estas aumentaron el escándalo, e hicieron más di-

fácil para con todos, y aun para con ella misma, la condición en que ya se encontraba.

Superando, empero, la agitación natural que en ella provocaba verse así objeto de discusiones y de murmuraciones, tranquilizábase Sor Juana encontrando en los mismos recuerdos de sus lecturas, el necesario reconfortamiento; acordábase de que “entre los gentiles romanos era costumbre, en la más alta cumbre de la gloria de sus capitanes, cuando entraban triunfantes de las naciones, vestidos de púrpura y coronados de laurel—tirando el carro, en vez de brutos, coronadas frentes de vencidos reyes, acompañados de las riquezas de todo el mundo, y adornada la milicia vencedora, de las insignias de sus hazañas, oyendo los aplausos populares en tan honrosos títulos y renombres, como llamarlos Padres de la Patria, Columnas del Imperio, Muros de Roma, Amparo de la República y otros nombres gloriosos,—que en este supremo auge de gloria y felicidad humana, fuese un soldado, en voz alta diciendo al vencedor: (con consentimiento suyo y orden del Senado): —Mira que eres mortal; mira que tienes tal y tal defecto; sin perdonar los más vergonzosos, como sucedió en el triunfo de César, que voceaban los más viles soldados, a sus oídos: *“Cávete Romani, addúcimur vobis adúlterum calvum.”* ¡Cuidado, romanos! Os traemos al adúltero calvo! “Lo cual se hacía porque en medio de tanta honra no se desvaneciese el vencedor, y porque el lastre de estas afrentas hiciese contrapeso a las velas de tantos aplausos, para que no peligrase la nave del juicio entre los vientos de las aclamaciones.”

Acordándose de esto, Sor Juana se decía que ciertamente, “en la flaqueza humana, que suele apropiarse lo que no es suyo”, habría que tener “por mayor el riesgo de los aplausos”, y “escritas en el corazón aquellas palabras del apóstol”; —de San Pablo en el versículo séptimo del capítulo cuarto de su primera epístola a los Corintios: —*“Quid áutem habes quod non accepisti? Si áutem accepisti, ¿quid gloriaris quasi non accéperis?”* —¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Y si lo has recibido ¿por qué te glorificas como si no lo hubieras recibido?, —“para que sirvan de escudo que resista las puntas de las alabanzas, que son lanzas que, en no atribuyéndose a Dios, cuyas son, quitan la vida, y nos hacen ser ladrones de la honra de Dios, y usurpadores de los talentos que nos entregó, y de los dones

”que nos prestó, y de que hemos de dar estrechísima cuenta”. Ese es el peligro, que por lo que se refiere a las censuras, “con sólo un acto sencillo de paciencia, está” todo “convertido en provecho”, y con tener presente “aquella sententia de San Agustín: *Amico laudanti credendum non est, sicut nec inimico detrahenti.*” Al amigo que alaba, no hay que creer, así como tampoco al enemigo que deturpa.

Restablecida con esto, siquiera en parte, la tranquilidad de su ánimo, Sor Juana remitía al Obispo, con la misma carta que tanta luz nos da sobre el estado en que se encontraba, y sobre la historia de su pensamiento y de sus inquietudes, unos “Ejercicios de la Encarnación”, y unos “Ofrecimientos de los Dolores” que había compuesto, y de los que dice: “sólo me ayudó en ellos ser cosas de “nuestra” gran Reina, que no sé que se tiene el que, en tratando de “María Santísima se enciende el corazón más helado.”

Tales composiciones tuyas, decía ella, eran las únicas que se habían impreso con su gusto, “por la pública devoción”, aunque sin su nombre, y advertía, como otras veces, que “en lo poco que se” había “impreso” suyo, “no sólo” su nombre, pero ni su consentimiento para la impresión” habían “sido dictamen propio, sino libertad ajena, “que no” caía “debajo de” su “dominio; lo cual patentiza una vez más, su natural condescendencia para aceptar cosas que ella no decidía, y que aun de algún modo le contrariaban y repugnaban, y hace que se entiendan mejor aquellas palabras de su misma carta en las que dice al Obispo, después de contarle cómo escribía; cómo, aun dormida, componía “versos de que” se pudiera hacer un catálogo muy grande, y de algunas razones “y delgadezas que” había “alcanzado dormida, mejor que despierta,” y de decirle que cuando alguna vez, por estar enferma, le “prohibieron los médicos el estudio,” se lo restituyeron, al convencerse de que “eran tan fuertes y vehementes” sus “cogitaciones, que consumían más espíritu en un cuarto de hora “que el estudio de los libros en cuatro días”, agrega: — “Si “estos, Señora, fueran méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres), no lo hubieran sido en mí, porque “obro necesariamente; si son culpa, por la misma razón “creo que no la he tenido; mas, con todo, “vivo siempre tan “desconfiada de mí, que ni en esto, ni en otra cosa, me fío “de mi juicio; y así, remito la decisión a ese soberano ta-

"lento, sometiéndome luego a lo que sentenciare; sin con-
"tradición, ni repugnancia."

Sometíase a tal grado, y en tal desconfianza de sí misma se encontraba, que en otro pasaje de su propio escrito dice al Obispo: "...pero bien, que va a vuestra corrección: bo-
"rradlo, rompedlo, y reprendedme; que eso apreciaré yo
"más que todo cuanto vano aplauso me pueden otros dar."

Semejante desconfianza de sí misma, a pesar de sus dones, que se ve uno tentado a llamar únicos; semejante rendida sumisión que en otros muchos momentos de su vida se advierte, y que la llevaba a rebajar, fuera de medida, cuanto a ella se refriera, y aun a intentar, como había intentado ya, "sepultar con su nombre su entendimiento" conduciéndola a pedir a Dios que "apagara la luz de su razón," — como, según lo hemos dicho, lo declaraba ella también en su propia carta, — señala el punto más grave de la psicología de Sor Juana, y hace ver los inmensos peligros que la rodeaban y los que llevaba en sí misma, con lo cual una claridad trágica ilumina los últimos tiempos de su existencia.

Que esta condición suya no haya sido más que uno de los rasgos característicos de su admirable feminidad lo hace pensar que, comentando la carta de Sor Juana una escritora tan distinguida y observadora tan atinada como es María de Maeztu, haya dicho que cuando Sor Juana Inés de la Cruz se vió reprendida por el Obispo, hizo lo que no un hombre, sino una mujer, sólo una mujer, haría: no tratar de justificarse y defenderse, sino solamente exponer lo que en sí misma era su vida; exponerlo con sinceridad pasmosa y pasmosa humildad, y luego de haberlo hecho así, concluir rendidamente: — Si me hubiere equivocado; si mal hubiese obrado, dispuesta estoy a renunciar a todo, y a rectificar, desde las bases de mi vida, mi vida. ¿Qué se me reprocha? ¿que no soy santa? Me esforzaré, dentro de mi flaqueza, en serlo. Decidme qué debo hacer; que lo único que importa es la meta final, la suprema, la que se vincula en Dios mismo, en su admirable Perfección.

Razón tiene María de Maeztu; pero la respuesta que tan anhelosamente esperaba Sor Juana a sus preguntas parece no haberle llegado, y quedó por lo mismo entregada sólo, a sus solas luces; a aquellas, de aquellos libros que ella citaba con tan elocuente y humilde amor, y que inspiraban y sostenían sus acongojadas cogitaciones y sus fervorosos discursos.

XXXI. — Cómo rezaba Sor Juana Inés de la Cruz

1) LOS “EJERCICIOS DEVOTOS PARA LOS NUEVE DIAS ANTES DE LA ENCARNACION”. EL GENESIS Y LA COMUNION DE LAS ALMAS.

Distingúense desde luego los “Ejercicios devotos para los nueve días antes de la Purísima Encarnación” y los “Ofrecimientos del Rosario”, por la sencillez de sus títulos, que bien a las claras se diferencian de los de pésimo gusto, ampulosos y retumbantes, de muchas de las otras obras de Sor Juana no publicadas con gusto de ella, y en seguida, por la “Introducción” a su “intento”, en la que Sor Juana patentiza una vez más la absoluta necesidad de su espíritu, de poner todo en relación con todo y de concertar unas con otras las almas, poniéndolas también en sociedad con la suya, al referir, de una parte, ese intento, a la relación de “la Venerable Madre María de Jesús”, que cuenta cómo “su Majestad Divina” mostró “a su Escogida y Carísima Madre”, la “Creación del Universo, haciendo que todas” sus “criaturas la fuesen jurando, y dándole” “obediencia”, y de la otra, al explicar que ella, su sierva, Sor Juana, ha dispuesto sus ejercicios “por dar alguna norma, de que se una la oración” de muchos, para que a la sombra y patrocinio de los buenos “y justos, sean oídos y tolerados de la Divina Clemencia” los malos”...

En la obra que, de conformidad con este propósito, compuso, esplende tan ostensiblemente el doble sentimiento que en su alma existía — de maravillada admiración por la grandeza divina y de humildad, — porque ante tanta grandeza sentíase ella convertida en nada, — que pocos documentos podrán citarse, y acaso ninguno, que mejor prueben la per-

sistencia en Sor Juana, de esa doble condición mental, tan profundamente característica del verdadero sentimiento religioso. Revelada está desde las primeras palabras de sus "Ejercicios"; desde su dedicatoria misma:

"Emperatriz Suprema de los Angeles, Reina Soberana de los Cielos, Absoluta Señora de todo lo criado: el dedicar esta obra a Vuestros Reales y Sagrados Pies bien sabéis Vos que no es ofrenda sólo voluntaria, sino también restitución debida, por ser *Vuestra*, antes que mía; no sólo por lo sagrado del asunto, sino porque Vos, Princesa Inmaculada, os servísteis inspirar a algunas almas, vuestras devotas, que me la mandasen disponer; con que no le queda de mía sino la rústica corteza y el torpe estilo en que está escrita; de lo cual pido perdón a Vuestra Maternal Clemencia, no tanto por la rudeza de lo discurrido, como por la tibieza y flojedad de lo meditado, y de haber tenido osadía de tomar Vuestros Altos Misterios y el testimonio sacrosanto de Vuestro Hijo y su nombre, en mi inmunda boca y en mi baja pluma. Y así os suplico, oh Medio y Puerta de la Misericordia de Dios, que no pongáis vuestros piadosísimos ojos en mis defectos, sino en el fruto que de estos ejercicios pueden sacar los prójimos, si vos los perfeccionáis, fervorizando los corazones de vuestros devotos, para que los ejerciten con el espíritu que a mí me falta; a mayor aprovechamiento de las almas, honra vuestra, y gloria de Vuestro Precioso Hijo, con quien reináis, para toda la eternidad."

¿Por qué en tan fervorosas palabras, en las que el doble sentimiento al que me he referido resplandece con tan singular fuerza, hay una que en el primer momento el espíritu rebelde quisiera ver suprimida? ¿Por qué calificar la boca de Sor Juana, de la humilde sierva de la Virgen — a la que llama ella "Absoluta Señora de todo lo Criado", sin duda por ser la Madre del Verbo hecho hombre — por qué calificar la boca de Sor Juana con el injusto calificativo de *inmunda*? ¿No significa esto un vértigo del alma, que la lleva a rebajarse a sí propia más de cuanto pudiera racionalmente imaginarse? ¿No es esto llegar a ser víctima de una falta de ponderación que, si se extrema un poco más, puede conducir aun a la muerte?... — Pues, por las mismas razones ya apuntadas, — viene uno a contestar luego; porque esta violentísima antítesis, entre la "Absoluta Señora de Todo lo Criado", como la veía Sor Juana, y ella misma, como a sí

propia se veía, es lo que caracteriza la esencia del sentimiento religioso, en el que, quien con intensidad mayor lo experimenta, siente su total pequeñez y su aniquilamiento ante lo Infinito.

Las meditaciones de Sor Juana que a sus "Ejercicios Devotos" preceden, traducen la historia de la creación del mundo tal como ella la concebía y la cuenta el Génesis, y hacen ver una vez más, cómo en el alma de Sor Juana se armonizaban sus lecturas todas, y cómo ella les daba ambiente filosófico, al coordinarlas, yendo, a la vez: a la Creación entera en su conjunto; a todas las criaturas, y a Dios mismo; todo a un tiempo, en la felicidad comunicativa y desbordante de su amor universal, pero sin perder la individualidad de su alma por dejarla absorberse en un confuso panteísmo, sino armónicamente separándolo todo, y concertadamente ordenándolo todo, por el orden mismo de las admiraciones y de los amores que ella sentía, y que se levantaban y culminaban en una sola y suprema admiración y en un solo y supremo amor.

En su meditación del día primero, piensa especialmente en la Luz, y se dice a sí misma: — "Crió Dios en el principio el Cielo y la Tierra, y este primero día crió esta hermosa primicia de las criaturas, diciendo: ¡Hágase la Luz! y dividióla de las tinieblas, poniéndole por nombre, Día..." Y al concluir su meditación, la ofrece a la Virgen: — "Reina de la Luz, y Luz más bella que la material, pues ilustráis los cielos con Vuestro Resplandor, ilustrad nuestras almas con Vuestros Dones; y pues sois la más cercana a la Luz Indeficiente e Inaccesible de la Divina Esencia, alcanzadnos un rayo de ella que ilumine nuestros entendimientos, para que, sin las tinieblas de la ignorancia, contemplemos las cosas celestiales..."

"En este día" — para comenzar sus ejercicios, recomienda luego, — "lo primero, en viendo salir la Luz, bendígase su Autor, que tan bella criatura crió, y agradézcasele, con rendido corazón..."

Recordando con el Génesis, en la meditación del segundo día, que en él "dijo el Señor, hágase el firmamento en medio de las aguas",... "y llamó al firmamento, Cielo", piensa Sor Juana, primero, en la Virgen, que "fué, dice ella, como el firmamento, criada entre las cristalinas corrientes de las gracias", "toda limpia." Piensa después en el agua; y maravillada al imaginarla: — "No hay cosa más

"pura y limpia que el agua!" prorrumpe; — "pues aunque "la echen dentro de mil inmundicias, ella sola las desecha, "y se purifica! Y no sólo así; pero tiene esta particular pro-"piedad, de lavar y purificar lo que en ella se echa! ¡Así "nuestra Gran Reina! No sólo fué Purísima, y Santa, sino "que es el medio de nuestra limpieza y santificación."

Y dirigiendo luego su espíritu a la contemplación del firmamento, y viéndolo, como tenía que ser visto por una mujer como ella, toda poesía y toda ciencia — toda la ciencia de su país en su tiempo, — ciencia a la que no habían llegado los descubrimientos de Copérnico, las leyes de Keplero, ni las observaciones de Galileo, sino solamente los conceptos de Ptolomeo, que eran también los conceptos del Dante, los de los siete cielos interiores, cada uno transparente y con una sola estrella móvil; concéntricos los unos en los otros, y encerrados todos en el cielo de las estrellas fijas, — prorrumpe:

"El firmamento",... "según los matemáticos",... "no sólo "está bordado de innumerables estrellas; tantas, que son "todas las que vemos";... "sino que las que tiene, todas son "firmes y fijas;"... y en los otros cielos, con tener" cada uno, "una sola, es errante; y siendo tan hermoso y trans-"parente" el último cielo, "goza éste más privilegios que no "tienen los otros. Así María Santísima: no sólo fué purí-"sima en su concepción transparente y lúcida, sino que des-"pués la adornó el Señor, de innumerables virtudes, que ad-"quirió para que, como estrellas, centelleasen y bordasen "aquel bellissimo firmamento; y no sólo las tuvo todas; pero "todas *fijas*, todas inmóviles; todas con orden y concierto "admirable; que si en los demás hijos de Adán vemos algu-"nas virtudes, son errantes, no fijas; hoy las tenemos y ma-"ñana las perdemos; hoy es una; mañana es otra; hoy luce; "mañana se obscurece. Alegrémonos de esta prerrogativa "suya y digámosle: Señora, Honra y Corona de nuestro "humano ser! Firmamento Divino donde están las estrellas "de las virtudes fijas, dadnos los benignos influjos de ellas", "para que con vuestro favor nos alentemos a adquirirlas, y "esa luz que participáis del Sol de Justicia, comunicadla a "nuestras almas, y fijad en ellas Vuestras virtudes". "Fijad "y arraigad los santos propósitos que Vuestro Hijo, Nuestro "Señor y Salvador, nos inspira, para que, poniéndolos en "ejecución con perseverancia en esta vida, merezcamos en "la otra la perpetuidad de vuestra amable compañía"; des-

pués de lo cual, y al sentir sin duda que en su místico gozo volaba su alma a la creación entera, invitaba a todos a que hicieran los ejercicios de aquel día, en comunión con los mismos Cielos, “convidando a aquellos orbes celestiales a que, con la armonía de sus giros, con el concierto de sus movimientos, y con la variedad de sus influjos, alaben al Señor, que los crió para alfombra de su Madre.”

“En el tercero día”, meditaba, “dijo Dios: Congréguese las aguas que están debajo del Cielo, en un lugar, y aparezca la Tierra, seca! Hizose así; y llamó Dios a este globo ponderoso, Tierra, y a la congregación de las aguas, Mar”... Así “aparecieron en sus sitios, estas dos portentosas criaturas, Tierra y Mar”... “Alegráronse las aguas congregadas, de ser símbolo de la congregación de las virtudes y excelencias de María Santísima, *Mare magnum*”, inmenso mar, “de todas las grandezas, y de que su nombre fuera, mudado el acento, el mismo que el de aquella Suprema Reina y Señora nuestra, pues es su nombre”, el del mar, “*mária*; y el de la Gran Señora, *María*; que así convino, para mostrar el Señor en el nombre de *mária*; breve, y en el de *María*, largo, que el mar, con todas sus grandezas, con lo corpulento de sus olas, con lo cóncavo de sus cavernas, con lo oculto de sus mineros”, — de sus criaderos, excavaciones, pozos y socavones, — “con la variedad de sus monstruos, con lo admirable de sus flujos y reflujos, y en fin con lo espantoso de su vastísimo cuerpo, comparado al mar de las virtudes” “de María, es breve, es estrecho y no digno de simbolizarlas.”

“Admiróse la Tierra”, prosigue Sor Juana, venerando aquel celestial fruto”, — la misma María, — “y extrañó que pudiera ser suyo, sabiendo que después que la esterilizó la culpa, sólo sabía producir espinas y abrojos de pecadores; y así se admiraba de ver a la Purísima” “Rosa de Jericó, a la hermosa Azucena de los Valles, toda cándida y limpia, fecundada con el rocío de la gracia, y plantada entre sus corrientes, que en vez de las espinas de la culpa, le servían de arqueros, innumerables espíritus angélicos. Viase envidiada de los vergeles del Cielo, que, con haberse criado en ellos las puras substancias angélicas que brotan aquellos jardines eternos, nunca produjeron rosa igual a la belleza de esta purpúrea Rosa...”

Sor Juana imaginábase que en medio de su esplendorosa excelsitud, la Virgen sentíase *nada*, ante la belleza infinita

de Dios, y que se llamaba a sí misma, *polvo*, y arrebatada, al imaginar esto, por aquella necesidad cardinal de su ser, que a los demás la llevaba, y que hacía de su alma una perpetua ofrenda — a Dios mismo, a la par que a todos, — porque naturalmente se difundía su alma en la sociedad de sus semejantes y se dilataba hasta la de los astros, prorrumpe, hablando con los que se imagina que en su meditación la acompañan y cuyo bien espiritual con ardiente celo procura:

“Señores y señoras mías: ¡amemos mucho la humildad! ”Si la que era toda Cielo, y Cielo más excelente que los ”cielos, se llamaba”, a sí misma, “*polvo*, los que somos *polvo* ¿qué haremos en confesarlo? Los nueve días de estos ”ejercicios “pasarán: quédenos siquiera, de ellos, este amor ”a la humildad. Mirad, señores y señoras, que siendo nuestra Reina el Compendio de las virtudes, el Archivo de las ”excelencias y la Tesorera de” “la santidad, nunca se alabó ”de alguna, ni jamás las ostentó, y sólo de la humildad hizo ”como alarde”;... “y no por modo de mortificación”, “sino ”por modo de mérito, pues da por causal su humildad, para ”su exaltación: *Porque vió, dice, la humildad de su esclava: por eso me llaman Bienaventurada todas las generaciones*”... “De Su Majestad fueron todas las virtudes, y todas ”en superlativo grado; pero ésta, por antonomasia es la virtud de María. Mirad, señores y señoras mías, que quien no ”es humilde parece que en vano quiere ser devoto de la ”Señora. No hay amor suyo sin humildad; porque ¿cómo ”puede ser que la misma humildad se sirva de la soberbia? ”No; hermanos y hermanas: quien no es humilde o a lo ”menos no lo procura ser, despídase de la Señora. Seamos ”humildes!”... “Y porque no lo podremos ser sin su favor, ”digámosla: Señora mía, Madre amorosa, Mar de las perfecciones, Madre de los vivientes”... “apartad de nuestros ”corazones todo pensamiento de soberbia, amor propio, vanidad y deseo de honras de este mundo!”...

En el cuarto día, pensaba Sor Juana, “Dijo Dios: háganse ”dos luminarias grandes, para que luzcan en el firmamento ”y dividan el día y la noche, y sean signos del tiempo, los ”días y los años, e iluminen la Tierra: el luminar mayor, ”presidiendo al día, y el menor, a la noche. E hizo las ”estrellas y púsolas en el firmamento...” “Salieron este día, ”del ejemplar perfectísimo de la Eterna Idea, a ilustrarse ”en el universo, a manifestarse a la Luz del Señor, aquellas

”dos bellas criaturas, Sol y Luna”, presidentes de todos los ”orbes, y reyes de toda la república de las demás luces...”

Al llamarlos así Sor Juana, “Presidentes de todos los orbes y Reyes de la República de todas las demás luces”, demuestra con estos dos epítetos, y con esta celestial imaginación de los mundos, cómo su alma se hermanaba y se refería siempre a cuanto la rodeaba, y cómo convertía en república admirable, múltiple y armónica, el Universo. En tal república, empero, más bella aún que los presidentes de todos los orbes y los reyes de la república de las demás luces, ella imaginaba a la Virgen María, iluminada por la luz misma de Dios, y en un éxtasis de admiración, se preguntaba con arrebató “¿Qué sería ver el modo con que aquellas ”luminosas aunque insensibles criaturas dieron la obediencia a su Reina, y cuál aquel con que la Gran Señora conoció todas las naturalezas y cualidades de” “aquellos luminares; sus influjos, giros, movimientos, retrogresiones, eclipses, conjunciones, menguantes, crecientes;” y, “— con perfectísima intuición”, — “todos los efectos que pueden producir en los cuerpos sublunares” “la generación de las lluvias, granizo, hielo, y el espantoso aborto de los rayos, ”sabiendo con clarísimo conocimiento todas las causas de ”estos admirables efectos que por tantos siglos han tenido ”suspensos y” “fatigados los entendimientos de los hombres, ”sin llegar a tener perfecta ciencia de ellos”.

Maravilla ciertamente, esta admiración extática de Sor Juana: ¿No pone de manifiesto la historia intelectual de su espíritu mismo, que toda su vida voló a lo alto, a la contemplación maravillada de “aquellas dos bellas criaturas, el Sol y la Luna”; que las veía como en una celeste república, presidiendo las luces de las estrellas, y que se imaginaba, con razón, que de sus giros y eclipses, conjunciones, menguantes y crecientes, todos los efectos sublunares provienen, en el aire, las nubes, los rayos y la Tierra, sin darse cuenta clara, por otra parte, de cómo todo ello se produce. pero imaginándolo, no obstante, bien entendido todo, “con perfectísima intuición”, por la Virgen?...

Alma contemplativa, la de Sor Juana, recordaba en el quinto día — no recordaba, contemplaba, — cómo “gozaron *alma sensitiva* aves y peces, habiendo, en el tercero, dado ”Dios *alma vegetativa* a las plantas, para que así, *por gradados*, fuesen creciendo las primorosas obras de aquella ”biduría inmensa”; con lo que a la par concedía, a la ma-

nera que también lo habían hecho los Santos Padres de la Iglesia Católica y los grandes filósofos griegos, alguna suerte de alma a todos los seres vivientes, y postulaba, lo mismo que ellos y que el Génesis, una especie de gradual creación que, de categoría en categoría, asciende.

“Dieron a su Reina”, prosigue Sor Juana, “éstas, ya más nobles criaturas, rendida obediencia, alabando los peces, con retórico silencio, a la Estrella del Mar, y saludando las aves a su Nueva Aurora, con armonioso canto, rindiendo y abatiendo el vuelo, a los pies de aquella Aguila Real, remontada hasta el solio de la Santísima Trinidad; de aquella cándida y argentada Paloma que nos trajo en el pico de rubíes, el ramo de oliva de la paz del mundo”;... ave tan ligera, que de un vuelo se puso sobre todos los Coros angélicos”... “¡Ave! ¡Ave! ¡Reyna de las aves! ¡Ave! ¡Ave! coronada y remontada sobre todo lo criado”. “*Ave, gratia plena*”. Enseñadnos, Ave Divina, a que vuelen a vos nuestros afectos; y como el águila, que enseña a volar a sus polluelos y vuela sobre ellos, alentad los vuelos de nuestra contemplación, para que bebamos los rayos del Sol de Justicia, y defendednos de la infernal serpiente, debajo de vuestras alas, para que, en el seguro nido de vuestra fervorosa devoción, y soberano asilo de vuestra maternal vigilancia, pasemos los riesgos y trabajos de esta vida, y después volemos, en Vuestra Compañía, a las alturas de la Gloria”...

“Dijo Dios” en el sexto día, prosigue Sor Juana: “produzca la Tierra animales y diferentes especies de brutos; e hizose así”;... “hágamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”;... “y crió Dios al hombre a su imagen y semejanza, y fueron perfeccionados los cielos y la Tierra, con todos sus ornatos”...

¿Advertís cómo, para emplear las propias palabras de Sor Juana, “a la creación de Adán llama el Sagrado Texto; *Perfección y ornamento de todo lo criado*”; y notáis que con esto Sor Juana revela que la obra divina mostrábase a sus ojos, lo mismo que en la *Sagrada Escritura*, como obra de creación continua y de conservación perenne, a la par que como obra de perfeccionamiento, — no incesante, sino *superveniente*?

La idea del perfeccionamiento *incesante*, tan aceptada por todos hasta fines del siglo XIX; tan discutida y abandonada hoy, no es idea que en la Biblia ni en Sor Juana se

encuentre; “pecando Adán”, dice, en efecto, Sor Juana, que-
”daron como imperfectas todas las criaturas, y fué crédito
”de la Divina Omnipotencia no sólo restaurar la humana
”naturaleza, redimiéndola, mas criar en ella, prevenir y pre-
”servar en su Eterna Mente, una Pura Criatura que, ador-
”nada de la Gracia Santificante desde el primer instante de
”su ser, restaurase en sí la imagen y semejanza de Dios.”

Piensa así Sor Juana en la madre de Jesucristo como en quien, por serlo, restaura y perfecciona la naturaleza del hombre, y pensando luego también en Jesucristo, que, por venir al mundo, perfeccionó también la humana naturaleza, y levantó a todos los hombres a una excelencia nueva, exclama: “Bendito seáis, Señor, que por nuestro amor os hicisteis hombre”..., con lo cual se siente transportada al amor no sólo de Dios, sino de su imagen, que son todos los hombres, y así continúa diciendo: “si hemos de amar” no sólo a Dios mismo, sino su imagen,—y “esta está en los hombres,—claro está que los hemos de amar, y amarlos y envidiarlos no se compadece en ningún modo: consideremos que si una imagen, de leño o de bronce, por ser del Señor nos mueve a veneración y reverencia, cuánto más lo debe hacer la imagen y semejanza viva que está en nuestros prójimos.”

Pensado y dicho esto, su natural impulso, de salir fuera de sí misma e ir hacia sus hermanos, los hombres todos—movida por aquella necesidad de su espíritu que en la carta a Sor Filotea de la Cruz la llevó a lamentar que sus estudios hubieran tenido que hacerse sin discípulos, ni maestros,—exclama, no ya como antes, apostrofando a todos con las respetuosas aunque afables palabras: “Señores y señoras mías”, sino, con vehemencia mayor, en segunda persona: “¿Atreveráste tú, a un hijo de Dios y de la Virgen, y hermano de Cristo, a desearle mal? Pues todos los hombres”,... “hijos son de Dios y de María, y hermanos de Cristo, nuestro Señor; imágenes son hechas a la similitud de Dios, y Cristo es imagen hecha a semejanza del hombre. ¡Mira qué mutua, amorosa correspondencia! Pues ¿cómo has de querer tú mal, y desear mal, a quien Dios quiere bien y desea bien?”...

Prosigue en el séptimo día exaltando Sor Juana a la Virgen, a la que ve también exaltada por Dios mismo; y temiendo—acaso por recordar que en el Génesis el séptimo fué el día del descanso,—que se apodere de los hombres la pere-

za, es decir, la indiferencia y la falta de entusiasmo, excita a todos para que no se dejen conquistar por su insidia, para lo cual la declara “fuente de todos los pecados de omisión, e impedimento de todas las buenas obras”; “letargo del alma, entorpecimiento de la razón, caimiento de la voluntad, sueño del corazón y muerte de todas las buenas operaciones de nuestro espíritu”; admirables epítetos, que bien califican la ignavia, la pereza espiritual, la terrible envenenadora de todas las virtudes y de todas las energías que permiten y aseguran los progresos del hombre.

En los ejercicios del octavo día Sor Juana tiene por propósito combatir la mentira, y encarándose con las personas a quienes en esos ejercicios se dirige — “en especial”, les dice, “se abstendrán” “de mentir, aunque sea muy levemente o de chanza, que de cualquiera suerte es la mentira intrínsecamente mala”... “Propongámonos, muy de veras, desarraigar de nosotros este ruin vicio, que no sólo mancha el alma, pero infama el crédito.” En el ardor de su convicción trueca Sor Juana de pronto su modo de hablar: no ya en plural, para todos, sino en singular, con certidumbre, si posible es, más íntima, exclamando: “y yo no sé qué deleite puede tener el que miente; sino antes confusión y vergüenza, de ser reconvenido a cada paso. Vicio tan malo y vil, que los que lo tienen no se unen entre sí, como sucede en otros vicios, sino que se aborrecen, temiendo cada cual ser engañado del otro. Mira”, prorrumpe luego en segunda persona, “aun acá en el mundo, en lo que tienen las gentes, al que saben que miente! Pues si el mundo, que es todo falacia y falsedad, aborrece la mentira ¿cómo la abominará Dios, que es la Suma Verdad?...” “No me cansara yo, señores, en persuadir de esto, de que por sí se está persuadido, a no ver que esta fiera legañosa, y ruin culpa, tiene tantos enamorados, que hay personañs que sin necesidad alguna, sino sólo por costumbre, mienten, con gran pérdida de su reputación, y lo que más es, con detrimento de su alma”... “Huyamos” “de mentir, y pidamos a los Santos Espíritus de este día y a la Reina suya y Nuestra Madre, nos alcancen este don, de no sólo hablar, pero conocer y amar la Eterna Verdad, que es Dios”.

En fin, el “Día de la Encarnación” es, en el ánimo de Sor Juana más aún que todos los otros, un himno a “la Madre de Dios”, y un propósito, “muy de corazón”, de “no pecar” “en toda la vida”; pero como ella sabe bien, pues

ha vivido, cuánta es la fragilidad humana, agrega: "Si por nuestra flaqueza sucediese después lo contrario, no por eso perdamos el ánimo"... "Volvamos "a pedir a la Gran Señora nos favorezca para levantarnos, y procuremos que al menos nos quede de estos ejercicios algún aprovechamiento para lo restante de la vida; siquiera el abstenerse siempre de algunos de los vicios y adquirir alguna virtud"...

Esta "novena" tan personal, tan fervorosa, tan efusiva, en la que no hay más que amor a Dios — pues la perfección misma que anhela e impetra Sor Juana, la anhela y la impetra porque a Dios ama, — y en la que su amor se extiende a las imágenes de Dios, los hombres, para llegar con todos al Cielo, — ¿no pone ciertamente de manifiesto que su misticismo se enraizaba a la par en sus lecturas, en la admiración y el amor que por las bellezas del Universo sentía, en su filosófica visión de todo lo creado, y en su deseo de perfeccionamiento de cada cual y de todos? Con una desencantada convicción al propio tiempo, de la flaqueza de los hombres y de la falsía del mundo, a la par que con un firme y valiente propósito de luchar siempre y a pesar de todo, para conseguir siquiera algún perfeccionamiento, transformando así su mística efusión amorosa en universal esfuerzo de educación ética.

2) LOS "OFRECIMIENTOS DEL ROSARIO". POR QUIENES Y CON QUIENES REZABA SOR JUANA.

La segunda serie de oraciones que a la par son exhortaciones y meditaciones compuestas por Sor Juana y con su expreso gusto publicadas, es la que remitió también al Obispo Fernández de Santa Cruz — como anexo a su carta, — y que se llama "Ofrecimientos para el Santo Rosario de Quince Misterios que se ha de Rezar el día de los Dolores de Nuestra Señora la Virgen María".

Naturalmente cada uno de esos ofrecimientos expresa cómo imaginaba Sor Juana Inés el dolor de la Virgen al que en él se refiere, y cómo promovía los sentimientos, las reflexiones, los propósitos, las súplicas que deseaba hicieran las almas de quienes de igual modo que ella pudieran representarse esos dolores. Revivíalos así de alguna manera en

si misma, y las oraciones que con este fin compuso van siguiendo, por supuesto, paso a paso, el desarrollo de esos mismos dolores.

Con ser los once primeros de los que ella trata, quizás los que más han impresionado la imaginación de quienes, con espíritu de creencia religiosa, se han detenido a considerarlos, y los que han inspirado a los artistas que representan especialmente a la Virgen, ya esperando, al pie de la Cruz, a la hora del descendimiento, el descoyuntado cadáver de su hijo; ya, como la interpretó Miguel Angel, en el doliente mármol blanco de su *Pietà*, con el exangüe cadáver en su regazo; ya luego, en la sombría soledad de la noche más lóbrega, bajo la Cruz que ilumina con misteriosa claridad las tinieblas, Sor Juana habla con la Virgen, con mayor ternura aún que en pasajes semejantes a estos, en sus cuatro ofrecimientos finales de la corona de quince rosas místicas entretrejida en sus oraciones; con mayor ternura, porque estaba cierta de que fueron para la Virgen los dolores más grandes; con lo cual se ve, por otra parte, cuán diferente de la que han tenido aquellos admirables artistas, es la elevación del alma que Sor Juana tuvo en sus cuatro ofrecimientos finales.

Al imaginar, en el duodécimo, el dolor que la Virgen sentiría pensando en la esterilidad del sacrificio de su hijo para quienes en los siglos futuros, muriesen — a pesar de semejante sacrificio, — sin bautismo, preguntábale, con honda amargura: “¿No os bastaban, Señora y Bien Nuestro, los tormentos de vuestro Hijo?”... “Como sedienta de penas, volvéis los ojos a más doloroso objeto, como lo es, para Vuestro Generoso y Real Corazón, el ver la innumerable multitud de los que no tendrán conocimiento de su Bien!”

Mayor, empero, juzgaba — mayor también para ella misma sería, — el dolor que imaginaba en la Virgen cuando, en su décimo tercero ofrecimiento le decía: “Oh Madre martirizada de tres, los más nobles, pero los más inhumanos verdugos, que fueron: vuestra indeleble memoria, vuestra infusa sabiduría y vuestro ardentísimo amor, con que teníais presente, ponderabais, sentíais todo el daño de los hombres que estaban por nacer; creciendo, por grados, vuestros tormentos, viendo que no sólo perderían los ciegos gentiles”, “pero que los que ya estaban en la carrera de la vida y en el camino de la luz, volverían atrás, rasgando no sólo la túnica inconsútil de Vuestro Hijo; pero

”descoyuntando la armonía de los miembros de su místico cuerpo, que es la Santa Iglesia”, al interpretar y al falsificar “las Santas Escrituras; dolor para vos, Señora, más sensible!”...

Cuán hondamente se revela en pasaje como este, el alma inmensa de Sor Juana; alma de Iglesia Universal; alma de Humanidad de veras católica, que a todos los rumbos del Mundo se dirige, y que a todos tiende los brazos con infinito amor!

En el décimocuarto ofrecimiento, que es también la décimo cuarta meditación y el décimo cuarto ruego, duélese Sor Juana con la Virgen, pensando en quienes llegan a las puertas de la muerte con el alma ennegrecida por el mal, y cerrada a toda esperanza, porque no aciertan a tener arrepentimiento. ¿Perderánse para siempre? Dolor es imaginarse esto, sentía ella, que excede “con infinitos quilates” “a todos los antecedentes. Y para los desventurados que en tan temeroso peligro estuviesen, impetraba la Bondad Inagotable, para que un movimiento siquiera, un movimiento de su alma, los hiciera volar hacia la Luz.

...¿No es todo esto, lo que propiamente se llama *la comunión de las almas*? ¿No se necesita para sentirlo, como Sor Juana lo sentía, que haya vivido ella también con las almas de los que, como ella decía, nacidos más tarde “no tendrán conocimiento de su Bien”, del Bien, y que, dolida de su desventura, haya llorado por ellos? Dolida más aún con la desgracia de los que, ya “en la carrera de la vida y “en el camino de la luz”, “volverían atrás”; más todavía, con la desventura mayor que con esto colectivamente causarían, “descoyuntando la armonía de los miembros” del “místico cuerpo” de Cristo, “que es la Iglesia”; más, en fin, con el espanto y la desdicha de quienes, pudiendo abrir los ojos a la Luz, se obstinan, por la Eternidad toda, en tenerlos cerrados a la Luz.

Dolor superior, empero, pensaba Sor Juana, que la Virgen tendría; — y es que también para ella habría de serlo, — aquel que imaginaba cuando, en la postrera de sus imprecaciones líricas, decíale: “¿Adónde volveréis los ojos de la “consideración, que, en vez de alivio, no os los quebréis, “con nuevos motivos de dolor? ¿Quién no creerá que las “virtudes de los justos serían el descanso del pesar que os “causaba la ingratitud de los malos? Pero como vos, Señora y Bien Nuestro, no estabais en tiempo de alivios”, — que

en tal tiempo, en efecto, como Sor Juana lo imaginaba y bien sabido lo tenía, no se acierta a mirar más que lo que daña, —“sólo mirabais lo penoso, contemplando las culpas”;... “con que los mismos predestinados ofenderían a vuestro Hijo, de que ya teníais experiencia, en la negación de San Pedro, y cobardía de los discípulos”. No, sin duda, que este dolor tuviera objetivamente causa tan grave como los anteriores que Sor Juana había venido considerando; sino que, con tenerla menos grave, porque no era, como la de aquellos, irreparable, dolíale más, por venir de quienes más se habían acercado al corazón de María y a su alma, y eran ya parte viva de ellos. Subjetiva verdad; más totalmente verdadera para ella, por ser más totalmente relativa, y más plenamente subjetiva.

Alma en comunión con las almas todas; alma que lleva su amor, en todos los tiempos a las cinco dolientes categorías de las mayores desventuras de los hombres: a la de los que el Bien ignoran, e ignorándolo, ni lo buscan ni lo alcanzan; a la de los fieles, que en infieles se convierten; a la de los que despedazan la unión armoniosa de la humanidad entera, hermana y una; a la de los que caen en el mal, y a él se aferran, y con él, sin hacer movimiento alguno para desprenderse de él, llegan a las tenebrosas puertas de la muerte, que, por no arrepentirse nunca del mal, no pueden convertir en las puertas luminosas de la vida; a la de los justos, en fin, que, ya llegando, desfallecidos, retroceden.

Por todos, Sor Juana sufría; al lugar en que todos estaban, iba, y por todos, fervorosamente suplicaba y rogaba. Pensando en todos y a todos amando, oraciones inventaba, para que juntos sus hermanos, en la Tierra entera, por todos las rezaran.

...Dijo ella en su carta al Obispo Fernández de Santa Cruz, que estas obras suyas, “se imprimieron sin su nombre y por la pública devoción”. Son estas las que, tal vez mejor que otras ningunas, revelan su alma amante, maternal y mística; su alma escondida y oculta, que no habríamos podido saber jamás que de este modo amaba y sentía, si las hostilidades de que fué víctima no la hubieran llevado a declarar en su carta al Obispo, que de ella eran, y si, por lo mismo, no hubiéramos podido saber nunca que sus elevaciones, sus extáticas admiraciones habían sido sentidas, pensadas y vividas por ella, pensando en todos: en los fie-

les y en los infieles, en los que vivían en su tiempo, en los que antes vivieron, en los que hoy viven y en los que vivirán después, porque para todos y con todos, en todos los tiempos rezaba.

XXXII.— Los motivos conscientes y los motivos
subconscientes de la presión ejercida sobre
Sor Juana para que dejara de escribir

No era anónima solamente la hostilidad que Sor Juana sentía en torno suyo, cuando escribió al Obispo Fernández de Santa Cruz en respuesta a Sor Filotea, ni sólo de gentes de poca importancia: quienes en ella veían un modo diferente del propio suyo, de realizar lo que a su juicio fuera mejor, y lo veían, como tenían que verlo, como hecho por ella, hecho de manera que se imponía a la atención de todos, con ella no podían estar de acuerdo; y si la acción que les tocaba ejercer en el mundo era grande y de excepcional valía, era también natural que con celo desautorizaran lo que con sus modos de hacer discordara.

Tal ocurría con el Arzobispo de México, don Francisco de Aguiar y Seijas, que a don Fray Payo Enríquez de Rivera había venido a suceder desde 1685. Diseñada enérgicamente su ascética condición por su biógrafo, José Lezamis (México 1699), bien sabido era en su tiempo que para él “una causa muy principal de muchos pecados suelen ser las comedias”; y que, como Lezamis lo cuenta, “predicaba con grande acrimonia, contra ellas”. Por eso cuando hacía sus visitas de pueblos y ciudades, recorriendo la vasta extensión de su arzobispado, “mandaba que en las solemnidades de los santos, aunque fueran titulares, no hubiese semejantes fiestas”; y, dice su biógrafo, “para desterrar los vicios y plantar las virtudes”, empeñábase en “acabar con los libros profanos de comedias”, y en “repartir libros devotos”, a cuyo efecto, “trujo de España” “unos mil y quinientos”, “que se intitulan *Consuelo de Pobres*” y “que tratan con especialidad de la limosna, para repartirlos entre los ricos” cambiándoselos por los que malos juzgaba; al pro-

pio efecto, persuadiendo “a los libreros que no tomasen libros de comedias”, “trocó con algunos de ellos todas cuantas tenían, por los dichos arriba, de consuelo de pobres”, para quemar luego “los de comedias”, todo ello en el tiempo mismo en que Sor Juana escribía, en colaboración con don Juan de Guevara, la comedia *Amor es más Laberinto*, representada, como ya hemos dicho, en una de las fiestas con que en Palacio se honró al Virrey Conde de Galve. ¿Cómo, pues, podía el Arzobispo estar de acuerdo con Sor Juana?

Poseído por el más noble deseo de hacer el bien, por su solicitud, dice el Padre Cavo, se edificó, en 1681: “la casa de locas que llaman de Hormigos”; y empeñado en combatir el relajamiento de las costumbres — que había llevado ya al Obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, a edificar casas de recogimiento para mujeres, — huérfanas, unas; viudas, otras; otras, sin amparo; otras, arrepentidas — muchas de ellas víctimas de la población disoluta y arriesgada que a la Nueva España venía en busca de riquezas y aventuras, — empeñado en la campaña contra la disolución, — que había provocado ya que en tiempo de don Payo se construyera la gran casa que don Payo convirtió en hospital y entregó a los monjes de Betlemitas, aunque destinada al principio a recibir a seiscientas asiladas, — Aguiar y Seijas sentía una especie de horror al trato con las mujeres, hasta el grado de decir repetidas veces, escribe su biógrafo, “que si supiera habían entrado” “algunas” “en su casa, había de mandar arrancar los ladrillos que ellas hubieran pisado”; “horror”, continúa su biógrafo, que “fue cosa de toda su vida”, y que, por supuesto, no podía naturalmente llevarlo a consideraciones o atenciones por mujer ninguna, sino venciendo ese mismo horror.

Sor Juana pensaría, sin duda, que estaba bien que él combatiera la liviandad; había combatido ella misma llagas sociales de su tiempo, en las famosas redondillas en que increpó las acechanzas de los hombres y sus injusticias contra las mujeres; en su auto sacramental, “El Cetro de Josef” había luchado contra la falta de recato, dando la razón psicológica del mismo al declarar:

*“que quien la vista no guarda,
no guardará el corazón,
pues abre la puerta franca”*

a imágenes de las que después le será imposible libertarse. Asqueada por la licencia de las costumbres, como la había puesto de resalto al refugiarse en el convento, había sido parte principal para que tal resolución tomase — ya me parece haberlo demostrado, — la imposibilidad en que se encontró toda su vida de conciliar su alto y puro concepto del amor, con las bajas inclinaciones impuras que ese nombre suelen tomar, y que, adolescente, había encontrado en el palacio de los virreyes, y fué por eso también por lo que muchas veces, luego, combatió contra lo mismo que combatían el Arzobispo Aguiar y Seijas y el Obispo Fernández de Santa Cruz: contra la impureza de las costumbres, lo cual patentizan, fuera de sus citadas redondillas y de sus autos, sus “letras cantadas en la profesión de una religiosa”; sus comedias mismas y aun sus versos de amor profano; pero quienes tan lejos se encontraban de Sor Juana ¿podían entender que sus actividades, aunque, en apariencia, divergentes, eran en realidad convergentes con las de ellos? ¿Podían darse cuenta de que para levantar a ciertas almas, mejor aún que los medios que ellos, los Obispos, empleaban, eran los que, sin ánimo de moralizar, y sólo por revelarse tal como ella era, ponía por obra Sor Juana? ¿Podían advertir que en tanto que ellos se preocupaban sobre todo por remediar, uno por uno, los males individuales, la obra de ella, dirigida toda a lo porvenir, y sin más que tener las calidades que tenía, tendía a prevenir y a destruir males sociales de los que los males individuales eran, en parte, simple expresión? ¿Podían, en fin, advertir que por el solo hecho de que con sus obras trasportara ella a otro mundo, luminoso e ideal, el alma de los que la leyeran, hacía mejores a cuantos la leyeran?

Notorio era, por tanto, que el horizonte de ellos y el de ella no era el mismo: más alto, más amplio el de ella, asemejábase al del Pontífice de su tiempo, que, justamente entonces — como Dorotea Schöns lo recuerda en su estudio acerca de “varios puntos oscuros de la vida de Sor Juana”, (“Modern Philology”, Vol. XXIV, Chicago, 1926), — hacía retirar del *Index* de los libros prohibidos la “Mística Ciudad de Dios” y las demás admirables obras de la Beata Sor María de Agreda, la ilustre mujer a la que casi al propio tiempo, en 1691, hacía una alusión Sor Juana en su respuesta a Sor Filotea, mientras que, por lo contrario, expedíase en México en 1690 el edicto por el que la Inquisición,

de la que era alma el propio confesor de Sor Juana, el Padre Núñez de Miranda, prohibía la lectura de ella. ¿Cuando la citó Sor Juana se habría levantado ya la prohibición? ¿O de ella no tendría noticia? ¿O la habría olvidado?...

La misma diferencia de horizontes llevaba al Arzobispo Aguiar y Seijas, en su severa austeridad, a dictar, en 1688, su *Edicto sobre días festivos*, aboliendo muchos de ellos, y conducía en cambio a Sor Juana, alma que naturalmente siempre estaba de fiesta — siempre que se remontaba a lo alto, como se remontaba siempre, — a subir al Cielo, como una alondra mañanera, y a cantar desde el Cielo las fiestas todas.

No; no podía ella, siendo como era, ni ver las cosas como los demás las veían — desde el Cielo se ve de un modo; de otro se ve desde una montaña; de otro, desde abajo; — ni hablar como los demás hablaban: oíanla y decían a las veces que se perdía en sutilezas, y que alquitarraba por todo extremo lo que decía; — aun hoy, no pocos quieren zaherirla llamándola gongorina, sin acertar a hacerse cargo del fondo de su pensamiento, al través de la forma de él, ni darse cuenta de que, ágil y fuerte, va siempre por delante — que aun hoy, con frecuencia, nos lleva a lo futuro, — ni percibir tampoco, como tampoco en Góngora largo tiempo se ha percibido, que su misma forma complicada suele llevar en sí tesoros de belleza. — No menos cierto, en consecuencia, que el estilo mismo de Sor Juana había de separarla de quienes otro estilo tenían.

Claro que también a este efecto tuvo que concurrir el ruidoso juicio crítico del sermón de Vieyra, que aunque es verdad que desde que él lo había predicado en el Colegio de Lisboa, un año antes de que naciera Sor Juana, había sufrido rudos embates la fortuna de aquel insigne personaje, siempre fué y siguió siendo orador de inmensa fama, y nada podía parecer tan osado, ni fuera de proporción, como que Sor Juana impugnara cualquiera de sus conceptos.

No que por eso, como ha llegado a pensarse, se enagenara Sor Juana, colectivamente, las voluntades de la ilustre Compañía: — no se supo que algún jesuita de valimiento atacara entonces, ni se sabe que haya atacado después, su juicio crítico, — y el más violento escrito de defensa de los puntos de vista de Vieyra no parece haber sido otro que el de la Madre portuguesa, Sor Margarita Ignacia, religiosa de San Agustín, que en portugués lo escribió en Lisboa; y que fué

traducido al castellano, treinta y seis años después de la muerte de Sor Juana. Pusieronse, por lo contrario, desde aquel tiempo y se han puesto más tarde del lado de ésta, jesuitas preclaros, como el Calificador del Santo Oficio, don Juan Navarro Vélez, que declaró en España, en 1692, que nada contenían las obras de Sor Juana contrario a la fe, y como los Padres Diego Calleja y Diego de Heredia, Rector este último del Colegio Imperial de la gran Compañía, y el Dr. don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, y el Obispo de Oviedo, don Tomás de Reluz, y el Teólogo de la Nunciatura y Arzobispo electo de Manila, don Jacinto Muñoz de Castilblaque, que admiraron y aplaudieron el juicio crítico del que fué expresión la Carta Athenagórica, de igual modo que lo aplaudió y admiró el Obispo Fernández de Santa Cruz, y como admira a Sor Juana en nuestros propios días el afamado jesuita mexicano don Mariano Cuevas, que así lo manifiesta en la página 441 del tomo tercero de su "Historia de la Iglesia en México", de la propia suerte que el Obispo don Emeterio Valverde Téllez en la página 57 del tomo I de su erudita "Bibliografía Filosófica Mexicana". Todo ello, empero, no puede haber obstado para que se suscitasen aquí y allá, en hombres que menos descollaran, apreciaciones malévolas acerca del atrevimiento de Sor Juana, por haber osado hacer el juicio crítico de Vieyra, como bien se ve que pasó, pues así lo dice ella misma en su carta al Obispo Fernández de Santa Cruz; y claro es que las hablillas, las murmuraciones, solapadas o no, han de haber contribuido también para que se hicieran más resueltos los reparos que opusieron a su respecto los insignes dignatarios con los que Sor Juana tenía por fuerza que estar en relación.

Ni la carta de Sor Juana al Obispo de Puebla, ni el tardío conocimiento de que de ella fueran las oraciones que al Obispo ella mandó, parecen haber mejorado la difícil situación que venía, no sólo inquietándola, sino acongojándola. Antes bien, la carta la perjudicó probablemente: que la vieja verdad del proverbio castellano, "del árbol caído todos hacen leña", suele imponerse a las almas ruines cuando ven caído de la gracia de un poderoso, al que primero tuvo valimiento; y se adelantan entonces a denigrarlo cada vez que hace cualquiera cosa, sea la que fuere, imaginando que darán gusto al poderoso si aplauden su actitud y lo convencen de que es él y sólo él quien razón tiene y mé-

rito, con lo cual, y tras cada nueva, y más o menos violenta, pequeña tempestad de escándalo, los poderosos que de la orientación futura de la conducta de Sor Juana creían tener alguna forma de responsabilidad, o juzgaban que en el ánimo de ella les sería debido influir, no vacilarían en hacerle, o en tornar a hacerle, ora directamente, ora por interpósita persona, advertencias, indicaciones, amonestaciones. En tal estado, aun lo que debiera favorecerla le perjudicaría; si su aplaudido juicio crítico—aquí por no pocos, censurado,—se publicaba otra vez en España,—en 1692, en Mallorca, elogiándola encomiásticamente,—la noticia no dejaría de tener desagradable resonancia en el ánimo de los malquerientes, y provocaría sus torcidos comentarios.

La diferencia de psicologías, la de los panoramas de la vida mental de Sor Juana y de los directores de la existencia espiritual de la Colonia; la influencia que sobre ella y ellos ejercía el medio social ambiente, electrizando, amplificando y exacerbando las distancias ¿basta para explicar ya que no para justificar, que al cabo más y más se ahondara la separación, y que el Arzobispo Aguiar y Seijas haya llegado a suspender casi del todo sus relaciones con Sor Juana, y que el confesor de ella, el padre jesuita Antonio Núñez de Miranda—según refiere en la página 136 de su biografía su fiel biógrafo el padre, jesuita también, Juan de Oviedo (México, 1762),—se retirara “totalmente de la asistencia a la Madre Juana” desde poco más de dos años antes de la muerte de ésta?

Para cualquiera—claro es,—habría sido prueba durísima verse segregado de la relación que antes tuviera con los demás, y particularmente con los hombres de más peso y mayor valimiento que hubieran formado siempre su sociedad; más duro aún para Sor Juana, cuya aguda sensibilidad y cuya necesidad espiritual de vivir en comunión con todos eran tan extraordinarias.

¿Qué se proponían conseguir quienes de ella así se separaban? ¿Era que hubieran dejado de estimarla? ¿Que ya no tuviesen especial dilección por ella? Sin duda todo lo contrario ocurría; pero a la par deseaban—cada vez más porque por ella de veras tenían interés,—que no fuera ni siguiera siendo como había sido y como era aún, y por lo mismo ejercían modos diversos de presión sobre ella, privándola de lo que más sensible le fuere perder, la armonía

de sus buenas relaciones con todos. Mas ¿por qué, vuelve uno a inquirir, por qué tal empeño en que Sor Juana cambiara de modo de ser?

El Padre Oviedo, en su vida del confesor de Sor Juana, declara que éste quería “contener el natural afecto e innata inclinación a las letras, de la Madre Juana, en los límites de una decente y moderada ocupación, para que del todo se dedicase al estudio de la perfección”... ¿Podía imaginar nadie, empero, que Sor Juana se hubiese entregado reprehensiblemente a las letras? Si por acaso alguna composición, de su extrema juventud, había sido ligera y vana ¿podía tomarse en consideración después de toda su admirable vida, y sobre todo después de las últimas, no sólo serias sino profundas producciones suyas, inspiradas por los más altos ideales, e iluminadas por el más puro, el más desinteresado y clarividente amor a Dios? Algo más que lo que dice el Padre Oviedo, algo más que lo que en su caita había dicho a Sor Juana el Obispo Fernández de Santa Cruz, sería lo único, llega uno a concluir, que pudiese explicar la presión que sobre ella a cada instante se ejercía con mayor rigor, para que no escribiese como hasta entonces, ni estudiara y leyera como lo había hecho toda su vida, ni siguiera siendo como era; todo lo cual naturalmente a ella le parecía infundado, por lo que a aceptarlo hubo de resistirse años enteros, patentizando al fin la fuerza de su personal convicción y de sus propios puntos de vista, en sus admirables villancicos a Santa Catarina, que en seguida habremos de considerar. Pero si esto era así, qué fué, por fin de cuentas, lo que obligaba a los hombres de voluntad y de poder espiritual, que tal presión ejercieron sobre Sor Juana, a ejercerla, en los términos en que la pusieron por obra?

Ahondando mejor, para esclarecer este oscuro problema, vengo a pensar que la causa verdadera de la tenaz actitud que circuyó a Sor Juana, como en constante asedio, particularmente en los últimos años de su vida — asedio preparado desde el principio, por las demás causas de mala inteligencia, prevención y reproche a las que antes he venido refiriéndome, — es una que nadie, que yo sepa, ha señalado visiblemente hasta ahora; oculto como ha estado para casi todos, por siglos enteros, lo esencial del alma de Sor Juana, y habiendo pasado inadvertido para muchos el espíritu que animó la inspiración central de ciertas obras suyas, gravísimas, trascendentales y recónditas.

Atrévome a pensar que, subconscientemente, aquellos hombres perspicaces que estaban en torno de ella, y que más la estimaban y querían—entre ellos, por supuesto, el primero, su confesor, el Padre Antonio,—tuvieron la intuición,— como intuición, velada y confusa, pero a la par fuerte y dominante,— de que Sor Juana vivía demasiado — demasiado a juicio de ellos,— los más graves e inquietantes problemas sociales de su tiempo; y alarmados y aun espantados, cada vez más, juzgaron indispensable detenerla en su camino. Presintieron a mi parecer, mejor que comprendieron, lo que en el fondo era la verdad: que ella venía siendo más y más en sí misma el alma de su pueblo, del pueblo mexicano; la ciencia conjunta de lo que para su pueblo era esencial, y por tanto la *conciencia* colectiva de éste; del pueblo mexicano, múltiple, contradictorio, entrecocado y armónico: no sólo del pueblo español y blanco; no nada más del mestizo y el criollo, sino también del pueblo indio y del pueblo negro; del brillante pueblo de los virreyes y los arzobispos, reflejado sobre todo en las comedias y en las primeras poesías de Sor Juana; del de la Corte y de los conventos; y a la par, en sus villancicos, del pueblo que no sabía hablar más que con palabras mutiladas y bárbaras; del que a no pocos blancos causaba enojo, risa y desprecio. Advirtieron entonces los que mejor la observaban y más sagaces eran, que aquí y allá, entre los cantos de la monja admirada y querida, estallaban fugaces y entrecortados sollozos; no naturalmente de quienes tenían entonces libertad, y poder, y dominio, sino de quienes representaban a las razas oprimidas, y se dieron cuenta sin duda también, de que todo sollozo es una protesta, y de que quien lleva a la conciencia pública el eco de un sollozo, lleva también con ese sollozo, un grito de rebelión y de libertad.

¿Cómo podían reprocharle que así lo hiciera? ¿Cómo hablar siquiera de ello, cuando casi ni lo pensaban? Sentían, presentían, intuitiva, oscura, potentemente, que la levadura estaba siendo arrojada por la inmortal amasadora de las ideas y de los sentimientos de los mexicanos, al pan ázimo de las almas, y temían que ese pan, levantándose al cabo, llevara a las razas oprimidas a levantarse ellas también en un inmenso movimiento, que quebrara para siempre las serenas líneas del horizonte tradicional.

¿Fué tal temor el que atravesó el espíritu del Arzobispo

y el que cruzó por el del Padre Antonio? ¿No fué tanto lo que entrevieron? ¿No tomó cuerpo y vida la gran verdad en su ánimo? A mi juicio sólo subconscientemente la percibieron; pero esto era bastante, y los deseos a todas luces ostensibles, y los cargos que por sí solos eran de poco momento, suplantaron en sus labios la grave y severa realidad. Unificados y resueltos: que mujer tan extraordinaria y tan amada pensara más en sí misma y en su propia salvación; que se dejara ya de tantos estudios peligrosos, de tantas lucubraciones vanas, de tantas inconsistentes fantasías, de tantos versos, a todo propósito compuestos; que al fin dejara descansar la pluma!

No diciendo más que esto, que era probablemente lo único que estaba a flor de su conciencia, aunque las más graves instancias se revolviesen en el fondo de ella, urgiendo en defensa del régimen todo, político, social y económico que informaba la vida del país, ¿cómo podía Sor Juana entender lo que en el fondo se quería de ella? ¿Cómo podía darse cuenta de que, lo que de ella se pretendía, era, en realidad, que se arrancara del alma todo su amor por el México eterno — el de entonces y el de lo futuro, — y por las razas todas de México; que renegara de sí propia, ya que ella era también México, y que sólo individual y aisladamente en ella pensara? ¿Cómo darse cuenta de que lo que se quería, era que ella no fuera ya, como ella era, sino como eran ellos?

A esta razón profunda de la presión sobre ella ejercida para que cambiara las orientaciones de su existencia, sin duda se agregaba la otra razón fuerte que Sor Juana sí advirtió, como ella misma con tanto dolor y tan perspicaz certidumbre lo dijo en su carta al Obispo, aunque, naturalmente, sin analizarlo ni explicarlo concretamente: que por innumerables modos se había señalado ella y se había distinguido en su sociedad y en su tiempo, más que como ella pudo pensarlo; que no por una cualidad sola, ni por un hecho aislado, había sobresalido, ni sólo había sobresalido excepcionalmente alguna vez, sino por muchas cualidades, y en todo, y siempre; por encima de todos; y que esto había convertido en constante blanco de escondidas y rencorosas envidias: por ser mujer inteligente y discreta, cuyo talento opacaba a hombres presuntuosos; por ser hermosa cuyo recuerdo enojaba a mujeres casquivanas; por ser poeta que deslucía a fatuos versificadores de su tiempo; por saber

tanto en una sociedad tan poco ilustrada como la que la circuía; por tener un juicio tan recto, tan profundo y tan noble, donde había tantos falsos juicios mezquinos, vulgares y ligeros; por subir en su místico vuelo a la esencia misma de las virtudes, a Dios, y darse cuenta de que la libertad verdadera de las almas y el amor universal a todas ellas, a las de los poderosos y a las de los desdichados, a las de los negros, a la par que a las de los blancos, son la redención y la vida aun de los que el poder mayor detentan; todo lo cual entendía ella bien, en tanto que los más encumbrados de quienes la rodeaban, apenas si sabían percibir las miserias y las fealdades individuales, y acudir a sus remedios con limosnas, penitencias y recogimientos, sin que les ocurriera ver cara a cara los vicios mismos de la organización secular, ni pensar en el remedio supremo, el de la libertad, para todos redentora, y el de la justicia, como ella la llamaba, para todos *igual*.

En tantas causas enraizada la pugna tan largo tiempo latente contra ella, habiase mantenido como oculta llama que todo lo mina y consume, sin revelarse ostensiblemente: para que creciera, no se necesitaba más que una voz autorizada, como lo era la del Obispo Fernández de Santa Cruz, la señalara en público, y que los poderosos que a Sor Juana impartían franco apoyo, se ausentaran o murieran: con esto el solapado y encubierto tumulto estallaría por fin. A evitarlo habría sido bastante una buena y perseverante mediación; mas ¿de quién pudiera venir, cuando ya los grandes amigos que Sor Juana había tenido, o habían muerto: — la bondadosa Marquesa de Mancera y el Arzobispo Fray Pavo Enriquez de Rivera — o estaban lejos; — en España el Marqués de Mancera y los Virreyes de la Cerda, — o se encontraban en vísperas de morir, allá, en septiembre de 1692, el Virrey Conde de Paredes; aquí, en abril del mismo año, don Juan de Guevara, el poeta, primo de Sor Juana, y el 7 de septiembre, el Presbítero Diego de Rivera? ¿Quién quedaba aún para que mediase, si su otro inteligente amigo, lumbrera de la ciencia de su época, don Carlos de Sigüenza y Góngora, absorto en sus estudios y en sus publicaciones, estaba probablemente entonces, en aquellos difíciles tiempos, como estuvo a las veces en su vida, traído y llevado fuera de sí mismo por su humor desigual? Sólo quedaban: ella, de un lado; del otro, quienes empeñados estaban en lo que de algún modo creían que era el bien de

ella, y que a la par los tranquilizaba para lo porvenir, aunque entrañase la sujeción completa del alma que asediaban, y el cambio entero de sus perspectivas; y en medio — movediza como deleznable arena, sorda y hostil aquí, indiferente allá, desquiciada toda por las calamidades públicas, devorada por las pavorosas epidemias que entonces la asolaban, — la sociedad en gestación; revuelta e informe.

Abandonada pues, a sí propia, sintió Sor Juana cada día más que la cerrada niebla de su tribulación crecía, y que en ella, ella caminaba a tientas, casi sin saber por donde se quería que fuese. ¿Contra quién pudiera defenderse, si los que más la instaban a que abandonara los estudios y dejase de escribir, y a que no diera ya su pensamiento a cuanto lo daba, en su universal necesidad de brindar a todos cuanto en ella hubiera, se decían siempre sus amigos, y si en ellos reconocían todos, a los que más por ella se preocupaban y más la querían? Apenas si en ese tiempo, en que cada vez más de prisa la lámpara de la vida de Sor Juana fué bajando, y en que cada vez más, vino a dejar de escribir, apenas si escribió en un sublime instante de defensa de sí misma, sus villancicos a Santa Catarina, los últimos que compuso; en otro momento, sin duda porque expresamente se la pidieron, *la silva* que el año de su famosa respuesta a Sor Filotea y de sus mismos villancicos, compuso para celebrar, con otros poetas, la victoria ganada por la Armada de Barlovento contra los franceses en Santo Domingo; y en fin, muy interesantes sin duda, aquellos “otros discursos a las finezas de Cristo, Señor Nuestro”, a los que hace alusión en el tercer tomo de las obras de Sor Juana, el Dr. Castorena y Ursúa, y que hasta nosotros no han llegado. Ni una vez sólo, en parte ninguna, menciona ella jamás el nombre de cualquiera que de sus opiniones haya disentido. En cambio, sí — efusiva y gozosamente, — los de aquellos a quienes ella creía deber algo, sea lo que fuese.

La vida avanzaba mientras: la conspiración del silencio y la lejanía cerraban cada vez más su apretado cerco; Sor Juana en medio — más también, a cada instante, — empeñábase en dos absurdos empeños: de una parte, en descubrir en sí misma las graves faltas que sin duda pensaba que estaría cometiendo, y que serían las que le enajenaran las relaciones que era natural que tuviera; — faltas que empero no lograba descubrir, porque no lograba convencerse de que fueran las que se le atribuían: hacer versos, cuando los ha-

cía sin darse cuenta de que estuviera haciéndolos; amar la Sabiduría, cuando la Sabiduría era para ella Dios mismo; pensar y decir lo que sentía y pensaba, cuando pensar y decir era para ella sinónimo de vivir; — y, de otra parte, no contrariar a nadie; no, sobre todo, a quienes respetaba y quería con singular rendimiento, y satisfacer sus deseos, que ella consideraba órdenes. Empresa, especialmente esta última, absurda, porque, como ya lo he dicho, los que tales deseos tenían querían en suma, aunque no supieran que así lo querían, que dejara ella de ser como era en la esencia íntima y más preciosa de su ser: que no fuese ya efusiva, exteriorizada, expansiva; que no permitiera llegar a su corazón — infinita encrucijada adonde llamaba ella a cita de amor a todas las almas; — a alma ninguna que no fuera la suya propia, y que no estuviese saliendo a todas horas del camarín cerrado de su propia conciencia, para ir más allá siempre, hasta lo más cercano y hasta lo más lejano, en fúlgido vuelo de entusiasmo y de ideal. *De entusiasmo*, de aquel prodigioso estado del alma — el natural en ella, — que merece llamarse con el portentoso nombre griego formado por las dos voces *en* y *theos*; por las dos que significan estar arrebatado por un divino transporte; estar poseído por Dios. En fúlgido vuelo de entusiasmo se encontraba ella con extraordinaria frecuencia; en deslumbrante raptó divino, en inacabable vuelo a la Creación entera como emanación de Dios, y al mismo Dios; y quienes más la amaban, y quienes en torno suyo más religiosos pretendían ser — ¡oh trágica ironía! — eran justamente los que intentaban detenerla; los que querían que no fuera ya como ella era; que su religión... — ¡La religión es la sublime conexión del Universo, que liga y vuelve a ligar, que junta y vuelve a juntar todas las almas y la creación toda, con todas las almas y con toda la Creación, como obra de Dios; por eso se llama así: *religión*, porque repite y reitera, y reitera y repite perpetuamente, la universal e infinita unión!... — Querían que su religión se quebrara; que la dejara a ella, de un lado — no viva, que así no podía vivir, sino muerta, — y del otro lado la creación, privada al cabo, de ella. Querían que su alma, expansiva y libre, se tornara en alma introversa, encadenada a sí propia, en sí misma vertida, — que sólo saliera de ella por meditado propósito; concentrada, ensimismada, *encapsulada*; que no viviera ya toda para afuera, sino que en ella misma pensa-

ra; siempre en ella, en su propia perfección, en su individual y personal salvación.

...¿Cómo entender esto?... ¿Que pensara *en su propia perfección*?... ¿Que trabajara *por sí misma*? ¿Que viviera *para ella* y se pusiera constantemente en camino, para llegar *sólo a ella*?... ¿Podía nada, ser más opuesto al modo de ser de Sor Juana?

—¡Es perfecto, *sólo Dios!* pensaría ella sin duda, como Aristóteles lo pensó—sabiéndolo probablemente ella,—y como Descartes, Espinosa y Léibnitz, y tantos más lo han dicho, sin que ella lo supiese. *¡Sólo Dios!* que no puede ser excedido, ni excederse en nada; mas ¿un hombre? Un hombre no puede hacer otra cosa que aspirar a ir siempre más allá de su pobre y raquílica limitación, de su mísera imperfección; más allá; más allá; a lo Infinito; ¡a Dios! Puede querer ser perfecto; sí; pero no por sí mismo, ni para sí mismo; no buscando esa perfección como el fin más alto, sino sólo como un medio, y encontrándola, al cabo, en el amor a Dios y en la comunión con El; encontrándola, cuando a El lo encuentre, que con El—origen y término, esencia y cifra,—lo tendrá todo!

—¡No queráis encerrarme en mí! gritaría ella dentro de sí misma, desolada, y ella sola oyendo, en su alma anhelante, sus clamorosos gritos.—¡No me propongáis *como fin supremo, mi propia perfección!* ¿Qué *perfección* puedo yo tener, por mi misma y sola, miserable criatura que soy? ¡Habladme de la perfección de Dios! ¡Dejadme que sólo piense en ir a El! ¡Que vaya a El! ¡Sólo El es perfección!

¡Ah! ¡Si la hubieren oído! ¡Si la hubieren entendido! Se habrían dado cuenta de que en eso cabalmente consistía la perfección a la que ella podía aspirar y a la que es posible llegar: no la perfección aislada en uno mismo, sino la que consiste en acercarse a Dios; la que Jesucristo pidió y pide siempre: la del amor a Dios, la del vuelo del alma a Dios; a todas las criaturas y a la Creación entera, ¡por Dios!

Si, entendiéndolo así, hubieran subido además al concepto de Sor Juana, y en su corazón hubiera cabido aquel naciente, aquel inspirado, aquel ardiente grito de amor y de libertad para todas las razas oprimidas, que en el corazón de Sor Juana resonaba, no habrían pretendido que ella dejase de ser como era; y con esto ella habría vivido el tiempo que de vida le quedara, como vivió los momentos mejores de

ella: en verdadera comunión con todas las almas, como la conciencia misma de México, y convertida toda entera en un himno viviente a Dios.

...Convencida, cada vez que con ella misma lo discutía, de que con ella, en la esencia íntima de su alma, estaba la razón, y pensando entonces en que no obraba mal, al leer, al estudiar, al pensar, al escribir, al hacer versos, como tampoco obraban mal, quienes no los hacían, y creyendo siempre que lo que mejor satisfacía el más recóndito anhelo de su propia alma era su amor a Dios, es decir, su perenne *entusiasmo* por la Infinita Sabiduría, y su ansia de alcanzarla, — arrebatada por su anhelo, de vivir así con El la Vida Suma, y buscando siempre al través de la selva de la Creación, al “*Divino Narciso*”, — y repitiéndose que no podía ser el pensamiento de su *propia perfección* lo que más la absorbiera, porque pensar en ella sólo y no en El, era egoísta, y en su *perfección propia y personal*, era ridículo y risible, preguntábase, empero, a cada instante con mayor zozobra, al advertir que aparentemente no pensaban como ella los hombres más virtuosos que conocía en México, y los que más grandes dignidades tenían en la Iglesia en torno de ella, si no estaría al cabo en un increíble y extraño error, y alejándose de Dios, cuando a Dios quería ir, y cayendo por su soberbia en el abismo de la eterna condenación.

Y como la tempestad iba arreciando, la defensa que de sí propia a sus solas hacía, tuvo que volverse más débil; no sólo porque toda impugnación contra cualquiera y toda contradicción se le volviesen luego imposibles, — opuestas como eran a su natural modo de ser, — sino porque aquella inquietud y aquella desazón en que hacía tantos años, vivía, y la desconfianza de sí propia — en la que había venido a parar, — tenían que gastar más y más sus menguantes energías, ya muy mermadas por su delicada salud, a la que hacía alusión en tantos pasajes de sus escritos.

XXXIII. — Los Villancicos de Santa Catarina.
Alegato pro domo sua

Algo de la lucha que a Sor Juana consumía, y de su drama interior, y de sus íntimas convicciones, hasta entonces a pesar de todo triunfantes y trasmutadas aún en poesía, se revela en los últimos villancicos que compuso, y que cierran la serie de los que escribió, al través de más de catorce años de su vida, desde el de San Pedro Nolasco, en 1677, en la vibrante fuerza de sus primeros 26 años, hasta el que se cantó cuando llegaba a los 40, el 25 de noviembre de 1691, en los maitines de la fiesta de Santa Catarina, en la Catedral de Antequera, en Oaxaca.

De extraordinaria fama en aquella época, Santa Catarina, — en cuyo honor compuso también por esos años un panegírico, Bossuet, inspirándose él, lo mismo que Sor Juana, en la hermosa leyenda que entonces se tenía universalmente por verdadera historia, — habría sido una bella y virtuosa virgen que en la época de las grandes persecuciones de Maximino, después de confundir con su ciencia a los sabios más grandes de su tiempo, condenada a morir en el espantoso suplicio de la rueda de las navajas, habría muerto, seçada la garganta por el hacha del verdugo. Representábase, en pinturas y en estatuas, con una rueda y un libro; signos, aquella, de su tormento, y éste de su insigne sabiduría; y era la patrona de los tejedores; — la rueda se los recordaba; — y de los teólogos, los apologistas, los predicadores, las monjas, las vírgenes y los filósofos; — el libro lo ponía de manifiesto. Sor Juana principiaba sus villancicos en su honor, con este estribillo:

*“Aguas puras del Nilo,
parad, parad,
y no le llevéis
el tributo al mar,*

*pues él vuestras dichas,
puede envidiar;
no, no, no corráis,
pues ya no podéis
aspirar a más.
¡Parad! ¡parad!”*

y refiriéndose luego a Santa Catarina, sus primeras coplas decían:

*“Sosiega, Nilo undoso,
tu líquida corriente;
¡téntel! ¡téntel!
párate a ver, gozoso
la que fecundas, bella
de la Tierra y del Cielo, rosa, estrella”.*
*“A ésta, Nilo sagrado,
tu corriente sonante
cante, cante;
y en concierto acordado,
tus ondas sean, veloces
sílabas, lenguas, números y voces”,*

a lo cual otro estribillo alborozado, que se levanta como una flor de ágil y derecho tallo, contesta, jubiloso:

*“¡Esto sí, esto sí, esto sí,
esto sí que es lucir
cándido el clavel,
purpúreo el jazmín!
¡Esto sí, esto sí,
esto sí que es lucir!”*

y coplas que hablan del alma de Santa Catarina y que a ella se dirigen, ya inmortal, más allá de la vida corpórea, le dicen:

*“De otro Nilo a cuenta
está tu vivir,
que ignora principio
y no tiene fin.
¡Esto sí que es lucir!
Tú, que ya cortada
del bello pensil,
sabes tu fragancia
mejor, esparcir.
¡Esto sí que es lucir!
Tu triunfo, mayor
fué que el de Judith;
que aquel, fué matar,*

*y éste, fué morir.
 ¡Esto sí que es lucir!
 ¡Vive! pues prudente,
 supiste adquirir,
 con un morir breve,
 eterno vivir!
 ¡Esto sí que es lucir!”*

Compara luego, en su tercer villancico, a las que llama las dos gitanas, las dos egipcias, la Reina Cleopatra, y la Virgen y Mártir Santa Catarina:

*“Oigan, oigan, que canto
 de dos gitanas
 los contrapuestos triunfos,
 que Egipto enlaza”.*

y enlaza y alterna, en efecto, en concertadas y contrapuestas estrofas, pondera, a las dos gitanas; una primero, otra después; de nuevo la primera; la otra después, en rítmico vaivén de ternezas y de elogios:

*“Un áspid, al blanco pecho
 aplica, amante, Cleopatra:
 ¡Oh! qué excusado era el áspid
 adonde el amor estaba!”*

— el terreno amor, pensaba, sin duda, Sor Juana, el carnal amor, —

*“¡Ay! ¡qué lástima! ¡Ay Dios!
 ¡Ay! ¡qué desgracia!”*

y remontándose a Santa Catarina, e imaginando sin duda su amor a Dios, el divino amor, y contraponiéndolo al humano, prorrumpe en la estrofa siguiente — que cito como la entiendo, es decir, suprimiendo de ella la sílaba *no*, que me parece que por errata de imprenta — no revisada ni entendida, — en el último de los versos de la estrofa se ha perpetuado en todas las ediciones de Sor Juana de las que tengo noticia:

mas *“...heroica descendiente
 de su generosa rama.”*

la virgen cuya virtud y cuya sabiduría enaltece,

*“de mejor amor herida,
aspira a muerte más alta;
pero no muere quien
de amor acaba;”*

— no “de amor no acaba”, que no tiene sentido; que del verdadero amor no se muere; del alto amor; del sublime amor que da vida y salva.

“El seno ofrece al veneno”,

torna a pensar en Cleopatra,

*“el seno ofrece al veneno
la generosa gitana;
que no siente herir el cuerpo
la que tiene herida el alma;
que en quien lo más perece”,*

el alma misma,

“lo menos”,

el cuerpo,

*“falta”,
“Amor y valor imita;
pero mejora la causa
Catarina, porque sea
la imitación con ventaja;
que quien por Cristo muere,
la vida, alarga.”*

Y yendo otra vez a Cleopatra su pensamiento:

*“Porque no triunfase Augusto,
de su beldad soberana,
se mata Cleopatra, y precia
más que su vida, la fama:
que muerte más prolifa
es ser esclava;”*

a lo cual, el elogio que Sor Juana hace de Santa Catarina contesta — en versos cuya absurda trasposición que leo en la edición de 1725, no podría ser confirmada por Sor Juana,

-- por lo que restituyo a su pureza en el segundo de ellos el orden de sus vocablos; --

*“Así Catarina entrega
la ebúrnea, heroica garganta,
al filo, porque el Infierno
no triunfe de su constancia;
y así, muriendô, triunfa
de quien la mata.”*

De ella tórname aún Sor Juana a Cleopatra, cuando dice:

*“Infamia en Cleopatra, o muerte,
la dulce vida amenazan;
pero ella elige, por menos,
más la muerte, que la infamia,
porque más que la vida,
el honor ama.”*

Y de Cleopatra vuelve, enamorada, a Santa Catarina, diciendo:

*“Así la mejor egipcia,
a las cortantes navajas
ofrece los miembros bellos,
y al triunfo aspira, gallarda;
y, por medios de muerte,
la vida alcanza!”*

Prodigiosa evocación del Egipto que imaginaba Sor Juana, sus villancicos a Santa Catarina diríase que tienen algo de la música del viento entre los lotos, “cuando a la tarde, cuando a la aurora”, canta, con dulce frescura, su suave soplo, y cuando acompañan su vuelo, las armonías del Nilo, eternamente viajador y plácido. Evocando esa hora — que sólo, por supuesto, pudo percibir Sor Juana, sin mediación de su cuerpo, sólo por su alma, — el estribillo con el que el segundo nocturno comienza, se mece con insinuante y en-sortijadora armonía imitativa:

*“A los triunfos de Egipto,
con dulces ecos,
concurren festivos
la Tierra y el Cielo,
pues están obligados
ambos, a hacerlo;
y acuden alegres
a tanto festejo,
el golpe del agua*

*y el silbo del viento,
el son de las hojas
y el ruido del eco”.*

Después de lo cual, y de haber narrado cómo Santa Catarina no sucumbe al suplicio de la rueda, otro estribillo convoca a todos, para que el portento admiren:

*“¡Venid, serafines, venid a mirar
una rosa, que vive
cortada, más!
¡y no se marchita!
¡antes resucita
al fiero rigor!”
“¡y así es beneficio
llevarla a cortar!
¡Venid, jardineros,
venid a mirar
una rosa, que vive
cortada, más!*

Aquí es donde hay versos en los que se diría que resuena un eco de la vida misma y de las angustias de Sor Juana; oídla en las coplas en las que dice:

*“Contra una tierna rosa,
mil cierzos se conjuran!
¡Oh! ¡qué envidiada vive,
con ser breve, la edad de la hermosura!
porque es bella, la envidian;
porque es docta, la emulan;
¡Oh! ¡qué antiguo en el Mundo
es regular los méritos por culpas!”*

¿Entendiéronlo quienes oyeron cantar los villancicos? ¿Entendiéronlo quienes los leyeron? ¿Y no contribuirían quienes los elogiaron, a orillar a que nacieran y crecieran contra Sor Juana Inés, nuevas malas voluntades? Sor Juana proseguía describiendo el suplicio de Santa Catarina:

*“De gigantes cuchillas
en el filo, aseguran
a un aliento, mil soplos;
a un sólo corazón, inmensas puntas.
¡Contra una sola vida
tantas muertes procuran;
que es el rencor, cobarde,
y no se aseguraba bien, con una!”*

Así también, a ella, no una sólo persona, ni una sólo opinión la perseguía; no sólo una recriminación la acusaba; y a su solo corazón se dirigían, por todas partes, agudas puntas; que también para ella era el rencor, cobarde; y no se aseguraba, asestándole una herida sólo!

*“Mas no ve la ignorante,
ciega, malvada astucia,”*

continuaba Sor Juana, refiriéndose a la Santa,

*“que el suplicio en que pena
sabe hacer Dios, el carro donde triunfa:
Cortesana en sus filos
la máquina rotunda,
sólo es su movimiento
mejorar, Catarina, de fortuna:
No extraña, no, la rosa
las penetrantes púas;
que no es nuevo que sean
pungente guarda de su pompa augusta!”*

En el villancico tercero refiérese Sor Juana al triunfo de la ciencia de Santa Catarina sobre los argumentos de quienes la contradicen, y el estribillo estalla apresurado, redoblando, como una diana de clamores:

*“¡Victor! ¡Victor! ¡Catarina!
que con su ciencia divina
los sabios ha convencido,
y victoriosa ha salido,
con su ciencia soberana,
de la arrogancia profana
que a convencerla ha venido!”*

después de lo cual, las coplas comentan apresuradas, reflexivas y gozosas, y dice una:

*“De una mujer se convencen
todos los sabios de Egipto;
para prueba de que el sexo
no es esencia, en lo entendido!”*

y exclama otra:

*“¡Prodigio fué! ¡y aun milagro!
pero no estuvo el prodigio
en vencerlos, sino en que
ellos se den por vencidos!”*

y una tercera, más razonadora, confirma:

*“¡Qué bien se ve que eran sabios,
en confesarse rendidos!
que es triunfo, el obedecer
de la razón el dominio”;*

¡Raro triunfo! ¡Extraordinaria victoria, porque no es otra que la de vencer al amor propio, y triunfar de si mismo!

La cuarta copla advierte:

*“Las luces de la verdad
no se oscurecen con gritos!
que su eco, sabe valiente
sobresalir del ruido!”*

y la quinta, honra a los verdaderos sabios, diciendo:

*“No se avergüenzan los sabios,
de mirarse, convencidos,
porque saben, como sabios,
que su saber es finito!
¡Victor! ¡Victor!”*

Y al fin, refiriéndose a los razonamientos de Santa Catarina que hasta nosotros no han llegado — como tampoco muchos de los de Sor Juana; — ¿sabía ella, acaso ya, o quizás presentía, que destino igual esperaba a los suyos? — prorrumpe:

*“Perdióse ¡oh dolor! la forma
de sus doctos silogismos;
pero los que no con tinta,
dejó, con su sangre, escritos,”*

lo mismo, que más tarde, al finalizar su vida, hubo de hacer Sor Juana.

...Que los ángeles habrían transportado el cuerpo de Santa Catarina, para sepultarlo en el Monte Sinaí, la leyenda de Santa Catarina contaba. Sor Juana la evoca en el nocturno tercero de sus villancicos:

*“Venid, serafines,
a ver un portento:
que ángeles se ocupen
en hacer entierro!”*

*Y este es el misterio;
que es, la que sepultan,
ángel, como ellos!
¡Venid, serafines,
a ver un portento!"*

Las coplas hablan entonces del monte mismo, del Monte Sináí, al que Sor Juana llama el tribunal antiguo, porque en él la antigua ley, la de Moisés, fué promulgada, y dicen:

*"Aquel tribunal antiguo
del Legislador supremo
en que dió, en piedras, escrita,
dura ley a duro pueblo,
ya trueca en piadoso
el rígido ceño;
que aun los montes muda
el curso del tiempo";*

no, claro, como dirían ahora los geólogos, por una razón material: la virtud milenaria de los agentes de la erosión, que ante los absortos ojos demuelen, en vuelo de siglos, las más duras y encumbradas montañas, sino, piensa Sor Juana, y piensa atinadamente, muda el rígido ceño el Monte Sináí, por una razón moral: porque quienes lo ven y la dulce leyenda recuerdan, al pensar que en él se haya imaginado que los ángeles mismos vinieran a depositar el incorrupto cadáver de la virgen egipcia, ven mudado ciertamente en ceño piadoso su antes rígido ceño, aquel que sólo les recordara antes, las tablas de la ley, que al ver la dureza del pueblo judío, quebrara, en un desfallecimiento de desesperación, Moisés, contra las rocas; y contraponiendo a la imagen de la violencia del estupendo legislador, la dulce imagen de Santa Catarina, muerta y confiada a la custodia del monte, exclama, en versos que bárbaramente se han torcido en las ediciones de Sor Juana, y que retocó aquí y allí, ora restituyéndoles dos sílabas, que sin duda les fueron suprimidas, ora trocando adverbios de afirmación — que los hacen incomprensibles, — por adverbios de negación, que les devuelven su poesía y su verdadero sentido:

*"Allí, en la lapídea plana,
haciendo buril el dedo,
el decálogo grabó
Dios, de sus altos preceptos;
pero el pueblo"*

*cayó “en vicios,
y Moisés, con celo,
no bastó ser piedra,”*

estar escrito el decálogo en piedra,

para no romperlo.

*Por eso de Catarina
quiso, en el cadáver bello
fabricar Dios nueva tabla
de la Ley del Evangelio.*

*Despique es de Dios,
que en el mismo puesto
permanezca más,
volumen más tierno”...*

*...“No el peso grava, del monte
el cuerpo; no el dulce peso
del cuerpo, la cumbre grava;
no es carga la que es consuelo!
¡Descanse en su altura!
Que no pide menos
que estar tan vecino,
cuerpo, que es del Cielo!”*

Era amor Sor Juana, decíamos en las primeras páginas de este ensayo; y era también, agregábamos, encanto y travesura: en sus villancicos a Santa Catarina, tan delicados, tan sutiles, tan fragantes como lirios que acabaran de cortarse, todo es amor; más hondo, más acendrado, más alado que ninguno de los que antes ella expresara; amor, encanto y dolor, trocados sólo en encanto y amor, que suben como un luminoso y eterno incienso; pero hay también en su “*Ite missa est*”, en su *Idos! La misa se acabó*, un villancico final, de travesura:

—“*Un prodigio les canto!*

—*¿Qué, qué, qué, qué?*

—*Esperen, aguarden, que yo lo diré.*

—*¿Y cuál es?*

*Diga aprisa, que ya
rabío por saber!*

—*Esperen, aguarden que yo lo diré:*

*Erase una niña,
como digo a usted,
cuyos años eran...
ocho sobre diez.*

*Esperen, aguarden,
que yo lo diré!*

*Esta (que sé yo
como pudo ser):
dizque supo mucho,
aunque era mujer”,*

“porque como dizque
 dice no sé quien:
 ellas, sólo saben
 hilar y coser...
 ¡Esperen, aguarden
 que yo lo diré!
 Pues ésta, a hombres grandes
 pudo convencer;
 que a un chico, cualquiera
 lo sabe envolver!”...
 ...“Y aun, una santita
 dizque era, también,
 sin que le estorbase
 para eso, el saber.
 ¡Esperen, aguarden,
 que yo lo diré!...”
 ... — “Pues, como Patillas
 no duerme, al saber
 que era santa y docta,
 se hizo un lucifer!”
 “porque siente el diablo
 esto, de saber
 que hay mujer que sepa
 más que supo él!”
 ...“Pues con esto ¿qué hace?
 Viene, y tienta a un rey
 que a ella, la tentara
 a dejar su ley!
 ¡Esperen; aguarden;
 que yo lo diré:
 ¡Tentóla! ¡de recio!
 mas ella, ¡pardiez
 se dejó morir
 antes que vencer!
 ¡No pescudan más
 porque más, no sé,
 de que es Catarina
 para siempre, amén!”

¿Contaba Sor Juana con que autoridades superiores de la Iglesia aprobaran la interna actitud de reto que revelan sus villancicos en loor de Santa Catarina? ¿Algún alto prelado le sugirió que los escribiera? ¿Fueron exclusivamente de personal inspiración suya? De cualquier modo que sea, nos permiten mirar hasta el fondo mismo del alma de Sor Juana, y nos dejan, a la par, entrever cómo aquel mundo misterioso y potente en el que ella vivía — de monjas y de obispos, de personajes que tenían que ver con la Inquisición, de sacerdotes poetas, y de jesuitas incomprensibles y austeros, — probablemente se dividía en dos, antagónicos:

uno, que la impulsaba en algún modo; que entendía, como ella, la profunda verdad simbólica de la leyenda de Santa Catarina; y otro, que la censuraba; imprudente el primero, y al cabo más débil; sólido, fuerte, reconcentrado el segundo.

XXXIV. — Sor Juana Inés de la Cruz y su confesor, el Padre Antonio Núñez de Miranda

¡Oh! ¡cuán diferentes, aunque en algún sentido, cuán semejantes, Sor Juana Inés de la Cruz y su confesor, el Padre Antonio Núñez de Miranda: los dos igualmente sinceros en sus convicciones y en su fe; los dos admirables en su devoción, y en las obras que hicieron: pero ¡cuán diferentes esas obras, y el concepto de *vida mejor* que a cada uno de ellos guiaba! Tan distintos, como pueden serlo la que acude a la ventana apenas el ala de un pájaro roza las vidrieras, y se le va el alma tras el vuelo de ese pájaro — más allá de donde el pájaro mismo va, — y sigue volando hasta las más distantes estrellas; más lejos todavía, hasta la misma Luz Increada,... y el que todo medita y calcula, pensando, primero, en su propio perfeccionamiento; considerando, luego, el modo de servir a sus prójimos, material y espiritualmente, y sirviéndolos, en efecto, sirviéndolos de veras; pero con los pies bien puestos en la tierra, sin vuelo que lo lleve fuera de lo tangible, inmediato y directo.

Forzoso tener en cuenta a ambos para la evocación de Sor Juana: la influencia de él explica parte grande de la vida psíquica de ella: ora la sostuvo; ora la contrarió; trazóle, sin duda, a las veces, rutas distintas de las que, a no haberlo conocido ella, ella habría seguido.

No vidas paralelas; mejor fuera decir, antagónicas, aunque también sería impropio considerarlas así; que ya se alejan, ya se ponen de acuerdo; divergiendo, convergiendo, o recíprocamente tolerándose; no, nunca, en cabal y bien acordada inteligencia recíproca. Con reales y positivos méritos él; contrapuestos a los reales y positivos méritos de ella: admirables ambos; incompatibles; por serlo como lo fueron, en el grado máximo en que lo fueron, fueron demostración viviente de la verdad y acierto de las evangé-

licas palabras: “muchas moradas hay en la casa de mi Padre.”

¿Por qué, si así fué — y constantemente fué así, empeñarse una de estas dos almas, — por diferentes conceptos las dos, superiores, — en reducir a la otra, a su propio concepto de vida mejor? ¿Por qué no recordar que en la naturaleza hay el duro roble y hay la rosa espléndida? ¿Por qué no tener presente que hay la peña de filosas aristas, y la paloma de blandas alas, y que roble y rosa, peña y paloma, los cuatro, cada cual a su modo, son excelentes; para ofrecer abrigo y reconfortante sombra, el roble; para purificar y embalsamar al viento, la rosa, y dar a cuantos la miren, visión de ensueño; para erguirse como símbolo de entereza y de voluntad, así pueda estar sola, así pueda estar herida, así pueda estar seca, la peña; para tender el vuelo como una oración, la paloma?

¿Por qué empeñarse en esta dolorosa y trágica ansia de querer que los demás — a causa de que se les ame, — y más porque más se les ame, — sean como es quien los ame, y tratar de reducir a los seres amados al propio concepto de vida que uno tenga? ¿Por qué el que siente la influencia y la voluntad de otro se empeña, a las veces, en mudar su propia condición, con abnegada negación de sí mismo, fascinado por un loco deseo — loco por ser excesivo, — de no contrariar a aquel cuya influencia experimenta, y a fin de no contrariarlo se empeña en dejar de ser como es, y en cambiar el tipo psíquico en el que, y por el que se expresa?...

Setenta y cuatro años tenía él, en 1592, cuando ella cumplía cuarenta y uno: él, duro y resistente, resuelto y recio, como la tierra peñascosa, Fresnillo, del estado de Zacatecas, con perspectivas de secos lomerios sin árboles, y con ricas montañas de plata y oro; como la tierra fuerte, alta, boreal y fría, donde él nació; ella, flexible, armoniosa y múltiple, como su Nepantla, su *tierra de en medio*; su país natal, cantado por la música de su río, avecindado por selvas llenas de pájaros volanderos y trovadores; ella, meridional y ardiente como el sol que brillantó sus ojos.

Educado él, por aquel maestro de novicios del que dice el Padre Juan de Oviedo, en la página 9 de la biografía de Núñez de Miranda, que “tiró a mortificarlo en cuanto podía”; que “dábale agrias y severas reprensiones”; que “acriminábale en gran manera cualquiera cosa que tuviese asomo de imperfección”; que “cargábale la mano en las peniten-

cias”; que “no le agradaba, o por mejor decir, mostraba que no le agradaba, cosa alguna de cuanto hacía”; que “aun por las bien hechas le reprendía”; que le mandaba “cosas incompatibles, a un mismo tiempo; y hacer y deshacer, muchas veces, una misma”. Ella, educada en la corte de la bondadosa virreina doña Leonor de Carreto — la divina Laura de su gentil adolescencia, — bajo la paternal mirada del buen virrey, Marqués de Mancera.

Extraña y contradictoria mezcla de cuanto en su naturaleza se había combatido y por su voluntad se había vencido, paréceme él, cuando las palabras que de él nos han llegado, leo. Y cuando miro su retrato, y sigo los reveladores y atentos testimonios de su biógrafo, que tanto lo admiró, paréceme semejante a uno de aquellos recios arbustos de su tierra, maltratados y torcidos por el viento hostil, que lo anuda, y empeñado, sin embargo, en crecer, con áspera maña, contracturada y gris, llevando bajo su agrietada corteza, que lastima y hace sangrar los dedos que la tocan, dulces iugos que generosamente dan la vida cuando acaban por verterse.

Jesuita ya, “jamás se supo que admitiera a alguno en su aposento”, dice su biógrafo Oviedo; “ni le vieron fuera dél, sino era a cosas de obediencia y aun precisamente necesarias”: alma errante — de Fresnillo a Zacatecas, a México, a Tepotzotlán, a Puebla, a Guatemala, a México otra vez, — ya en México, pasóse toda la vida luego, visitando cárceles, hospitales, virreyes, conventos, iglesias; conferenciando, en el Tribunal de la Inquisición, con los hombres de mayor peso en las conciencias y de máxima influencia en los derroteros espirituales; y eran reglas suyas, que él mismo se había impuesto, “no hablar y mostrar gusto de oír cosa de propia alabanza, ni de estudios; y mucho menos, conferir, arguir..., o censurar doctrinas,... ni mostrar inclinación a estas materias, ni disgusto o repugnancia;” pero, no obstante esas reglas, y quizás a causa de que eran *sus reglas*, es decir, sus ideales nunca alcanzados; — esto suelen ser las reglas y las “constituciones políticas” de que se hace alarde, y que si expresan lo que se quiere ser, no dicen lo que se es; — y que aun llegan a significar lo contrario de lo que se es, — toda la vida confirió y arguyó; censuró doctrinas y mostró su preferencia por pareceres, y dió a conocer disgusto y repugnancia, porque fué, “por espacio de treinta años”, “calificador” de la Inquisición, en la que su

voz era oída y acatada, a causa, dice su biógrafo, de que hablaba “con tal energía de palabras... y con tanta autoridad y eficacia,... que hacía no pocas veces retroceder y mudar de parecer a otros gravísimos y doctísimos calificadores.”

Leyendo tal testimonio, miro, a la par, el retrato excelente, el grabado fiel, sin duda en madera, en el que Bernardino Alemán nos dejó, indelebles, los rasgos del Padre Antonio, al frente de la biografía de él, compuesta por el Padre Oviedo: fisonomía inolvidable, de hombre que está siempre en sí mismo, dueño en todo de sí; escondida, diríase, el alma, tras los cristales de los anteojos; escondida también, detrás de sus ojos entornados; escondida, igualmente, al otro lado de su perpetua e inquietante sonrisa. ¡Qué bien se revela en él al hombre nuevo, que había vencido al que fué antes! De aquel “natural, en extremo vivo y alegre”, que era el suyo, según lo cuenta su biógrafo, y cuya “extraordinaria viveza” “puso” él “todo su empeño en mortificar”, quedóle siempre —su retrato lo muestra,— una suerte de sutileza aguda, que se le transparenta y escapa, y que comunica singular vida a la vieja estampa cuyas líneas negras tórnanse en algún modo luminosas. ¡Qué bien se ve en ellas el triunfo del asiduo cuidado con el que —por su biógrafo lo sabemos,— estudió sin cesar el Padre Antonio su porte, su voz, su andar, su palabra, su ademán, su sonrisa, para que todo, hasta las inflexiones de sus pasos y la actitud de su cuerpo, correspondiera al patrón que se había trazado!

Mirándolo así, pareceme ver un pájaro — como los pájaros de su tierra, — de agudas alas; pero sobre él, su alma sutil ha extendido, como un sortilegio, un ambiente de voluntad ágil y cautelosa.

De arriba a abajo, de abajo a arriba, recorría la ciudad, pidiendo, a derecha e izquierda, a todo el mundo, limosnas, y consiguiendo que se las dieran — cortas unas, cuantiosas otras, — reiteradas y eficaces; sobre todo, para obras materiales de construcción y reconstrucción de capillas, y de alhajamiento de ellas, así como para alimentos, destinados a presos y a enfermos, especialmente a los de hospitales; a la cabeza, el de San Hipólito, a cuyos asilados — infelices que habían perdido la razón, o como se decía entonces, *inocentes*, — “por faltarles el juicio y discurso de la razón” — bien lo observa el Padre Oviedo, — “les falta un

todo, y son más pobres y necesitados que los demás." A ellos llevaba, personalmente, el Padre Antonio, y entre ellos él mismo repartía, comidas; sobre todo, desde que se puso a discurrir — "y fué sin duda pensamiento del cielo", — escribe su biógrafo, "si acaso sería causa de sus rabias y furias la del hambre que los acosaba, porque veía cuán trabajosamente lo pasaban en la comida."

Parado a la puerta de las cárceles el Padre Antonio, "con su alcancía en la mano", como a la puerta de los hospitales, repartía "al punto", entre los encarcelados y los presos, lo que en la alcancía juntaba, después de lo cual, y sujetando la medida de su tiempo, toda su vida, a "distribución" exacta y rigurosa — por cuenta de horas y minutos, — se repetía sin cesar, a sí mismo, de palabra y por escrito, con exhortación y mandato, como quien se dirige a otra persona: "Guarda tu *distribución*, mejor que en el noviciado; "¿quién te lo estorba? Excusa fuera tu flojedad; no culpa del puesto"; para responderse a sí propio en primera persona: — "Todos los meses examinaré la *distribución...*, hasta estar tan hecho a ella, que la eche de menos, y me inquiete cualquiera falta y trastrueco de ella."

¿Cómo pudo, preguntase, con sorpresa, quien recuerda a Sor Juana: — sin cautela ella jamás; siempre contraponiendo pareceres sólo por el dialéctico placer de confrontarlos; con el alma siempre en las luminosas ventanas de los ojos, espontánea y fugaz, o cantando siempre, pájaro de alas abiertas en la roja flor de sus labios — como pudo Sor Juana, que al azar elegía sus lecturas, todas a un tiempo, y aparentemente en el más completo desorden, — del que, sin embargo, hacía su espíritu tan divino y acordado acercamiento que se componían todas unas con otras en la sintética armonía de su mente; — cómo pudo confesarse años y años, desde su niñez, su vida entera, con el hombre que era todo orden y regla, método y rigor?

Ella, la hermana de la sabia Santa Paula, de espíritu abierto y libre; la hija de San Jerónimo, del grande enamorado de la sabiduría, ¿entendió, a pesar de todo, y largo tiempo — tal vez siempre, — a quien se repetía, con su padre y maestro San Ignacio de Loyola, — como "principio y "fundamento" de la vida religiosa de su Compañía: — "lo "último y principalísimo, ponderaré que el único fiador y "mejor seguro de atender bien a la salvación del prójimo, "es la atención primera de *mi propia salvación y perfec-*

"ción, porque en nadie sirve tanto, ni tan bien, un operario jesuita a los prójimos, como en tratar de su salvación y perfección propia, con todas veras y eficacia?" ¿Entendió al que declaraba que "cuando" "un operario jesuita" "se retira a ejercicios, o acude, con toda puntualidad, a los ordinarios, no sólo no les hace falta a los prójimos, antes les acude más y mejor, haciéndose instrumento aptísimo, por cuyo medio lo mejore Dios, con menos costa y más ganancias?"

Aunque lo haya entendido y aunque — llevada por la natural propensión de su espíritu, de no contrariar a nadie, — haya podido quizás pensar que mientras lo oía y lo tenía delante, casi del todo estaba de acuerdo con él, salía luego de sí propia, en cada minuto restante de su vida, y en particular en sus ejercicios espirituales, para pensar y hablar no ya con ella misma, sino con todos, y convidar a todos, con las más entusiastas palabras, a que subieran, juntos con ella, a la contemplación y a la meditación de lo que ella no podía contemplar ni meditar sólo para sí.

Y sin duda admiraba ella la humildad, de que él daba ejemplo cada sábado, cuando bajaba, con su comunidad, a barrer su iglesia, y "todos los martes, en honra de la Purísima Virgen, a fregar los platos de la cocina"; más al propio tiempo, sucedíale, abstraída de sí misma, quedarse de súbito, con la mirada absorta, siguiendo el girar de los trompos de los niños, para ver si sus giros se reducían a concéntricas espirales, al irse "remitiendo el impulso"; o — atenta al juego de los alfileres, con que las niñas jugaban, — "que es el más frívolo juego que usa la puerilidad" — decía ella misma, — se llegaba "a contemplar las figuras que formaban", y luego que "acaso se pusieron tres" alfileres "en triángulo", poníase ella "a enlazar "uno en otro", acordándose "de que aquella era la figura que dicen tenía el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba tantos prodigios y maravillas"; "¡la misma", observaba con pasmo, "que dicen tuvo el arpa de David, y que por eso sanaba Saúl, a su sonido"; "casi la misma", reflexionaba aún, que la que conservan las arpas "en nuestros tiempos."

...¿No es verdad que todo esto nos permite entender mejor a Sor Juana y mejor también al Padre Antonio, y aun al México de fines del siglo xvii? No; no tenía ella, o apenas

tenía, sobre la Tierra, los pies: no; su alma no estaba encerrada en los muros de su convento: en todas partes a un tiempo estaba: en los siglos idos; oyendo el arpa de David, que nadie, sino ella, oía; viendo su figura en el aire, donde nadie esa figura miraba, y a la vez — invisibles también para todos, no para ella, — mirando “unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad”, “y el misterioso anillo de Salomón”, en el rincón del patio donde las niñas, bajo un rayo de sol jugaban, a lo que ella llamaba “el más frívolo juego que usa la puerilidad”, y en el que los ojos de todos los que ella no eran, y sin duda también los del Padre Antonio, ni veían ni ver podían otra cosa que insignificantes y triviales alfileres. Sólo ella en éxtasis espiritual.

¡Cuán hondo contraste! ¿De qué servían materialmente estas inmateriales ensoñaciones de Sor Juana, que la llevaban a un mundo ideal — y qué sabemos, si al más cierto y al más luminoso de todos los mundos? — ¿De qué servían materialmente, y qué valor tenían, ante los afanosos y atareados andares del hombre positivo, infatigable y de espíritu práctico, que atento a que los enfermos y los presos comieran y tuviesen algún dinero que gastar, iba “por los barrios”, “chozas de los pobres y chinampas de los indios”, a consolarlos en sus tribulaciones, con joviales palabras de grueso buen sentido, y con repartos de limosnas, y a confesarios si estaban enfermos? Aun sabemos de qué monto eran las sumas que, recaudadas por él, él repartía: en tiempo de epidemias, “de seis a ocho reales a cada uno?” — cuida de anotarlos su biógrafo; — y cuando tornaba a la casa de su Compañía, su espíritu vigilante se llegaba aun al “hermano dispensero”, para decirle, con comunicativa alegría: “hermano, déme de limosna una asadura, que esta es caridad gatuna”, porque en efecto, a un gato la dedicaba, y porque de esta suerte, universal en sus servicios, lo mismo socorría al pobre indigente, que al gato, que quizás no lo era.

Aun cuando tan distinta del alma de ella la de él, ¿no era también la de él, admirable en más de un sentido? — “Toda mi medra”, exclamaba, “consiste en hacer, con perfección, las cosas ordinarias; como quien no tiene otra cosa que hacer, ni negocio de mayor importancia; como si sólo para esto me hubiera Dios, criado; por ello, redímido; como quisiera haberlas hecho a la hora de mi muerte, y ante el tribunal de Dios.”

Así, increíbles paradojas: él, que buscaba primero y sobre todo, *su propia y personal perfección*, encontró la perfección a la que podía su naturaleza llegar, no en él, sino fuera de él, yendo a hospitales y cárceles, a chozas de indios y a palacios de poderosos, que en el fondo de su alma sentíanse indigentes, y pasó su vida corriendo, denostando, venciendo, imponiendo su fuerte convicción y su resuelto pensamiento, en tanto que ella, que naturalmente estaba siempre toda fuera de ella — en los personajes de su fantasía, en los siglos de su ensueño, en los panoramas de su visión interior, en las ensoñaciones de su mente, en los vuelos de su amor a cuanto concebirse puede, — a fuerza de ir a lo Infinito, encontraba, sin que a sí propia se buscara, una forma de perfección, escondida y recóndida en lo más íntimo de sí misma, donde brillaba la clara estrella de la Divina Luz, al reflejarse en el lago misterioso del olvido interior desde el que, en todas direcciones esa Divina Luz, otra vez hacia afuera — hasta más allá de nosotros mismos, al través de los siglos, — se irradiaba, en fulgente claridad.

Para ser él como fué: alma de servicios materiales y sociales de la capital de la Nueva España; grande y fuerte instrumento de nivelación, con ayuda del cual el Capitán don Juan de Echevarría, a quien se llamó “padre de los pobres”, “fijó 15.000 pesos de renta para las cenas, y 3.000 pesos para los almuerzos del hospital de locos, de San Hipólito”; para poder “fijar” él mismo 24.000, y que de sus réditos se repartieran cada mes, por el Rector del Colegio de San Pedro y San Pablo, cien pesos, entre los presos; para poder ir así — a la manera de un río, que de lo alto de las montañas desgaja duras peñas, moliéndolas y remoliéndolas, hasta convertirlas abajo en migajón de la tierra, en las acostadas márgenes, y tornarlas al cabo, con ayuda del Cielo, en pan de los hombres — necesitaba ser él, con él mismo, como fué: endurecer su voluntad, con las más ásperas penitencias y los más crueles cilicios: voluntades como la suya, — no otras distintas de la suya, — pueden necesitarlo. Forzoso le era, en la sociedad en que vivía — de codiciosos que a la Nueva España llegaban para hacer dinero, explotando a infelices sin nervio ni resistencia, — ser el prototipo exigente de la decisión viril; riguroso y estricto en el cumplimiento de todo buen propósito, y violento y agrio contra quienes no cumpliesen sus buenos propósitos, exacta y cabalmente, sin que les faltara un tomín, ni se retardaran

un día. Forzoso le era, y agradable también, — que esto estaba y estuvo, acaso siempre, en su naturaleza, — increparlos rudamente, diciéndoles: “proponer y no cumplir, es querer engañar a Dios! ¿es quebrarle la palabra!”

Así fué como pudo, y por eso pudo, construir o reconstruir varias iglesias; en particular, la capilla de la Congregación de la Purísima, a espaldas del altar mayor de la Iglesia del Colegio de San Pedro y San Pablo, y el convento de religiosas de San Lorenzo.

Que una viga inclinada se desprendiese, en tanto que él, infatigable, vigilara a los operarios, y que, cayendo sobre él, al sesgo, lo derribara, medio muerto, ¡qué se le importaba! Su recia voluntad se sobreponía; sobreponíase a los elementos materiales y a las resistencias de los hombres.

Rector del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, por dos años y medio; Provincial de su Compañía; Prefecto, más de 30 años, de la Congregación de la Purísima, fundada por el Padre Juan Castún, a todas partes llevaba él su inflexible voluntad de hierro; la demandaba el tiempo en que vivía: para que las dos germinantes masas de la futura sociedad mexicana, compuesta entonces de pobres, muy pobres, y de ricos muy ricos; — de pobres muy abyectos, semi desnudos, en el fangal, en torno a la ciudad de gruesos muros y de ventanas cerradas por negras y duras rejas de hierro, o amparados, hasta los días del gran tumulto y de los incendios de 1692, dentro de los casones de los ricos; de pobres cuya lengua trabajosamente enredada en los vocablos castellanos, a punto estaba ya de perder sus viejos vocablos aztecas; y de ricos orgullosos, que miraban a los indios con el más profundo desprecio, y no sentían nada de común con ellos, sino la capacidad de mandarlos con altanería, — para que esas dos germinantes y desunidas masas de la futura sociedad mexicana se amasaran en una sociedad sola, por cuyas venas pudiera correr al fin, de arriba a abajo y de abajo a arriba, la misma sangre, entonces era forzoso constituir sociedades de fines éticos, como la Congregación fundada por el Padre Castún, y que regenteó el Padre Antonio; tan extrañas para nuestro pensamiento de hoy, que sólo reconstituyendo las calidades características de aquella época, podemos entenderlas y darnos cabal cuenta de su necesidad y del bien social que entrañaban: sociedades cuyos socios no se llamaban a sí mismos *socios*, sino *esclavos* — de la Virgen y de los Santos, — y en las que, con

gozo y convicción, proclamaban su *esclavitud*, y por esa *esclavitud* se condenaban luego a ser *iguales* unos a otros — *totalmente iguales*, — y a someterse, *punto por punto*, a las reglas, reiteradas y prolijas, que los regían; ora sumergiéndolos, determinado día de la semana, en silencio absoluto; con orden estricta de ni saludarse, unos a otros; ora forzándolos, en fechas determinadas, a pedirse perdones, y a acabar con rencillas, quisieran o no quisieran; ora empeñados en cumplir, minuto por minuto, y sin variar un ápice, la “distribución” de su tiempo; ora y siempre entregados, también con regla estricta, a prácticas de caridad, con enfermos presos, siguiendo, aquí y allá, los pasos del Padre Antonio.

Para parte de la población ávida de *la Colonia*, útiles, provechosas y aun necesarias, fueron congregaciones como la que el Padre Antonio dirigía, en las que la voluntad de todos se disciplinaba por uno, y se encaminaba por él, a obras colectivas de personal y social beneficio. El mismo, sin embargo, en la dura brega por su propia perfección, quedóse en algún modo contrahecho, y vino a ser contradictorio: si, en su afán de lograrla, quería reducir todo a regla, y, por lo mismo, “abominando siempre de novedades en su congregación”, velaba “continuamente para no permitir las”, y exigía, “huir”, — en el lenguaje, — “*de exageraciones y encarecimientos*; mucho más”, decía, “de las mentiras jactanciosas”, — como tantas, sin duda, de los fanfarrones que a este país venían, — “y aun de las jocosas, oficiosas y juglares”, y si declaraba, con razón sustancial, que la verdad “no admite más ni menos, ni tiene ensanchas”, y atinadamente se exhortaba a sí propio diciéndose una vez y otra vez: “sé tú, tu Rector; tu Ministro; tu Desper-tador, y estará tu observancia, toda en tu mano; si lo haces con veras, ninguno mejor, porque no puedes engañarte, ni huirte, ni esconderte de ti mismo;” — exageraba, en cambio, arrebatado por su ardiente celo constructivo de sí propio y del mundo en que vivía, cuando, por lo que a sí propio concerniera, se decía ásperamente: “persuádate de que no hay para ti más tierra que tu aposento, ni más amigo que los libros, ni más negocios que el de tu *distribución* y ocupación de la obediencia; *cuida sólo de ti, y de lo que está a tu cargo*; lo demás, ni Dios ni los hombres te lo encargan ni demandan. ¿Qué te va a ti, de todo? Necio ahogo no poder o no saber cuidar de sí, y sobrecar-

"garse de ajenos cuidados". "Tanto pierdes de tus obras, cuanto haces por respeto humano. ¿Qué te han de dar los hombres, porque a su contemplación te despedaces?"

Más exageraba todavía por lo que toca a sus semejantes, cuando — y a pesar de que se desvivía por ellos, como lo hizo en las epidemias de sarampión y de tabardillo, en los terribles años de 1692 y 1693, dándose todo entero a apesados y a moribundos, — declaraba, en su afán de lograr que nadie saliera de la regla de la obediencia, que "el súbdito es instrumento del superior", y que "no tiene el instrumento más valor que la sujeción"; que "basta que el artífice lo haya menester, aunque sea en el ministerio más vil; aunque se quiebre en la demanda," porque "para eso es. Así ha de ser el súbdito; a gusto y menester del superior", de quien hay que decir y pensar que "es nuestro Cristo; que es nuestro Dios"; todo lo cual claro es que sólo pudiera aceptarse *siempre*, si *siempre* el que es materialmente superior, fuera moralmente superior, no, por ejemplo, cuando, el que materialmente fuere superior, mandara vilezas, villanías o crímenes.

Huyendo de la exageración, caía así el Padre Antonio en la exageración; de humano, de profundamente humano y abnegado, tornábase — notorio es, — en inhumano. Nada de extraño, pues, en que, llevado de su rectitud inflexible, de rígida barra, dijera a un virrey cuyo parecer en algún punto era contrario al suyo: "Vuestra Excelencia haga lo que le pareciere; pero yo bien sé que esto es lo que debe hacer, y de no hacerlo así, irá sin remedio a los Infiernos, sin pasar por el Purgatorio", imponiendo así a la flaca voluntad de aquel virrey que, como dice el biógrafo del padre Antonio, "era notable el miedo que le tenía", su propia voluntad infrangible y autoritaria, que, por otra parte, probable es que haya sido más cuerda que la del virrey mismo, y a la postre, de más beneficio cívico; pero que, no por eso, dejaba de caracterizar el inflexible e imperioso modo de ser de aquel hombre de dura y constreñida voluntad, ansiosa de perfecciones.

¡Contradicción viviente! El, que a pesar de su espíritu de mando buscaba siempre el bien ajeno, y que para lograrlo se revestía a las veces de astucia sutil y benévola, con profunda y dulce humanidad, él, que se prevenía a sí mismo en favor de aquellos de sus discípulos que no pudieran "tanto como otros", que había de "preguntarles, entre los

”mejores, cosas fáciles, ayudándoles a decir, corrigiéndoles “con gracia lo que errasen, y aplaudiéndoles lo que acertasen”, con lo cual, es claro que los animaría, y que excelentemente los alentaría — esto, por otra parte, sin exaltarlos hasta volverlos vanidosos, por lo que agregaba, en las normas que a sí propio se dirigía, que lo haría “más en ausencia que en presencia” de ellos — a la par vigilábase sin descanso, y tornábase en seco esparto inhumano, empeñándose en “desarraigar de su corazón”, dice su biógrafo, todo amor “de las criaturas”; de modo que el propio biógrafo, pudo llegar a escribir de él, que “no se reconoció jamás en él, afecto o propensión ninguna”, ni aun por sus padres, o por sus hermanos; que “a una hermana que tenía en esta ciudad”, “jamás la visitaba, si no fué en el achaque de que “murió”; que ayudó a su Madre “a las cinco de la mañana” a bien morir, “y a las nueve fué a predicar al convento de religiosas de San Jerónimo”, sin hacer otra demostración de que ella acabase de fallecer, que pedir a sus fieles que encomendasen a Dios a “una difunta, de su obligación”, y que “luego empezó su sermón, con tanta serenidad y sosiego, que una buena mujer que acaso supo la nueva de la “muerte”, “dijo al verle y oírle”: “Parece que tal madre “no se ha muerto a este padre, pues no da señal de algún “sentimiento!” lo cual, si bien patentiza el estricto cumplimiento de sus deberes de predicador, que a todo se sobreponía, patentiza también una forma de interno endurecimiento, que, cuando menos, habrá que llamar sorprendente.

Admirable es aprender el difícil arte del gobierno de sí propio; mas ¿no es verdad que lanzado al límite al que hubo de llevarlo el Padre Antonio, y en los términos a que él lo llevó, acaba por matar en el hombre, al hombre? ¿No es cierto que de humano tórnase éste de algún modo en inhumano, y que al cabo se convierte parte de su ser en muerta y seca yesca, que sólo pudiera servir, si ardiera y se quemara?

Por eso él mismo — que en otro tiempo, al ver que Juana Inés, en constante peligro “en la licenciada corte” del Virrey Marqués de Mancera, “estaba en riesgo de perderse a cada instante, de causar la perdición de muchos”, y de ocasionar todo género de graves incidentes, — por la “discreción y gracia en el hablar”, que le reconocía, dice el Padre Oviedo, y por “lo elevado de su entendimiento y lo singular de su erudición”, que no le había pasado inadvertido,

“junto con su no pequeña hermosura” — “atractivos todos” a la curiosidad de muchos que desearían conocerla y tendrían por felicidad cortejarla”, por lo cual “solía decir, que no podía Dios enviar azote mayor a aqueste reino, que si permitiese que Juana Inés se quedara en la publicidad del siglo”, — él, que entonces comprobaba con esto, el interés que le causaba la sociedad en que vivía, y que no había desenraizado aún de su corazón el “amor de las criaturas”, como lo comprobó también que, “sin perdonar gasto alguno” — nos lo dice su biógrafo,—corrió por su cuenta “la fiesta” del día en que Juana Inés se apartó del mundo, y convidó él mismo “al acto” “a lo más granado e ilustre de los cabildos, eclesiástico y secular, sagradas religiones y nobleza de México”; él que para dar remate a todo, “sin atender a su mucha autoridad”, “la vispera de la procesión” “se puso a componer, por sus manos, las luminarias”; — muchos años más tarde, cuando aquella porfiada labor de vencerse a sí propio y desenraizar de su corazón todo amor a las criaturas había adelantado, humillándolo todo, a la regla impersonal e igualitaria, — vino a arrancar tan de cuajo sus sentimientos por los seres a quienes naturalmente habría de suponerse que tuviera mayor devoción, que el Padre Oviedo relata que cuando, en una ocasión, “le trajo una persona, una carta de un hermano suyo, que hallándose en mucha pobreza y necesidad, le pedía en ella una de sus muchas limosnas, que por su mano repartía, leyóla el padre, y vuelto al portador, con grande paz, le dijo: *lo que aquí pide mi hermano es una limosna de las que por mi mano se reparten; pero la voluntad de los bienhechores que las hacen es que se repartan a los pobres de esta ciudad, y no de fuera de ella; si viviera aquí mi hermano, se socorriera..., como a los demás pobres*”, “y no más; y dicho esto, despidió al mensajero, que contaba después al caso con bastante admiración del despego y desamor con que miraba el Padre Antonio a sus parientes”.

Claro, por supuesto, que algo tiene de admirable este duro comportamiento: que en él se ve ejemplar modelo del respeto escrupuloso con que un depositario fiel, de quien hacen confianza los que fe y crédito le conceden, necesita cumplir la voluntad de los donadores que en sus manos ponen, con puro y buen ánimo, sus dineros y ofrendas; pero claro también que el Padre Antonio, sin tocar un óbolo de los que se le habían dado para los menesterosos, que en

México vivían, podía impetrar, en bien de su atribulado hermano, el socorro de ricos que sin duda se lo habrían concedido, y no cerrar las puertas de su corazón a los clamores que de su cuitado pariente le llegaban. Roto estaba pues el equilibrio moral que la cordura helénica había encontrado, con razón, en el justo medio; quebrado el fiel de la balanza en el alma del inflexible “calificador” de la Inquisición, del austero confesor de los virreyes.

A pesar de todo, con su austeridad misma y su rigor, y con su celo; con su ejemplar caridad para con los pobres, los enfermos y los presos; con su amor a la regla estricta y pormenorizada, y a la obediencia; con su sujeción a la rígida distribución del tiempo y de la vida, seguía y siguió siendo cada vez más, el Padre Antonio, la admirable y nunca bien elogiada máquina aplanadora de los desniveles sociales que en México entonces prevalecían; admirable ciertamente, cuando pasaba y repasaba — con ruda y potente fuerza, — por sobre los ásperos y altos montones de desprecios, altanerías y despotismos de unos, y por sobre los hundidos y fangosos surcos de abyección y reprimidas malas voluntades de otros; montones y surcos que impedían que la sociedad mexicana llegara a ser *una*, y que dos siglos después de la conquista habían hecho aun más honda que antaño, la separación que dividía a los ricos y orgullosos descendientes de los vencedores, de los cada vez más degenerados y viles descendientes de los dominados, y de quienes con ellos, en la hez de la ciudad, se habían confundido.

Siguió siendo, por eso, el Padre Antonio, a su modo, y aunque de ello él mismo no se haya dado cabal cuenta, inconsciente y duro maestro de obras de la nueva patria, a la que contribuyó, con rara eficacia, a dar un alma — con su intransigente voluntad y su rudo verbo, — a la par que amasaban su viviente sustancia los acompasados y fuertes movimientos de sus brazos y de sus manos, ásperas a la par que generosas y compasivas.

¡Cuán diferente y a la par cuán semejante, Sor Juana! De hecho, ¡cuán totalmente los dos, incomparables! ¿Mandar ella? ¡Nunca! Bien lo mostró, rehusando, por dos veces, ser abadesa. ¿Pedir algo? Sí; libertad, para los presos; vida, para los reos de muerte; conmiseración de parte de los que imparten justicia, para que así templen con la misericordia la justicia; piedad para los esclavos, y aun, sin duda, la emancipación de los mismos; que los jueces no fallen injus-

tamente consultando sus personales intereses, ni dejándose arrebatado por violencias — vengan estas de donde vinieren; — que los hombres no engañen a las mujeres, ni con absurdos galanteos, ni con bastardos y malamente llamados amores; que no las acusen injustamente; que a las mujeres toque, como San Pablo decía, la enseñanza del bien; que a ella misma la contara la Duquesa de Aveyro en el número de sus criados, puesto que, desde el otro lado del mar, la Duquesa había tenido un ademán de generosidad para con los indios de México.

¿Viajar al través de la ciudad, o hasta Guatemala, e ir y venir perennemente por calles y plazas, cárceles y palacios, conventos y salas del Tribunal de la Inquisición, o de las escuelas? ¿Viajar? ¡Sí! perennemente, aunque presa estuviese en su convento; siempre fuera de él, su alma; libre siempre; en el palacio de los virreyes: en las catedrales de Puebla y Antequera; frente a los volcanes de México, lo mismo que en Egipto, con Santa Catarina; en el frío corazón del norte de Europa, con los antepasados de San Hermenegildo; en Toledo, con Leonor, que tan bien la representó en *Los Empeños de Una Casa*; con el mismo Teseo, en la isla de Creta; en cada uno de *los siete cielos*, con la Virgen María.

¿Sujetar ella a distribución los minutos de su vida? No; porque no podía hacerlo; porque a lo mejor su alma estaba ausente, como en sus versos, sumergida en un *primero*, en un segundo, en un undécimo ensueño.

¿Pensar, antes que nada, en su propia y personal perfección? Tampoco; porque cuando imaginaba ejercicios espirituales, era siempre hablando amorosamente, con la invisible sociedad que al hacerlos la rodeaba; cuando hacía villancicos, era viviendo con el pueblo entero que en su corazón palpitaba; cuando imaginaba comedias, era infundiendo su propia vida en sus personajes — ninguno de ellos moralmente villano; quizás ilusos todos, pero todos anhelantes de algo mejor, y a menudo, a su juicio, excelente; — y cuando argumentaba contra los conceptos de otro, como en su apreciación de los del Padre Vieyra, y en sus lucubraciones sobre las más delicadas y mayores pruebas del amor divino, era remontándose a la compañía de Jesucristo, Dios humanado, y del mismo Dios increado, y abismándose en su contemplación; perdiéndose en ella su alma, olvidada de sí misma.

Con todo esto, ella también forjaba patria; mas no la patria de entonces, de la que él fué tan grande obrero, sino la de mañana; la que ni entonces existió fuera de ella — si no es sólo en la gozosa efusión en que en su alma vivía, — ni hoy existe aún, porque entonces, desunida la patria, en sus entrañas pugnaban violentos e inconciliables antagonismos, como intermitentemente pugnan hoy, con furor enconado.

Forjaba Sor Juana, sin saberlo, la patria de sus villancicos, llena de amor y de esperanza; la que canta en sus versos, juntando todas las voluntades; la que ruega en sus preces cuando a sus hermanos — no sólo a los de entonces, sino a los de hoy y a los de mañana, — se dirigía y se dirige, diciéndoles y diciéndonos: “procuren evitar “el séptimo vicio, que es la pereza”; “procuren expelerla con su” virtud “contraria, que es la diligencia”. Roguemos “a nuestra Gran Señora y Maestra;”... a la Virgen María, ¡con cuánto respeto y con cuanto amor! *a nuestra Maestra* — para Sor Juana sin duda el superlativo de todas las cualidades sociales y de todas las sociales jerarquías, — roguémosle, “que nos preste las ricas alhajas del Real Alcázar de su Alma Purísima, para adornar la humilde chozuela de nuestros corazones, para que sean morada decente a” la “visita” de Dios, y que “nos franquee los tesoros de sus virtudes, para hospedar y regalar a aquel Señor, cuyos deleites son con los hijos de los hombres”.

Que nos franquee los tesoros de sus virtudes, a todos, a todos los hombres, en plural, ansiaba ella; que lleguemos a tener todos cada vez más grandes y fuertes virtudes. No hablaba de sí misma, de su personal perfección, ni en ella parece que pensara; hablaba de todos; no primero, de sí propia, y luego, de los demás, sino de la perfección de todos, por amor a Aquel que es el Amor mismo, y “cuyos deleites son con los hijos de los hombres.”

La patria del mañana nutriase en el amor de su corazón, cuando en sus preces Sor Juana decía: “claro es que nos hemos de abstener de todos los vicios; pues los detestamos todos para siempre, en la confesión”; tampoco allí en singular, sino en plural; los mexicanos todos, y aun todos los hombres, en esta especie de pública confesión, que es la abominación de nuestros yerros, de nuestras intolerancias, de nuestras intransigencias, de nuestros recíprocos odios. La patria del mañana preparaba ella, fundiendo a las razas

todas en un amor único; no quebrándonos y dividiéndonos entre razas inferiores y razas superiores; ni en *partidos* antagónicos, ni en clases sociales enemigas, ni en intransigentes banderías, sino juntándonos a todos en su corazón; mas agregaba, con el profundo conocimiento que del alma humana tenía, y con su inagotable amor: “si por nuestra flaqueza sucediere”, que volviéremos a caer, “no por eso perdamos el ánimo”; pidamos entonces “a la Gran Señora, nos favorezca, para levantarnos.”

¡Oh fuerte y generoso optimismo! Ninguna caída es sin remedio; la patria nuestra, aunque alguna vez parezca próxima a perecer puede salvarse, si no pierde el ánimo de salvarse; sin que importen tanto para que se salve, las materiales conquistas, o importando mucho menos que las conquistas morales, del mismo modo que para ponerse en comunicación con el Bien Sumo,— así lo pensaba Sor Juana Inés,— más que los templos de piedra, importa el que se erija en el alma.

Artífice de la patria futura — en la que todas las almas sean como ella las imaginaba, verdaderamente libres, y a la que todas; — las de los cultos y las de los incultos; las de los blancos, las de los indios, las de los mestizos — sean llamados, y en la que todas tengan cabida, — como en sus villancicos — sea cual fuere el rumbo de donde vengan y la agrupación de que formen parte, — forjábala ella en nosotros, como forjaba sus obras literarias; abiertas todas a las rimas nuevas y a las formas nuevas, siempre que transmutaran las verdades impuras — como las que en el fondo están en parte de los sentimientos que a los indios condujeron al canibalismo, — en verdades limpias y esplendorosas, de las que no quedara excluido el encarecimiento, porque la vida es encarecimiento, y porque ella misma, Sor Juana, fué siempre y a todas horas *encarecimiento*, que eso es también, la poesía: más honda y penetrante verdad; más luminosa y caliente verdad; más vivificante y reconfortante; más acogedora y hospitalaria que todos los puntos de vista antagónicos; más amorosamente conciliadora que la simple verdad, desnuda y seca, sin encarecimiento; al cabo estéril, mutilada y muerta.

Bien estaba para los hombres ávidos y para los caídos, el Padre Antonio, que a los ávidos pidiera limosnas con las que socorrieran a los caídos, y los venciera, con el poder de su voluntad indomable, para que, a la postre, le-

vantarse pudieran también los caídos, y llegaran a los hombres poderosos, por el puente de amor; de amor y de caridad, de humanidad y de igualdad, que los mismos poderosos, gracias al Padre Antonio, hubieran tendido sobre el río revuelto de las separaciones, las desconfianzas y los odios; mas en este mundo muchas suertes hay y debe haber de almas admirables, y el canto de todas — que todas cuerdas son del arpa universal, — ha de sonar acordado, para que con él, triunfe la armonía del mundo.

No todas, almas imperiosas: bueno sólo es el imperio, para impedir el de las almas imperiosas. La de Sor Juana era dulcemente sumisa: quizás más sumisa, en su virtud transfigurante, que lo que debiera haber sido; aun en lo que parecerían ser sus rebeliones, como en su carta de defensa dirigida al Obispo Fernández de Santa Cruz, sumisa aún, y siempre; sumisa, hasta para ir bravamente al combate: “si vos” gustáredes de que yo haga lo contrario de lo que tenía propuesto” — que era no defenderse contra los ataques de nadie, — le decía, “a vuestro juicio y sentir, al menor movimiento de vuestro gusto, cederá, como es razón, mi dictamen, que, como os he dicho, era callar.” Sumisa, y acordándose al punto, y acordándose siempre, de que, como ella también decía, “la paciencia vence tolerando y triunfa sufriendo”; y sin embargo rebelde, indomable, insumisa para no aceptar lo que fuese en pugna de sus más íntimas convicciones; pero no imponiéndolas, sino proponiéndolas; y dejándose si preciso fuere sacrificar por ellas; por lo que, sin someterse, rehuyó la lucha y la sumisión, cuando se retiró por toda su vida al convento, y eran para ella héroes, no los que matan, ni los que violentamente se imponen, sino los que, como su San Hermenegildo y su Santa Catarina, por el amor de su causa, sin matar, dichosamente mueren.

Condénsase todo en la fórmula misma que define a Sor Juana: alma espontánea, hemos dicho; *espontánea y comunicativa*; entusiasta, que se transfigura en admiración, en agradecimientos y amor; que de Ideal se consume, como una llama que vuela, y que sólo queda adherida a su débil y hermoso cuerpo los 43 años y pocos meses de su corta y extraordinaria existencia; que derecha va a la verdad y al amor, toda su vida: lo mismo, cuando, niña aún, sigue a su hermanita a la “Amiga”, de Amecameca, que cuando — aunque sea contra su gusto y su deseo de ir a México, ves-

tida de hombre, a estudiar a la Universidad,—la contraría su madre y ella la aprueba con entusiasmo, exclamando: “y hizo muy bien”, alma que derecha iba al amor, entusiasta y generoso, cuando a su hermano, llamándolo Anfriso, allá en los tiempos mozos de su adolescencia, le decía:

*“Oh! quién, amado Anfriso, te ciñera
del mundo las coronas poderosas;
que a coronar tus prendas generosas,
el círculo del Orbe corto fuera!”*

*Quién para eternizarte, hacer suprema
mágicas confecciones prodigiosas,
o tuviera las yerbas milagrosas
que feliz gustó Glauco en la ribera!
Mas aunque no halle medio, mi cuidado
para que goces de inmortal la palma,
otro, más propio, mi cariño ha hallado,
que el curso de tu vida tenga en calma,
pues juzgo que es el más proporcionado
de alargar una vida, dar un alma!”*

El alma estuvo siempre ella dispuesta a dar: por eso iba a darla a quien presentósele en la primavera de su vida, encubierto con la falsa máscara del amor; pero supo también Sor Juana retirar el suyo, cuando advirtió que hacía ruta errada, y por eso, retirando entonces su amor, pero necesitada siempre de amar, porque su alma era amor, entrególo después a la poesía y a la verdad; al agradecimiento por sus protectores; a la patria que en su alma íbase forjando; a sus antepasados de España, cuando dedicaba a un conterráneo de ellos el segundo tomo de sus obras; a los pobres esclavos negros que del Obraje no podían salir; a la Naturaleza misma, y al fin y siempre, a lo Infinito en inacabable y gozoso vuelo; es decir, a Dios.

¡Cuán encontrados derroteros los que seguían Sor Juana y el Padre Antonio! Como líneas asíntotas, que pudiera creerse que al fin habían de encontrarse, porque de algún modo, casi al propio tiempo, juntas se trazaron en la carta misteriosa de la vida, y casi juntas en ella se desarrollaron; pero que no acertaran a encontrarse nunca, él y ella eran de largas lecturas; él y ella hicieron villancicos que en las iglesias se cantaron; él, maestro en letras humanas en el suntuoso colegio de Tepetzotlán y luego en el Colegio magno, de San Pedro y San Pablo; ella, maestra sin discípulos que durante su vida la siguiesen; pero con invisibles generaciones de almas que la seguimos, después de su vida.

¡Cuán diversas voluntades! Timón inflexible, el Padre Antonio, director de conciencias; frágil esquiife, Sor Juana, en el mar de lo Infinito, insondable, sin más verdadero norte, aunque otros buscar pareciese, que la Estrella Polar hacia la que levantaba los ojos y que la miraba siempre desde el cielo nublado, la estrella polar de sus estudios, de sus libros, de su ciencia, hasta que se dió cuenta—que sin duda un instante al fin hubo, en que lo advirtió, encantada,—hasta que, con maravilla temerosa y pasmo, dióse cuenta de que, invisible para todos, el Buen Timonel Insomne, el Ungido, sentado iba en su barca.

Imposible que el Padre Antonio, confesor de Sor Juana desde que niña era, no haya visto siempre que sin cesar se escapaba ella a su dirección; creyéndola conquista suya para el Cielo, imposible que no se haya desazonado cuando la miraba de repente pensar en lo que él no pensaba, sentir como él no sentía, decir lo que él no soñaba que pudiera pensarse, que pudiera sentirse, que pudiera decirse; y su voluntad firme, y su decisión resuelta, imposible que no le parecieran burladas por aquella mujer de voluntad tan libre y tan alada, por más que tan sinceramente ansiase siempre subordinarse con la más dulce y confiada sumisión. Imposible ciertamente que cuando él, pajarero codicioso y astuto, afirmaba recientemente en la oscura tierra las plantas, no haya sentido un extraño azoro, al sentir que sus ardientes ojos, puestos en el azul sereno y hondo del insondable espacio, en el que miraba alejarse el alma de Sor Juana, no la miraban ya; a cada minuto más y más arrebatada ella a su vista; ave divina, tornada al cabo, un punto sólo nada más que un punto, en la inmensidad radiosa.

¿Vió él, en la carta de Sor Filotea de la Cruz, inesperado auxilio a sus propósitos de alejar a Sor Juana de cuanto la desviase del ideal de vida que él tenía? ¿Extremó esto su empeño por separar la mente de Sor Juana de cuanto pudiera distraerla de ese ideal? ¿Es por eso por lo que el Rector del Colegio de San Ildefonso, el Padre Oviedo, el biógrafo del confesor de Sor Juana, dice que “no ha faltado quien califique de demasiado severo, y aun de pagado de su propio juicio y dictamen al Padre Antonio, por haber procurado contener el natural afecto e innata inclinación a las letras de la Madre Juana”, “para que del todo se dedicase al estudio de la perfección?” ¿Trabajaba también el alma del Padre Antonio, como ya nos lo hemos pre-

guntado, un oculto y quizás inconsciente resquemor, por el juicio crítico de Sor Juana en cuanto al sermón del gran jesuita Vieyra? ¿Subconscientemente reptaba en su ánimo una inquietud contra la que, puesta del lado de los negros y de los indios, se ponía a la vez del lado de los blancos y de los mestizos, y sin duda no podía imaginar que el súbdito fuera “instrumento del superior”, respetuosa como era y amante de todas las almas, es decir concibiéndolas libres a todas, y unidas todas, sólo por el amor y la libertad? ¿Se dió cuenta, en fin, de que la carta de Sor Juana al Obispo revela, en casi todas sus páginas, una especie de anhelante esperanza, de encontrar en el Obispo — que aunque tan resuelta y austeramente la amonestaba, tan amorosamente la aplaudía, — un refugio a sus inquietudes, y una puerta de salvación de sus angustias?

Porque así lo sentía ella en la desolada tormenta en que vivía, fué sin duda por lo que, para terminar su carta al Obispo, al remitirle sus “Ejercicios de la Encarnación” y sus “Ofrecimientos de los Dolores”, le decía, impetrando siempre la ayuda de que tan necesitada estaba: “Yo quisiera, Venerable Señora mía, remitiros obras dignas de vuestra virtud y sabiduría”... “Si algunas otras cosillas escribiere, siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección, pues no tengo otra alhaja con qué pagaros y, en sentir de Séneca, el que empezó a hacer beneficios se obligó a continuarlos”; con lo que “os pagaré a vos, vuestra propia liberalidad; que sólo así puedo yo quedar dignamente desempeñada, sin que caiga en mí aquello del mismo Séneca: *turpe est beneficiis venci*”; — innoble es, ser inferior a los beneficios; — “que es bizarria del acreedor generoso, dar al deudor pobre, con qué pueda satisfacer la deuda. Así lo hizo Dios con el mundo, imposibilitado de pagar: dióle a su Hijo propio, para que se le ofreciese, por digna satisfacción”... “Mantedme en vuestra gracia para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumentos, y os guarde, como le suplico y he menester.”

“Como le suplico y he menester”; ¿Veis cuán claramente dice Sor Juana su necesidad de socorro? ¿Sentís la tempestad en torno suyo, la oscuridad del aire, los clamores de la borrasca, y os dais cuenta de que una claridad—la bondad del Obispo a quien ella impreca, — le parece entrever en el nublado?

“Besa vuestra mano, vuestra más favorecida, Sor Juana Inés de la Cruz.”

¿Dióse de algún modo cuenta el Padre Antonio, de que Sor Juana podía alejarse para siempre de su influencia, y de que algo de esa posibilidad revelaba su carta? Como quiera que haya sido, “viendo él”, declara su biógrafo, “que no podía conseguir lo que deseaba, se retiró totalmente de la asistencia de la Madre Juana, llorando, si no mal logradas, por lo menos no tan bien logradas como quisiera, aquellas singularísimas prendas.”

Con ello, empero, ni una ni otra de esas dos grandes almas se libertó de la otra; que las dos, cada cual a su modo, caminaban rumbo a la misma patria común de los altos espíritus: la de los ideales supremos.

XXXV. — Crisis y agonía

Cada vez más delicada de salud, Sor Juana, sintiéndose seguramente aquí en la Tierra, cada vez también, más sola, — no parece que haya contestado su carta, mejor fuera llamarla su largo y ansioso grito de angustia, el Obispo Fernández de Santa Cruz, — vivió los temerosos años de aquel México triste, desde 1691 hasta los comienzos de 1695, en los que vejaciones de los españoles, dice el Padre Cavo, provocaron en el extremo septentrional del país, levantamientos de indios, y forzaron a abandonar en la provincia de Coahuila las misiones; vivió en aquel México frío, cuyas tempraneras heladas agostaron las cosechas, e hicieron perecer de hambre a millares de infelices; en aquel México de enloquecidas nubes, que ora veía morir de sed sus plantas y ganados, ora miraba ahogarse de súbito, bajo el furioso envión de descomunales tormentas, ensordecidas por pavorosos rayos, el trigo, a punto ya de molerse en los molinos; vivió Sor Juana entonces en aquel México desazonado y lleno de quejas, en el que su sabio amigo, don Carlos de Sigüenza y Góngora, en memorable carta que citaba don Alfredo Chavero hará cuarenta años, y hace veinte Luis González Obregón, y cuyo manuscrito publicó, ha poco, Dorothea Schons, decía a su amigo el Almirante don Andrés del Pez, que “nadie entraba en la ciudad, por no estar andables los caminos y las calzadas;” que “faltó el carbón, la leña, la fruta, las hortalizas, las aves”; en aquel México hambriento y desesperado — y, por desesperado, rebelde, — que, movido también, acaso, por la ira que le provocaban supuestos o verdaderos abusos de infames especuladores de su miseria, y agitado, por la indignación que encendió la cruel rudeza con que fueron rechazadas sus recriminaciones, apedreó las ventanas del palacio de los virreyes, y puso fuego al palacio mismo, a las Casas del Cabildo y a las tiendas de los

mercaderes de la Plaza Mayor, con tan voraz llama encendido en la octava noche del abrasado mes de junio de 1692, que si no hubiese sido por el arrojo heroico del mismo don Carlos de Sigüenza y Góngora, y de los pocos hombres denodados que lo siguieron — por sogas, en medio de las llamas, subiendo a los balcones de las Casas del Cabildo, para entrar a ellas, — no hubieran podido salvarse sus archivos, que conservaban “los monumentos de la historia antigua y moderna de los mexicanos.”

México sombrío, en el que el Virrey Conde de Galve “pedía secretas oraciones a los conventos, por el alivio de la “ciudad” y “temeroso de algún insulto”, se refugiaba en las noches en el Claustro de San Francisco, para dormir a su sombra; trágica ciudad, maculada de sangre, que con pavura miraba al verdugo, ahorcar a ocho infelices, culpados de haber promovido los incendios; que, por semanas y meses oyó los ayes de los azotados públicamente como complicados en los tumultos; y que miró a los indios, cortado brutalmente el cabello por los españoles, y arrojados de las casas de los ricos, salir convulsos, lastimados e irritados, de entre los blancos que los juzgaban culpables; ciudad espantada; que vió pasar por sus calles, impetrando la misericordia del Cielo, públicas procesiones de jesuitas y franciscanos, y que, poseída de terror, cerró por largos y anhelantes días las puertas de sus templos, mientras llegaban, despaivoridas, las noticias de que allá, lejos, las costas del Golfo de México estaban siendo, a fuego y sangre, asaltadas por terribles corsarios; ciudad doliente, que sintió luego desatarse en sus entrañas el consumidor azote de horribles epidemias, y que miró hacinarse en atrios desolados y en calles, por el pavor y la peste, desiertas, montones de cadáveres.

Juan de Guevara, que antaño, en días mejores, colaboró con Sor Juana, para escribir *Amor es más Laberinto*, murió entonces, y diez monjas del convento de San Jerónimo, dice Dorotea Schons, que ha leído esto en el libro — en su poder ahora, — de profesiones del propio convento, murieron también, del 24 de abril de 1691 al 5 de agosto de 1692.

Quienes en la ciudad herida sobrevivían, decíanse unos a otros espantados, como Antonio de Robles lo escribió: como lo escribió Sigüenza y Góngora: — ¡Castigo del Cielo! ¡Por nuestra liviandad; por nuestra irreligiosidad, “por nuestra poca enmienda!...” Ciudad azorada; como un ave

bajo un cielo de plomo que pareciera ir a descuajarse, surcado todo por medrosos rayos.

Cuando Sor Juana, que había sido su gloria y su alegría; que en ella había erigido, por disposición del Cabildo Metropolitano, en 1680, apenas doce años hacía, el arco de triunfo bajo el que pasaron el Virrey, Conde de Paredes, y la Virreina, su esposa, tuvo noticia, en Septiembre de 1692, de que el mismo Virrey, su generoso protector, acababa de morir en España, ¿sintió que en torno suyo el aire espiritual se enrarecía, como parecía envenenado en su ciudad, el aire material? ¿Creyó que estuviera casi a punto de asfixiarse, cuando de ella se alejó el Arzobispo de ardiente caridad, don Francisco Aguiar y Seijas, y cuando se alejó también de ella el confesor de toda su vida, el que la había conocido desde que era niña, y que al convento la había llevado; el que tenía fama de santo, el incansable Padre Antonio, que, con todo y estar ya medio ciego de vejez, recorría sin cesar la ciudad, de parte a parte, y a todas partes llevaba la firmeza de su voluntad?

¿Fué en medio de aquella noche oscura, cuando ella escribió su desesperado y admirable soneto a la esperanza, aquel soneto que no consta en ninguno de los tres tomos de sus obras, pero que sí figura en varios de sus retratos repartidos en conventos, como para dar en ellos testimonio del estado de entonces de su alma? ¿Fué porque la abandonaron todos, y porque se marchitó para ella la esperanza, por lo que entonces compuso su soneto a la esperanza, en el que todo habla de desesperanza?

*“Verde embeleso de la vida humana,
 loca esperanza, frenesí dorado,
 sueño de los despiertos, intrincado;
 como de sueños, de tesoros vana;
 alma del mundo, senectud lozana,
 decrepito verdor, imaginado;
 el hoy, de los dichosos esperado,
 y de los desdichados, el mañana,
 sigan tu sombra, en busca de tu día
 los que, con verdes vidrios por anteojos,
 todo lo ven, pintado a su deseo;
 que yo, más cuerda en la fortuna mía,
 tengo en entrambas manos, ambos ojos,
 y solamente lo que toco, veo.”*

No; por supuesto; no era a la virtud teologal de la esperanza a la que se dirigía el pensamiento de Sor Juana cuan-

do compuso este soneto; pensaba ella entonces sólo en la terrenal esperanza, en la ilusoria esperanza; en la que ella, con razón, llamaba la *loca esperanza*; mas así y todo, ¡cuán honda desilusión del mundo y de cuanto en el mundo pudiera esperarse! ¡Qué lejos el tono emocional de este soneto de las triunfadoras y aladas convicciones que cantan sus cantos de victoria en los villancicos a Santa Catarina!

Proclama el *Soneto a la Esperanza*, como los villancicos, la valiente libertad de espíritu de Sor Juana que la caracterizó en todas sus obras y que esplende en su juicio crítico del *Sermón del Mandato* del Padre Vieyra, y en su *Carta a Sor Filotea de la Cruz*, tanto como en sus comedias y en sus autos sacramentales, en sus loas, y aun en sus “*Ejercicios Devotos para los Nueve Días Anteriores a la Purísima Encarnación*”, lo mismo que en sus “*Ofrecimientos del Rosario*”; pero mientras que en todas sus otras composiciones diríase que Sor Juana, ave canora, vuela libre, entre Tierra y Cielo, y que por momentos parece ir a perderse en el Cielo, posa los pies en el suelo, en el soneto a la esperanza, y pliega las alas.

¿A este estado mental se agregó, quizás, otro? ¿Compartió en algún modo el sentir de todos, en el México de entonces, que a todos hacía pensar que las públicas tribulaciones eran *castigo del Cielo*? ¿Imaginó ella misma que, también por hechos de ella, fuera México, castigado? Aunque nada nos autoriza para pensarlo así, y aun cuando por otra parte, no compartiera ella los conceptos de su confesor, el Padre Núñez de Miranda, acerca de la vida que debiera, sobre todas, vivirse, sin duda una inmensa conmoción interior la llevó entonces, más sistemáticamente de como lo había hecho durante toda su existencia, a hacer una revisión general de sus propios conceptos, y fué entonces cuando, desde el fondo del aislamiento al que había venido a quedar reducida — en el que, en relación con Dios, su alma rehacía, minuto por minuto, purificaba y agrandaba su interna libertad, — fué entonces cuando de nuevo llamó al Padre Antonio — no seguramente para repudiar los conceptos fundamentales de vida que había expresado ella y confesado su vida entera; — que si así hubiese sido, lo sabríamos (de ninguno de ellos tenía que arrepentirse); ni para retirar el tono de triunfal desafío de sus villancicos a Santa Catarina, que de su carta a Sor Filotea de la Cruz había sido lírica confirmación y continuación, expuesta bajo las bóve-

das de la Catedral de Antequera a todos los fieles, y que tampoco desautorizó jamás; pero sí para someterse — claro es, sólo en cuanto le fuera posible, — por más que otra cosa se haya pensado y dicho, — a los modos de entender la vida mejor y a las prácticas de esa vida, proclamados por el Padre Antonio.

— "Admirable mudanza", comenta Oviedo, el biógrafo del Padre Antonio; y dice también: "sin duda efecto de las misas y oraciones" de este último; "admirable mudanza de la Madre Juana, dos años antes de su muerte", es decir en el de 1693; y la interpreta agregando: "porque, movida del "Cielo, y avergonzada de sí misma, por no haber correspondido con la fidelidad que debiera a las mercedes divinas..."

No; no esa interpretación: esta otra: porque, venciendo ella misma en algún modo — ella que jamás había creído en sus propios méritos, y que por eso es natural que haya estado dispuesta siempre a vencerse a sí misma; — venciendo a sí propia, en el trágico duelo que en su conciencia se libraron los dos conceptos de vida mejor que toda su vida tuvo a la vista; el propio suyo, y el del Padre Antonio; el propio suyo, — que para ella era el natural y fácil, porque era el que correspondía a la naturaleza de su alma: — infinitamente sociable, hecha para vivir de amor, de ciencia y de poesía, y para vivir olvidada de sí misma, en su ansia de brindarse a la creación entera, a los siglos distantes, y a los pueblos y las gentes presentes y ausentes, convertida en ciencia, en amor y en poesía, para llegar, por la poesía la ciencia y el amor a la Ciencia Divina, a la Divina Poesía y al Divino Amor; — venciendo a sí propia en el duelo de aquel su modo de entender la vida, de acuerdo con su naturaleza, y el del Padre Antonio, modo para ella violento, antinatural y difícil, porque no correspondía a la efusión espontánea y comunicativa de su ser espiritual, ya que estribaba en el recuerdo de sí propio y en la busca de la personal perfección y de la personal salvación, no por los floridos caminos de la ciencia y de la poesía, sino por los ásperos y oscuros de la mortificación, el silencio y la penitencia, aunque de ellos saliera para llegar a los pobres y a los necesitados; venciendo, porque convencida en todo caso estaba de que, aunque por senderos diferentes, el concepto suyo de vida mejor y el del Padre Antonio subían al mismo ápice y tenían que llevar arriba el alma, a la Luz Infinita,

a la Sabiduría Infinita, a la Poesía Inefable, al Amor Excelso, a la Vida Increada y Perfecta, envió a llamar al Padre Antonio, ansiosa de conciliarse otra vez su buena voluntad, aun cuando fuera con sacrificio.

Y el biógrafo del Padre Antonio nos cuenta: “resistióse” éste una y otra vez, o porque no discurría el fin para que “lo llamaba”... — ¡Cómo! ¿Sería posible no entenderlo?... — “o porque temía alguna veleidad en mutación tan repentina”,... — ¡Repentina!... ¿Pues qué, no había hecho ver ya más de dos años antes Sor Juana, desde su carta a Sor Filotea de la Cruz, su largo combate espiritual?... “o, lo que” es más probable, continúa el Padre Oviedo, “por avivarle más los deseos con la detención”, lo cual por sí sólo pinta el carácter del confesor; que no acudió desde luego al llamado de Sor Juana, aun cuando tiene que haberse dado cuenta de la tribulación de ella en aquellos tiempos de angustia, y aun cuando, como su biógrafo nos lo dice, desafiara él, en esa misma época de su vida, los más deshechos aguaceros, sólo por llegar a un barrio apartado y oscuro y a una calleja miserable, adonde se imaginara que cualquier desconocido pudiera desear que un sacerdote lo confesase. Sabía él que su triunfo era cierto; pero por hacerlo, agregándole mortificación y penitencia, más radical y definitivo, retardó acudir al llamado.

Acudió al fin, continúa su biógrafo; “y habiendo escuchado con grande regocijo”, las “nuevas determinaciones” de Sor Juana, comenzóla desde luego a dirigir por el camino de una muy alta perfección; y con el entendimiento “iluminado ya con luces superiores, y la voluntad encendida con el fuego del amor divino, se sujetaba a todo” cuanto el Padre Antonio Núñez le decía.”

— No; no; tampoco está bien decir esto así: aceptarlo en los términos de que se sirve para decirlo el Padre Oviedo, fuera aceptar que antes no había estado encendida ya “con el fuego del amor divino” el alma de Sor Juana, cuando antes, mucho antes, había revelado ese divino incendio, en el místico lirismo de innumerables obras suyas; en sus Autos sacramentales, y en sus villancicos; en su juicio crítico sobre el *Sermón del Mandato*, y en sus oraciones líricas, lo mismo, que en sus letras cantadas en la profesión de fe de una religiosa, y en su maravilloso poema a la dedicación del templo de San Bernardo, en el que ella misma fué la que exclamó, sintiendo el fuego del amor divino:

*“¡Ay! ¡fuego! ¡fuego! ¡que el templo se abrasa!
¡que se quema de Dios la casa!”*

y ella también la que prorrumpió luego, en una especie de rítmica oscilación del alma ante lo Infinito, reducido ¡oh prodigio! en el Sacramento de la Eucaristía, en Jesucristo Sacramentado, a la Divina Hostia, e Infinito, no obstante, como Dios mismo:

*“En círculo breve,
aunque es Dios, inmenso,
lo miro abreviado,
si me acerco a cerco”...*

*“Aunque velo cubre
su Poder Supremo,
le descubro, porque
en su velo, velo!”*

*“Quiere a los sentidos
estar encubierto,
aunque, por gozarlo,
con anhelo, anhelo...”*

*“Como no le miro
aunque más le veo,
de la fe la vista
con aliento, aliento!”
...“Desmiento a los ojos!
Sólo al alma, creo!
y, en contradecirlos,
con aprieto, aprieto.”*

No; quien hablaba así, quien así sentía, ni dudaba, ni tenía el alma, yerta; ardiendo estaba, y su llama no contenía mundanas impurezas. Místico amor sin escorias; el corazón todo fundido en el oro puro, en el oro inflamado de su fe.

La fuerza misma del pensamiento de Sor Juana, su vida entera, probaría, por otra parte, que si una nueva orientación dió a su existencia en los años últimos, bajo la influencia del Padre Antonio, no ha de haber sido esto entregándole su razón, sino dirigida ella misma por su propio esfuerzo.

Dice, empero, el Padre Oviedo, que “por dirección” de su antiguo confesor, “hizo” Sor Juana “una confesión general de toda su vida”; — confesión en la que, — lo sabemos gracias el Padre Diego Calleja, el biógrafo de Sor Juana — “gastó” ella “algunos días”, — y que escribió luego, con su propia sangre, una “petición, en forma causídica”,

“al Tribunal Divino”, “por impetrar perdón de sus culpas”, de la cual se lee en el índice del tomo III de las Obras de Sor Juana — las póstumas,—que la presentó ella, *por mano* de su confesor, a dicho Tribunal.

Tan absurdas exageraciones informan no obstante, esa petición, que se diría, al leerla, que quien la firma, hubiese perdido, antes de escribirla, el juicio. Reflexionando un poco más, tiene que convenirse, sin embargo, en que no es posible que Sor Juana la haya pensado ni sentido, porque ni sus pensamientos, siempre luminosos y sensatos, ni sus sentimientos, siempre armoniosos, están allí, sino inacordes y espasmódicos arrebatos. La certidumbre de que tal obra no es suya culmina al ver *la forma* en que está escrita, en la cual, de las 625 palabras que la componen, casi la mitad — 298 — constituyen frases hechas, de la más vulgar jerga jurídica que haya usado nunca gente de curia; por completo extrañas al estilo de Sor Juana. Una simple *forma*, era, en efecto — convencional y no suya, — una de aquellas fórmulas, de “confesiones de esta índole, que, dice Ermilo Abreu Gómez, “hacían a cada paso monjas y frailes de la época, sin que nadie parara mientes en ellas”...

Si a pesar de todo la escribió ella por su propia mano y con su propia sangre, y si después de haberla escrito, y aun poco antes de escribirla, casi dejó de ponerse en relación con el mundo, ¿cómo entender que así lo haya hecho si no es considerando que ha de haberla escrito al dictado, o que tuvo que copiarla, porque hacerlo así, fuera condición que se le impondría para restituirla a la gracia de su confesor?...

Claro que ella estaría de acuerdo en el fondo de lo que tal petición entraña: el arrepentimiento de cuanto hubiera hecho de malo en su vida, y el propósito de enmendarla y de levantarla a Dios, con ayuda de la protección divina; pero ni los conceptos que expresa, ni *la forma* convencional y forzada en que está escrita, pueden haber sido obra personal de la que años atrás se había dirigido a su padrino, don Pedro Velázquez de la Cadena, diciéndole, en los días en que la amparaban todos:

“a vos, el suso nombrado,
que no digo el susodicho,
porque no lleven resabios
de procesos, mis escritos”,...

y que al fin, en la petición *causidica* — es decir, en la petición hecha en el proceso de su propia *causa criminal* seguida ante el tribunal divino, no escribía ya más que con resabios de procesos.

Con esto púsose de acuerdo, en renunciar a sus lecturas, y a escribir, y a hacer estudios humanos, y en aceptar por fin estas radicales rectificaciones de su vida, como lo exigía el Padre Antonio extremando las exhortaciones que el mismo Obispo Fernández de Santa Cruz había dirigido a Sor Juana, en la famosa carta que firmó con el nombre de Sor Filotea.

...¿Me atreveré a insistir en que si hubo tal empeño en que Sor Juana abandonara “los estudios humanos para proseguir, desembarazada de este afecto, en el camino de la perfección” — como se lee en el título que se puso a otra de las protestas que más tarde hizo, también “rubricada con su sangre”, — y si se procuró por todos los medios “contener el natural afecto e innata inclinación a las letras, de “la Madre Juana”, como lo dice el Padre Oviedo en su biografía del Pade Antonio, me parece que ha de haber sido, a lo menos en parte, porque, como ya lo he hecho notar, Sor Juana decía a las veces cosas que no podían oír sin inquietud los hombres en cuyas manos estaba el régimen orgánico de la Colonia, como eran las que ella puso en labios de los negros en los villancicos compuestos en honor de San Pedro Nolasco, en los que toda una revolución social está a punto de proclamarse?

¿Insistiré también en que, como asimismo ya lo he insinuado, pienso que si éste fué el más radical motivo del deseo de que Sor Juana abandonara “los estudios humanos”, tal deseo ha de haber sido hasta cierto punto, inconsciente en quienes lo tenían, y que queriendo como querían a Sor Juana, sólo se imaginarían querer su bien y encaminarla a la mayor perfección, para lo cual les parecería que lo que más pudiera favorecerla sería que no fuera ya tan efusiva, tan expansiva, tan comunicativa, y que, sin preocuparse ya tanto por cuanto la rodeara, pensara sólo en su propia salvación? ¿Diré en fin, que lo que vino a importar luego más que nada a quienes sobre ella ejercían influencia fué ser obedecidos por ella, como ocurre naturalmente a quienes mandan cualquiera cosa, y encuentran resistencias a su mandato? — Más aún ocurre esto en quienes muy desarrollado tienen el° instinto de imposición.

¿Qué tendría de extraño pues, insistiré aún, que sólo se hablara como se habló sólo, al formular cargos contra Sor Juana, de que escribía, de que leía, de que estudiaba, de que enseñaba? Esto tenía que ser en efecto, lo único que ostensiblemente pudiera reprochársele. La inquietud de que llegase a tener peligrosa resonancia política y social lo que escribiera, quedaría sepultada en la región límbica de la conciencia de quienes sobre ella querían influir; y de tal inquietud no se darían cuenta si no es en furtivos momentos, como tampoco de los ocultos y reprimidos movimientos de envidia y resquemor que ellos mismos experimentarían, ni de su amor propio, de gentes de mundo, enardecidas por la larga resistencia que a su voluntad se oponía; pero por eso justamente, por formar todo ello “complejos sumergidos”, ha de haber sido más potente e incontrastable.

Otra razón empero, hubo quizás, para procurar que Sor Juana dejase de ser como era y de escribir como escribía: almas como la suya, de intensa y extensa intuición estética, y de extraordinarios dones de expresión, suelen suscitar la idea, en quienes no son como ellas, de que se identifican con cuanto dicen, y de que tienen algo de histriónico — como lo tenía Shakespeare, que a fuerza de vivir en sí mismo las vidas de todos sus personajes y de convivir con sus almas, ha llegado a parecer que al cabo no tuviera ninguna. — Si por acaso se pensó semejante cosa al admirar los vibrantes y arrebatados entusiasmos de Sor Juana y la prodigiosa multiplicidad de sus conceptos, así como ante la alucinadora visión de las metáforas en que los expresaba, ¿cómo no reconocer — si no es por una total incomprensión de lo que Sor Juana verdaderamente era, — que a cada instante era más y más ella misma, que no se dejaba arrebatarse ni por el universal prestigio del famoso jesuita Vieyra, y que cada vez con mayor intensidad y fuerza vivía su vida mística, en comunión más completa con Dios y con cuanto del amor a Dios pudiera ser expresión?

Si a pesar de haber defendido valerosamente sus propios pareceres, al través de los tremendos años de 1691 y de 1692, y de haber lanzado a todas las almas esa especie de lírico cartel de desafío que son sus villancicos a Santa Catalina, copió o escribió al dictado su petición, no fué pues, porque hubiera llegado a trocar su alma, expansiva y libre, por otra, concentrada y dinámicamente nula. El alma, en cuanto es esencial, no se trueca, no se cambia. Hay que

imaginar la de Sor Juana en el acto en que escribió su causídica petición, libre a pesar de todo, y consciente, y sólo resolviéndose a escribirla, para evitar males mayores e impedir que continuara prolongándose aquella insoponible situación, que cada día la cansaría y la fatigaría más, no sólo por su misma índole, sino también porque, como ella misma tantas veces lo había dicho, era su natural, totalmente ajeno a contrariar a nadie.

En sus horas de tribulación mayor recordaría, sin embargo, que también ella misma había dicho en su carta a Sor Filotea de la Cruz, que había llegado a vivir tan desconfiada de sí propia, que estaba dispuesta a aceptarlo todo si sus superiores así se lo mandaban; más aún, sin duda, en caso de que le declararan que así fuera necesario como condición para restituirla su gracia, y esto mismo la ha de haber hecho preguntarse muchas veces, con mortal aunque transitoria incertidumbre, y con aquel su constante inquirir — signo fiel de su espíritu científico, — si no sería soberbia lo que la aconsejara otra cosa; diríase entonces que seguramente sería su deber hacer lo que sus superiores le aconsejaban y que así convendría a su salvación; que sin duda por nadie sería esto tan deseado como por ellos, y especialmente por su confesor de toda la vida, como han de habérselo dicho quienes, en su convento, solícitamente se interesaban por ella.

Almas, empero, como la suya, son entre todas, y en el fondo de sí propias las más libres almas. Era ella la que había declarado que “no hay cosa más libre que el entendimiento humano”, proclamando así públicamente a este respecto su profunda convicción, en las primeras páginas dedicadas a sus lectores. y ella también la que había afirmado que

*“para el alma no hay encierro
ni prisiones que la impidan,
porque sólo la aprisionan
las que se forma ella misma.”*

Libre, en consecuencia, ha de haberse mantenido, a pesar de todo, aun a la propia hora en que con su sangre copiaba o escribía al dictado su “petición causídica”; libre — aun cuando quizás no se diera cabal cuenta ella misma entonces de cuánto, ni de a qué grado lo era, — y evidente por tanto, que sólo es posible que ella haya estado de acuer-

do en cuanto al fondo de los pensamientos y de las protestas de su petición; y que como ya hemos dicho, para ella no significaría esta más, que su voluntad de abominar lo que pudiera haber de vituperable en su vida, y que para repudiarlo y mantenerse en el seno de la Iglesia, estaba dispuesta a derramar hasta la última gota de su sangre.

Resuelto así ¿qué tiene de extraño que se haya decidido también a desprenderse de sus libros, de sus instrumentos de música y de matemáticas, y de cuanto poseía — presente todo de quienes más la amaban y admiraban, — y que lo haya remitido al Arzobispo de México, don Francisco Aguiar y Seijas, para que lo vendiera y repartiese el producto de la venta entre los pobres?

En el estado de ánimo al que había llegado, no podía ya tener todo eso para ella el mismo interés que antaño, y, de otra parte, desde hacía largo tiempo había estado dispuesta a desprenderse de todo. Ella misma había sido, en efecto, la que escribió aquellos versos que en el auto de San Hermenegildo se encuentran, y en los que San Hermenegildo exclama, dirigiéndose a la prisión en que se encuentra:

*“Qué consuelo en ti tengo
mirándome de todo, despojado,
pues, desembarazado,
a estar más apto vengo
para poder alzar, osado, el vuelo,
con menos peso, de la Tierra al Cielo”.*

Ella también era la que había escrito a la Duquesa de Aveyro.

*...“que en el estado,
que Dios fué servido darme,
sus riquezas, solamente
sirven para despreciarse;
que para volar segura,
de la religión, la nave,
ha de ser la carga, poca,
y muy crecido el velamen,
porque si algún contrapeso
pide — para asegurarse, —
de humildad, no de riquezas,
ha menester hacer lastre;
pues ¿de qué cargar sirviera
de riquezas temporales,
si en llegando la tormenta
era preciso alijarse?”*

...Que tales versos haya escrito tanto tiempo hacía, demuestra que no puede ser cierto que haya *sufrido*, en los términos en que se dice que sufrió al desprenderse de sus libros; — que antes bien, alijarse así de los bienes temporales, tuvo que ser para ella, una forma de felicidad, verdadera y honda, — y prueba también que no puede decirse que al desprenderse de sus libros haya mudado de pensamiento ni de actitud mental ante la vida, en el sentido en que se dice que lo hizo, ni menos que el mérito de su desprendimiento y renuncia se debiera a exhortaciones del Padre Antonio.

Aunque entonces hayan podido acudir a su memoria las palabras de Séneca, que sin duda conoció: *Otium sine literis mors est*, el ocio sin las letras, es muerte, ningún significado tenían ya para ella, ni casi lo habían tenido nunca, puesto que jamás fué su vida otra cosa que un combate continuo; nunca un ocio; nunca un descanso.

Su desprendimiento fué sin embargo todavía más lejos que adonde lo había llevado antes, cuando vino a comprender también todos “los estudios humanos”, según lo declaró el encabezado — no compuesto, empero, por ella misma, — de la protesta de su fe, que rubricó igualmente con su sangre el 5 de marzo de 1694, un año y mes y medio antes de su muerte; pero aun entonces no puede haber alcanzado a otra cosa que a renunciar a los estudios hechos en libros y por libros, sin llegar hasta a vedarse que se le escapara el alma, en su inacabable anhelo de Dios, para ir hasta El, si sus ojos se posaban por acaso de noche en las estrellas, o si a su celda se deslizaba un rayo de Sol.

Obligada, no obstante, por la nueva situación que aceptó, a dejar de escribir, casi del todo; a dejar en algún modo de hablar; a dejar de comunicarse con sus semejantes, como antes se comunicaba, ya sólo a sus solas volaría totalmente libre su espíritu; pero su vuelo se emprendería a pesar de todo, porque, a pesar de todo, libre quedó su alma, por más que se sintiera, como ha de haberse sentido observada sin cesar, por mil ojos vigilantes, y aun cuando en los dos últimos años y poco más de su existencia, apenas parezca haber vuelto a escribir otra cosa, que las reiteradas protestas de su fe y de sus votos que rubricaba con su sangre desde más de un año antes de su muerte, día por día, y entre las cuales está la que, escrita “en el libro de profesiones” de su convento, “abajo de su acta” concluye con

estas palabras: “en fe de lo cual, lo firmé en 8 de febrero de 1694, con mi sangre. Juana Inés de la Cruz. Ojalá y toda se derramara en defensa de esta verdad” —la de la Purísima Concepción,— “por su Amor y de su Hijo”.

Para lograr el pleno vencimiento de sí misma, aplicábase, por otra parte, con el más vivo celo, a imponerse las más crueles disciplinas, hasta el grado de que el mismo Padre Núñez llegó a alarmarse y a decir que era “menester irle a la mano”, para que “no pierda la salud y se inhabilite — como el biógrafo del padre Núñez lo cuenta, cuando observa que el Padre Núñez se vió obligado a moderar, — “con prudente cuidado y atención”, el celo de Sor Juana, “porque no acabase a manos de su fervor, su vida.”

Sin duda fueron también de ese mismo tiempo, en el Primer Libro de Profesiones de las Religiosas del Convento de San Jerónimo, aquella disposición final y aquella postrema súplica calcadas, casi dos siglos después, por el excelente bibliófilo don José María de Agreda y Sánchez, publicadas luego por Luis González Obregón, y reproducidas facsimiladamente por Francisco Fernández del Castillo; disposición y súplica conmovedoras, de puño y letra de Sor Juana, que dicen, después de un espacio en blanco:

“Aquí, arriba, se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas, las religiosas que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todas pido perdón, por amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del” *Mundo* traducía don José María de Agreda y Sánchez; *Monasterio*, lee Francisco Fernández del Castillo.

Digan las letras finales — que en abreviatura se encuentran, — lo que digan, la voluntad explícita en los renglones que las preceden fué que en el libro de la casa que abrió sus puertas antaño a la adolescente, cuando en ella buscó Juana Inés refugio, se hicieran constar el día y el mes y el año en que del mundo partiera la que consideraba próxima la hora de su muerte. Y el estado de ánimo que esos renglones revelan, nos hace ver, de una parte, la persistente, la perenne humildad, de Sor Juana; sincera y absoluta; de la otra que, pronta ya a partir, pero siempre y a pesar de todo, saliendo de sí misma para ir a otras almas, a sus hermanas en religión se dirigía: a las de entonces y a las que después lo fueran, en sociedad con ellas, en comunión con

todos, siempre; al través de los siglos, declarándose la última, la peor que hubiera habido, y siempre entregándose en un raptó y un vuelo a Dios, a quien rogaba la encomendaran, y a la Virgen María, en la que en ese supremo instante pensaba, no de otro modo que como en la Madre del Verbo.

No es temor el que en estas últimas palabras puede leerse; si algunas de sus letras parecen ilegibles, si acusan todas emoción vivísima experimentada al escribirlas, Sor Juana está en ellas revelándose como siempre fué frente a la Eternidad; encomendándose a Dios y a la Virgen; sintiéndose ante Ellos, *nada*; ante su Bondad y su Pureza Infinitas, la peor que hubiera habido, y al propio tiempo pensando en sus *amadas hermanas*; — notemos el epíteto: — amorosa, comunicativa y efusiva, aun en el instante mismo en que expresaba su final voluntad, que sin duda en todo lo que no era súplica, sino resolución, de ningún beneficio podía ser para ella; — ¿de qué le serviría, en efecto, que se anotasen el día, y el mes, y el año de su muerte? — pero que en todo caso, — resolución cuando decía: “aquí, arriba, se ha de anotar”; súplica cuando rogaba que se la encomendase a Dios y a la Virgen — la ponían aún, — no porque ella se lo propusiera, sino porque sólo así podía ella pensar y vivir, — en relación con sus hermanas de entonces, y con la posteridad misma: con “las religiosas que en lo de adelante fueren”, a las que les pedía la encomendaran a Dios, y aun con nosotros, que hoy pensamos en ella, y con los que, después de nosotros, en ella pensarán.

Las constantes penitencias de Sor Juana en los últimos años de su vida; el reiterado rubricar con su sangre, día por día, las protestas de su fe, no alteraron, en consecuencia, su naturaleza esencial: siguió siendo hasta el fin, lo que fué toda su vida: expansiva, comunicativa; no por ella misma viviendo, sino por su necesidad de comunicarse con los demás, al través de los siglos; a la Virgen subiendo siempre, acompañada en su pensamiento, por su pueblo todo; subiendo siempre a Dios.

XXXVI. — Superación y vencimiento

No; no fué sin duda de la última época de la existencia de Sor Juana Inés aquel tratado que ella escribió con el nombre de "*El Equilibrio Moral*", que hasta nosotros no ha llegado, que a don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa — según éste refiere en el prólogo que compuso para las obras póstumas de Sor Juana, — le dijo don Carlos de Sigüenza y Góngora que en borradores lo tenía, y que el historiador mexicano don Nicolás Rangel refirió al que esto escribe que sabía que quedó luego, largos años, olvidado entre manuscritos que guardaba el Colegio de San Ildefonso, y tenía noticias de que estaba entre los que llevó consigo a los Estados Unidos en 1847 el general americano Winfield Scott, después de lo cual habría ido a parar a la Secretaría de Estado, en Wáshington, adonde se aseguraba que vió tales manuscritos el Ministro de México, don Luis de la Rosa, y que él también solicitó y consiguió del gobierno americano le fueran a México devueltos, pero que no hubo de lograrlo, porque un brusco cambio político, deshizo todas sus gestiones.

A ruego mío, y con la mejor buena voluntad, el Director de la Unión Pan Americana, el Dr. León S. Rowe, ha hecho hacer en Wáshington, diligentes pesquisas en busca de los documentos referidos. Me comunica empero, que nada parece haber allá de ellos.

En todo caso, y aunque de aquel tratado por Sor Juana compuesto no hubiera de llegarnos nunca otra cosa que lo que nos ha llegado — el título que lo encabeza, — ese título es revelador del alma que lo compuso: "*El Equilibrio Moral*", es decir la ponderación, la virtud que Aristóteles mejor que nadie ha recomendado a la consideración de los hombres, y que todos los moralistas modernos preconizan.

Tal título, explicado por sí propio, se explica aun más, por las palabras que lo complementan, y que asimismo nos

han sido transmitidas por don Ignacio de Castorena y Ursúa: "Direcciones prácticas morales, en la segura probabilidad de las acciones humanas". Quiere esto decir, sin duda, que Sor Juana Inés se daba cuenta de que las acciones humanas no tienen carácter invariable ni fijo; que su incertidumbre queda superada, empero, por su probabilidad; que esta última sí es segura, y que señalándola y precisándola — como ella en su obra lo haría, — es posible dar direcciones prácticas y verdaderamente morales — las que ella formuló sin duda también en su propio tratado, — para lograr que se mantenga, o, en caso de haberse perdido, se recupere y rehaga, rectificándolo debidamente, el equilibrio moral.

¿Requería tratado de esta naturaleza, para ser compuesto, estado de ánimo distinto del que predominó en los últimos años de la vida de Sor Juana? ¿Lo compondría quizás en ellos? Claro es que de su propia experiencia, ora feliz, ora desventurada, sacaría, para componerlo, sus mejores enseñanzas, que, como todo lo suyo, quiso que de los demás, fueran, y que redundaran en su servicio, siendo ejemplar también en esto, y también así forjando la patria ideal del mañana. El sólo título de su obra, que a las manos de don Carlos de Sigüenza y Góngora llegó *en borradores* — es decir, hecha y rehecha, pensada y vuelta a pensar, — bástanos para ver de nuevo que lo que moralmente caracterizó a Sor Juana fué su admirable equilibrio: de balanza espiritual finísima, que aun cuando oscilase con el más leve y aéreo pensamiento, invencible y constante, a volver en medio tornaba, aun en aquellas horas de inminente vértigo, en las que se sintió perseguida por el horror de haber cometido faltas que no concebía que lo fueran, pero que hombres por ella respetados, altos personajes, le reprochaban, y que, no entendiéndolas así ella, la hicieron imaginar, quizás, que si se resistía a reconocerlas, sería porque la dominase una soberbia insidiosa e insensata, la sola suposición de la cual, la haría sentirse arrastrada al abismo de su propia desvaloración.

Indudable que el mismo criterio, que consistía en juzgar que era forzoso sujetarlo todo al *equilibrio moral*, subsistió siempre; pruébalo, que ni desautorizó nunca el tratado que con ese nombre compuso, ni lo retiró jamás de las manos y de la guarda de don Carlos de Sigüenza y Góngora, y que, cuando se desprendió de todo lo que tenía, no lo hizo así

de dicho tratado, en la única manera en que de él hubiera podido desprenderse, que habría sido abjurar de cuanto contuviera, y hacerlo desaparecer.

Quedaron, en consecuencia, hasta el último instante de su vida, los conceptos de ese tratado, formando la sustancia misma del alma de Sor Juana, y su eje infrangible, y fueron ellos sin duda, los que la salvaron del gravísimo riesgo de caer en el abismo de su propia desvaloración, a la vez que también la salvó aquella necesidad esencial de su ser todo, de realizar perennemente, en bien de todos, la constante donación de sí misma. Como un carbón, en efecto, que a quien mal lo observa parece ya extinto, pero que de repente lanza bruscos y coruscantes fulgores, que muestran bien que, a pesar de todo, sigue ardiendo, así en el corazón de Sor Juana, vivo y palpitante siguió durando sin cesar el amor a sus semejantes; — que si ya no se manifestaba efusivamente en palabras, puesto que todo hace pensar que hablaba poquísimo y que casi ya no escribía, en los años finales de su vida — porque se vigilaba sin descanso aun para que no luciera su ingenio, — así nos lo hace saber su biógrafo, el Padre Calleja, — irradiaba, empero, en todos sus actos.

Ese amor patentizó también hasta lo último, el equilibrio moral de su alma, entre la fuerza que se le hacía — para que pensara en sí propia, y se desvalorara y repudiara, — y no pensara ya en los demás, ni en el mundo, ni en nadie, sino en su propia salvación, — y la necesidad de su espíritu, de salir a todas horas de sí mismo, olvidado de sí propio, y yendo a todo el mundo. Y el mismo amor a sus semejantes, y el propio equilibrio interno de su alma fueron los que armonizaron en su larga agonía, como en toda su vida, las dos tendencias trágicamente opuestas que su alma se disputaban: — la de la renegación de todo, que sin cesar se le sugería, y la de la admiración por todo, que sin cesar la levantaba más allá de sí misma — de igual modo que armonizaron la vieja y constante pugna entre la hostilidad que en torno de ella se había desatado toda su vida, — que tanto la había perseguido, y que por fin había vencido ella, a fuerza de rendido acatamiento, — y su deseo de ser útil a todos; deseo éste que tanto anhelaba que todos con ella compartiesen, como ella misma lo dijo en los ejercicios del sexto día de su *Novena de la Encarnación*, cuando exhortaba a cuantos se dirigía, diciéndoles: “Ea, señores, alentémo-

”nos algo siquiera, y al tocar la campana de las doce y de la oración, hagamos un acto de amor y agradecimiento”... “Todos los hombres”, “hijos son de Dios y de María, y hermanos de Cristo, Nuestro Señor; imágenes son hechas a la similitud de Dios;”... “procuren” todos “la Caridad, visitando y consolando” “algún enfermo; haciéndole algún servicio”, “considerando que entre aquellas llagas asiste ”Cristo”, “como” “nos lo enseña la ley de caridad.”

Cada vez más en el centro espiritual de la vida — en ese centro que nunca está en uno mismo ni está en los demás, porque está en medio, entre uno y los demás; — en medio de todos; donde Dios está, — y cada vez mejor equilibrada en él, — siempre gracias a su amor a Dios, que la llevaba a la creación entera, como emanación del Increado, y a los hombres, como hijos de El; — puesto así su amor a Dios en el diamantino fiel de la balanza del centro espiritual de la existencia, su mismo amor — por eso universal, — mantuvo vivo su ser, y vertió en él claridad esplendorosa, que la bañó toda de luminosos resplandores, en aquellos pavorosos días en que la peste se desató con tan cruel saña en el convento de San Jerónimo, que de cada diez religiosas que enfermaban, dice el Padre Calleja, nueve morían.

Voló ella entonces en socorro de todas, libre, por fin, para salir de la cárcel de sí misma, y para ir más allá de sí propia, en busca de quienes la necesitaban, como fué con amorosa voluntad y dulzura infatigable, hasta enfermar y morir, a las cuatro de la mañana del día 17 de abril de 1695: dos meses después de la fecha en que su confesor, el Padre Antonio, la había precedido, víctima también de la peste.

Madura estaba ya entonces ciertamente para la muerte, es decir para la libertad: de ella podía decirse, en efecto, que había alcanzado *aquel grado de espiritual desarrollo* del que habla Lossky, por el que *se entiende la inutilidad de los esfuerzos egoístas que en el reino de la enemistad predominan, y se renuncia a toda manifestación de falta de armonía con los demás*. Así lo había hecho ya ella, plenamente: podía desmaterializarse en consecuencia, desvestiéndose al cabo de su vestidura corporal; podía libertarse; podía morir; efectivamente desmaterializada, y de veras, libre.

Rogativas tocaban por su salud las campanas de los conventos, cuando ella, poco antes de que el sol saliese, murió. Primero que la aurora efímera sobre su convento y sobre

la vieja capital de la Nueva España, amaneció entonces su alma en la eterna aurora; y entonces también, cuantos la habían perseguido con sus murmuraciones, con sus preveniciones, con sus injustas apreciaciones, se sintieron al cabo, vencidos. *Santa*, dijéronse todos; y en latín y en castellano, y en verso, y en prosa, *todos* la encomiaron; todos exaltaron sus dones.

Hubo de encontrarse aún, en su celda, una poesía que se dice que fué la última que compuso, y que aun se afirma que quedó trunca... ¿Sería acaso compuesta después de la muerte del Padre Antonio?... Pónense en ella, una vez más de resalto, la modestia y la humildad de Sor Juana, y el hecho de que bastaba que alguien a ella se dirigiese, para que su necesidad efusiva de unión y correspondencia la llevara a contestar las palabras que a ella fueran dirigidas: como agua que manase apenas caminara hacia ella pasos, así ella acudía al reclamo de toda voz que le hablara, de todo pensamiento que hacia su alma tendiera.

Si ciertamente, como es posible, tal poesía de Sor Juana fué compuesta en los últimos días de su vida, demostraría que, no obstante las externas apariencias — de una radical transformación de su ser, — había seguido y siguió siendo el alma misma, — de estrella fulgente, y de música — que siempre había sido, y que lo fué hasta el fin, aunque las estrofas que al fin compusiera, en acto de agradecimiento hacia los que de ella se acordaban, no alcanzaran, quizás, permiso para alejarse de ella, ni tuvieran ya fuerzas para salir de su celda, y volar a su destino.

No volaron, en efecto, lejos de ahí, esas estrofas, sino cuando, convertida la celda de Sor Juana Inés en celda mortuoria, por la abierta ventana se escaparon, libres al fin, después de su muerte, y hasta después de su muerte, conocidas:

“¿Cuándo, nùmenes divinos”,

preguntaba en ellas, con su habitual, y en ella natural exaltación efusiva,

“*dulcísimos cisnes, cuándo
merecieron mis descuidos
ocupar vuestros cuidados?
¿De dónde a mí tanto elogio?
¿De dónde a mí encomio tanto?*”

*¿Tanto pudo la distancia
añadir a mi retrato?*

¿De qué estatura me hacéis?

*¿Qué coloso habéis labrado
que desconoce la altura
del original; lo bajo”?*

*“¡No soy yo la que pensáis!
Sino que allá me habéis dado
otro ser, en vuestras plumas
y otro aliento en vuestros labios,
y, diversa de mí misma,
entre vuestras plumas, ando,
no como soy, sino como
quisisteis imaginarlo.*

*A regiros por informes,
no me hiciera asombro tanto;
que ya sé cuánto el afecto
sabe agrandar los tamaños;
pero si de mis borrones
visteis los humildes rasgos,
que, del tiempo más perdido,
fueron ocios descuidados,
¿qué os pudo mover, a aquellos
mal merecidos aplausos?
¿Así puede a la verdad
arrastrar lo cortesano?*

*A una ignorante mujer
cuyo estudio no ha pasado
de ratos, a la precisa
ocupación, mal hurtados;
a un casi rústico aborto
de unos estériles campos,
que el nacer en ellos yo
los hace más agostados;
a una educación inculta,
en cuya infancia, ocuparon
las mismas cogitaciones
el oficio de los ayo,
¿se dirigen los elogios
de los ingenios más claros,
que en púlpitos y en escuelas
el mundo venera, sabios?”*

Y tornando a dilatar, como siempre, su vista, más allá de ella misma, y dirigiéndola, como siempre, al Cielo y a la Tierra, y a los indios de su país, y a cuantos se le ocurría que pudieran referirse unos a otros y entrar de algún modo en sociedad unos con otros — siempre con su pensamiento amante uniéndolo todo, siempre con su filosófica visión de cuanto existe, todo armonizándolo, — y sorprendiéndose siempre de que alguno pensara en ella, y sobre todo de

que en ella pensarán los ingenios más claros que las gentes como sabios veneran en las escuelas y en los púlpitos, y viviendo siempre como si estuviese suspendida en medio de un perpetuo encantamiento, proseguía:

*“¿Cuál fué la ascendente estrella,
que, dominando los astros,
a mí os ha inclinado, haciendo
lo violento, voluntario?”*

*¿Qué mágicas infusiones,
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?”*

No por mí, pensaba ella, siempre humilde, sino por ajena causa producido.

*“¿Qué proporción de distancia,
el sonido modulando
de mis hechos, hacer hizo
cónsono lo destemplado?
¿Que siniestras,”*

— es decir, qué desviadas, qué torcidas, qué inesperadas, qué raras, —

*“perspectivas
dieron aparente ornato
al cuerpo, compuesto sólo
de unos mal distintos trazos?”*

Después de lo cual — espíritu *de renovación incesante*, que diría ahora Santiago Chevalier, — y por lo mismo espíritu de *artista*, espíritu que no abdica jamás — *ágil y vivo*, — epítetos son también felizmente hallados por Chevalier — espíritu que se pone en contacto con puntos inesperados del horizonte, aunque se instale en su centro y que, — por llegar siempre al fondo del horizonte, o más allá, y estar, empero, en el centro, — es espíritu de poeta y espíritu de filósofo; espíritu que sin cesar tiene intuiciones de Infinito — venidas de todos los cuatro vientos, e idas a todos los cuatro, y que por eso es espíritu de verdadero misticismo, y por eso está en estado habitual, no accidental, de Gracia, — combínase en su mente la idea de fenómenos físicos, — que ella había visto mejor que en los libros, en la naturaleza; — combínase con su humildad y su agradecimiento, a la par que con su dulce cortesanía, — forma ella misma de su ce-

remonioso y sutil amor por cuanto existe, — y todo junto la hace decir:

*“Vergüenza me ocasionáis
con haberme celebrado,
porque sacan vuestras luces
mis faltas, más a lo claro:
cuando penetrar el sol
intenta, cuerpos opacos,
el que piensa beneficio
suele resultar agravio,
porque, densos y groseros,
resistiendo, en lo apretado
de sus tortuosos poros,
la intermisión de los rayos,
y admitiendo solamente
el superficial contacto,
sólo de ocasionar sombras
les sirve lo iluminado.*

*Bien así a la luz de vuestros
panegiricos gallardos,
de mis oscuros borrones
quedan, los disformes rasgos:
honoríficos sepulcros
de cadáveres helados,
a mis conceptos sin alma
son, vuestros encomios altos.”*

Y reduciendo aun más, si cabe, el concepto de sí misma, y ampliando el de sus panegiristas, agregaba:

*“Todo lo que se recibe,
no se mensura, al tamaño
que en sí tiene, sino al modo
que es del recipiente el vaso:*

*Vosotros me concebisteis
a vuestro modo, y no extraño
lo grande; que esos conceptos
por fuerza han de hacer milagros.*

*La imagen de vuestra idea
es la que habéis alabado,
y siendo vuestra, es bien digna
de vuestros mismos aplausos.*

*Celebrad ese, de vuestra
propia aprensión, simulacro,
para que en vosotros mismos
se vuelva a quedar el lauro,
si no es que el sexo ha podido
o ha querido hacer, por raro,
que el lugar de lo perfecto
obtenga lo extraordinario;
mas a esto, sólo por premio
era bastante el agrado,*

*sin desperdiciar conmigo
elogios tan empeñados."*

...Pero ¿qué son estos versos, más allá de la donosa humildad de Sor Juana, sino otra prueba de su equilibrio moral? Imaginársela abatida, deprimida, aniquilada por la que hubiera de suponerse extinción de su ánimo, y en vez de esto, vedla otra vez, y siempre, lozana, como en sus mejores días; creeríase, quizás, que una inmensa amargura hubiese venido a formar el sedimento oscuro de la corriente de su alma; mas ¿dónde tal cosa?

Nada hay en su raudal diáfano que no ilumine la luz; nada que en él no cante; y no con orgullo, no con gloria vana, sino como cantan las humildes, y gozosas, y claras linfas de la selva, sobre las que pasea su larga mirada azul, la pupila azul del cielo: no sienten ellas que las guijas del fondo las despedacen, ni que las muerdan espinos arrojados a su corriente: vestidas de luz, pasan cantando, y si alguien, al mirarlas, les dice requiebros, sonríen un poco, rien un poco; retórnalos, convertidos en cantares, y siguen su viaje.

¿No es verdad que ella, la amante de la sabiduría, la amante de la poesía, la amante de la naturaleza, la amante de la vida, la enamorada de Dios, la que sabía bien que El es la Sabiduría, que El es la Poesía, y que es la Vida — porque es el Amor, que es vida, poesía y sabiduría; — la que exhalaba en cantos su propio amor, con hondas, generosas y luminosas palabras — aladas, rutilantes e insinuantes, — y que parecía — absurda paradoja, — haber tenido que enmudecer en el término de su vida, para comprobar, con esto mismo, su rendido anhelo de no contrariar a nadie, porque a todos amaba, volviendo así su mudo amor, por ser mudo amor, elocuente amor, que aunque viajero siempre, de puntitas a la postre viajaba, — para que a nadie contrariaran sus pasos, por la enmarañada selva avanzando, — ¿no es verdad que en sus últimos versos, cuando parece que sólo a sus admiradores se dirige, canta aún en vísperas ya de morir, canta al Sol, que penetra bondadoso al través de los poros opacos, y canta a la par, a los poros opacos, que en gratitud, siquiera superficialmente — ya que más no pueden hacer, — se iluminan, y que así, transfigurados con una luz de oro, transfiguran también a quienes a ellos dirigen sus miradas?

¿No es verdad que haciéndolo así, desató ella su armonio-

sa lengua, para que viniera a hablarnos desde más allá de su muerte, con palabras, como todas las tuyas, de vida?

¿No es cierto que con todo esto Sor Juana — la prisionera, — demuestra que su alma siguió libre siempre, y siempre en relación con todo, y con todo armónica? Muda, para con quienes quisieron que muda fuera; locuaz y comunicativa para quienes así la amaban, y que viéndola y encontrándola así, sentían así crecer e iluminarse su vida. Fortaleciente y reconfortante, — ella cuya salud se escapaba, como la preciada esencia de una ánfora que jamás pudo cerrarse, — fortaleciente y reconfortante para con los pobres, los enfermos y los moribundos, y para cuantos tenemos hambre de patria unida, e inextinguible sed de unión y concordia.

* * *

Las intransigencias pueden vencer, imponiendo externamente a otros el tipo de vida que quieran imponerles. Las voluntades imperiosas que se empeñan en hacer que lo que ellas creen que es el bien de los demás se realice por estos, en la forma misma en que lo imaginan los que tratan de lograrlo así, y que así se olvidan de que la ley fundamental del mundo es la del mutuo respeto y de la recíproca consideración de todos, no como instrumento de ajenos propósitos sino como personalidades libres, logran a menudo plegar a su dura voluntad a otros, sin darse cuenta de que cada cual tiene sus necesidades psíquicas, sociales y aun físicas, que lo hacen ser solo y único, y que tanto valen en la balanza de la libertad los ricos, como los pobres, los viejos, como los jóvenes y los niños, las mujeres como los hombres, sin más limitación que la que consiste en que ellos también no infrinjan la libertad igual de todos. Logran no obstante amoldarlos, con o sin resistencia, los imperiosos, al patrón ideal que se forjan. A las veces quiébranse vencidos, ora de súbito, ora lentamente, los cuerpos de quienes la presión sufren. Las almas, en cambio, escapan siempre a la ruda acción de los dominadores. Hácenlo unas, en un empuje de bravía rebelión, indómita y fiera. Otras, sutilmente libres, y en apariencia domeñadas, libres son, más y más, en la esencia de ellas mismas, sin alarde. Rara, rarísima vez libértanse como Sor Juana, sin el más leve movimiento de ira, sin el más tenue reproche, transfiguradas por su inagotable amor a todos, que las hace salvar las puertas mismas de la muerte, convirtiéndolas en puertas de una nueva vida.

Conclusión y Síntesis

XXXVII. — Conclusión y Síntesis

1) LAS "BIENAVENTURANZAS" Y SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

El Equilibrio Moral, la obra perdida de Sor Juana, sus direcciones prácticas morales en la segura probabilidad de las acciones humanas, y las ideas, y los sentimientos y propósitos que esto entrañaba... todo prevaleció, aun en el sacrificio último de Sor Juana: en su sublime abstención final de la vida aparente; en aquel aparente no apurar ya la copa de su existencia, porque aparentemente no la ofreciera ya a todos, para que todos con ella la apuraran; en su no brindar el desbordante cáliz de su vida, sino cuando sus manos, débiles y exangües, que parecían iluminar claridades misteriosas, lo ofrecieron por la vez última, con consuelos y ternuras, a sus desfallecidas hermanas, en el trance angustioso de su enfermedad postrera.

Y he aquí entonces el renovado prodigio: como Jesús decía en el Sermón de la Montaña (San Mateo, Capítulo V, versículos 5.º y 9.º), "*Bienaventurados los humildes, porque ellos poseerán la Tierra; Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios;*" Sor Juana fué humilde, y desprendiéndose de todo, ha venido a poseer el amor de todos; Sor Juana fué amante de la paz, y por amor a la paz sacrificó cuanto tuvo, hasta su maravilloso don de hacer poesía, — y ha venido a poder ser llamada verdadera hija de Dios, y hermana de todos los hijos de Dios.

...*Bienaventurados*, dijo también Jesús en la montaña (San Mateo, Capítulo V, versículo III), *Bienaventurados, los que, queriendo tanto al espíritu que jamás creen tener bastante de él, se sienten, por lo mismo, pobres de espíritu, y, por lo mismo, lo admiran todo, desprendidos de sí mismos, sin envidia ni mala voluntad, antes bien con júbilo y con amor para todo — porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

Desprendida gozosamente de sí misma Sor Juana, y sintiéndose pobre de espíritu — a la manera misma con que el que más sabe, sabe que nada sabe — sintiéndose así, — porque con su inacabable amor al Espíritu, más pequeña se veía siempre, más insignificante, más pobre de El, — más y más lo admiró y lo amó: en sí mismo, y en sus similitudes e imágenes; en los hombres todos, y en la Creación, con lo cual a todos pudo entregar su vida: en particular y materialmente — hasta el último aliento y la postrera mirada, — a sus hermanas; y en general y espiritualmente, más y más, a todos nosotros; viva ella misma para siempre, en la comunión de las almas, para cuantos acaban por comprenderla, y que, por eso mismo, verdaderamente llegan a amarla.

2) REPRESIONES Y SUBLIMACIONES. EL TRIUNFO DEL AMOR Y DE LA BONDAD.

Dice Alejandro Hérzberg en su *Psicología de los Filósofos*, que la naturaleza propia de estos — así como la de los poetas y la de los músicos, — consiste en que tienen fuertes impulsos naturales, contrabalanceados por inhibiciones tan intensas, que casi atrofian sus aptitudes para la vida práctica, y que los impelen, ya a coordinar soberanamente sus conceptos en construcciones filosóficas, ya a proyectarlos, con apasionada expresión, en creaciones artísticas. Aquellas y estas serían, por tanto, para ellos, resultado de la imposición que sobre sí propios, ellos mismos ejercieran y que, anudándolos por encima también de ellos mismos, concentrara su sabia psíquica, y la provocara a sublimarse y a esplender luego en sus obras; fruto éstas, singular y óptimo, de una especie de *complejo* sumergido, sólo inconsciente, en parte.

Asevera, por lo contrario, la sabiduría de todo el mundo, que filósofos, poetas y músicos no lo son porque comprimida violentamente su vitalidad, ésta se transfigure en el seno de ellos mismos, y se escape, convertida en sublimes creaciones, sino porque, natural y armoniosamente, las predominantes virtudes que ellos tienen preponderan y crecen, con análogo poder al que una potente encina ostenta, cuando sube a lo alto y extiende en el aire sus fuertes brazos, cargados de promesas y de vida.

Si la represión que uno mismo se imponga con resuelta violencia, produce alguna vez los maravillosos frutos que Alejandro Hérzberg le atribuye, más frecuente es, empero — y ésta es quizás su consecuencia normal e inevitable, — que no tales efectos determine, sino crueles y extrañas enfermedades mentales. La defensa mejor que contra ellas tiene el hombre, consiste en que desahogue lo demasiado lleno de su corazón, al comunicarse con sus semejantes.

Con religioso sentido puede decirse por tanto, que para algo se ha dado al hombre el divino don del lenguaje, y que éste le es tan necesario, que cuando para darse a entender, ya no puede el hombre servirse de palabras, se sirve de ademanes; y que cuando ya ni ademanes tiene, de miradas se sirve y de sonrisas.

Hostilizada Sor Juana toda su vida, porque, causando extrañeza en torno suyo su soberana habilidad para expresarse, volvíanse contra ella, para reprimirla, todos — como a menudo la gente se vuelve contra lo que es insólito y alado: contra el ave, que abaten la piedra, el dardo y la bala; contra la mariposa, que bajo el sombrero del niño encuentra su tumba, — debió su salud mental, y con ella su equilibrio moral. a que, a pesar de todas las reconvenciones y de todas las advertencias, derramó siempre — y por largos años con pródiga liberalidad, a izquierda y a derecha, — la riqueza de su espíritu, como fecundo manantial que fluye pródigo, y que jamás se clausura.

Ninguna prueba soportó más difícil, que la de ser condenada por ella misma a la vigilancia perpetua de todas sus palabras y de sus ademanes todos; ningún sacrificio mayor que el que ella misma se impuso, y con el que calmó los enojos suscitados en su contra, y, reduciéndose ella misma al aislamiento y a la lejanía, evitó que nadie por su culpa se contrariase.

¡Heroica prueba! De fortaleza increíble, que dejó no obstante indemne su salud mental, aunque minara sus fuerzas naturales, y la encaminara a la muerte de su cuerpo, en medio de cuya lamentable ruina salvó ella el prodigio de su equilibrio moral.

Si tal maravilla logró, fué, sin duda, porque, aunque, como dice su biógrafo, el Padre Diego Calleja, “no dejó en su celda más de sólo tres libritos de devoción, y muchos cilicios y disciplinas,” y “entró en campo consigo”, — hasta llegar a “la victoria continua”, que consistió en conseguir

“de sí, no querer entre sus hermanas religiosas parecer muy espiritual en nada, procurándolo ser en todo” — “se esforzaba”, — cuando su rostro mismo y sus fuerzas materiales descaecían — en *bañar su rostro*, — son las palabras mismas de Calleja — “de su agrado antiguo y dulcísima labia”; — es decir, sin duda, en volverlo expresivo, comunicativo, dulce y afable, — y fué así, hasta el instante postrero de su muerte, la misma alma efusiva que había sido siempre; la misma alma de amor y alegría, de canto y música, aun cuando sobre ella, como sobre un pájaro, la sombra de una mano, ansiosa de rehacer y cambiar su espiritual contextura, hubiera estado yendo y viniendo, toda la vida...

¿Se ha reflexionado nunca bastante, en que si la bondad vale más que el valor y más que la inteligencia; más que el carácter y que la voluntad; más que nada en el mundo, es a causa de que la bondad es, por excelencia, la cualidad divina? La esencia misma de Dios, como Sor Juana decía en las admirables reflexiones que complementan su estudio crítico del Sermón del Padre Vieyra, consiste en que “*es infinita bondad*”, “y, como tal, *es de su propia naturaleza, comunicable*”; que “*ser liberal*”, “*es propia condición suya*”; que su cualidad soberana es “*su inmensa liberalidad*”, infinita y eterna; que da, en efecto, y da, y da, y da, ¡siempre, siempre, siempre!

Ser, en su condición humana, asimismo de bondad nativa, ser, en esa humana condición, comunicable, Sor Juana Inés de la Cruz conservó en ella siempre su bondad y su comunicabilidad, que de todo triunfaron y todo lo vencieron, por más que de todo se desprendiera, hasta de su salud misma. Al través de su miseria física, en su cuerpo agotado, la bondad, como en su cárcel de tierra, invencible diamante, siguió por dentro alumbrándola siempre, hasta que, por su misma bondad, acudió primero, presurosa, a sus hermanas moribundas, y en seguida, contagiado su cuerpo por ellas, por ellas libertada de la vida corpórea, destello alado, voló al Cielo.

3) SOR JUANA INES DE LA CRUZ,
CONJUNCION DE LA EDAD MEDIA,
EL RENACIMIENTO, LA REFORMA
Y LOS TIEMPOS MODERNOS.

¡Portentoso triunfo! He aquí una vida aparente que sólo cuenta poco más de 43 años en un cuerpo débil y frágil; he aquí, en un siglo oscuro, en una tierra de conquista, un alma no comprendida, entre hombres ásperos y violentos, o frívolos o nulos, o, sólo a medias, buenos, que iban realizando — sin saber a derechas, como lo hacían, — la misión de acercar unos a otros a los hombres, y que no acertaron, ninguno de ellos, a llegar al mundo espiritual, claro y luminoso en que Sor Juana vivía.

He aquí una obra como la de ella, impresa sin orden ni concierto, y juzgada de tan obtuso y desconcertante modo, durante siglos, por príncipes de la crítica, que bien se ve, en cuanto de ella dijeron y escribieron, que no llegaron nunca hasta el fondo del corazón y de la mente de su autora. He aquí una ciencia, la de Sor Juana, que apenas es la vieja ciencia de Tolomeo... Y no obstante todo — ¿no se da uno cuenta de que esa vida, que aparentemente sólo duró 43 años, y esa obra, que nadie ha comprendido bien, avanzan, gloriosas, al través de los siglos? ¿No se siente, cuando al espíritu de Sor Juana se llega, que palabras suyas y reflexiones de esas palabras nacidas, conmueven hasta lo más recóndito, y que abren perspectivas hondas, hasta una ciencia más vasta que la que las comunes ambiciones sueñan, y una verdad más luminosa que la que parece generalmente, iluminar a los hombres? ¿No es cierto que, reviviendo sus versos, se oye de repente, el zumbar de las abejas de oro de la patria, libando juntas la miel de la armonía? ¿No es verdad que ella, la dulce y entusiasta enamorada, nos acerca de súbito a Dios?

¿Por qué todo esto? ¿No era en algún modo Sor Juana un alma de la Edad Media, y aun de más allá de la Edad Media, de más atrás? ¿No había venido al mundo apenas 131 años después de aquel en el que crueles soldados indios mataban a desventuradas mujeres inermes, y rudos soldados españoles se llevaban a infelices indias de Yacapixtla — de las comarcas mismas donde nació ella, — para marcar como esclavas a las desdichadas víctimas y venderlas en los mer-

cados públicos? ¿No se importaban aún, en el tiempo mismo de Sor Juana Inés, del Africa a la Nueva España, negros esclavos? ¿No estaban en el alma de Sor Juana todas las ciencias y toda la poesía de su tiempo centradas y sistematizadas geocéntricamente? ¿Cómo entonces Sor Juana Inés produce en hombres del siglo xx el efecto que produce?

Es que aun cuando en un sentido fuese, en efecto, la suya, un alma medieval, de un tiempo medieval, en el que, si no ya su cuerpo misma, — como un siglo atrás el de las indias de Yacapixtla — si su alma, hubo quienes quisieran hacer esclava, en otro sentido era un alma del Renacimiento y aun de la Reforma, como lo fueron la de San Francisco de Asís y la de Giotto.

Un alma del Renacimiento, desde luego en el sentido que dan a este vocablo los historiadores modernos; que el Renacimiento es para ellos “un estado mental; una impaciencia del espíritu humano por explorar lo desconocido”, y así la tuvo Sor Juana, su vida entera; que por eso estuvo siempre de viaje, al través de sus estudios y lecturas, ora en sus libros, ora, como ella decía, “en todas las cosas que Dios crió”.

Mejor fué ella, empero, un alma del Renacimiento, en el sentido que a esta voz adscribe, con clarividente perspicacia, Conrado Búrdach, cuando declara que, al finalizar la Edad Media, el más genuino y primordial Renacimiento fué, en su esencia íntima y profunda, un movimiento del alma originado en la representación interior de las palabras de Jesús a Nicodemo; — las que cita Juan en los versículos III, V y VI del capítulo IV de su Evangelio, en estos términos: “En verdad, en verdad te digo: si no se nace de ”agua” — traduzcamos, de pureza y de humildad, — “y de ”Espíritu, no se puede entrar en el reino de Dios. Lo que ”ha nacido de la carne es carne; pero lo que nace del Es-”píritu es espíritu”.

El verdadero Renacimiento consiste, en efecto, en sentir la honda verdad de estas maravillosas palabras, y en *renacer* luego, de conformidad con ellas. De ellas se deriva también la *verdadera Reforma*, que no es sólo, como piensan algunos de los más grandes historiadores modernos, “la afirmación de la individualidad y el desarrollo del nacionalismo” — de este “producto de la libertad individual, concebida en grande”, — los cuales también se desarrollaron en Sor Juana; individual y única en todas sus obras; soberanamente li-

bre en la esencia misma de su ser, al través de toda su vida, y nacionalista en el más noble sentido de este vocablo. La verdadera Reforma es, en efecto, más todavía: superándose a sí propia, y yendo siempre más allá, es un Renacimiento perenne, que conduce al más alto y puro *humanismo*, es decir, como lo piensa Búrdach, a *la intuición del hombre y de la vida*, a la intuición de los hombres como Jesús los consideraba: *iguales todos*, por ser *todos* hijos de Dios: no nada más los de la pequeña patria terrestre de Jesús, la Judea, sino los de todo el Mundo; que El mismo lo decía en el versículo XVI del capítulo X del Evangelio de San Juan: “Yo tengo también otras ovejas que no son de este aprisco”. “Esas igualmente se necesita que yo dirija; y escucharán mi voz; y haré de todas un sólo rebaño; con un pastor único;” no ya estrechamente nacionalista, sino super nacionalista; mundial.

Sor Juana, igualmente en este altísimo sentido del vocablo, fué encarnación de la Reforma: sin cesar nació de nuevo, por la pureza, la humildad y el espíritu; sin cesar se reformó a sí propia: con la intuición divina de la igualdad de todos los hombres — de los más humildes y los más ignorantes, como también de los más sabios y poderosos; — hijos todos, decía ella, de Dios, y hermanos de Jesucristo... Y renaciendo del Espíritu, se volvió espíritu. Por eso vió el reino de Dios. Por eso ha entrado en el reino de Dios.

...Y como nació en México, y como aquí juntó en su alma a indios y a negros; a españoles y mestizos; a presbíteros poetas y a presbíteros sabios; a gentes de la Universidad y a virreyes; a arzobispos y a monjas; a confesores que no pensaban como ella — pero que, a pesar de eso, labraban a su modo la negra y fecunda tierra de la patria, para hacerla producir cosechas mejores, — y juntándolos a todos, los hermanó a la humanidad entera — pasada, presente y futura, — y a todos los levantó al Cielo — aun al criminal oscuro, al *Tapado*, para quien pedía gracia, — por eso es Sor Juana Inés de la Cruz la encarnación mejor del verdadero Renacimiento y de la verdadera Reforma en México de un México nuevo más unido y más consciente; más espiritualmente organizado; no dividido en grupos antagónicos, sino todo junto, en el corazón de ella; por eso ella vive hoy en nosotros en este siglo xx, y aun mejor que hoy, vivirá en lo futuro; en algún modo hermanada con San Francisco de Asís y con Giotto.

Ni Giotto, ni San Francisco de Asís, ni Sor Juana Inés de la Cruz serán sin embargo, entendidos, hoy, o mañana, o nunca, por quienes no renazcan también del Espíritu; por quienes no se reformen, perennemente, en el Espíritu.

4) LOS TRES CAMINOS Y LA CUMBRE

Piensa Juan S. Mackenzie, ahondando pensamientos de Aristóteles, que el bien no consiste en el desplegamiento puramente subjetivo “del yo” — ni, por tanto, en la aislada perfección interior del mismo, — que de esta suerte no puede alcanzarse — sino “en llenarlo, cada vez más, de realidad”, a fuerza de relacionarlo objetivamente con su mundo, lo cual no puede lograrse sino mediante armoniosas relaciones sociales, cuyo fruto, en la conciencia, a la par subjetiva y objetiva de cada uno, consiste en que su propio bien se realice en común con el de los demás.

Claro es que para realizar esto, cada uno necesita llegar a entender la más interna verdad *del mundo* que en su interior existe, y descubrir que el verdadero mundo no es nada más el de él, porque *no hay un mundo verdadero, que sea distinto y separado para cada cual, sino un mundo solo*, en el que todos convivimos; un mundo que es emanación de la Bondad Infinita, y al que nadie, empero, puede entrar, si no es por su propia y libre voluntad, y del que, naturalmente, queda excluido, si no entra en él, voluntaria y conscientemente, en armoniosa relación con todos.

Para entenderlo así, y dar, en consecuencia, positiva realidad al yo, y lograr que, puesto en comunión con todo y con El Todo, no se convierta en vana sombra efímera, precisa salir de la cárcel del propio aislamiento, en la que, si así no lo hace uno, se queda encerrado y muere. Dos medios hay para conseguirlo: uno es aquel por el que, pensando en primer lugar en uno mismo y atento sobre todo a la personal salvación, aunque se piense también en los demás, y se vaya en su socorro y servicio, se piensa en ellos en segundo lugar, y así se les sirve, imaginándose siempre que lo único verdaderamente importante es la propia perfección y la personal salvación. Camínase entonces rumbo a la Libertad y a la Luz, en cierto modo a tientas, y sin mirarlas; paso a paso, subiendo, peldaño por peldaño, la escalera de los intentos reiterados; venciendo, a fuerza

de heroicos esfuerzos y de combates interiores, quizás titánicos, las inclinaciones de orden inferior y los movimientos pasionales, e ingenuamente creyendo que este es el único camino seguro para salir al fin de la prisión; sin darse cuenta de que, absorba el alma en cada paso de la salida, al cabo los pasos mismos y las mismas piedras del camino, que son casi lo único que por fin se ve, impiden por eso mismo ver el fin anhelado, porque éste se olvida, a fuerza de preocuparse por los medios que se creen eficaces para llegar a él, y deja, al cabo, de entenderse que, como Aristóteles lo dijo, y lo recuerdan quienes como él lo advierten, al Bien no se llega sino poniéndose en relación con el Bien mismo y con cuanto del Bien emana; no empeñándose en lograr la imposible perfección del yo, por el yo mismo, de todos aislado y separado.

El otro medio gracias al que es dable salir de la cárcel en que, aislado e inerte, uno se muere, consiste en volar desde luego, sin pensar en uno mismo, a todo y al Todo, arrebatada el alma intuitivamente por la verdad y la belleza. Pensando en este medio de ir al Bien Sumo, Juan Wolfango Gøthe decía que lo bello es superior a lo bueno, porque incluye lo bueno; pero, como observa Mackenzie, también este segundo medio de que el alma se liberte de su cárcel y alcance Lo Más Alto, tiene su peligro: que encantada y fascinada, se alucine con la primera belleza que vea, aunque apenas un engañoso destello de belleza tenga, y que, detenida por ella, no vuele ya al más alto tipo de belleza, al único que es el Verdadero Bien, y ni siquiera pueda percibirlo.

Sor Juana Inés de la Cruz tuvo naturalmente y desde los primeros momentos de su vida el don soberano de amar la verdad y la belleza; es decir, desde el principio voló a ellas, y pudo ciertamente caer en el grave riesgo de contentarse con la verdad y la belleza fáciles y superficiales que encontró en la Corte de los Virreyes. Enamorada, empero, de la Belleza más alta y de la Verdad más pura y más honda, de la Corte salió para buscar esa Verdad y esa Belleza en la paz del Convento.

Encontró la verdad y la belleza, y con ellas su interna libertad, y a medida que las encontró, las ofreció a todos: —filosófica, en sus sentenciosos conceptos; sonriente, en sus comedias; popular y místicamente, en sus villancicos y en sus autos; a la par mística, filosófica y líricamente en su

Divino Narciso, en las oraciones que dejó escritas y que hizo imprimir, y en su juicio crítico del Padre Vieyra, lo mismo que en su carta a Sor Filotea; y en fin, en suprema y reflexiva síntesis, como educadora, en sus *Direcciones Prácticas*, para ayudar a todos en la conquista del *Equilibrio Moral*.

No pudo entenderla, porque no subió desde luego tan alto como Sor Juana, sino que palmo a palmo fué caminando al través de las ásperas peñas de la penitencia, aunque también volara por la senda florida de la caridad, quien espiritualmente ansiaba el mayor bien de Sor Juana. Porque sabía bien que su propio camino era bueno, e ignoraba que el de Sor Juana era mejor, se empeñó él, en hacer que ella también, como él, ascendiese por el mismo sendero en el que los pies sangran.

Pudo ella sucumbir cuando aceptó seguir la ruta lenta, la de las rocas áridas. Aceptóla, no obstante; es decir, aceptó lo que para ella fué entonces "la disciplina de las relaciones sociales"; cruel disciplina, que le fué impuesta a causa de que en su tiempo, en México, ni la conciencia espiritual colectiva había llegado a la alta cima de espiritualidad que ella sí alcanzó, ni hubo nadie en su torno que espiritualmente la comprendiera, pues aun los que habrían parecido más capaces de comprenderla, no llegaron a más que a exaltarla desatentadamente, y a la vez y siempre a deprimirla; y al exaltarla sólo la exaltaban con retóricos y huecos ditirambos, y aun a veces con ridículos conceptos, y al deprimirla lo hacían así con rudas y ásperas reconvenções, y a menudo con injustas y destempladas advertencias.

Obligada, empero, por su propio aislamiento a reducirse a la disciplina del medio social ambiente en que vivía, púsose así materialmente en comunión con los demás, y así entró en su tiempo, y con las asperezas de su tiempo siguió su ruta; pero como a la vez pasó más allá de su tiempo, y ha llegado hasta nosotros y va por delante de nosotros, por eso está con nosotros y nosotros la seguimos: los que con ella vamos a lo futuro.

En la última parte de su ruta sobre la Tierra, cuando aceptó seguir la senda que el Padre Antonio le señalaba, claro es que sólo su cuerpo seguía esa senda; que más libre que nunca estaba entonces su alma. Libre estuvo siempre, desde el lejano tiempo de su adolescencia; pero cada día en su vuelo interior, más libre ha de haber estado, y más

arriba ha de haber volado; más arriba, más rumbo al Cielo. Libre desde su primera crisis, de la que salió vencedora para entrar al claustro, y para confirmar en él su propia libertad, su libertad espiritual, que habría perdido si se hubiera encadenado, como ella decía, a un "amor bastardo y de contrarios conceptos"; más libre espiritualmente en su juventud y en los años centrales de su existencia, por su propia voluntad encerrada en el claustro; más todavía cuando entendió mejor que antes, a aquellas almas que había entendido antes menos bien, y sació así mejor su sed infatigable de saber.

Llegó así a darse cuenta "del más profundo sentido de las cosas" que los filósofos intentan discernir, y del más profundo también, de las acciones humanas, y se hizo cargo mejor de los distintos niveles por los que los hombres caminan: los que no ven, sino poquísimos, porque, apenas levantándose sobre la Tierra, los más leves obstáculos les atajan la vista; y los que ven más, pero todavía muy poco, porque todos, por fin de cuentas, vemos muy poco.

Advirtió mejor que antes, que hay muchos modos de que las almas suban, no uno sólo: que unas suben, por la escala de la sabiduría, si saben ponerla bien y enderezarla a lo alto; otras, por el vuelo de la poesía; por la verdadera poesía; otras, por la bondad; y se dió cuenta, sin duda mejor que muchos, de aquella "armoniosa relación" de todos "con el Todo" de la que habla Juan S. Mackenzie, y que, como él dice, "produce la completa satisfacción estética".

Con esto su "teoría del universo" — que ya aparece en su "Primer Sueño", donde lo contempla todo junto, y que ya se vislumbra en su poema a la Condesa de Galve, en el que declara que

*"no es otra cosa lo hermoso,
que una proporción que ordena
las cosas, unas con otras",*

pero que en ninguna parte esplende mejor que en las oraciones líricas de su novena, en las que se ve cómo esa misma teoría, que era su verdad, la hace postrarse de admiración ante la luz y el agua, los peces y las aves, los siete cielos y los astros errantes, las estrellas fijas y el cielo inmóvil, y volar hasta la Virgen y hasta Dios — su teoría del Universo, que da alas también a su amor a todos los hom-

bres, y que la lleva a llamarlos, para que sin desmayar, aun cuando sus debilidades los hagan caer — juntos suban hasta la Sabiduría Inefable, — se afirmó, haciéndola más conocedora de las fragilidades de todos y de ella misma; más compasiva para con todos, y para con todos más tolerante, porque al fin, a todos pudo entender mejor.

De esta suerte sus percepciones, cada vez más claras, de la Belleza, del Bien y de la Verdad, unidas todas en la Suprema Armonía — donde hasta las almas impuras son en algún modo bellas, porque todas, de algún modo, anhelan, con más o menos fuerza, pero anhelan ser bellas, — hizo su alma más hondamente religiosa, y la acercó más a Dios; más aún cuando concluyó su vida, que en todo el curso anterior de ella.

A Dios, en efecto, es posible llegar *por el camino de la sabiduría*; no por el de la abstracta y abstrusa sabiduría, sino por el de la que no es más grande que como uno pueda tenerla, siempre que no la envuelva en prejuicios, ni en negaciones; no por la presuntuosa, ridícula, convencional y falsa sabiduría, sino por la verídica, sincera y humilde; y Sor Juana Inés recorrió ese camino, en cuanto le fué posible, en el México de su tiempo, y caminó por él con ánimo de admirada veneración; sin negación ni orgullo.

A Dios es posible llegar también *por el camino de la poesía y de la belleza*, siempre que sea el de aquella belleza que, como la sabiduría, tenga su perspectiva en lo Infinito, que le atraiga el alma; y Sor Juana siguió igualmente, para llegar a Dios, el camino de la poesía.

A Dios se va asimismo, *se va, sobre todo, por el camino del amor*, y de la incesante comunicabilidad del amor: a la creación toda, y, en particular, a los que más necesitan amor: a los que no saben, y a los que están enfermos: a los que no saben, que son como seres que no han nacido del todo; que no han venido a la vida más que a medias; a los enfermos, que aunque hayan podido andar espiritualmente y hayan andado, se quedan después paralizados por las enfermedades del cuerpo o las del alma, y Sor Juana siguió igualmente ese camino, el mejor de los caminos. Lo siguió y lo sigue todavía, porque su prodigioso don de comunicabilidad del amor, hace que viva siempre enseñando a los que no lo saben, cuál es el sendero de la verdadera vida: enseñándonoslo, con sus oraciones líricas, con sus villancicos, con su juicio crítico del *Sermón del Mandato*; aun con

su tratado perdido de "El Equilibrio Moral" y con su ejemplo mismo de dulzura; con su incesante labor de maestra sin escuela, que hasta hoy sigue siendo *nuestra maestra*, y con su abnegación por los enfermos, por los tullidos y los moribundos. Este camino último, seguido por ella cuando acompañó, en medio de una peste pavorosa, a sus hermanas agonizantes, y les sirvió, hasta morir con ellas, era camino que también había recorrido ya, en los demás años de su vida, puesto que su biógrafo, el Padre Calleja, declara que "la caridad era su virtud reina"; pero en tiempo ninguno lo recorrió tan gloriosamente como cuando, siguiéndolo, encontró la muerte.

Los tres caminos: el de la verdad, el de la belleza y el del bien, son caminos de amor; los tres suben las pendientes de la Montaña de la Vida; convergen los tres en su alta cumbre; los tres llevan a lo Infinito; y Sor Juana escaló los tres, hasta la excelsa cima en la que, juntos al fin, son a la par la Sabiduría más honda, clara y cierta; la Poesía más luminosa y vibrante, y la más pura y amorosa Bondad.

Verla subir, como subió, es subir un poco con ella; es dejar abajo, las intolerancias y las malas voluntades; la fealdad, que ridícula y torpemente se disfraza de belleza; la falsa ciencia, embustera y sórdida; es entrever los círculos de luz de la armonía, y sentirse un poco en medio de ellos, en el Océano del Amor Sin Medida... Es comenzar a realizar al cabo, y a realizar de veras, el Primer Sueño que tuvo Sor Juana, y no despertar ya de él sobre la Tierra.

5) EL SIGNIFICADO DE LA VIDA Y DE LA OBRA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ, COMO SINTESIS DE LOS DOS CONCEPTOS CARDINALES DE LA VIDA MEJOR.

La vida conjunta y total, vista en su plenitud toda, de Sor Juana Inés de la Cruz, es una síntesis de los dos más trascendentales conceptos de alta y noble existencia humana, que ha habido en el mundo, el helénico y el cristiano.

Para los mejores representantes del pensamiento helénico, Aristóteles y Platón, el supremo ideal de vida mejor fué, en efecto, como es bien sabido, *la aceptación natural del Mundo*, en tanto cuanto el mundo a sí propio no se despe-

daza, ni a sí mismo se niega; en tanto cuanto lo rige la ley de la armonía y lo gobierna el equilibrio moral, iluminado todo y levantado por la representación del arquetipo divino y del Ideal, y esto mismo fué ciertamente para Sor Juana Inés: *la aceptación natural del Mundo*, con todas sus bellezas; que todo — como obra de Dios, pensaba ella, — y así evidentemente lo pensó hasta el fin, todo es admirable.

Así fué para ella, porque su alma se redimió a sí propia, siempre; es decir, porque renació siempre. La redención, en efecto, no es sólo, como pensaba Gualterio Ráthenau el nacimiento del alma; es su perenne renacimiento. En ese sentido era verdad lo que los poetas decían a Sor Juana, aunque se lo dijeran sin entender lo que le decían: ella era, en efecto, análoga espiritualmente al fabuloso fénix. Renació, de sí misma, sin cesar, porque tuvo en grado sumo *las tres supremas potencias del alma* de las que hablaba con tanto tino Ráthenau: *la imaginación*, por la que, como él decía, el alma comprende al mundo; *el amor*, que, unido a la imaginación, como él también lo declaraba — ¡y qué bien lo declaraba! — que para este fin no basta la sólo imaginación, — permite comprender a las criaturas de Dios; *y la imaginación, y el amor y el sentimiento de la nada ante Dios*, que, los tres juntos, llevan a la comprensión de Dios.

La aceptación de cuanto en el mundo existe, aun de lo vil, lo mezquino, lo odioso, lo criminal, naturalmente es mala; la aceptación de cuanto hay en el mundo de superficial y necio, naturalmente es reprobable; la aceptación del mundo sólo es buena, cuando lo que de él se acepta son sus fuerzas vivas, y se aprovechan todas para el Bien.

Por contraposición, para cristianos de espíritu estrecho — por lo mismo, falso, por más respetable que sea, — la virtud capital ha sido la antagónica de la virtud griega; ha sido la de *la renunciación del Mundo*, la renunciación *total y ciega*; y ciertamente es verdad que Sor Juana Inés de la Cruz renunció al mundo, a lo menos desde su ingreso al convento; empero, para fortuna suya y nuestra, no lo hizo así, sino en tanto cuanto la renuncia del mundo le permitió desprenderse de lo que en su mundo era vano y mortal. La renuncia del mundo en todo cuanto el mundo es vano y mortal, permite llevar a su máximo — cuando está dentro de esas justas fronteras y no pasa de ellas, — las admirables energías por las que se afrontan las grandes empresas, las empresas sobrehumanas, libertándose de cuanto arrastre a la

futesa, la inconsistencia y a la superficialidad; bien entendida, y dentro de tales fronteras, la renuncia del mundo entraña aquel fuerte misticismo que como dice Oliveira Martins, dió a España la mirífica sustancia de su ardimiento en el gran siglo de los descubrimientos, las conquistas y la difusión de la fe católica al través de la América.

Para fortuna suya y nuestra, Sor Juana Inés no falseó su misticismo, extremando su renunciación al mundo, hasta hacer que esta degenerara en obediencia total e irracional, ciega y sistemática hacia quien quisiese mandar en su conciencia. No llegó a negar su propia libertad, ahogándola en "*la obediencia absoluta*", que además de ser, como dice Oliveira Martins, una verdadera "escuela de perversión metódica" — la misma que él también advierte que vino a convertirse en una de las principales causas de la decadencia de Portugal y de España, al entrar en *coalescencia* con su antítesis, el individualismo ilimitado, y con las Conquistas, complemento social de aquella obediencia y de ese individualismo, — factores los tres de la más profunda y perniciosa perturbación en la historia del alma y de la nación españolas, — llega a ser, cuando alcanza su máximo, lo que es peor, una forma de suicidio.

Sor Juana Inés estuvo a punto en los años postreros de su vida, de que su extraordinaria sumisión y su renuncia alcanzaran ese grado último en el que se pierde la personalidad misma, víctima de la obediencia total por la que, abdicando de sí propia, el alma se suicida. Sus versos finales, su última disposición y su postrera súplica demuestran, no obstante, así como el hecho de que jamás desautorizó ni retiró su tratado sobre "El Equilibrio Moral", que la esencia de su ser se salvó espiritualmente a sí misma, hasta la hora de su muerte, salvando, con su personalidad, su interna libertad.

El contraste de las dos virtudes, la de la aceptación y la de la renunciación, juntas ambas en la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, constituye, cada vez que en ella no se equilibran armoniosamente, su íntima tragedia; pero tienden incesantemente a armonizarse, y en cada momento de la vida de Sor Juana acaban por armonizarse: renunció ella, en efecto, al Mundo, al retirarse al Convento; mas no renunció a él, al trabajar desde él, para bien del Mundo y realización final de su armonía, aun cuando, por otra parte, quizás nunca se haya dado cabal cuenta, de todo lo que

estaba haciendo, ni menos de que, por el hecho de hacerlo, fructuosamente trabajaba por la formación de la patria futura y la comunión de todas las almas.

Renunció al Mundo, al desprenderse de sus libros y de cuanto tenía, como en idea lo había hecho desde que escribió su San Hermenegildo; pero no renunció jamás a la libertad íntima de su pensamiento, ni al amor de todos los hombres, ni a la comunión con todos ellos, que todos eran sus hermanos: así los europeos que le escribían, y a quienes contestaba tan afectuosa y entusiastamente poco antes de morir, como las pobres pestíferas, en cuyo socorro volaba con amoroso anhelo, y los indios herbolarios de su tierra, que presentes estaban en su pensamiento, sus hermanos también, cuando escribía a sus otros hermanos, los de Europa.

Más afín, se ha dicho, de la religión, que de la ciencia, la literatura, ella y la religión ven a veces con temor y con celo los avances de la ciencia, así como llegan a ver con temor y con celo que un alma que a la religión se quería totalmente destinada, ame la ciencia, de igual modo que se teme que esa alma ame la libertad. Nada de extraño, por lo mismo, que el amor que Sor Juana tuvo a la ciencia — y a la libertad para estudiarla, — y a la más noble libertad — de todos los hombres, — haya suscitado temores y recelos en quienes no vieron ni pudieron ver que para Sor Juana la Sabiduría era el mismo Dios, el Supremo Dispensador de la libertad.

Porque ella lo vió, y lo sintió, y lo entendió así bien, superó a las gentes de su tiempo, y a quienes aun hoy no entienden lo que ella sí entendía; pero si pudo entenderlo, fué porque, en las condiciones en las que su vida tuvo que desarrollarse, realizó el portento de unir y de armonizar en sí propia — y en los límites que aquellas condiciones le imponían, — los dos supremos conceptos de la vida: el helénico y el cristiano, en cuanto era posible en su vida armonizarlos, sin extremar ni desnaturalizar ninguno de los dos, por llevarlo al punto mortal de ruptura de esos límites. Juntar así, gracias al más generoso e inteligente amor, los dos grandes y antitéticos conceptos que el Mundo ha tenido cuando el Mundo ha pensado: el concepto que dice: *Sólo el Mundo vale*; y el que dice: *Sólo vale el Cielo* — positivos ambos; negativos ambos, — y juntarlos con el tino supremo y hasta el límite extremo en que los concibió Sor

Juana, ¿no es hacer en uno mismo la síntesis fecunda y viviente, capaz de armonizarlo todo?...

¿Quién enseñó a Sor Juana a hacerlo así? ¿Quién sino San Jerónimo, hombre de ciencia y de soledad, que acogió al Mundo, al mundo mejor, y renunció al Mundo, al mundo vano, superficial e impuro que aletarga las almas y sólo las deja vivir como si dormidas estuviesen? ¿Quién mejor aún que San Jerónimo, de cuya intransigente dureza ella no participaba, sino San Francisco de Asís, que amaba a todas las criaturas y a todas las consideraba como sus hermanos, y que a la vez se retiraba a la soledad, y forjaba empero, con su Orden Tercera, las bases del nuevo socialismo cristiano, amigo de las familias todas, y hecho para vigorizar y reforzar, en el amor de Cristo, los vínculos de todas las familias y aun de todos los hombres? ¿Quién mejor todavía, que San Francisco de Asís sino el propio Cristo, que renuncia aun a su vida corporal misma — no a su alma, no a su interna libertad — y que se entrega todo, a todo cuanto puede redimirse; en comunión con todo cuanto al bien aspira?

Por haber realizado la síntesis que en su vida Sor Juana realizó — de la más esencial virtud pagana, y de la más alta virtud cristiana, — la del desprendimiento de lo vano e irrisorio, de lo superficial y pernicioso, — es por lo que es más hondamente cristiana y a la vez más totalmente forjadora de la patria futura: acogió en su pensamiento, hasta el mismo pensamiento estrecho de quienes más lejos pudiera pensarse que estaban de ella, caminando por rumbos distintos y empeñados en cruzar las más hondas barrancas de la disciplina y de la penitencia, sólo porque vió que también ellos de algún modo buscaban las cumbres ideales; y así, por su espíritu, abierto como el Cielo, ancho como el Cielo, hondo como el Cielo, al que pueden subir todas las voces y en el que todas pueden reconciliarse, vino a ser Sor Juana Inés de la Cruz, encarnación viviente de la patria ideal — de la patria que concilia y reconcilia a todos sus hijos, — y que hoy y mañana habrá de seguir siendo forjada por su amoroso espíritu.

¿Que mucho de esto no está explícito en las obras de Sor Juana? — acaso todo, lo está; pero si algo hay que sólo se encuentre implícito en ellas, ¿no es deber de un comentador, volver explícito en su comentario lo que en la obra

que comente — poema, pintura, estatua, piedra, vida, — esté implícito?

Siguiendo la senda, ora florida, ora pedregosa, por la que pasaron los pies de Sor Juana; siguiéndola, de la alquería de Nepantla, al convento de San Jerónimo, atento el oído a los ecos de su voz, sientésele viva, siempre; siempre acogedora y siempre amante, y contesta aún a quienes la interrogan, como contestaba, al ir ya a morir, a los que, de allende los mares, le escribían... Y la esencia de sus palabras, el aroma de su alma, siguen diciendo siempre: *no con intransigencias; no con la imposición violenta de medida ninguna, ni de punto de vista ninguno: con bondad recíproca, con la recíproca interpenetración de todas las almas, es como las patrias se forman; es como hay que forjar la patria perdurable.*

6) AL TRAVÉS DE LOS SIGLOS

A) UN ASPECTO

Siglo xvi prehispánico — de tribus contra tribus en este pueblo nuestro: entonces, de sacrificios humanos y de canibalismo; de constantes asaltos de poblados cuyos teocallis vencidos entregábanse a las llamas; cuyos teocallis vencedores chorreaban sangre de vencidos; — siglo xvi hispánico, — de luchas y conquistas; de unión al fin, y de redención, al amparo de la cruz; de altares sin sangre, cubiertos de flores, y por cuyas gradas subía la Esperanza; — siglo xvii, — de ensueños y de anhelos; de poesía que de la celda de Sor Juana Inés se escapaba para decir palabras de amor y de armonía en iglesias, palacios y plazas, al través de un intrincado y oscuro dédalo de incomprensiones, de crueldades, de caridades y de codicias; — siglo xviii, — de meditación y recuerdo, en el que sistemáticamente se compaginaron viejas hojas de la historia de México, y en el que, a pesar de eso, fueron alejándose más y más, ricos y pobres, hasta que al cabo, sordos se hicieron unos para otros; — siglo xix, — de incomprensión completa entre todos los mexicanos, acerca de los dos conceptos opuestos de la vida conjunta; y de luchas de bandos enemigos; y de despedazamiento de México; — albores del siglo xx, de división más honda aún, y de más fiera y rencorosa intransigencia, entretejida con los deleznales hilos de la superficialidad de millones de gentes, y de la inconsciencia de otros millones de ellas, y cruel-

mente avivada por los fuertes, rudos y ásperos tajos de la intolerancia organizada por puñados de gentes a quienes prejuicios y pasiones convierten en esclavos;—unos y otros gobernados casi siempre por individuales intereses, que se encubren bajo sonoros y falaces nombres, y todo iluminado, empero, por el fulgor matinal de la esperanza...

¿Preparan los siglos pretéritos, prepara el actual el renacimiento del alma mexicana? ¿Entraremos todos al cabo en nosotros mismos, y haremos, como Sor Juana Inés de la Cruz hizo de su alma, un alma acogedora que para todos tenga amor, y hacia todas las almas vaya?... ¿Renaceremos?...

¿Haremos al fin, *todos*, la reforma de nuestra vida, y en vez de que cada cual viva sólo para sí mismo, o a lo sumo para un grupo, con el que quiera imponer a otros sus puntos de vista, cooperaremos *todos*, con buena voluntad, tolerando nuestros discrepantes pareceres, respetando y salvando para todos la libertad íntima, levantando conjuntamente nuestra fe a algo más que convencionalismos, y enderezando nuestra actividad unida, a algo mejor que compromisos que subrayemos con sonrisas, y de los que en el fondo del alma nos riamos?

¿Trabajaremos, *en fin*, como Sor Juana Inés de la Cruz, *por la verdadera libertad, que todas las libertades individuales respeta, y por la verdadera cultura, que no reniega de las fuerzas vivas de la historia, sino que, entendiéndolas, viene desde ellas a lo presente, y, con ellas, pero sublimándolas, camina a lo porvenir?...*

B) OTRO ASPECTO

Fichte decía que para que el espíritu humano se aguce y perfeccione — aun para que exista, — necesita ejercitar contra obstáculos materiales su actividad, — su voluntad, que es su misma esencia, — y superarlos. Hégel pensaba que para que el orden moral predomine y esplenda, precisa que luche con el mal y que de él triunfe. Así, del seno del mundo antiguo, cuando este parecía próximo a espirar por falta de ideales, surgió el Cristianismo.

El vasto territorio en el que en los tiempos modernos va constituyéndose progresivamente la nacionalidad mexicana, estaba devorado, antes de la llegada de los blancos, por luchas incesantes de pequeñas patrias enemigas unas de otras que aquí se disputaban, con la violencia más im-

placable, la primacía y aun la supervivencia, y por las religiones sangrientas que pedían víctimas humanas cada vez más numerosas que ofrecer a sus deidades. De esa condición espantosa se llegó a un progreso enorme cuando, por obra de España, se hizo un país único, en el que a la par quedaron proscritas las luchas de los agregados étnicos unos contra otros y la cacería de cautivos destinados a los sacrificios, y así, como lo diría Hégel, fué surgiendo un orden moral más alto, preparado, empero, por la caótica y primitiva lucha del mal y el mal.

La oposición de blancos y de indios, que subrayó cada uno de los episodios de la Conquista y que aun persistió durante toda la época colonial, va siendo no obstante cada vez más, superada, al través de los cuatro siglos últimos, a medida que las razas disímolas, y en parte antagónicas, van operando unas con otras la transfusión de su sangre y de sus ideas, y van formando una nueva raza, la mestiza, cada vez más numerosa, con lo cual prosigue biológica y psicológicamente realizándose, en una maravillosa palingsesia, el advenimiento de un orden moral superior.

La obra más difícil, sin embargo, y más tardía, tenía que ser y es la de conseguir y asegurar la comunión de las almas: las mismas divisiones y las mismas luchas sin cuartel que en México se han perpetuado, a menudo con el mayor encono, van, con todo, enseñando a entender que el triunfo a costa de las ideas y de las vidas de los vencidos, hiere y vence a los vencedores a la par que a los vencidos; que al avanzar en la pelea, los que triunfan suelen llegar al fin de la terrible jornada, trocando por simples anhelos de ventajas egoístas, lo que pareció en algún modo que pudiese ser desinteresados ideales; y de tal espectáculo lamentable, acaba al fin por originarse, entre los mejores, la idea naciente de que para lo futuro—ya que es imposible hacerlo para lo pasado,—precisa que no sigan lanzándose interminables denuestos contra los que estuvieron en los bandos contrarios, sino que se haga para siempre la paz entre los supervivientes, y que con lealtad se tiendan la mano para cooperar en obras conjuntas de reconstrucción.

Las grandes hazañas ya cumplidas: el fin de las luchas étnicas de cada agregado indígena contra todos los otros; la destrucción de las religiones sangrientas; la formación de la nueva raza material y espiritualmente nacida de la blanca y de la india, que así resuelve el que pudiera ser de otro

modo el problema más grave, el problema étnico, permite augurar la solución inminente del problema más difícil: el de lograr, y consolidar, y perpetuar, la comunión de las almas, como en su corazón hubo de lograrlo la gran forjadora de la patria mexicana, la que extendió los brazos para estrechar entre ellos a los mexicanos todos, al propio tiempo que levantaba los ojos a lo alto, para identificarse con la Divina Luz.

C) EL QUE PARA SOR JUANA FUE EL SUPREMO FIN.

No fué sin embargo, para Sor Juana Inés de la Cruz, la más alta cima a la que espiritualmente hubo de llegar, la preparación del advenimiento de la futura patria mexicana. Para ella la más alta fué el desarrollo de su misticismo, y aquí conviene insistir en que de las sendas que al misticismo llevan, la que convenía mejor al tipo espiritual de la admirable poetisa fué la que allá la llevó.

Si a él, en efecto, pretende llegarse, ascendiendo la escala por la que, sobre todo en aquella época, casi todas las almas que al misticismo aspiraban, trataban de llegar, los primeros peldaños en los que el pie se pone suelen ser los del ascetismo, y bien sabido es que hay, si se pone en ellos el pie, grave peligro: el de imaginar, como suele imaginarse, que el ascetismo es meritorio *por sí propio*, y no sencillamente como un “esfuerzo heroico de la voluntad, que a sí misma ella se impone, con el fin de adquirir la energía moral, la fuerza y la firmeza del carácter”. Así —aunque particularmente con relación a la vida interior, y mucho menos con referencia a los ejercicios y a las privaciones materiales”, —entendían los griegos la *ascesis*; así nos lo han recordado Dugas y Lalande. Sor Juana no parece haber practicado nunca el vulgar ascetismo que olvida el fin y en sí mismo busca su fin, y que así ilimitado y ciego, niega y destruye el propio misticismo. Más todavía: no buscó sin duda con su ascetismo el fin egoísta de su personal y aislada perfección.

En la escala que al misticismo conduce, superiores peldaños son los que se ascienden cuando se realiza la renunciación, —ya lo hemos dicho, de cuanto en el mundo es inferior, dañoso y vacuo;—superiores, si esa renunciación no se convierte también ella misma, por una especie de hipnosis

de la voluntad, en su propio fin, sin entender, ni subconscientemente siquiera, que no es, ni puede ser, ni debe ser la renunciación, otra cosa, que un medio para identificarse al cabo con El Infinito, sin distracciones que tal identificación prevengan.

Almas selectas que vuelen como la de Sor Juana Inés de la Cruz, apenas, empero, si necesitan escala ninguna para volar al Infinito, ni casi les es preciso para llegar a El, pasar por el puente de la material renunciación, porque desde temprano vuelan a El, y porque al fin, para las que ese puente pasan y que entienden que no es más que un puente, un camino, un medio, llega a ser semejante puente, inútil y vano, cuando, puestas ya de algún modo íntimo en relación con El Infinito, vuelven la vista a todos sus hermanos, como lo hizo la heroica santa de la libertad, Santa Juana de Arco, al venir al lado de todos, en defensa de la libertad.

La renunciación material que consumó Sor Juana Inés de la Cruz en los últimos años de su vida diríase que no le era ya necesaria para que pudiese identificarse plenamente con El Infinito, porque desde antes de consumarla materialmente, ya la había realizado, como debe realizarse: en espíritu. No lo creyeron así, quizás, las gentes de su época; pero ¿las gentes de su época eran capaces del vuelo espiritual del alma de Sor Juana? ¿Hay nunca, en tiempo ninguno, muchos que tengan las alas fuertes y seguras que llevan, aun durante la vida, al Más Allá? ¿Quién podría ser capaz de juzgarla? ¿No ocurrió en su siglo, como a menudo ocurre, que, por no tener “el sentido de la variedad de las almas, se cayó “en la intolerancia”, y que por la intolerancia se perdió entre unas y otras almas la paz?...

De un modo u otro, aun el ascetismo de Sor Juana, su desprendimiento, su renunciación, y sobre todo, su vuelo a Dios, le dieron aquella maravillosa juventud del alma que los grandes místicos tienen, la que tuvo en grado mayor tal vez que ninguno de los hombres, San Francisco de Asís, que cada una de las veces en que se remontaba a la soledad y en las que después de cada una de sus elevaciones a Dios, volvía a la Tierra, hacía lo con ojos que más virginal y sublimemente sabían contemplar la belleza: en el grano de arena, en el agua, que, como él decía, “es muy útil y humilde, y preciosa, y casta”; en las aves, el mar y las estrellas, nuestros hermanos todos, como el viento y la luna, como el sol,

“y nuestra madre, la tierra, que nos sustenta y gobierna, y que produce frutos diversos, con coloradas flores y con hierbas”; y en el fuego, “que es hermoso y jocundo, y robusto y fuerte.”

Renunciando por breve tiempo a todo, tornaba el poeta de Asis, como tornan los grandes místicos, como por un maravilloso ritmo espiritual, — lo ha advertido excelentemente en Hárvard el profesor Hócking; — tornaba a todo, y con inagotable amor dilataba cada vez más su don soberano de amistad para con todos los hombres. Ese ritmo es también el que explica cómo, de los abismos de su penitencia, volvió Sor Juana a la vida, con aquella lozana y virginal juventud espiritual, que esplende en sus últimos versos, y que mejor que nada revela el maravilloso equilibrio moral de su ser. De tales abismos subía a la Tierra, y al Cielo tornaba después; aquí forjando patria; allá, volviendo a su patria, y de las dos haciendo una sólo, en su vuelo a Dios.

7) ARGUMENTO FINAL

Para dar término a este libro, todo él un intento de volver explícito lo que en la obra de Sor Juana y en la misma Sor Juana estaba implícito (que era lo que más valía, porque, como lo ha observado el Conde Kéyserling, es lo implícito lo que más vale en casi todos los poetas, y porque Sor Juana, sobre todo en los últimos tiempos de su vida se vió forzada a ser casi incesantemente implícita), — nada es mejor que interrogar a lo único que materialmente nos ha quedado de Sor Juana, su retrato, viéndolo larga y atentamente, para que, con la actitud que en él Sor Juana tiene, y con su expresión y los pormenores todos que lo caracterizan, nos revele cuanto sea posible de sus múltiples secretos.

¿Quién no dirá al mirarlo, que no está ella en él, sola, aunque sola ella en él, parezca? Detrás, el panorama de sus libros, y no libros ligeros; ponderosos libros; no al azar revueltos; ordenados todos; no lejos de ella, al alcance de su mano. Libros, es decir, ideas, sentimientos, almas; almas en lo mejor que han sido, en lo mejor que fueron. En medio de ellas, entre los libros, que no son de ahora, ni de ayer, ni de mañana, porque son de la eternidad, ya que de la eternidad son las almas, el reloj, cuyos latidos ella escucha, recuerda a Sor Juana el tiempo, su tiempo; dícele que

son las nueve y media de la mañana, que no llega aún, la hora del mediodía para el mundo en el que ella vive; que no hay aún claridad plena, y se lo dice también la luz de la invisible ventana que ilumina su celda, la luz que resbala sobre el gran libro que a su derecha, abierto, bajo su mano se encuentra; luz de mañana nublada, como los días en los que la esperanza siente que a sus ojos sube un vaho de lágrimas; luz que, no obstante, se esparce en la mano, sobre el libro puesta; y la cara y el cuello castamente besa, y se desliza por sobre el hombro, y el brazo, y la mano izquierda, y se pierde luego en la sombra que en torno a los libros y bajo la mesa, a corta distancia de Sor Juana, se amontona, sólo a ella dejando bañada, por la claridad serena.

No está sola ella, aunque parezca estarlo, porque en torno están, invisibles almas, las almas de sus libros, que le forman una guardia impalpable, y fiel y constante; una impalpable guardia de defensa. No está sola; su propia actitud demuestra que la miran; no nada más el pintor oculto, sino aquella alma que toda su vida se asomó, ansiosa, a contemplarla, y que intentó siempre hacer de ella, alma distinta de lo que ella era.

La blanca mano que se posa sobre el libro..., miradla bien los que conmigo la estéis mirando: es, en su palma y su dorso, mano amorosa de madre; es en sus largos, y afilados y psíquicos dedos, mano de mujer que sueña. La extremidad superior de las hojas levantan sus dedos; y bajo su caricia, aligeradas, siguiéndolos, en suave curva se levantan ellas. No lee ella, no obstante; no; medita, piensa.

¿Cómo imaginar nunca, que pasión ninguna sensual, que el menor extravío haya agitado jamás ese hermoso cuerpo, que todo entero transparente la pureza de un alma más vecina sin duda que de este mundo nuestro, de su patria celeste? Más vecina del Cielo, sí; que cuando su cuerpo se mira, se teme que de pronto en pie se ponga, silencioso y blanco, y se esfume en el aire, y *desparezca*.

Los finos dedos de la mano izquierda, atentos, el rosario recogen, cuyas cuentas, amorosas y juntas, apretadas la cercan, y sobre el hombro, vigilante, extiende la fina cruz sus brazos, que la cuidan, y que amantes la celan.

¿Cómo pudo pensarse jamás que no fuese ella sabiduría siempre, y siempre bondad? Mirad la curva del pálido rostro, de señorial contorno, tan acogedor y tan distante, tan alto y tan del Cielo; mirad la fina barba, los labios, no he-

chos para besar sino para decir versos y hablar de ciencia, y sobre todo para orar. Mirad la delgada nariz; las almendras de los rasgados ojos; la pura y alba frente. Cuánto pensamiento en toda ella; toda, sin duda, pensamiento.

Melancólica, sí; melancólica la expresión. Por fuera tiene un si es, un no es, de desencanto, y una grande dulzura, y velada tristeza; por momentos diríase que en ella se traiciona un valiente y sumiso pavor, como si hubiera visto inexorables actitudes, y no retrocediera al verlas; resignada, mas con la cabeza alta; es a la par, y también por fuera, inquietante misterio y amargura; pero oculta y por dentro, y no obstante, visible, es firmeza, y una extraña y doliente seguridad. Desprendimiento asimismo y lejanía: Allí están los libros, tras ella y junto a ella, prontos a servirla y a acudir; pero ella no está allí; apenas si está allí. Allí está el tintero enfrente, y dos aladas plumas que beben tinta en él, mientras que otras dos esperan; pero ella no está allí, apenas si está allí. Allí está el libro abierto bajo su mano derecha; pero ella no está allí; apenas si está allí.

Más que la luz de la invisible ventana de la celda, el alma le ilumina los brazos y las manos; ilumina su traje blanco, y su pensativo y casi se diría al fin su fatigado semblante; pero ella apenas está allí, porque casi se ha ido ya del todo, y a punto de irse para siempre, está; así el ave, que posados los pies en la rama parece que está allí, apenas si allí está, porque más que allí, está donde sus cantos vuelan; arriba, en la azul inmensidad.

Si a pesar de todo, venciendo los antagonismos que la rodearon, y superior al olvido y a la muerte, triunfa cada día más Sor Juana Inés de la Cruz ¿cómo podría caber duda en nadie, de que sobre todo debe su triunfo a su infinito amor al Ideal, que transformó ella en la Tierra en amor a todos los hombres, y sublimó más allá de la Tierra en su amor a Dios?

Tabla cronológica

- 1651 — El 12 de noviembre a las 11 de la noche, nace en Nepantla, Juana Inés de Asbaje y Ramírez.
- 1653 — Aprende a leer en “la Amiga” de Amecameca, antes de cumplir 3 años de edad.
- 1659 — Compone una “Loa” — antes de cumplir ocho años, — “para una fiesta” — hecha en la Parroquia de Amecameca — “al Santísimo Sacramento”.
- 1659 ó 1660 — Tráenla a vivir sus padres, con un abuelo suyo, a México.
- 1664 — El 15 de octubre, don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, toma posesión del cargo de Virrey de la Nueva España.
- 1664 ó principios de 1665 — Es recibida Juana Inés de Asbaje y Ramírez en el Palacio del Virrey, con el “título de muy querida de la Señora Virreina” (A los 13 años).
- 1665 — El 15 de septiembre. Fallecimiento del Rey Felipe IV.
- 1665 — Compone Juana Inés de Asbaje y Ramírez una poesía alusiva a la muerte de Felipe IV (A los 13 años).
- 1667 — El 14 de agosto. Entra al Convento de San José de Carmelitas descalzas (A los 15 años, 9 meses y dos días).
- 1667 — El 18 de noviembre. Sale del Convento (A los 16 años y 6 días).
- 1667 ? — Soneto a Laura (la Virreina): “En la vida que siempre tuya fué”...
- 1668 — Soneto, en honor del Presbítero Diego de Ribera, por su poema descriptivo escrito en la Dedicación de la Catedral de México, el 22 de Diciembre de 1667.
- 1668 — Examinanla en Palacio.
- 1669 — El 24 de febrero. Hace profesión de fe, con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz, en el Convento de San Jerónimo (A los 17 años, 3 meses 12 días).

- 1673 — Fallecimiento de la Virreina doña Leonor Carreto, Marquesa de Mancera.
- 1673 — Virreinato del Duque de Veragua.
- 1673 a 1680 — Virreinato de Fray Payo Enríquez de Rivera, Arzobispo de México.
- 1676 — Soneto en honor de Fray Payo Enríquez de Rivera, publicado por el Presbítero Diego de Ribera, en su "Defectuoso Epílogo, Diminuto compendio de las heroicas obras... conseguidas en el feliz gobierno del Ilmo... don Payo Enríquez de Rivera".
- 1677 — El 31 de enero, Villancicos en honor de San Pedro Nolasco.
- 1679 — Villancicos cantados en la Catedral de México en la fiesta de la Asunción de la Virgen María.
- 1680 a 1686 — Virreinato de don Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, Marqués de la Laguna, Conde de Paredes.
- 1680 — Dirige el Arco Triunfal erigido por el Cabildo de la Iglesia Metropolitana de México a la entrada del Virrey Conde de Paredes y de su esposa.
- 1680 — Soneto aprobatorio del panegírico escrito en honor del Virrey Conde de Paredes, por don Carlos Si-güenza y Góngora, y publicado por éste, que lo había sometido a la crítica de Sor Juana.
- 1681 — Soneto al Padre Jesuita Eusebio Kino, con ocasión del cometa de 1680.
- 1683 — En el primer cumpleaños del hijo del Virrey, pide el indulto del reo Benavides.
- 1683 — Villancicos cantados en la Catedral de México en los maitines de San Pedro.
- 1683 — Tercer premio, una taza de plata, concedida a un poema que bajo el seudónimo de Felipe de Salayzes y Gutiérrez remitió a un certamen abierto en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, por la Universidad de México; certamen del que fué secretario don Carlos de Sigüenza y Góngora.
- 1685 — Villancicos cantados en la Catedral de México, en la fiesta de la Asunción de la Virgen María.
- 1685 — D. Francisco de Aguiar y Seijas, Arzobispo de México.
- 1686 — Virreinato del Conde de Monclova.
- 1687 — Villancicos cantados en la Catedral de México en la fiesta de la Asunción de la Virgen.
- 1688 a 21 de enero de 1696 — Virreinato del Conde de Galve.

- 1689 — Primera edición del tomo I de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, que sus editores publicaron con el nombre de "Inundación Castálida..." en Madrid.
- 1689 — 8 de diciembre. Villancicos cantados en la Catedral de Puebla, en los maitines de la Purísima Concepción.
- 1689 — 24 de diciembre. Villancicos cantados en la Catedral de Puebla, en los maitines del Nacimiento de Jesucristo.
- 1690 — Segunda edición del tomo I de las obras de Sor Juana; esta vez con el nombre de "Poemas... Madrid — García Infanzón.
- 1690 — Villancicos cantados en la Catedral de Puebla, el 19 de marzo, en los maitines del Señor San José.
- 1690 — El 24 de junio. Letras para la dedicación de la Iglesia de San Bernardo.
- 1690 — Auto Sacramental de "El Divino Narciso".
- 1690 — Juicio Crítico del *Sermón del Mandato*, del Padre Vieyra.
- 1690 — 25 de noviembre. Carta de Sor Filotea de la Cruz a Sor Juana Inés de la Cruz.
- 1691 — 1.º de marzo. Contestación de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea de la Cruz.
- 1691 — Primera edición del II tomo de sus obras (Sevilla).
- 1691 — Tercera edición del tomo I de las mismas obras (Barcelona).
- 1691 — El 25 de noviembre. Villancicos en honor de Santa Catarina, cantados en la Catedral de Antequera, del Valle de Oaxaca.
- 1691 — Silva escrita para conmemorar la victoria obtenida contra los franceses por la Armada de Barlovento, a la que mandó más de 2.600 hombres el Virrey Conde de Galve; publicada por don Carlos de Sigüenza y Góngora en el "Trofeo de la Justicia Española".
- 1693 — Segunda edición del II tomo de las obras de Sor Juana (Barcelona).
- 1693 — Su confesión general y su "Petición Causídica".
- 1694 — 5 de marzo. "Protesta que rubricada con su sangre hizo de su fe y amor a Dios... al tiempo de abandonar los estudios humanos".
- 1695 — 17 de febrero. Fallecimiento del Padre Antonio Núñez de Miranda, Confesor de Sor Juana Inés de la Cruz.

- 1695 — 17 de abril. A las 4 de la mañana. Fallecimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, dos meses después del fallecimiento de su confesor.
- 1699 — Biografía del Arzobispo Aguiar y Seijas por José Lezamis.
- 1700 — Primera edición del III tomo de las obras (las póstumas) de Sor Juana. (Madrid).
- 1700 — Biografía de Sor Juana por el Padre Diego Calleja.
- 1702 — Biografía del Padre Núñez de Miranda, por el Padre Antonio de Oviedo.
- 1713 — Sor María Gertrudis de Santa Eustaquia, del Convento de S. Jerónimo, hace donación a este último, del retrato de Sor Juana, pintado por Miranda.
- 1716 — Biografía de don Manuel Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla, por Miguel de Torres.
- 1750 — Copia el pintor Miguel Cabrera, el retrato de Sor Juana pintado por Miranda.
- 1910 — Amado Nervo publica su "Juana de Asbaje".
- 1927 — Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz por Dorothea Schons. Versión castellana publicada por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Acabóse de imprimir esta
obra el día 23 de Mayo
del año 1931, en los
Talleres Gráfi-
cos Bertrán,
de Bar-
celo-
na
§

7305CC

LBC

233

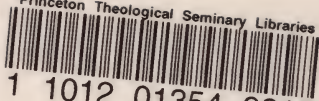


00-00-00 0000

MC



Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01354 9318

